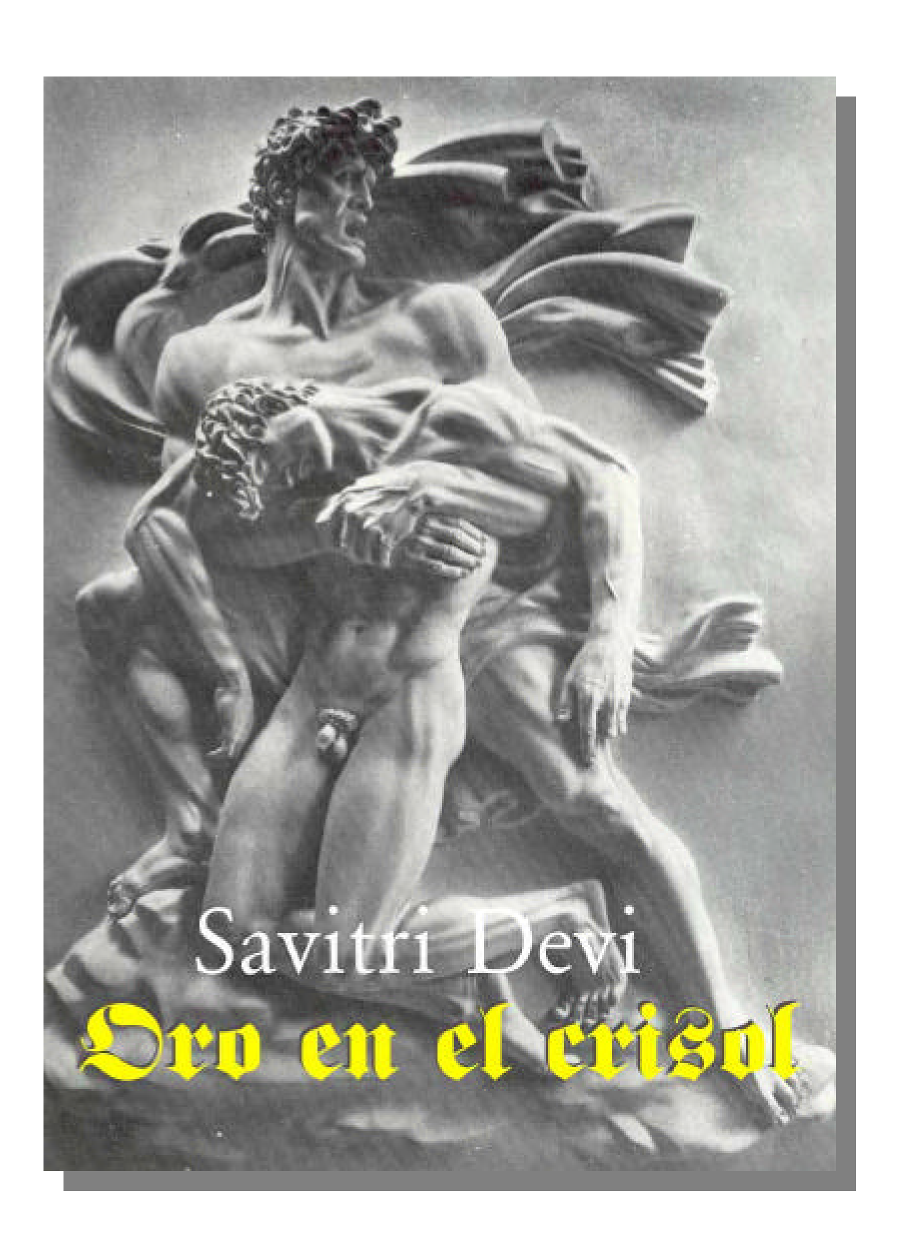

Savitri Devi
Oro en el crisol

SAVITRI DEVI

Oro en el crisol

Vivencia en la postguerra alemana

-Un homenaje a Alemania-

Título original:
GOLD IN THE FURNACE
Calcuta
1953

Traducción del inglés por Lotte Asmus
GOLD IM SCHMELZTIEGEL
Edizioni di Ar
Padova, Via Patriarcato 34 (Italia)

Traducción del alemán por Ramiro R.B.
ORO EN EL CRISOL

Las Españas
año 106 (1995)
revisado año 112 (2001)

Portada: *"Los camaradas"*, Arno Breker

Savitri Devi Mukherji, de madre inglesa y progenitor greco-italiano, nace el 30 de septiembre de 1905 en Lyon, con el nombre de Maximiani Portas. Se educó en Francia. Una europea por los cuatro costados. En 1928 renunció a su nacionalidad francesa adquiriendo por contra la griega. Marchó a la India, y allí casó con un Brahmán ario: Sri Asit Krisna Mukherji. Licenciada en Ciencias y Doctora en Letras, llegó a dominar siete lenguas, incuidas el bengalí y el hindú; fue una mujer de una profunda cultura y sabiduría. Una "Sacerdotisa Odínica"-tal como la denomina Miguel Serrano- que fascinada con la antigüedad greco-romana repudió el cristianismo por considerarlo una intromisión ajena al espiritú europeo, distorsionando su paganismo racial.

Luchó de manera infatigable dentro del espíritu de la "religión del espacio estrellado", oponiéndose a toda manifestación de decadencia. Lucha que le llevó indefectiblemente a convertirse en una partidaria incondicional del Führer Adolf Hitler; entregándose en cuerpo y alma al Combate junto a sus hermanos de Sangre, obedeciendo a su conciencia en la fidelidad a la propia pureza de la Weltanschauung inmortal.

Otras obras de la autora:

- Peregrinación
- El rayo y el sol
- Recuerdos y reflexiones de una aria
- Duro como el acero Krupp
- Desconfianza
- Acusación contra la humanidad
- Un hijo de Dios

" ¿Una derrota militar debe tener como consecuencia la ruina total de una nación y de un estado? ¿Desde cuándo es este el resultado de una guerra adversa? ¿Entonces generalmente perecen las naciones tras las guerras perdidas?

La respuesta a esto puede ser muy concisa: Sí, siempre que por su derrota militar los pueblos obtengan el pago a su podredumbre interna, cobardía, falta de carácter e indignidad. *No siendo así, la derrota militar llega a ser más bien el impulso de una gran ascensión futura en vez de la lápida a la existencia nacional.*

La historia brinda infinitos ejemplos de la exactitud de esta afirmación".

Adolf Hitler ("Mi Lucha" I, capítulo X)

ÍNDICE

PRÓLOGO

En 1948 pude entrar dos veces en Alemania gracias a la autorización que me fue concedida a través del “Bureau des Affaires Allemandes” 1) en Paris, ya que allí tenía que recoger la información necesaria para poder escribir un libro sobre Alemania. El libro no es otro que el que aquí está (¡qué ironía, tengo ganas de que este relato se publique y aparezca ante los ojos de las momentaneas democracias victoriosas!).

Hacia el 20 de febreo de 1949 había escrito ya la introducción y los tres primeros capítulos, cuando, debido a una “propaganda nazi” fuí capturada, escribiendo el resto del libro en mi celda de Werl. El libro debe, no su supervivencia como manuscrito, sino su publicación después de todo, a un prodigio, o mejor casi a una fe en una serie de milagros, de los que ya hice un relato más preciso en una extraordinaria historia en otro de mis libros como despedida:”Defiance” 2).

Aquí está todo lo que yo quise expresar, -cuatro años fueron necesarios para escribir este libro-; debo una vez más insistir en mi más infinito agradecimiento a esa fuerza invisible que lo salvó de forma prodigiosa. Era como si esta fuerza extrajera directamente las hojas intactas del fuego. Todo lo que yo aquí quise plasmar es mi confianza en el paciente, sereno e impersonal saber de esta fuerza, en la sabiduria que todo lo guía, y que persiguió la humanidad más elevada para su provecho y mayor gloria, para el triunfo de la verdad y la belleza que ella misma encarna. Las fuerzas que salvaron este libro y que a pesar de todo lo sacaron a la luz, llevarán otra vez a mis camaradas y superiores al poder, y permitirán un día, a través de ellas, salvar lo que todavía en occidente debe de ser salvado.

1) "Oficina de casos alemanes".
2) "Desconfianza".

Es así en todo caso, como interpreto este milagro que me ocurrió.

¡Un saludo brazo en alto!
Savitri Devi Mukherji

Lyon, a 21 de agosto de 1952

INTRODUCCION

" ¡ En toda época, cuando el derecho es pisoteado, cuando dominan malos gobiernos, entonces vengo yo otra vez; nazco nuevamente en esta tierra, para salvar al mundo! "

Bhagavad-Gita

" Todo un Pueblo, toda una Nación se siente hoy fuerte y feliz, porque en ustedes este Pueblo no sólo ha resucitado el Führer, sino también el Salvador."

Hermann Göring
(Discurso en Nürnberg, el 15 de septiembre de 1935) 1)

Dioses, es decir, Superhombres inspirados de lo divino - no nacen cada día, cada siglo. Y cuando efectivamente vienen y viven y obran de manera maravillosa, no los reconoce todo el mundo, cualquier nación. La nación así bendecida los conserva en su espíritu, siguiendo hasta el amargo final, tanto en la victoria como en la desgracia, a estos hombres divinos que en ella nacieron. Esta nación ambicionará en belleza, fuerza y alegría, y al final triunfará sobre los poderes de la muerte, mientras el resto del ingrato mundo desordenado permanecerá tendido a sus pies.

Hace treinta años se podía pensar que los días de los Dioses habían pasado para siempre; que la promesa que había sido dada al mundo en el libro de los libros -el Bhagavad-Gita- nunca más se cumpliría; esa humanidad se volvió, día trás día, degenerada, despreciable, necia, más enfermiza y más fea; se había vuelto un ser incapaz de servir a -para crear- la encarnación del nuevo envío divino a nivel internacional. En Oriente como también en Occidente, incluso las razas superiores estaban en completa decadencia; agotadas del todo;

1) Día de la promulgación de las leyes raciales.

pero a pesar de su cercano final volvió aún a brillar.

El mensaje sobre el triunfo de la vida -promesa de Dios- nunca nos puede dejar parados. Las palabras que dijo el Eterno Conservador del mundo en Kurnkshetra 1) -nadie sabe para que tiempo se dijeron-: " Vengo de nuevo...", no fueron dichas inutilmente. Contienen lo mejor para cualquier época y país en los que todavía viva una raza noble y veraz que quiera dar testimonio del cumplimiento de estas palabras , que quiera admirar y adorar el retorno del Salvador, levantándose entorno a él (aún agotada y vencida por las tenebrosas sombras de la muerte). Cuando la justicia es pisoteada, cuando dominan los malos gobiernos -si toda esperanza está irrecuperablemente perdida- entonces brilla -ya está esperando- el Salvador, inadvertido por la muchedumbre, dispuesto a manifestarse nuevamente.

Al término de la Primera Guerra Mundial, de la Alemania rota se alzó el hombre que estaba predestinado a infundir una nueva fuerza, un nuevo orgullo, con un nuevo soplo vital pleno de alegría, no sólo a su propio Pueblo, sino a la élite racial de todo el mundo; el más grande europeo de todos los tiempos: Adolf Hitler.

Sólo, sin riquezas, unicamente con el amor de su enorme corazón, una indomable voluntad y la inspiración de la eterna sabiduría; sin ninguna otra fuerza que el poder vencedor de la verdad; sin ninguna otra ayuda que la de los Dioses invisibles; de los que era el único elegido, realizó aquello que ningún otro hombre hubiera podido soñar. Levantó de nuevo a Alemania no sólo de la pobreza, esclavitud y corrupción -del polvo- a la altura de las grandes potencias, sino que se convirtió en el anunciador de una idea maravillosa, de una meta sempiterna y universal. Durante unos breves años -hasta que el judaísmo internacional consiguió soliviantar a las fuerzas de la estúpida mayoría de la humanidad contra él- pudo mostrar al mundo la obra maestra de su genio creador: una Supercivilización, una creación perfecta, en la que el hombre fue calado por una religión en los más altos valores, siendo totalmente

1) Campo de batalla en la alta India,donde fueron dichas las palabras del Bhagavad-Gita.

consciente del verdadero sentido de la vida. Nunca se había hecho algo parecido, ni siquiera en la Antigüedad: el primer paso hacia el nuevo orden en Europa estaba dado; en la Alemania nacionalsocialista él era el precursor encarnado de una nueva “Era de la Verdad” en la evolución del mundo.

Si Alemania hubiera salido victoriosa de la Segunda Guerra Mundial y se hubiese extendido la visión de Hitler sobre toda la esfera terrestre, - o no se hubiera producido ninguna guerra y la Idea hubiese ganado terreno lenta y constantemente mediante la mera fuerza a la llamada por la nobleza natural del mundo, ¡qué clase de lugar tan maravilloso hubiera llegado a ser este planeta en menos de una o dos generaciones!. Habríamos presenciado entonces la inteligente dominación de los mejores sobre un mundo que hubiera sido ordenado precisamente en el mismo espíritu que dispusieron los luminosos, fuertes y sabios conquistadores - los arios o los nobles - de la India desde hace tiempos muy lejanos, cuando el orgullo nórdico aún viviente en su corazón, se unía con el recuerdo a su Patria ártica y lejana.

Entonces habríamos observado la jerarquía natural de las razas humanas - e individuos - , como un componente de la jerarquía natural de todos los seres. Esta jerarquía, fijada por el sol, sería entonces otra vez implantada allá por doquier donde según las palabras del Bhagavad-Gita: “la corrupción de las mujeres ha provocado el caos de las castas”, conservada y puesta de relieve gracias a la ley, en una de nuevo instituida religión natural ; en efecto “una nueva tierra y un nuevo cielo” ; el renacimiento del mundo bajo el símbolo del sol.

Los hombres fueron demasiado necios y vulgares para comprender la belleza de esta visión. El mundo -las razas arias mismas en su mayor parte- rehusó el regalo de amor y genio de Hitler y lepagó con el desagradecimiento más lúgubre. Pocos Grandes han sido injuriados tan despiadadamente por sus indignos contemporaneos. Nunca un Único de la historia fue tan completamente mal entendido, tan sistematicamente engañado y sobre todo tan propagadamente odiado.

Ahora, se ha impuesto externamente la voluntad de los instrumentos de la descomposición en todas sus formas. La orgullosa y bella Alemania nacional-socialista yace en ruinas; cientos de los más fervorosos colaboradores de Hitler están muertos. Y los millones que le vitoreaban todavía hace un par de años con entusiasmo -que se elevó casi a la adoración- están ahora enmudecidos. “Es la tierra del miedo”, fueron las palabras que en 1948 en Saarbrücken me dirigieron, como expresión de la entera situación en la Alemania ocupada. Y nadie sabe donde se encuentra Hitler, en el caso de que él deba estar aún con vida.

Sin embargo la religión nacional-socialista que se basa en la verdad y es tan antigua como el sol, nunca podrá extinguirse. Vivo o muerto, Adolf Hitler nunca puede morir. Y antes o después su espiritu debe vencer.

Este libro está dirigido a todos sus verdaderos seguidores, dentro y fuera de Alemania; a todos aquellos que en 1948 estaban adheridos a los ideales nacional-socialistas del mismo modo inquebrantable a como lo hicieron en 1933 y 1940.

Pero está especialmente dirigido a los alemanes que preservaron la fe en nuestro Führer bajo lluvias de fuego y bombas de fósforo, que los aviones anglo-americanos hacían caer sobre ellos, noche trás noche, durante cinco años; durante los cuales, le veneraron y amaron en medio de espantosas condiciones de vida de postguerra, que les fueron impuestas por sus enemigos, bajo humillaciones de toda índole, bajo persecuciones y pasando hambre; en campos de concentración o en la desoladora miseria de sus viviendas deshechas -a pesar de todos los locos ensayos para desnazificar; a los hombres de oro y acero, no desalentados por la derrota, no sometidos mediante terror y tortura y que no pudieron ser comprados con dinero; a los verdaderos Nacional-socialistas, mis Camaradas, mis jefes, que como ellos lo hicieron, no tuve el honor material de sufrir por nuestro Ideal, a los únicos entre mis contemporáneos, por los cuales moriría alegre.

Doy gracias a todos los amigos de dentro y fuera de esta tierra, que me han ayudado a preparar junto con ellos al resurgimiento de nuestro Orden Nuevo.

No puedo nada más que dar las gracias también a aquellos de nuestros enemigos, que sin saber lo que hacían me posibilitaron la venida a Alemania. También -excepcionalmente- obraron como herramientas de esas potencias invisibles, que desde ahora mismo preparan el camino para la definitiva victoria de la cruz gamada.

¡Un saludo brazo en alto!
Savitri Devi Mukherji
a, 3 de octubre de 1948, Alfeld an der Leine (Baja Sajonia)

CAPITULO I

LA FILOSOFIA DE LA CRUZ GAMADA

" Tu has puesto a cada hombre en su sitio. Tu has creado a los hombres diferentes en aspecto y lengua , y también en su color de piel. Como un divisor has dividido a los pueblos extranjeros."

Ekhnaton
(Largo canto de alabanza al sol, unos 1400 años a.d.C.)

" Mediante la corrupción de las mujeres progresa la mezcla de las castas; mediante la mezcla de las castas, la pérdida de la memoria; mediante la pérdida de la memoria, la falta de entendimiento; y mediante esto progresa todo Mal".

Bhagavad-Gita

" Todas las grandes culturas del pasado perecieron solo porque la primitiva raza creadora murió por septicemia ".

Adolf Hitler (Mi Lucha, I, Cap.1)

Un movimiento como el Nacionalsocialismo preparado para dirigirse a millones de personas, no obtiene a todos sus partidarios por la misma causa. Ello no tiene importancia mientras el movimiento se encuentre triunfante. Pués cuanto más obtiene, tanto mejor. Incluso el hombre que se adhiere al Partido por ventajas materiales puede ser de utilidad. Sus hijos -siempre que sean de sangre irreprochable- pueden ser mejores nacionalsocialistas, así como él mismo puede ser adoctrinado para llegar a serlo.

Pero solo de aquellos solitarios que mantienen la idea nacionalsocialista como algo fundamental y lleno de vida -de esos

solitarios que encuentran en ella la expresión perfecta de su propia filosofía de la vida, solo de esos solitarios se puede aguardar que la conserven en cualquier caso. No pretendo que estos sean los únicos que probablemente se aferren a ella. Un sentimiento de obligación, un compromiso cortés frente a su glorioso pasado, una conciencia de agradecimiento frente a un régimen que les concedió grandes privilegios mientras existió, pudiera naturalmente inducir a otros miles de hombres a permanecer fieles al régimen en medio de rigores inimaginables. Y a estos miles se debe elogiar. Sin embargo ningún deber de respaldo es tan apreciado como el que se basa en la imposibilidad física de ser infiel a la propia persona. "No se puede causar un final por la fuerza a una Weltanschaunng -una visión global, una filosofía- mientras el arma no lleve en sí una nueva regulación espiritual" (Mi Lucha,I,Cap.5). Estas son exactamente las palabras del fundador del Nacionalsocialismo. ¡Y hoy suenan como verdaderas después de veinticinco años! Los verdaderos nacionalsocialistas -esos que pueden resistir, y que resistirán y que por fin unidos en una sola fuerza llegarán a destruir un mundo momentaneamente victorioso- esos que son no sólo el aspecto político del Nacionalsocialismo, sino también en los que la concepción nacionalsocialista sobre los hombres y la vida es tan natural, que ninguna otra Weltanchauung podría agradarles tanto -por mucho "don de gentes" que contenga, por muchos elogios que se le puedan hacer en el mejor entendimiento del arte de la propaganda.

La concepción nacionalsocialista del hombre y de la vida es del todo "nueva". Sus primeros representantes en esta tierra fueron sin duda los antiguos visionarios de la humanidad, y los principios en los que descansa, son tan antiguos como la vida misma. Sólo el movimiento nacionalsocialista es nuevo; no sólo nuevo, sino único en su clase. Él es, en la total evolución de Occidente, el único ensayo sistemático para construir un Estado -aún más, un Continente- en el diáfano reconocimiento de las leyes sempiternas, que dominan el

devenir de las razas y la creación de la cultura, el único ensayo racional para poner término a la decadencia de una raza superior, y consiguiente y forzosamente a la oscuridad. Él es el movimiento "contra el tiempo" *par excellence* -el movimiento contra el viejísimo curso descendente de la historia- consciente del camino único, por encima de la corrupción y la fealdad de nuestra época degenerada, de regreso a la alegría y al esplendor de cada gran comienzo, por el que fue perseguida la más noble de las naciones de Occidente.

Pero para poder apreciar exactamente toda su nueva fuerza y bellezas inovadoras, se ha de llevar en el espíritu la eternidad de la filosofía que le sirve de base, es decir la filosofía que yo denomino, la filosofía de la cruz gamada.

Esta filosofía no la posee cualquier hombre. Es la conciencia lúcida de la verdadera grandeza; la de los que son capaces de sentir -la de los antiguos legisladores arios de la India védica y postvédica hasta Adolf Hitler hoy- la sabiduría del Cosmos; la filosofía del sol,que es a la vez padre y madre para la tierra.

Pues el hombre no es ninguna otra cosa que un elemento del Cosmos -"un sol engendrado"- como lo expresa un excelente escritor inglés 1). El hombre no se puede colocarse impune ante las leyes; contra esas leyes escritas y sempiternas que dominan la vida en su totalidad. Especialmente, no puede menospreciar las leyes que regulan la cria y desarrollo de las razas, esperando escapar de las consecuencias, que automáticamente, antes o después, llegarán. No puede cometer "ese pecado contra la voluntad del creador, que significa la degeneración moral y física" (Adolf Hitler).

La filosofía cristiana -mejor aún, la filosofía de todas esas religiones internacionales, para cuyos partidarios, toda persona puede llegar al mismo nivel de igualdad con todos sus semejantes- pone énfasis en el espíritu, en el "alma", en el aspecto "no-material" del hombre (ya que este alma presuntamente eterna y remota es de mucho valor) a costa de la parte efímera, del cuerpo. Ella olvida que el único medio de traspaso por la vida: el cuerpo, también tiene parte

1) Norman Douglas:" How about Europe !"

en la divina eternidad; que él no es sólo el templo del espíritu sagrado, sino también el creador pormenorizado de la descendencia de esa conciencia que es el espíritu sagrado en el ser individual, y en la raza en su sentido más extenso.

Las religiones más antiguas en el mundo -ninguna de ellas era internacional, sino que fueron todas reguladas por el pueblo, de cuyo centro nació una sabiduría sobrehumana- pusieron de relieve la importancia fundamental del cuerpo humano, el carácter sagrado del acto carnal; las obligaciones y responsabilidades del cuerpo, no sólo y de manera aislada frente al alma, para la cual el cuerpo era considerado como su medio de desarrollo, sino también frente a pasadas y futuras generaciones; frente a la raza, que es por así decirlo, frente al Cosmos, del que la raza es una parte. Mantenían, por todos, el culto privado a los antepasados, y el culto público al héroe de cada pueblo, prohibiendo matrimonios ilícitos como un pecado contra los muertos y los no nacidos -contra la Vida eterna. Ellas reconocían como una cosa natural la desigualdad determinante de las razas humanas y la perfecta heterogeneidad de los sexos.

No hemos imitado simplemente a los antiguos. Jamás cosa viva alguna puede ser sólo una imitación; y precisamente el movimiento nacionalsocialista está en verdad lleno de vida; más aún: él es la única verdadera fuerza vital y el renacimiento del semimuerto mundo actual, pese a la momentanea victoria de los enemigos. No, no hemos imitado a los antiguos. Hemos llegado a ser otra vez conscientes de la sabiduría de todos los tiempos a la que la vida debe aspirar, gracias a la inspiración de ese Dios entre nosotros los hombres: Adolf Hitler; de que desde esa sabiduría paulatinamente olvidada se puede volver a perseguir el comienzo del pasado histórico hasta la creciente decadencia de la humanidad, y particularmente, hasta el ocaso de las naciones arias. De nuevo hemos llegado a ser conscientes del hecho de que "Dios sólo está en la sangre pura" 1) . Y hemos regresado de la religión creada por el hombre, de la moral construida por él, y que dominó en al menos los últimos mil quinien-

1) Wulf Sörensen: "Die Stimme der Ahnen" (La voz de los Antepasados).

tos años la conciencia occidental, hacia una orientación casi religiosa relacionada con la vida, a una actitud moral basada en la desigualdad de los derechos y la diferencia de los deberes para cada uno: se basa en el ser individual y las razas, así como en una concepción política que proclama los derechos soberanos - y obligaciones- de las razas superiores y de las más altas personalidades de cada raza. Y nos lo hemos marcado como meta: primero, un lugar indiscutible en este mundo para los mejores -para la élite racial del género humano- y luego hacer un sitio estable para el resto de los vivientes bajo el amparo de los mejores.

Ello es tan cierto que los sabios y ortodoxos representantes de una parte del mundo fuera de Alemania -en la India hindú, donde la tradición aristocrática, aunque algo entumecida trás el paso de los siglos, nunca se extinguió- en más de una ocasión han juzgado al Nacionalsocialismo con una comprensión más clara que la mayor parte de europeos. Les asombraría a muchos alemanes nacionalsocialistas si supiesen con cuanto entusiasmo se daban gritos de júbilo en esa lejana tierra por las victorias del Führer en la última guerra. Sin duda alguna este entusiasmo venía como expresión, en gran parte, de la hostilidad hacia la dominación británica. Pero también se debía a otra cosa que aún había cimentado más profundo, mucho más profundo. Provenía como expresión de seis mil años de ser los antiguos e intrépidos súbditos leales a la clara, poderosa y verdadera raza superior de los arios, a los más nobles, a los adoradores del sol y de las auroras boreales, a los que antiguamente abandonaron hacía mucho tiempo su desértica Patria ártica 1), los Vedas, y fundaron la civilización que todavía imprime su carácter en la India; era el reconocimiento de que el espíritu de esos antiguos sagrados arios había despertado en sus más legítimos y modernos descendientes y se encontraba triunfante, allá en la lejana Europa.

1) Lokamanya Tilak : "Die arktische Heimat der Veden " (La Patria ártica de los Vedas).

La India pronto dejaría de ser "el último bastión de la cultura aria", como algunos predicadores hinduistas de la resurreción la denominaron. La cultura aria conquistaría de nuevo Europa bajo el dominio de uno de estos hombres que surge solamente una vez en la historia del mundo. La victoria de este hombre -la victoria de los arios sobre la "Mlechha" 1), el triunfo del Ideal de la jerarquía racial sobre la uniformidad democrática, la victoria del liderazgo inspirado sobre la vanidad del rebaño testarudo- sería también la victoria de la India; porque lo mejor de la tradición india fue el antiquísimo obsequio de la raza inmortal de este hombre. A pesar de que todo esto no se sabía exteriorizar, sin embargo así lo sentíamos muchos de manera más o menos confusa. Ya más de un hindú había entendió que la verdadera naturaleza del conflicto europeo no estaba entre Alemania e Inglaterra, sino entre el Nacionalsocialismo y todas las formas de democracia, entre la auténtica organización aria y la de los judíos; ya más de uno veía, como antes dije, al artifice del resurgimiento occidental, Adolf Hitler, como a un "devata" 2) ; es decir, un iluminado, un ser sobrehumano, la moderna personificación del Salvador aclamado periodicamente. Lo he oido decir así a algunos de ellos hasta en público.

Pero en la conciencia nebulosa de las masas analfabetas de la India se despertó en esos días notables inspiraciones. Pienso una y otra vez en lo que me dijo ese joven criado -un muchacho de unos quince años- en aquellos días gloriosos de los años cuarenta: "Admiro también a su Führer ". Y cuando le pregunté si sólo lo hacía por esa razón, porque el Führer se encontraba victorioso, el chico me respondió: " Oh no, le admiro y amo porque precisamente lucha para reemplazar en Occidente la Biblia por el Bhagavad-Gita". Se había enterado de esta excepcional noticia en una conversación en el mercado de pescados de Calcuta. Me quedé estupefacta. Pués esta noticia, aunque estuviera llena de palabras fantasiosas, era en el fondo sin embargo del todo exacta.

1) Palabra empleada en el antiguo sánscrito para designar a las razas más innobles.
2) Divinidad.

Y traje a mi pensamiento las palabras de la antigua leyenda sánscrita del Bhagavad-Gita: "Mediante la corrupción de las mujeres progresa la mezcla de las castas; mediante la mezcla de las castas, la pérdida de la memoria; mediante la pérdida de la memoria, la falta de entendimiento; y mediante esto, progresa todo Mal". Expresado en lenguaje moderno: de la educación uniforme se desarrolla la progresiva mezcla de diferentes razas (siempre en detrimento de la raza superior). Mediante la mezcla llega la extinción de la memoria racial -la ignorancia sobre los propios antepasados y el propio yo- y por ello, la falta de comprención para con los propios derechos y los debéres personales -para con el propio sitio natural en el mundo-, siendo sus consecuencias: "todos los males imaginables", ruina y muerte.

Sí , es cierto lo que se expresa en este texto inolvidable en contraposición a todas las religiones e ideologías de la igualdad, de que el "Nuevo Orden en Europa" significó el restablecimiento de la organización aria; la victoria de la filosofía de la cruz gamada sobre la de la cruz, de la media luna o sobre la de la hoz y el martillo, y a fin de cuentas sobre la fuente de propagación del deshonor y de "todo Mal". Ciertamente fue Adolf Hitler quien condujo la guerra para defender este nuevo orden en contra de los cómplices de la desintegración que tenían planeado aniquilarle. Se tenía la certeza de que desde hacía siglos no había vivido un hombre tan notablemente activo en el este y oeste que combatiese con tanta abnegación y fidelidad por las enseñanzas del Bhagavad-Gita como él lo hizo. Es un milagro, que un Pueblo tan remoto llegase a exteriorizar un juicio tan sencillo y enérgico sobre esta verdad.

La idea capital del Nacionalsocialismo es la de que sólo en la nobleza natural de la sangre, en el primitivo fundamento de las cualidades innatas de la raza se situa el secreto de lo Grande. Es absurdo preguntar porque una raza está dotada de más facultades que otra; porque una raza tiene personalidades creadoras y la otra

no. Es lo mismo de tonto que asombrarse de porque un plátano no es un roble. El sol mismo, que es el responsable de todas las desigualdades entre los hombres y entre todas las especies vivientes, tiene establecido desde la eternidad cual debía ser la raza creadora -par excellence- sobre este planeta. Es por esta razón que se ha equiparado el emblema solar -la Swástika-, que existe desde tiempos inmemoriales, con el movimiento nacionalsocialista. Trás Adolf Hitler estaba la voluntad divina del Sol, que así lo había decidido.

Es realmente asombroso apercibir como todas las declaraciones de Hitler que conciernen a la superioridad de los arios en todo el mundo y en todos los tiempos, son históricamente acertadas - y más aún cuando, en la época en que el Führer escribió su célebre libro, nada había visto del mundo fuera de Alemania (sin contar los campos de batalla de Ypres y otros lugares donde él había luchado como soldado en la 1ª Guerra Mundial) y nunca tuvo mucho tiempo para estudiar.

Escribió con su corazón. Pero en el otro extremo de mundo, bajo el firmamento exótico, monumentos extranjeros que erigían sus majestuosas lineas en medio de bosques de cocoteros, himnos y poesías en lenguas extranjeras, atávicas conmemoraciones y tradiciones consagradas de pueblos extranjeros -quizás, algunos de ellos le eran desconocidos en 1923- anunciaban la verdad sobre la cual escribió. Pinturas y esculturas en templos indios del sur, danzas sagradas de dramas a lo largo de la costa de Malabar, frisos en muros derruidos de Angkor-Vat, historias que hasta el día de hoy son narrradas una y otra vez por toda la India, Java y Bali, perpetuan la gloria del luminoso héroe Rama, cuyas proezas antaño colmaban con admiración al este y al sur, y al que hoy mismo veneran como un Dios los descendientes de las razas subyugadas. Cuando se recuerda la inspiración divina trás esas obras de arte y tradiciones, entonces uno no se puede extrañar de la precisión de esa audaz síntesis sobre la totalidad de la humanidad que había escrito el moderno paladin de las razas arias en la fortaleza de Landsberg (cerca de la población de Lech): en once capítulos de la primera parte

de "Mi Lucha". En efecto, siempre se admire los vestigios palpables de una gran cultura (suponiendo que se tome el trabajo de retroceder lo bastante lejos en el pasado) se llega a la compresión de que esta cultura proviene de la gloriosa raza creadora del Norte, y pertenece a ambos: los rubios combatientes que eran venerados en las epopeyas sánscritas (y fueron representados por el arte de sus admiradores meridionales en las paredes de los templos dravídicos y palacios camboyanos), y el autor mismo de "Mi Lucha" y su amado Pueblo.

Todo el Asia debe más o menos su cultura a la influencia del ideario indio. Y este ideario -ideas sánscritas- no es nada más que el florecimiento del alma aria o nórdica en un entorno tropical. Y si como algunos eruditos creen, también se puede probar que las mismas influencias engendraron las culturas de la antigua America, para las que la Swástika era asimismo sagrada, y que el mismo hecho, sobretodo "la paulatina desaparición de la originaria raza creadora" mediante la mezcla de castas ha ocasionado su ocaso, entonces sólo por esto se tiene la prueba de cuan extraordinaria es la inspiración histórica de Hitler y cuan firme como la roca, basándose sobre él, el Nacionalsocialismo.

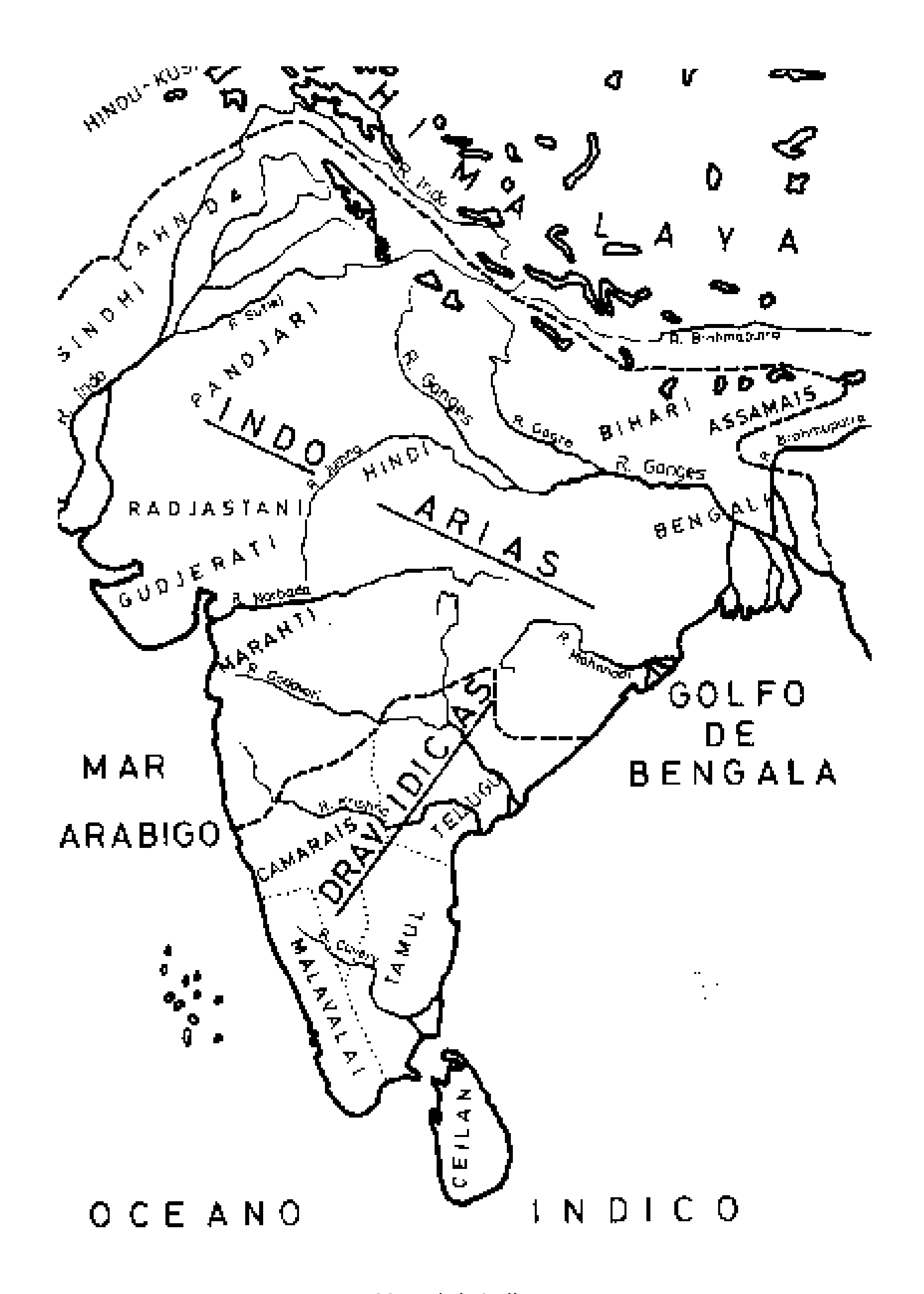
Algunos dicen que la grandeza de Hitler está en el hecho de que evocó el patriotismo alemán como jamás antes ningún otro lo había hecho. Los que odian a Alemania, esos que tienen un interesado afán por tener a Alemania en el fondo o que opinan por cualquier medio tener tal interés, odian precisamente a esta tierra. Pero en realidad su grandeza está situada aún más allá. Pues el patriotismo alemán que Él despertó no es aquel en el que se educa tradicionalmente siempre a todo rey europeo desde que existen estados independientes en Europa. Es una visión especial de una muy amplia, profunda -y natural- sensibilidad. Es la expresión de la conciencia universal aria en el Pueblo alemán -es Alemania, la que ante todo, debe recuperar su privilegio en Occidente-- y que sobrepasa por encima de todas sus fronteras; es también la expresión del orgullo conjunto de todos aquellos que ahora desean, aún viviendo

muy alejados de su original tierra nórdica natal, reclamar el derecho de pertenecer a esa raza ciertamente noble y bella, a la que el mundo debe agradecer lo mejor de su cultura.

Jamás hasta ahora nación alguna había experimentado un progreso como este -un nuevo despegue triunfante de la juventud; en Alemania se vivieron de hecho las alegrías y cantos de libertad bajo la mágia de la personalidad magnética de Hitler, y ello incluso a pesar de una influencia perniciosa por más de mil quinientos años. Pero no sólo en esto se encuentra la totalidad del "milagro alemán". Está asimismo -incluso tal vez más- en el hecho de que arios de todo el mundo (siendo pocos, pero los mejores entre todos ellos) aclamasen a Hitler y con ello a Alemania, como paladines de sus derechos y como los elegidos por el destino para colmar por fin sus antiquísimos anhelos. Se encuentra en el hecho de que durante la guerra los ingleses fueron dichosos de sufrir por la idea nacionalsocialista en K.Z.'s 1) de su propio país, en que hombres de diversas nacionalidades se mantuvieron en pie junto a Alemania durante la guerra -incluso franceses 2)- y muriendo por ello; que en 1942 en la remota India algunos hombres y mujeres esperaron con alegría ver marchar al ejercito alemán de Rusia a través de Afganistan por la senda de la victoria, que ya habían recorrido seis mil años antes los primeros conquistadores arios -por el Paso de Khyber- para encontrarse en Delhi a sus aliados japoneses; y en que trás esta guerra aún una exigua minoría de arios no alemanes permanece firme y sufre hoy todavía, estando preparada para mirar cara a cara al suplicio y la muerte en la satisfacción de desafiar a los perseguidores del Nacionalsocialismo en el suelo de la Alemania ocupada.

Esta fama universal de Adolf Hitler indica bastante claro que la doctrina nacionalsocialista sobrepasa Alemania, aún cuando se originó en Alemania, y como en ninguna otra parte hubiera podido surgir esta doctrina tradicional en su forma moderna. Como ya dije, esta doctrina es la verdad perpetua sobre las leyes de la vida y la evolu-

1) campos de concentración.
2) como Robert Brasillach, que fue fusilado el 6 de febrero de 1945.



Mapa de la India

ción de las razas humanas, desde el punto de vista de la raza nórdica.

No existe duda de que la raza nórdica presenta una nobleza natural. Al mismo tiempo que una nobleza física. Sólo se necesita contemplar a sus representantes para asegurarse de ello, especialmente a los más puros tipos germánicos entre los alemanes y suecos; tal vez fisicamente los hombres más bellos del mundo. Además constituye como conjunto, una aristocracia del carácter. Quien convivió una vez con escandinavos, alemanes y verdaderos hombres ingleses o de otras nacionalidades, le bastó para descubrirlo del todo. Nobleza en la afectuosidad es también un signo en muy atrayente de esta superioridad. Y que de hecho perdura en este caso. El mejor argumento de esto consiste en que podemos observar a los niños de pura sangre nórdica con un afecto natural muy marcado hacia los animales, incluso ya antes de que fueran estimulados para ello. ¡Comparesé esto con la crueldad natural de los niños de otras razas, con escasas excepciones! Un niño alemán o inglés de cinco años detiene un gato para acariciarle, o quisiera ofrecer un poco de comida a un perro en la calle. Una niña de cinco años de la zona mediterranea o de Oriente Medio arroja una piedra al perro o arrastra al gato de la cola, o hace a veces todavía algunas cosas peores. La insensibilidad de los adultos frente al sufrimiento de los animales -en todas partes del mundo, excluidas unas pocas tierras en las que predomina la sangre nórdica- es realmente espantosa, por no hablar de la innata falta de atención de la mayor parte de los niños.

Esto sólo bastaría ya para confirmar la creencia en la superioridad de los verdaderos arios, y despertar la firme confianza en que después de tres o cuatro generaciones de buena educación y una bien calculada reproducción, podría desarrollarse una raza de Superhombres; los artífices de la civilización de la nueva Edad de Oro, que se correspondería con los sueños de Nietzsche y del apreciado amor de Hitler. Esto sería suficiente para afirmarnos en el convencimiento de que la misión que la Alemania nacionalsocialista se había planteado -el fortalecimiento sistemático de la raza de señores para sostén de una inigualable supercivilización en Europa-

era ya un esfuerzo realmente impagable, y hoy todavía lo es.

Esta misión, como sabe cualquiera, comenzó en Alemania mediante la promulgación de un cierto número de leyes naturales que aspiraron a crear en todo el mundo una inmejorable cría final (y de este modo prevenir la decadencia física y moral de la raza) y a inculcar una nueva educación consciente. Cuando se trae a la memoria que en 1933 Adolf Hitler tomó las riendas del poder y que Inglaterra, como dócil instrumento del judaísmo internacional, le declaró la guerra en 1939, uno ha de asombrarse de los logros extraordinarios conseguidos en el corto plazo de seis años. Ningún Dios habría podido conseguir más en tan corto espacio de tiempo.

No obstante las medidas tomadas no habrían sido suficientes para mantener al Pueblo por siglos en el camino ambicionado sin una nueva -y muy antigua- perspectiva religiosa, expresión del alma nórdica renacida. Esta nueva visión sacra -que despertaba- se habría desarrollado junto a otros ajustes nacionales del Estado. El hombre más importante del movimiento -Adolf Hitler- era consciente de ello más que cualquier otro. Y no meros teóricos, como Alfred Rosenberg 1) y profesores del nuevo ideario, como Ernst Bergmann 2) y otros, sino pensadores audaces, practicamente alineados, como el Dr. Joseph Goebbels, que han subrayado una y otra vez la necesidad de preparar un final a la influencia de las iglesias cristianas de cualquier tendencia cuando el Nacionalsocialismo alcanzase un triunfo permanente.

En efecto, el hecho de que no se dedicase la atención necesaria, debido a la guerra contra los agentes extranjeros del judaísmo, a la lucha contras las iglesias -en particular la lucha contra la iglesia católica, el más amargo de todos los adversarios del Nacionalsocialis-

1) Autor del célebre "El Mito del siglo XX".
2) Profesor en la Universidad de Leipzig bajo el régimen nacionalsocialista; autor de: "25 tesis de la religión alemana".

mo en el interior del país- se ha de contemplar como la causa principal de la pérdida de la guerra. Tras la guerra las iglesias han expresado claramente su postura frente al vencido Nacionalsocialismo, manifestando que tuvieron responsabilidad en su derrota y que esperaban conseguir un vasto poderío de sus ruinas.

Pero en el odio instintivo que todos sentimos contra las iglesias cristianas, está aún más presente en la medida en que él nos permite tomar conciencia de nuestra propia responsabilidad. Las iglesias como instituciones "de este mundo" con intereses economicos y apetencias de poder, son bastante ruines. La misma "Weltanschauung" cristiana es el peor de los enemigos de Nacionalsocialismo. No sirve de nada querer olvidar este hecho "para no asustar" a la gente; no se puede al mismo tiempo ser nacionalsocialista y cristiano de cualquier confesión. Es absurdo que se comporte así aquel que lo sepa. Sería un desperdicio de tiempo poner de relieve ejemplos concretos de hombres y mujeres, que así lo hicieron. Gente así, bien son malos cristianos, bien malos nacionalsocialistas, o bien ambas cosas; serios, pero hombres ilógicos que se engañan asimismos, o canallas inteligentes que procuran engañar a otros.

Se necesita sólo cinco minutos para reflexionar sobre esto, para comprender que una enseñanza que gira en torno a la raza y la personalidad, es imposible que pueda ir cogida de la mano de una enseñanza que proclama que todas las almas humanas son igual de valiosas a los ojos de un dios que odia el orgullo. Quizás algún día las iglesias consideren la oportunidad de concertar con nosotros algún compromiso, siempre que lo viesen favorable. Pero no puede haber compromiso alguno entre el cristianismo (o dicho de otro modo, religión referida a la igualdad entre hombres cualesquiera) y la filosofia de la Swástika. Cuando triunfemos al fín, el cristianismo estará obligado a desaparecer, tanto si gusta o no a todos esos amigos nuestros que todavía hoy portan en sí el carácter de una formación cristiana. El cristianismo debe irse de tal modo que el alma nórdica, devastada hace más de mil años, pueda nuevamente vivir y ambicio-

nar en la fuerza y en el orgullo de su recobrada juventud, de manera que Alemania y todas las tierras en las que la sangre aria está aún viva, puedan desarrollar su propia conciencia religiosa (la conciencia que habría vivido, si Roma y Jerusalem no hubieran tomado contacto con ellos).

La religión del ario renacido debiera tener mucho en común de manera natural, la del norte europeo precristiano con aquella que en la India es de origen y espíritu semejantes, y que hasta la fecha ha mantenido la tradición viva de los Vedas. La religión debe ser sobre todo de un Pueblo sano, orgulloso y consciente de si mismo, que está acostumbrado a combatir y preparado para morir, que sin embargo entretanto es feliz de vivir, y que tiene la certeza de vivir para siempre en su raza inmortal; una religión cuyo punto central es el respeto por la vida y la luz y con ello el culto a los héroes, el culto a los antepasados y el culto al sol, en la que el sol es venerado como manantial de toda alegría y fuerza en este mundo. De hecho tiene que ser la religión de la alegría y de la fuerza, y también del amor; no ese amor morboso de la humanidad enfermiza y pecadora a expensas de la más maravillosa naturaleza, sino un amor hacia toda belleza viviente, a los bosques y los animales; a los niños saludables; a nuestros leales camaradas en cada campo de acción; a nuestros Jefes y Dioses, sobre todo a la sublime Divinidad, la cual es fuerza vital personificada en el sol (el "disco conteniendo calor y luz", a fin de citar las expresivas palabras del más grande adorador del sol de la antigüedad [1]). La religión de los renacidos arios debe ser tal que el pensamiento cristiano de la "concepción pecaminosa" deje paso a la "concepción del honor y la alegría" dentro de la noble raza, en la que el único "pecado" (además de todas las formas de cobardía y traición) es el pecado de la inmoral procreación -el pecado contra la raza-.

El conflicto entre el Nacionalsocialismo y las iglesias cristianas de nuestro tiempo no es otra cosa que un fenómeno de la lucha durante siglos entre los credos de la vida, que presuponen la jerarquía

1) Faraón Ekhnaton de Egipto, 1400 años aproximadamente a.d.C.

natural de las razas humanas y de los individuos (lo mismo que la de las especies animales) y que tratan al hombre como un componente de la naturaleza viviente, y los credos *"antropocéntricos"* que deniegan las intransformables diferencias de las cualidades entre una raza humana y otra, mientras por otro lado presuponen un falso abismo entre la humanidad como un todo y la restante creación. La actual dirección de la fe *"antropocéntrica"* "par excellence" -el comunismo- no es ninguna otra cosa que la natural y lógica consecuencia de la democracia occidental, que se basa en la "voz de la mayoría", como varias veces demostró el propio Adolf Hitler. Pero la democracia occidental por su parte no es otra cosa que la natural y lógica consecuencia de una enseñanza cristiana secular. Toda la verborrea sentimental de Rousseau y el posterior absurdo de la "igualdad de derechos" para todos los seres humanos (absurdo al que la Revolución Francesa tiene que agradecer su prestigio dentro y fuera del país), habría sido inimaginable en una Europa pagana. Desde el comienzo de los desatinos judíos originarios sobre el absurdo de la "igualdad de derechos" de todas las almas humanas, se va deduciendo la "dignidad para todos los hombres" a los ojos de un dios filantrópico que habría permanecido imparcial.

Esa que entre nosotros comprendemos perfectamente y a la que me referí como la filosofía de la cruz gamada -expresión tomada de su aspiración más profunda- es la única filosofía satisfactoria que puede afrontar con serenidad las adversidades inmediatas y futuras. Ninguna propaganda democrática humanitaria o cristiana, ya sea directa o encubierta, puede cambiar a estos hombres. Ellos constituyen esa minoría elegida de verdaderos nacionalsocialistas, que a su alrrededor, algún día, -trás un cercano derrumbamiento- se agruparán los últimos intrépidos de las razas arias, para comenzar un nuevo ciclo histórico bajo las ideas inmortales de Hitler.

CAPITULO II

LOS CORTOS DIAS DE LA GLORIA

" En parte alguna del mundo existe un amor tan apasionado de millones de personas por uno solo ser..."

Dr. Otto Dietrich

" ¡ Alemania despierta ! "

Dietrich Eckart

Hubo un tiempo en el cual la personalidad de Adolf Hitler dominó la conciencia de Europa, en que su voz conmovió a millones de hombres; en que fue ovacionado por millones en las ocasiones solemnes -fue el ídolo de una nación a la que había guiado desde el abismo a una grandeza sin par. Hubo un tiempo en que Alemania fue rica, fuerte y llena de confianza en si misma, en que el Pueblo, de nuevo vigilante, estuvo abastecido de comida sana, buena ropa y magnificas viviendas, en que era una dicha trabajar en común por un porvenir en el que se creía; vivieron todos como nunca lo hicieron antes, bajo la autoridad fuerte y sabia de su Führer, que tanto les amara como antes nadie lo había hecho.

Hoy apenas se puede creerlo. Parece tan irreal como una fabulosa historia de otro mundo. Y sin embargo es cierto. Hubo de veras tal época, y ni siquiera se encuentra tan lejana. Entusiasmo colectivo era muy habitual por aquel entonces en Alemania, como el miedo y la amargura lo son desde entonces. Paradas militares, marchas de juventud, encuentros colosales de multitudes, eran fenó-

menos habituales. Se podía ver desfilar a los batallones pardos delante de casa y escucharse los impresionantes sones del Horst-Wessel-Lied como algo natural. Allá donde se iba se veía siempre el retrato del Führer. Se saludaba a los compañeros en las oficinas y fábricas, a los amigos en la calle, en los tranvías y autobuses, por doquier, con el brazo derecho extendido y levantado, y con las dos palabras mágicas que exteriorizaban todo el afecto y veneración por el Führer semejante a los Dioses, todas las esperanzas y sueños, todo nuestro orgullo, toda la alegría por aquellos días soberbios: " ¡Heil Hitler! ".

El embajador alemán saludó al rey de Inglaterra, que en aquellos tiempos también era emperador de la India, con esta actitud y palabras de triunfo. Inglaterra estaba asombrada, pero nada dijo. Nada pudo decir pués nada tenía que decir al respecto. Un solo hecho debía considerarse: él de que Hitler gobernara sobre más de ochenta millones de hombres que le veneraban y de que en poco tiempo en este Pueblo nació un alma nueva (o mejor, que había resucitado en el Pueblo la antigua, genuina y perpetua alma aria..." ¡Alemania despierta!"). Estas palabras del poeta del Nacionalsocialismo no se debieron a un homenaje rendido sino que fueron para el llamamiento al combate del movimiento; no se escribieron sólo en los estandartes de las formaciones del Partido, sino que también sonaron en el corazón del Pueblo alemán como un signo sobrenatural que resucitase a los muertos a la vida. Y realmente Alemania despertó.

Los pueblos de la tierra lo contemplaron, algunos ya con envidia llena de odio y miedo, muchos con verdadera admiración, algunos con cariño, y con la certeza de que el Orden Nuevo de Hitler daba el primer paso que ellos siempre habían deseado dar en contra de un mundo semejante. ¡Fueron días gloriosos!.

Alemania, sola, sin guerra y mediante su vigor, consciente de su derecho, había recuperado practicamente a todos los hombres de sangre alemana dentro de sus fronteras: el territorio del Sarre, Austria, y por último el territorio de los Sudetes llegaron a ser también parte del Tercer Reich. Pronto debieron seguir Danzig y el imposible "corredor" que a través del territorio alemán enlazó Polonia con el mar. Pero entonces Inglaterra declaró la guerra a Alemania. ¿Por qué la guerra? ¿Para con ello impedir a la ciudad de Danzig calificarse de alemanal?. No, al menos de cara a Inglaterra, la ciudad no tenía valor. ¿Para "proteger" a Polonia, acaso?. No, seguro que no, aunque los hipócritas también lo afirmen y los tontos lo quieran creer así. Polonia hubiese podido vivir bien sin el intempestivo "corredor". ¿Y si no lo pudo, a alguién le interesó algo?. No. Se condujo la guerra contra Alemania para destruirla; no por algún otro motivo. El invisible judío todopoderoso que dominaba Inglaterra -y aún hoy la controla- había resuelto que Alemania debía ser aniquilada, tenía que ser destruida, porque la odiaba. Y la odiaba no porque hubiese llegado a ser libre, fuerte y orgullosa, siendo una amenaza (que no la decadencia) para la paz en Europa, sino porque la Alemania nacionalsocialista, la Alemania de Hitler, era la del heraldo que había despertado el alma aria en todo el mundo y era una amenaza muy cierta para la continuidad de la dominación invisible judía en todos los gobiernos llamados "nacionales".

Pero no era fácil despedazar a Alemania. Contestó a la agresión del hebreo y de sus aliados mediante una sucesión de victorias que dejaron al mundo admirado. Su avance en todas direcciones parecía irresistible. A mediados de 1942 se podía creer que el Orden Nuevo, que ya se extendía sobre Europa, pronto se convertiría en un orden mundial. Desde las costas más septentrionales de Noruega, en la proximidad con el Polo Norte hasta la costa libia, y desde el Atlantico hasta el Cáucaso y el Volga, se obedecían las palabras y órdenes del Führer, mientras que su valiente aliado, Japón, apto para la lucha en el Lejano Oriente, ya era amo del Pacifico, de Indonesia y practicamente todo el territorio de Burma,

esperandose que de un momento a otro traspasaría la frontera india con sus ejércitos para tomar Calcuta. De momento no había aún indicios adversos en Rusia. Y era totalmente natural que se esperase de los caballeros alemanes que prosiguieran también su marcha triunfal a través de la interminable tierra allende la frontera -la misma antiquísima marcha de los arios hacia el este y el sur- para encontrarse con sus aliados en la Delhi imperial.

Con honda tristeza se vuelve hoy la vista atrás a este gran sueño perdido: al eco del Horst-Wessel-Lied en la majestuosa soledad rocosa del desfiladero-Khyber, al recibimiento de Adolf Hitler -del Führer del mundo- en la historica capital oriental. No era algo imposible. En su momento parecía ser -en todo caso para un observador en la India- la única conclusión lógica de la Segunda Guerra Mundial. El momento crítico favorable a las fuerzas de la desintegración no había llegado todavía. Y fueron pocos, si es que los hubo, ni siquiera en Europa -al parecer en círculos bien informados- los que pudieron predecir que pronto todo tomaría un rumbo bien diferente. Eran aún grandes días, días plenos de confianza, llenos de esperanza. Días, en los cuales a pesar de la tremenda dilatación de la guerra uno se sentía fuerte y feliz, donde uno siempre se entretenía. Días, en los que se creía que todas las austeridades, todos los sufrimientos, pronto se olvidarían con la alegría y la gloria "hacia la victoria".

Pero precisamente por este motivo se ignoraba -se podía hacerlo en aquellos días- quien era y quien no, un verdadero nacionalsocialista; aún se podía saber, quién en el ancho mundo, fuera del "Partido", creía lealmente en la ideología de Hitler, quién era un auténtico amigo de la Alemania nacionalsocialista, y quién unicamente fingía serlo.

Hasta 1942, toda Alemania pareció ser un solo corazón y una sola alma con el Führer. Alemania entera no lo era evidentemente (puesto que la guerra siguió su curso), pero tan así lo pareció que también en los territorios ocupados cada vez más gente comprendió que la propagación del Orden Nuevo ya no se podía impedir y que era lo mejor que podía hacer para colaborar con la triunfante Alemania. En Asia millones de personas siempre sintieron, con la certera elemental concepción de los primitivos y la inspiración más sublime de las almas de evolución más elevada, la trascendencia y el valor que tendría la victoria de Hitler para el mundo entero. Sintieron también desde nuestro punto de vista: el que implicaría un mundo mejor: El final de una ya larga y detestada dominación; la conclusión del capitalismo y además en muchos casos, el triunfo de ideas antiquísimas, que eran contempladas como tradición natural: La victoria de un espíritu en el que confiaban desde hacía millones de años. Deseaban la victoria. Si la guerra en 1942, con la derrota de la Rusia comunista y de las democracias occidentales, hubiese encontrado un final y los ejércitos del Eje ,del este y el oeste, se hubieran encontrado en Delhi, entonces no sólo en Alemania se habrían dado gritos de júbilo como uno bien se puede imaginar, sino que también el mundo entero (a excepción de los judíos y una pequeña minoría de tercos demócratas y marxistas) habría desencadenado un interminable grito alegre de "¡Heil Hitler!". Estas palabras mágicas habrían sonado triunfantes desde Islandia a Indonesia.

Pero nunca se habría sabido hasta que punto vendrían del corazón de los hombres o sólo habrían sido el efecto de una sugestión masiva. Los hombres débiles y los hipócritas -los siervos del tiempo- nunca habrían "cambiado de opinión"; los poderosos traidores -en la misma Alemania- hubieran continuado con su trayectoria. Los verdaderos traidores habrían estado siempre prevenidos para esconder sus verdaderas intenciones. Más de uno de estos canallas habría sido honrado y recordado como miembro relevante de la jerarquía en el poder y como un portador del triunfos entonces vigentes; ¡pués incluso hubo tales dentro del Partido nacionalsocia-

lista!

Ellos solos se pusieron en evidencia cuando el rio de los acontecimientos tomó un viraje fatal. Cesaron de esforzarse por disimular en sus dudosos negocios, de tal suerte que alguno de ellos se descubrió como traidor. Sencillamente es sorprendente el hecho de que no se descubriera con anterioridad a estos traidores. Un traidor de la talla del Almirante Canaris permaneció en su alto cargo de Jefe de la inteligencia alemana hasta 1944 sin levantar sospecha alguna. Si no hubiese sucedido ese complot abominable contra el Führer en julio de 1944 en el que él tomó parte, ¿quién sabe si nunca se le hubiese descubierto como traidor?. Muchos otros trás la guerra y el desastre, se mostraron inmediatamente como traidores, cuando era rentable contar y demostrar al mundo que se era enemigo del Nacionalsocialismo. De haberse ganado la guerra, se habría podido ver a un muchacho como Hjalmar Schacht en las solemnes reuniones con la cruz gamada en el brazo; él habría estado al lado de los verdaderos nacionalsocialistas como si hubiese sido uno más entre ellos. Ahora, en 1948, son sus escritos y manifestaciones de diferencias con Hitler, demostraba la clase de hombre desleal que era y que había sido en todos esos años. Hubo miles de tipejos semejantes en los días gloriosos. Hubo millones de hombres débiles que no eran ni buenos ni malos y cuya lealtad al gran hombre - al que tan a menudo habían aclamado apasionadamente- fue superficial al desvanerse por completo "bajo la dureza de la guerra total" . Pero estuvieron también aquellos cuya fidelidad inquebrantable, cuyo coraje y firmeza, no conocieron límites; cuya actitud nacionalsocialista de las ideas y de la experiencia creció y arraigó profundamente en ellos.

Había oro, metal base y cieno bajo los llamados nacionalsocialistas en los últimos días de la gloria. Ahora, después que todo se perdió, la inmundicia prefiere el partido democrático; la buena gente está aún en el lugar justo. El metal base todavía resiste, más no cuenta ya; y no reclama abogar por ideología alguna. El oro se ha quedado solo, y está más presente hoy en Alemania de lo que el mundo pueda imaginarse. También se le puede encontrar entre

los pocos -muy pocos- nacionalsocialistas extranjeros que trás la derrota de Alemania permanecieron fieles a Adolf Hitler y sus ideales; entre ellos Sven Hedin y un puñado de otros pocos hombres conocidos de diferentes nacionalidades.

CAPITULO III

AHORA LA PRUEBA

"Vosotros sereis probados como el oro en el fuego".

La Biblia

"Somos el oro claro que en el crisol es puesto a prueba. ¡Permite al horno flamear y hervir! ¡No hay nada en pie que pueda destruirnos!"

(de una octavilla nacionalsocialista, que fue repartida en la Alemania ocupada de 1948)

Hay que haber visto con los propios ojos las ruinas en Alemania para saber la dimensión que ofrece la religión del odio. De seguro Londres también fue bombardeado y así como otras ciudades inglesas y del continente. La guerra es la guerra. Pero este bombardeo fue completamente diferente. ¿Qué fueron la media docena de disculpables incursiones aéreas de los japoneses sobre Calcuta en comparación a los ataques aéreos sobre Londres?; por otra parte, ¿qué fueron estos últimos, parangonados con el bombardeo infernal de Alemania, noche trás noche, por medio de los aviones aliados que llegaron a centenares de una sola vez?.

Lineas anchas y lúgrubes de fósforo cubrían el cielo. En su luz blanca y brillante se podía ver las siluetas de la ciudad por última vez. Un par de segundos más tarde todo el lugar era pasto de las llamas; un par de horas más tarde era un campo en ruinas en el que el fuego todavía quemaba lentamente. El suelo mismo, impregnado de fósforo, ardió lentamente aún durante días y días. No una, ni diez o veinte, sino todas las ciudades alemanas fueron sometidas a la mis-

ma destrucción metódica por los adversarios del Orden Nuevo - por "los cruzados de Europa", tal como los soldados americanos se denominaban a sí mismos-. De esta manera quisieron castigar al Pueblo alemán que amó a Adolf Hitler, su Führer, su salvador y su amigo. Así castigaron a Adolf Hitler que amó al Pueblo alemán y por ende a la raza aria más que a cualquier otra cosa en el mundo; por causa, se arriesgó a desafiar el poder del judío invisible entre bastidores de la política internacional. Los bellacos que habían tramado y perpetrado este bombardeo inhumano sabían que ello sería el camino más seguro para torturarle cuando infligieran el terror y el padecimiento a su Pueblo desamparado. Demolieron Alemania con el objeto de que él pudiera verla destruida. Quemaron miles de alemanes vivos -que en el fango ardiente de la calle no habían podido cruzar al quedarse clavados, o se carbonizaron en los sótanos donde estaban apiñados para protegerse- de tal suerte que el pensamiento en su muerte horrible le debió perseguir día y noche. Convirtieron toda la nación en un montón de ruinas humeantes, de modo que el pobre gran hombre debió sufrir incluso más que los hombres y mujeres que de hecho fueron alcanzados por las bombas de fósforo.

Los destructores más eficaces de todos los tiempos, los asirios en la antigüedad y los mongoles en la Edad Media, fueron en la guerra bastante radicales; realmente casi tan radicales como los soldados de la hostil fuerza aérea que ayer mismo arrojó fuego y azufre sobre la desafortunada Alemania. Pero ni siquiera aquellos exhibieron una voluntad tan hostil para extinguir a un Pueblo enemigo. Con toda certeza, los mongoles respetaron a las apetecibles mujeres como concubinas y esclavas, a los útiles artesanos y a los niños que no eran más altos que la rueda de coche. El ejército del aire de las naciones aliadas no perdonó la vida a nadie. El único pueblo que en tiempos antiguos se evidenció tan entusiasmado como ellos con las matanzas (en cuanto que permitió el procedimiento de la conducción de la guerra) es el judío. Basta consultar los relatos monótonos pero reveladores sobre la conquista de Canaan por el

arrogante "pueblo elegido" en la Biblia -todos son relatos de fuentes israelitas desinteresadas-, para comprender lo que quiero decir. Pero ni siquiera los israelitas aplicaron jamás tanto odio contra una nación enemiga, como el odio fanático, tenaz, y desde luego metódico que reunieron contra un hombre singularmente grande. Esto quedó reservado en esta guerra a los arios y semi-arios o a sus actuales descendientes como pago.

¿Quién era ese hombre odiado, Adolf Hitler?. Él era el primero que después de todo, se había esforzado por devolver a toda la humanidad aria, no sólo fuera sino también dentro de Alemania, una conciencia colectiva y un orgullo común; él fue no sólo él que después de haber hecho todo lo inimaginable para evitar la guerra, había ofrecido tres veces una paz honrosa a Inglaterra; era también el hombre que perdonó la vida a los restos del huidizo ejército británico cerca de Dunkerque, y se resistió a invadir Inglaterra para completar su victoria, ya que siempre había creido en su amante corazón que Inglaterra comprendería la sinceridad de su gesto y renunciaría a su demente política antialemana, ayundándole a erigir un mundo hermoso sobre las ruinas del único enemigo de una humanidad superior: el poder del oro del judío internacional.

Este es el único hombre contra el que desataron su barbarie total que habían ido acumulando dentro de sí durante siglos.

Hoy, cuando se anda en medio de las calles bombardeadas de Hamburgo, Colonia, Coblenza, Berlin o cualquier otra ciudad alemana, cuando por la ventana del vagón se escrutan esas ruinas kilometricamente largas en cualquier parte del país, -- muros tan largos como la vista alcanza, carbonizados y de abruptos contornos que se recortan sobre el cielo gris, azul o en el resplandor del ocaso, imposibles montones de hierro retorcido, de piedras y bloques de cemento desprendidos, amontonados en lugares desolados e interminables donde un día imperó una animación floreciente, donde antaño los hombres eran dichosos, donde el Führer dió la mano a niños menores de cinco años -- cuando se ve eso y se recuerda el infierno que se desató y la terrible desolación que produjo, entonces

se recuerda no sólo los días gloriosos de preguerra sino además que "todo lo hicieron para borrar a la nueva Alemania".

Este recuerdo evoca también otro aspecto distinto: la playa sucia de Dunkerque y los deplorables supervivientes de la tropa de avance británica que se habían juntado allí a principios del verano de 1940; despedazados y desgarrados; heridos y hambrientos, pero sobre todo, tan asustados como animales acosados, que ya no supieron ayudarse; ante sí el mar atronador, las divisiones alemanas trás de sí, en torno a ellos lluvia, relámpagos y la noche oscura por todas partes; así esperaban con miedo y sobresalto el único destino que parece ser se les designaba: la muerte. Hubiera sido algo muy simple para el triunfante ejército alemán avanzar y haberlos matado a todos para así alcanzar el final de la guerra. ¡Oh, qué fácil hubiese sido!. Pero las órdenes vinieron de arriba -para estupefacción de los Generales y soldados que marchaban hacia adelante-, ordenes de ese hombre al que combatió Inglaterra pero que él no lo hizo, del generoso, amante y confiado Führer alemán que no conoció enemigo alguno entre los arios desorientados, de entre los cuales se configuró a la mayoría del ejército británico ("¡Dejad varios kilómetros entre ellos y el ejército alemán!" ; con otras palabras: "¡Perdonadles la vida! ¡Dejadles en paz esperar a sus buques para que alcancen la costa inglesa sanos y salvos!") 1). Fuese lo que fuese, el mando supremo de las fuerzas armadas alemanas tuvo enfrente a sus agresores vencidos, pero una orden era una orden, fuese la que fuese. Los

1) Churchill ofrece en sus "Memorias de la guerra" otra interpretación sobre estas órdenes del Führer al General Halders, el Jefe de Estado Mayor alemán. Esto era sencillamente de esperar. Escribe:

" él (Hitler) estimó que no podía sacrificar unidades armadas inutilmente, ya que en el segundo tramo del combate serían importantes. Creyó sin duda alguna que su supremacia aérea sería suficiente para imposibilitar una evacuación a gran escala por el mar. Por eso mandó a Halders -después de su informe- a la puesta en práctica de la decisión de que las formaciones armadas se detuvieran y se replega-sen las cabezas. Así, dijo Halders, quedó libre el camino a Dunkerque para el ejército británico.

Otros generales alemanes informaron casi lo mismo y dieron hasta entender que las órdenes a Halders habían sido determinadas por un motivo político, es decir, con ello aumentan las probabilidades para la conducción de la paz con Inglaterra, después de que Francia hubiese sido vencida".

"Churchill. Memorias de la guerra II"
Capítulo: "The finest hour"

El presumible "diario oficial" del cuartel general del General Rundstedts, el supuesto "al mismo tiempo" de los acontecimientos debe estar escrito y basado en la declaración de Chur-

restos de cuerpo expedicionario inglés pudieron vivir y repatriarse; pudieron descansar y de nuevo combatir.

Se recuerda este acontecimiento de la Segunda Guerra Mundial cuando se ve las ruinas de todas las ciudades alemanas, el estado de los hombres y las mujeres en los territorios superpoblados en que tienen que vivir, y toda la miseria, toda la amargura como resultado de los infernales bombardeos: ríos de fuego, toneladas de fósforo, que durante cinco años se vertieron despiadadamente sobre su Pueblo -- éste fue el agradecimiento de Inglaterra a favor de Hitler, que había mostrado clemencia a los soldados ingleses en la hora del triunfo. Estas fueron las gracias de los EE.UU. por sus órdenes de no matar a los paracaidistas que fueran hechos prisioneros sobre el suelo alemán. Esta fue la gratitud de los indignos arios de Rusia y del oeste frente al Hombre que les amó como raza y que había soñado para ellos un tiempo de gloria y crecimiento, codo a codo son su propio Pueblo en un mundo que sería liberado de la tiranía del capitalismo.

Bajo el terror continuo sufrió el Pueblo alemán, primero con la esperanza de que el tormento pronto terminaría y que el triunfo estaría próximo; y después, poco a poco, cuando los meses transcurrían y no aparecía ningún indicio de mejora, sin esperanza. Los trai-

chill de que las órdenes de disposición deben ser dadas por el General Rundstedts, es muy probable que no hayan sido escritas "al mismo tiempo", sino después de la guerra. He llegado a esta convicción mediante el siguiente argumento:

El 6 de abril de 1949 me dijo el Coronel Ed.Vickers, gobernador británico en la prisión de Werl, donde yo misma me encontraba como presa política, que "los presos políticos sean los últimos a los que las autoridades británicas concedan alumbrado después de las veinte horas en su celda, para con ello facilitarles escribir" *("Yo justamente había solicitado una iluminación especial, que no me fue prolongada"). "Pero"*, el Coronel Vickers añadió, *"a los que escriban para nosotros, hagan algún trabajo confidencial en nuestro interés, se les ofrecerá todo tipo de facilidades"*. Por otra parte me contó un agente responsable de la policía británica en Düsseldorf que me quiso mostrar (y con ello impresionarme) cuan *"buenos"* y *"suaves"* eran los ingleses en Alemania, que al General Rundstedts le habrían durado todas las ventajas posibles en la prisión -no sólo luz eléctrica fuera del tiempo establecido y el permiso para escribir, sino que hasta estaba autorizado a abandonar la cárcel "bajo palabra de honor", lo que era mucho realmente. Yo no quisiera ser injusta, especialmente con ningún General alemán, pero no me sorprendería si sus diarios, que Churchill cita, se trataran de otro "trabajo secreto en favor de los interés de los ingleses" de la categoría de los que el Coronel Vickers tenía el deseo de que llegarán a sus manos.

dores, como apunté en el capitulo precedente, se hicieron cada vez más desvergonzados. Y el descontento creció entre el pueblo sencillo, que no podía concebir que algo pudiera ser peor -incluso a la capitulación incondicional- como lo que aguantó.

En mayo de 1945, cuando Alemania efectivamente reconoció la derrota, pareció estar muy poco sobrada del espíritu maravilloso que tan vigorosamente había animado al Pueblo entre ambas guerras mundiales y el comienzo de última de estas. Desde el este y el oeste cayeron ejércitos enemigos sobre la inerme Alemania para ocuparla. Fueron tan codiciosos, brutales y llenos de odio, como "antinazistas", declarándose partidarios de la implantación de la ideología marxista o de la forma de democracia más tonta e hipócrita.

La mayor parte de la atormentada nación soportó las incursiones con la cansada resignación de los hombres que simplemente ya habían alcanzado el límite del padecimiento posible.

La horda del este violó a todas las mujeres que logró atrapar; robó todo lo que simplemente soñó, arrojó a millones de alemanes de sus hogares y dejó entrar en su lugar a rusos, polacos y checos. La cuadrilla del oeste, aún cuando se condujo con menor brutalidad respecto las mujeres, asimismo fue en otros aspectos dificilmente superable.

Los franceses evacuaron gente de los trenes bajo los subterfugios más gratuitos; lo he podido observar hasta ahora, tres años después del final de la guerra, y puedo imaginármelo bien en 1945. Se pavoneaban ostentosamente por las calles cargados con alimentos delante de la población hambrienta. Trajeron aquí a sus familias para ocupar las mejores casas sobrantes, alimentarse a expensas de la extenuada Alemania, engordar y echar tripa. Los ingleses y americanos hicieron más o menos lo mismo. Cuando deseaban un alojamiento confortable, donde les gustaba, daban a la gente una hora y cincuenta minutos de tiempo para abandonar su vivienda e irse a cualquier otra parte. Por regla general transformaron las viviendas en cochiqueras en un par de días y antes de marcharse se

llevaban consigo todas las cosas que les parecían valiosas. Construyeron un "club de la victoria" de una suntuosidad espectacular en medio de las ruinas de Hamburgo, tiraron abajo -como los rusos- todos los retratos y testimonios del Führer de los edificios públicos, quemaron toda literatura nacionalsocialista que les cayó en las manos, para acabar persiguiendo con odio sistemático a todos aquellos que, sabían o creían saber, eran nacionalsocialistas.

No le fue permitido a nadie, hubiera cual hubiese sido su status profesional, conservar su antiguo puesto de trabajo. En realidad, a la mayoría ni siquiera le fue permitido trabajar en algo. A miles, fueron apresados, encarcelados, terriblemente torturados, enviados a campos de concentración o condenados a muerte. Entre estos estaban los más estrechos colaboradores de Hitler, representantes del gobierno nacionalsocialista, los Generales del ejército alemán, los Jefes de los regimientos SS y de las organizaciones juveniles -algunos de ellos, los mejores caracteres del momento actual. Durante semanas, meses enteros, realmente a lo largo de más de año y medio se extendió el demasiado famoso proceso de Nüremberg, de 1945 a 1946; la más repugnante de todas las parodias de tribunal que los hombres desde el comienzo de la historia nunca antes habían puesto en escena. Terminó como todos saben, con el ahorcamiento, en el métodomás lento,cruel e inaceptable de los hombres (cada ejecución duraba aproximadamente veinticinco minutos), cuyo único crimen fue haber cumplido con su deber sin haber tenido el éxito de ganar la guerra. Este espanto tuvo lugar en las ruinas de una ciudad medieval, en Nüremberg, que aún hacía pocos años había asistido a la gloria de la renacida Alemania en su magnificencia imponente de los congresos anuales del Partido del Reich.

Cuando en America (USA), entre ambas guerras, un par de comunistas italianos (Sacco y Vanzetti) eran juzgados y ejecutados, se levantó una tormenta de indignación por todo el mundo. Se fijaron carteles en los muros de infinidad de lugares y se impidieron en todas las grandes ciudades de Europa manifestaciones para protestar contra la ejecución de ambos mártires marxistas. Los años

1945, 1946 y 1947 no se notaron en la Europa abandonada (o en el mundo abandonado de aquel entonces) ninguna de esas protestas en favor de las veintiuna víctimas del juicio de Nüremberg o de los miles de nacionalsocialistas que, del más grande al más pequeño, fueron marcados a fuego por sus perseguidores como *"criminales de guerra"* y como tales, sentenciados mediante los *"juicios de embuste"* aliados en la Alemania ocupada. Nada; a lo sumo en los paises neutrales hubo, en los comentarios ocasionales de unos pocos pueblos sobre los sucesos corrientes, un par de platónicas insinuaciones sobre la ilegalidad de las sesiones del tribunal -y uno o dos pequeños titulares sobre ello- y todo con la mayor número posible de palabras suaves. Por el contrario se destacó, bien el placer impetuoso de los ganadores salvajes ante los sufrimientos de sus enemigos cautivos, o bien la todavía repugnante autocomplacencia de los fariseos bribones y locos; las lecciones altaneras de los denominados a sí mismos "reformadores de la humanidad", que entonces esperaban que los alemanes, trás ese histórico *"juicio"*, finalmente *"aprendieran su deber"*, es decir, renunciar al Nacionalsocialismo y como buenos chicos mantener una linea con la ideología del vencedor; se oyeron coloquios en la radio sobre el retorno paulatino del Pueblo alemán a los *"ideales de la civilización cristiana"*, ahora que los *"monstruos nazis"* habían muerto.

Recuerdo bien esa alegría -e hipocresía- tonta, vulgar, cruel, repugnante y maliciosa de los monos angloparlantes de todo pelaje por este crimen; uno de los mayores de la historia. Tal vez nunca se haya podido sentir con tanta fuerza que clase de maldición es ya de por si la existencia de la civilización cristiana. Los paganos nunca habrían condescendido hacer tal vileza. A ciencia cierta no habrímos utilizado métodos semejantes si hubiesemos ganado la guerra -- nosotros, cuya meta era levantar el orgulloso espíritu pagano entre los arios de todo el mundo. Habríamos borrado toda oposición pero nunca habríamos montado un teatro judicial tal, para condenar a nuestros enemigos, y hasta incluso habríamos tratado de convertirlos a nuestra filosofía. ¡Oh, no; sabemos matar y morir, pero desco-

nocemos como deberíamos mentir para justificar nuestros actos a nuestros propios ojos y los de otros pueblos. Nuestra única justificación es la victoria del Nacionalsocialismo -de la organización de una jerarquía armoniosa de las razas humanas, bajo la jefatura de una raza semi-divina aquí en la tierra. No necesitamos ninguna otra cosa. Nuestros enemigos -con excepción de los comunistas que son igual de sólidos y serios que nosotros- nos persiguen en nombre de un *"moral"* en la que ni ellos mismos creen. Les despreciamos en el fondo de nuestro corazón. Les despreciamos más de lo que les podríamos odiar jamás. Puede ser que perdieramos la guerra, o para ser más exactos, hombres débiles y traidores en extremo (sustituyamos inmediatamente la palabra: nazis, por la de: antinazis) la perdieron por nosotros. Pero lo preferimos a perecer en la sombría infinidad del tiempo, tal como un relámpago en la noche que ya no deja trás de sí registro del hecho de su existencia corta, bella y efímera, como tampoco a aceptar ni una sola de sus *"virtudes"* democráticas.

Pero el alma nacionalsocialista -el alma aria que por fin trás mil quinientos años de sueño revivió de nuevo- no está dispuesta a morir otra vez. Erguida, invencible y purificada como nunca por los padecimientos mencionados, se expresa con total resplandor -si se toma las molestias de agradarla- en los ojos de cada alemán que sea merecedor de ese nombre, en señales mudas, en el murmullo, en una voluntad sobrehumana por vivir y conquistar de nuevo; en una magnífica obstinación en contra de la vejación y la muerte, y en una resistencia contra la persecución, la cual, vista desde un mero criterio estético, apenas encuentra algo parecido en la historia del mundo.

En 1945, cuando la Alemania dividida y destruida, arrollada por ejércitos enemigos y saqueada por las ávidas potencias de ocupación, fue puesta en la picota por un mundo completamente cobarde, apena pudo hacer, decir y pensar nada. Como un boxeador, que por un momento queda tendido vencido en el cuadrilátero, así

estuvo Alemania de aturdida. Apareció el suicidio; se narraron también evacuaciones a gran escala desde la ocupada zona sovietica hacia Siberia, mientras que la totalidad de la población alemana de Prusia oriental y occidental, de los Sudetes y Silesia, así como de Pomerania Ulterior -sobre dieciocho millones de personas- era arrebatada de su patria por los rusos y checos; famélicos, extenuados del todo (o aún peor), eran embalados como mercancias en el vagón del ganado y desparramados por el resto de Alemania. Por todo el país tuvieron lugar incendios intencionados y vilezas en una escala como no se la había conocido desde hacia siglos. El mero hecho de existir una casa habitada o que había estado habitada por nacionalsocialistas, daba la legitimidad suficiente a los criminales de la vecindad para buscar un *"botín"* a asaltar, porque sabían que ahora podían hacerlo impunemente. Ningún hombre o mujer que se sabía que habían sido partidarios leales de Hitler, estaban seguros en la calle o en casa. En un abrir y cerrar de ojos llegaban los intrusos, respaldados por los judíos alemanes, y todo símbolo externo de la dominación nacionalsocialista era abolido por completo 1).

En oficinas , en cafés, en estaciones destruidas, en cada lugar público, representantes de las fuerzas de ocupación con ayuda de algunos canallas del lugar echaron abajo todos los retratos de Hitler con un placer enorme. Cada golpe que daban, cada cuchillada o golpe pesado en el cartón o la madera, cada papel roto, cada vejación sobre los restos de esos días gloriosos o de la Swástika sagrada, suponía para ellos una nueva prueba de su triunfo sobre el Nacionalsocialismo.

Al nacionalsocialista honrado que casualmente pasaba por allí (al único entre miles, al que el hambre momentánea y la penuria todavía no habían acallado todo idealismo en aquellos días horribles), impotente se le llenaban los ojos de lágrimas y el corazón le rezumaba ira. Ya había observado ese día una docena de escenas de barbarie similar y antes aún más. En los kioskos había leído los titu-

1) Estamos acusados de haber matado ¡Dios sabe! cuantos *"millones"* de judíos". Es curioso -por expresarlo suavemente- saber que otros tantos vivían todavía en Alemania sin ser molestados en el momento de la capitulación.

lares de los diarios, que ahora controlaban los aliados, anunciando las detenciones de importantes nacionalsocialistas. Había visto como los soldados de las democracias triunfantes se concentraban y marchaban por las calles, y como sus oficiales entraban y salían del club que fue construido de prisa en medio de las ruinas de su ciudad. Supo que durante meses, quizás durante muchos años, semejantes escenas serían sucesos cotidianos, tales noticias serían noticias diarias, y supo que el estado de la persecución, del abatimiento, del miedo y del odio a la vida marcaría a su orgullosa Alemania como algo *"normal"*. Sabía que ahora no había esperanza, ningún porvenir próximo para todo aquello que él amaba y por lo que luchó. Dió la vuelta a la cara de una hoja para no ver la marca de una pisada sobre el rostro de Adolf Hitler y sentir la alegría nauseabunda del mal ajeno en las caras de los por ahora vencedores.

Si algún día el Nacionalsocialismo ha de imponerse de nuevo - siempre que deba y pueda-, jamás romperá su unión con la idea sempiterna sobre la que el Führer había pensado erigir una verdadera civilización y una humanidad más hermosa. Todo lo contrario: quizás precisamente nunca como ahora se ha revelado tan importante el más grande europeo de todos los tiempos, visto con la gravedad de la adversidad y en medio de la persecución o en algo peor que la persecución: en medio de la indiferencia manifiesta de su propio Pueblo precisamente, en el que, a cientos de miles, a ha muerto todo deseo como consecuencia del bombardeo brutal durante cinco años y ahora el hambre y la pobreza, aparte del más elemental anhelo animal de alimento y calor, además del deseo de poder vivir tranquilos sin padecimiento alguno.

El joven fiel se apresuró el paso hacia su casa; llegó a un bloque de viviendas en ruinas; bajó algunos peldaños y alcanzó el único espacio habitable que se había conservado por los alrededores: el sótano en el que vivía con un amigo. Este lugar tenía en todo caso la ventaja de estar retirado, apartado de mirones y chivatos indeseables que transmitirían a las autoridades enemigas noticias complacientes contra verdaderos nacionalsocialistas. Abrió la puerta y la ce-

rró cuidadosamente trás sí. Entonces levantó su brazo derecho (en mayo de 1945) y saludó a su camarada con un *"¡Heil Hitler!"*, como en los días en los que ambos codo con codo, desfilaron en las filas de los Grupos de Asalto.

En el silencio del frio, húmedo y desconsolado lugar, en el que nada había de comer excepto un par de patatas cocidas de días anteriores, sonaron dos palabras místicas del amor, del orgullo y del poder claro y triunfante. El camarada se levantó, hizo el mismo gesto y repitió como respuesta, ahora como entonces, y como siempre: *"¡Heil Hitler!"*.

¡Salud, invencible Alemania!. Salud, que nunca haya una juventud aria agonizante; élite del mundo a la que es posible atormentar y dejar morir de hambre por los emisarios de los poderes oscuros, pero a la que jamás podrán someter. Esta sencilla profesión de lealtad de estos dos desconocidos pero auténticos nacionalsocialistas en el año 1945 es en sí ya una victoria. ¡Y no es la única!

En el invierno de ese espantoso año 1945 -¿o fué a comienzos de 1946?- el testigo ocular que me narró este acontecimiento ya no se acordaba con precisión; viajó en el tren a través del Sarrebruck que transportaba a miles de prisioneros de guerra alemanes a los diversos campos de concentración de la Alemania ocupada. Su único crimen fue el pertenecer a la élite del mando nacionalsocialista, a las SS. Los jovenes, apiñados, tenían que, quien sabe cuantas horas, permanecer de pie en el lóbrego y helado vagón del ganado, sin comida, sin agua, sin el más mínimo decoro humano. Marcharon a un destino que sería más horrible que la muerte, hacia sufrimientos atroces -- y lo sabían. Sin embargo, a pesar de que nadie podía verlos (porque el vagón estaba perfectamente cerrado; sólo estaba permitida una pequeña abertura de luz en la parte superior), se podía oírlos. Cantaban las canciones gloriosas de las secciones SS, a despecho de sus circunstancias más inmediatas y del espantoso futuro que les aguardaba. Cuando el tren pasó por delante de una multitud murmurante que formaba corro en el anden, estas canciones de sobra conocidas, lograron la tranquilidad -- con el mismo eco a co-

mo y cuando en los grandes días del Nacionalsocialismo-, la certidumbre del poderío indestructible y asímismo la promesa de una nueva elevación en medio del martírio alemán 1). Estas conmociones tan íntimas hicieron brotar las lágrimas. También me sucedió lo mismo cuando me fue relatado -tres años más tarde- este suceso.

El tren pasó de largo y desapareció en la distancia. No se pudo oir ya el canto de los hombres SS. Pero se sabía que los jóvenes guerreros aún cantaban. Se recordaron las palabras que salieron de sus labios -el lema de su futura existencia- durante varios meses, tal vez durante muchos años, con anhelo, miedo y angustia mortal; en medio del tormento infringido por el judío cobarde y sus agentes, hasta el último minuto antes de la muerte 2).

¿Donde están ahora aquellos maravillosos jóvenes nacionalsocialistas, verdaderos hombres entre pitecantrópos, los seguidores de un Dios entre los hombres?. La mayoría de ellos probablemente estarán muertos en estos momentos o en prisión con la salud quebrada y sin esperanza futura de ser repatriados, destruidos mediante la *"maquinaria de desnazificación"* todopoderosa (toda esa organización de la desnazificación fue clamada por los 'Untermenschen' para aplastar en el polvo a todo lo que era fuerte, bello, lleno de vida, inteligente, orgulloso y digno de poderío -todo aquello que estos *"gusanos"* no pueden entender, y por lo tanto odian). Indudablemente este fue el destino de la mayor parte de ellos. Pero no de todos. Gracias a los Dioses arios que aman a la Alemania eterna y confían en ella, algunos mantienen milagrosamente su vitalidad junto con sus ideales nacionalsocialistas, y están a la espera -todavía en los KZ's o ya en su casa-, para ser guías en el combate futuro y volver a conquistar. Héroes dignos de la antigüedad -o incluso héroes de otros acontecimientos emotivos semejantes, de los que nada sé; donde siempre pués puedan estar los inquebrantables supervivientes de las inmortales SS y SA, ¡Les saludo!. ¡Quiera que la canción que salió del vagón de los prisioneros en aquella tarde he-

1) "Cuando todos se vuelven desleales, así permanecemos nosotros de fieles..."
2) "Fiel, como los robles alemanes, como el claro de luna y la luz del sol".

lada, cuando todo parecía estar perdido, vuelva a sonar el día menos pensado en las carreteras principales de Europa y Asia y que con la reanudación de la marcha, acompañe a estos héroes hacia el sur, hacia el oeste, hasta el fin del mundo! ¡Son dignos de ello! Nosotros somos dignos de ello -- todos nosotros, distantes o cercanos, que permanecemos fieles con acciones calladas o esperando tranquilamente a nuestro Führer y nuestros ideales, entre una multitud que ha perdido la fidelidad.

Las mayorías son siempre infieles. Las mayorías están compuestas de personas mediocres que no son ni buenas ni malas, a las que la seguridad y la comodidad de la vida diaria y sus apegos personales son más importantes que grandes ideales impersonales como los nuestros. Las mayorías responden abiertamente a los grandes ideales y muestran su adoración por el gran Führer mediante la palabra y la acción, pero sólo después, cuando están seguras de que su pan diario no se encuentra expuesto a peligro alguno y su vida privada no será destruida. Ni siquiera la mejor mayoría aria está libre de estas debilidades, y ni tan siquiera cuando hubiera sido posible, después de muchos años de dirección nacionalsocialista -cuando jamás será posible-. Aunque *en primer lugar* a la raza a este motivo, la personalidad, también se remite nuestra filosofía político-social.

Personalidad es siempre el privilegio de una minoría, y cuanto más fuerte, más consciente, más resuelta y por consiguiente más segura es, tanto mejor.

Sin embargo y a pesar de estos innegables hechos universales, sorprende a los nacionalsocialistas extranjeros el que se encuentre hoy en la Alemania ocupada no sólo pocos alemanes auténticos, sino que al contrario, se les descubra frecuentemente en las revoluciones que menos se espera. Contemplando a la más consciente población aria de Europa, se comprueba ya con desencanto, como es semejante

a la masa de todo otro grupo humano pese a trece años de régimen nacionalsocialista; pero por otro lado hay que reconocer cuan distinto se comporta *a la larga* incluso después de una experiencia tan corta como la que tuvo en el Orden Nuevo.

Como dije, la nación abatida está vacia -en apariencia- de todo signo externo nacionalsocialista (retratos y libros) y la población alemana permanece callada -no es por regla general comunicativa (no al menos a primera vista)- con respecto a la suerte del Nacionalsocialismo. Hablan de todo lo demás, unicamente de *"eso"*, no.

El extranjero que ha venido al país para *"poblar"*, que quiere comprar o vender, o el corresponsal de algún periódico democrático que quiere enviar *"interesantes"* artículos -el antipático excéntrico a cuyos ojos el nacionalsocialismo es una maldición, o toda política es algo indiferente- se contrae de hombros y dice: *"¡Ahora, probablemente estén hartos del bendito «régimen»! Es por eso que no se les puede reprender, viendo la gran adversidad en la que acabó todo"*. O bien por equivocación, vea en el Pueblo un rebaño pasivo que sólo tiene interés en comer y beber, en el trabajo diário, en el progreso material; que está dispuesto a seguir a todo aquel que les prometa estas cosas -y cumpla su promesa. *"¿Qué piensan ellos?"*, me dijo en Paris un alto cargo francés que había pasado tres años en Alemania, *"obedecieron a Hitler... en aras de su utilidad; por la oportunidad de enriquecerse a costa de otras naciones, para pisotear alrededor con sus botas y conducirse como delatores, tanto en el interior como en el extranjero. Sencillamente ninguno de ellos se preocupa lo más mínimo de ÉI, excepto un puñado de fanáticos. Se quejan sólo de la pérdida de sus ventajas y esperan al nuevo maestro, sea quien fuera, que les dará de nuevo desfiles y abundancia en todo. Esto son los alemanes"*. Le hubiera podido decir: *"No sea usted tan bruto, mi querido señor"*. Más no había ido allí a discutir.

Otras veces encontré al enemigo que se estableció aquí a partir de la capitulación, a los alemanes *"astutos"* y *"sin dignidad en su derrota"*, por citar la expresión de un oficial de la zona francesa, al cual hice una visita poco antes de mi partida a Francia (precisamente

hay que ver en sujeto una mera vida superficial, al que se desprecia enormemente desde el fondo del corazón, y con mayor serenidad ya que de lo contrario, se viviría peligrosamente). *"Hay"*, dijo el hombre, *"todo tipo de nacionalsocialistas, es decir, de los peores. Pero no se lo dirán a usted nunca. Nunca sabrá que piensan en realidad. He permanecido tres años en el país y hablo con conocimiento de causa. He trabado amistad con mucha gente. Pero sólo me encontré a uno -uno en todo ese tiempo- que me confirmó que él (o ella, si se tratara de una mujer) todavía estaba adherido al Nacionalsocialismo. Algunos dicen que ya me puedo dar por satisfecho por este motivo. Ellos no encontraron a ninguno"*. *"Mi querido señor"*, dije, *"ellos de ninguna manera son felices. He estado sólo una semana en este lugar, pero ya hice más de cincuenta caminatas; hombres y mujeres que me narraron que ... o me permitieron adivinarlo sin dificultadad alguna. Pero no abro más la boca y así no pueda usted suponer que clase de parroquiana soy, y para que no pudiera eventualmente empezar a preguntarme. Miedo ninguno; no molesto al dragón dormido. Usted no llegará a conocerme -ni a ningún verdadero alemán- antes de la liberación"*.

Ahora, además, el único inconforme que puede aguardar para llegar a conocer la auténtica Alemania es el honrado nacionalsocialista extranjero, y no aquel que unicamente reflexiona sobre lo expresado por el cargo francés; y no aquel que busca sus fines dentro de la tranquilidad, y de manera filosófica aguarda a la siguiente guerra para rectificar las cosas. Por contra, el nacionalsocialista activo, al que el Führer ama decididamente por arriesgar, al que el Pueblo alemán ama abiertamente por compartir con él la carga, la dureza y el acoso, este, que en su bella existencia en la pobreza, en la fidelidad y en el peligro sin ninguna otra protección que la que tiene de los Dioses inmortales, es una persona que tiene naturalmente hoy una idea muy acertada sobre el proceder de los alemanes como ningún otro inconforme, e incluso mejor que muchos alemanes mismos, pués posiblemente nadie tiene que temerle. Los adversarios directos del régimen nacionalsocialista le hubieran tenido miedo hace algunos años -saben demasiado bien que no puede ocasionarles ahora ninguna pérdida aún cuando lo quisiese de muy buen grado

(al contrario, son ellos los que le pudieran infligir todo el daño posible si consiguieran localizarle y lo querrían de muy buen grado. Pero ellos se expresan libremente y se vanaglorian de que ningún espectador pueda apoyar seriamente al régimen que aún odian, incluso después de su derrota. El nacionalsocialista extranjero percibe el peligro y tiene mucho cuidado para que no sepan realmente quien es). La mayor parte de los hombres no tienen inclinación política alguna, pero con la actual ola de persecución tienen miedo a decir cualquier palabra de alabanza de la época de Hitler; y tan pronto como saben con la persona con la que están hablando le hacen saber su más sincera opinión sobre todas las relevantes personas del Orden Nuevo. De vez en cuando hasta sin querer llegan a defraudarle, pero de seguro tienen confianza en él -precisamente *porque* es un nacionalsocialista.

Y sobre todo es él (o ella) en el único extranjero en el cual los nacionalsocialistas alemanes íntegros pueden confiar -que en estos días de prueba no sólo detentan su valor en sus convicciones, sino también saben estar preparados para, en la primera ocasión, entablar otra vez el combate y demostrarlo.

Es asombroso apercibir no sólo cuan conscientes, cuan vivos, sino también que gran número de nacionalsocialistas se encuentran dentro del exteriormente tranquilo y silencioso -*"egosita"* y *"falto de todo idealismo"*- promedio de alemanes sometido. Pregunté una vez a un hombre del que sabía que era un nacionalsocialista por los cuatro costados, como muchos otros que había en todo el país, por el número de verdaderos nacionalsocialistas en Alemania. Respondió ante todo con pesimismo: *"Muy pocos; acaso dos millones; con certeza no más de tres"* - *"Alemania es digna de dominar"*, respondí, *"si nada más que dispone alrededor de tres millones de tales hijos. Ese es un porcentaje muy alto"* (a este respecto creo que son mucho más de tres millones).

Tener la confianza de esa orgullosa élite de Europa (que también es la élite del mundo entero) en 1948, que sabe no poder confiar en nadie, es una experiencia muy emocionante para un nacionalsocialista extranjero en la Alemania de hoy. Hallarse en una

vivienda miserable en medio de una ciudad en ruinas o en un lugar solitario de alguna comarca, y escuchar personalmente palabras de inquebrantable lealtad a nuestro Führer y a todo lo que simboliza, es como para venir desde el otro extremo del mundo y vivirlo. Se trata aquí de hombres y mujeres que le aclamaron en los días gloriosos y le apoyaron en el cataclismo, y que durante estos tres años han soportado todo tipo de persecución posible por parte del enemigo. Hay aquí hombres y mujeres que jamás, ni siquiera en apariencia, estuvieron conformes con aquellos a los que aborrecen, lo que puede haberles costado muy caro; y estos hombres están ahora preparados, cuando todos parecen estar contra nosotros, a luchar de nuevo por el triunfo de sus ideas insignes. Para experimentar la camaradería de estos hombres vale la pena todo sacrificio; si podemos admirar en ellos el alma orgullosa de la Alemania eterna, debemos rendirles algo del futuro homenaje por toda la humanidad aria que tanto merecen mediante la participación con ellos en todas las durezas y peligros. Para ser también *"nosotros"* dignos de ganarnos ese derecho, haciendo así la vida más digna de ser vivida aun cuando se sepa que en cualquier momento, la propia carrera pudiera acabar en la cárcel o en un KZ.

Entretanto se tiene el placer, mientras se es aun libre, de desafiar a aquellos que ahora tienen Alemania bajo su látigo. Se les fuerza a sentir -a saber- que no pueden tiranizar el país por mucho tiempo. Se les hace ver que el poderío financiero es algo indudable - más no lo es todo; que no se puede preparar violentamente el final de una Weltanschauung mientras el ataque no lleve en sí una nueva mentalidad, como debidamente dijo nuestro Führer.

¿Otra Weltanschauung? ¿cuál? ¿qué tienen nuestros enemigos para ofrecer al mundo en lugar del Nacionalsocialismo? ¿en lugar de la más perfecta personificación de la élite de nuestro tiempo, aborrecida por ellos y que buscan destruir a toda costa? ¿en qué quieren basar el porvenir? ¿sobre el cristianismo, que de cualquier modo ya existe en el mundo? ¿o en esa otra farsa equiparable: la democracia?. *"Libertad de expresión para todos"*, excepto para los que

piensan por sí mismos y aman la libertad; *"Libertad de acción para todos"*, pero sin contar con los mejores hombres y mujeres que obrarían tal como piensan si consiguieran con ello el poder, y que piensan tal como nosotros; ¿la sistemática desviación al lugar equivocado por parte de la gente desleal?; ¿la expoliación de las riquezas de las naciones por bellacos inteligentes, la dominación de la escoria? ¿o por las obcecaciones del comunismo -por la más ladina de todas las masas-?. ¿Por esa filosofía que por fuera está equipada con muchos símbolos de nuestra Weltanschauung -y por ende a simple vista parece tan atrayente para los verdaderos aborrecedores del capitalismo- pero carece de los dos pilares fundamentales a los que nuestra fe tiene que agradecer su eterna existencia: el reconocimiento de la jerarquía natural de las razas, y de esta a la importancia de la personalidad tanto en la historia como en toda posición social?.

¿Esperan ellos seriamente que alguien que estudia el Nacionalsocialismo y lo que es más, lo ha experimentado, pueda dejarse engañar por alguna de tales aberraciones del espíritu humano?

El cristianismo contenta aun a los 'ciegos', los ancianos y débiles -- gente del tipo como esas necias viejas solteronas de Gran Bretaña, que hasta hoy en día se niegan a creer que sus compatriotas masculinos emplearon bombas de fósforo en la guerra y maltrataron prisioneros de guerra alemanes. Gente así de incrédula, que vive en un paraíso de locos, pasa sus últimos días tranquila, meditando sobre las posibilidades de un pretendido cristianismo esotérico (en contraposición al esoterismo general), y que de todos modos terminará por rehusar.

Pero millones de seres humanos del mundo entero no tienen tiempo para tales disparates, sea cual sea la denominación más acertada para esa 'filosofía'. Los Fuertes la desprecian. Hoy la democracia marca la última hora por el hecho de que los demócratas mismos saben que se trata nada más que de un montaje deplorable entre ellos. Y el comunismo, el auténtico comunismo, no el diluido absurdo que se aplica en el oeste, pudiera ser bueno para los kulis chi-

nos, así como la mejor ideología para las castas bajas de la India (para los antiguos parroquianos de los misioneros cristianos y para los que se convierten con facilidad al Islam) y las masas piojosas del norte de Africa y del Próximo Oriente; pero no para los hombres y mujeres activos de las razas superiores del oeste o el este -no, y muy particularmente cuando todos ellos llegan a saber lo que el fundador del Nacionalsocialismo ha hecho por los trabajadores-; no para los hombres que saben pensar, para los que ha despertado la conciencia aria - ¡no para nosotros, no!. ¡Deja pasar la ola del comunismo!. Puede inundar materialmente por algún tiempo toda Europa y prolongar nuestro tiempo de prueba. Pero su introducción se evidenciará en definitiva tan impotente como la *"Weltanschauung"* democrática. Nada puede destruir aquello *"que está edificado sobre la verdad"*. En estas palabras, que fueron divulgadas en una cuartilla nacionalsocialista en 1948 por toda Alemania, se encuentra una creencia de futuro. La verdad de nuestra filosofía político-social -- junto con el carácter de nuestros defensores, ahora, durante nuestro tiempo de prueba-- es el más fuerte garante que jamás pueda extinguirse.

Hoy sufrimos. Mañana quizás tendremos que sufrir aun más. Pero sabemos que no es para siempre -- ni siquiera tal vez por largo tiempo. Algún día, a aquellos de nosotros a los que se nos conceda ser testigos del inminente hundimiento y sobrevivirle, marcharemos a través de una Europa en llamas y cantaremos de nuevo el Horst-Wessel-Lied -- seremos los vengadores del martirio de nuestros camaradas y de todas las humillaciones y crueldades que nos fueron infligidas desde 1945; seremos los conquistadores del día, los constructores de un arianismo venidero sobre las ruinas del cristianismo, los soberanos de una nueva Edad Dorada.

CAPITULO IV

LA NOCHE INOLVIDABLE

"Cuando todo está perdido - cuando no tienes propiedad, amigo o esperanza alguna - , entonces vengo yo, la madre del universo".

(Palabras de la Diosa Kali a Vivekananda)

Volví de Suecia y através de Alemania y Bélgica fuí a Inglaterra. El tren marchó al encuentro de la frontera alemana, que cruzaría en el día 15 de julio de 1948 sobre las seis horas, cerca de Flensburg. Todos estos años había vivido a seiscientas mil millas, en India. Nunca había visto Alemania en los grandes días, bajo el mando de Hitler. Ahora los Dioses habían resuelto que podía contemplar sus ruinas. ¡Amarga ironía del destino!. "Es preciso encontrar una significación", pensé, "todo lo que hacen los Dioses posee un significado".

Viajaba -oficialmente- como encargada del vestuario de un grupo teatral. Quedé asombrada por la combinación de circunstancias favorables que finalmente me prepararon una nueva vida. Quizás nunca me había sentido tan dichosa como ahora, frente al gerente de una compañía teatral, que me había admitido por dos meses con destino a Suecia. Este viaje era para mi el agradable despertar de una larga pesadilla. Encontré en Estocolmo a un viejo amigo, el más fervoroso y tal vez el más inteligente de todos los nacionalsocialistas ingleses que casualmente conocí cuando viniendo de India llegué a Londres en el mísero año de 1946; un carácter hermoso, una persona frente a la que pude abrir mi corazón. Hablamos juntos y llegó a convencerme de que los acontecimientos, desde nuestro punto de vista, eran ahora un poco menos terribles. Por medio de este amigo pronto encontré otros nacionalsocialistas

suecos, hombres y mujeres sobérbios, de la más pura raza aria, fieles a nuestros ideales eternos; verdaderos paganos según el entender mi corazón. Por ellos -y por la voluntad de los Dioses- tuve el honor de conocer a uno de los más grandes hombres del Orden Nuevo, al célebre explorador y amigo del Führer: Sven Hedin, con ochenta y tres años de edad, pero aparentando sólo cuarenta y cinco. Hablaba tal y como sólo puede expresarse la eterna juventud. Tuve con él una conversación de cuatro horas en aquel memorable domingo el 6 de junio. *"Tenga confianza en el futuro"*, me dijo entre otras cosas. *"Existen millones como usted en esta Europa sombría. Tenga confianza en ellos como usted confiaría en sí misma"*. Cuando le recordé nuestras irreparables pérdidas y especialmente la muerte de los mártires en Nuremberg, respondió: *"Alemania tiene otros hombres diferentes de los que usted jamás ha oído hablar"*. Cuando le indiqué que al menos un hombre -el Führer mismo- debía ser contemplado como insustituible me dijo: *"No esté segura de su muerte.Fueron publicados diferentes informes sobre el tema, no siendo concluyente ninguno de ellos". "Así es"*, dije, *"quizás..."*, estaba emocionada al terminar la frase. *"Sí, tal vez"*, respondió Sven Hedin. No dijo más. Pero le había comprendido.

Después de tres años de desesperación y desprecio se hinchaba mi pecho de una felicidad indecible. Sabía que desde ese instante comenzaría una nueva vida para mi; que no era el final de todo - que quizás todo comenzaría precisamente ahora. Relaté entonces a Sven Hedin que tenía la intención de hacer mi primer viaje por Alemania. No me desanimó; sólo me dijo que aun no era el momento propicio, dándome a entender que mi plan estaba lleno de peligros. Unos jovenes suecos, que de igual manera se habían mostrado muy activos, nunca habían retornado y nunca más se oyó de ellos. Aun así dije: *"Lo intentaré"*. El placer de desafiar a esos que se habían dedicado a destruir el pensamiento nacionalsocialista tenía para mi algo de seductor en sí; algo a lo que no me hubiese podido resistir.

Así pasé dos noches con el objeto de copiar a mano quinientas papeletas con las siguientes frases en alemán -porque sabía que nadie en Suecia hubiera podido imprimir una cosa así: *"¡Hombres y mujeres*

de Alemania, en medio de inexpresables injusticias y sufrimientos, aferraos a nuestra gloriosa fe nacionalsocialista y resistíos! ¡A pesar de nuestros perseguidores, a pesar de la gente, a pesar de las autoridades que operan para desnazificar por completo la nación alemana y el mundo! ¡Nada puede destruir lo que está erigido sobre la verdad. Somos el oro puro que puede ser probado en el crisol. Quiera el crisol estar al rojo y crepitar. Nada puede destruirnos. Algún día nos alzaremos y otra vez triunfaremos. Confía y espera! ¡Heil Hitler!".

Después sentada en la esquina de un vagón del tren con mis valiosos papeles en mis bolsillos y en mi equipaje, esperaba a cada estación por la que pasábamos para poder tirarlos por la ventana, tan pronto como hubieramos alcanzado Alemania. Estaba allí sentada y pensé en el pasado glorioso aun tan cercano, y en el deplorable presente... y en el porvenir; pués ahora sabía que tendríamos un futuro.

El tren rodó más lejos. No era la única que reflexionaba sobre este asunto. En el propio compartimento se encontraban tres muchachas indias -tres danzarinas del grupo con el que viajaba- y asimismo dos judías. Una de las hindús, una maharashtria de la casta guerrera, empezó a relatar de Estocolmo, donde había leido un artículo en una revista americana que planteaba la pregunta sobre si Hitler todavía vivía o estaba muerto; y agregó: *"¡Cuantísimo desearía que todavía viviese!"*. Lo que más me hubiera gustado en ese instante es haber estrechado a esa muchacha en mis brazos por lo que había dicho. Mi segundo pensamiento fue responderla que tales hombres siempre viven pero este mundo horrible, lleno de esclavos y locos, no lo aprecia. Sin embargo reprimí ambas cosas y solo sonreí afectuosamente a la muchacha. Con quinientas hojas en mi bolsillo no podía permitirme atraer mucho la atención sobre mi. No obstante pensé: Incluso una muchacha veinteañera del otro extremo del mundo encuentra imposible, ahora que se aproxima la frontera alemana, no pensar en nuestro Führer. Evoqué las palabras que mucho tiempo antes había oido tan a menudo en los días de la gloria: *"Adolf Hitler es Alemania, Alemania es Adolf Hitler"*. Estas pala-

bras expresan además la verdad. Lo harán siempre. Y pensé: "Igual que hoy estas hermanas de la tierra aria más septentrional, así contemplará el mundo entero en continuos siglos venideros a Hitler, Alemania y el Nacionalsocialismo como lo mismo -de igual modo debe contemplar hasta este día la civilización islámica, Arabia y el profeta del Islam como un todo". Una vez más me sorprendía de cuan vasto y eterno es el Nacionalsocialismo.

Pero las dos israelitas no me permitieron reflexionar en paz por más tiempo. *"¿Cómo se atreve usted?"*, gritó una volviéndose hacia la muchacha hindú de gran estatura mientras la otra como una serpiente sorprendida saltó del sitio en el que se apoyaba y le arrojó estas palabras a la cara: *"Sí, en efecto, ¿cómo se atreve a amar a tal hombre?. Debería aprender primero antes de hablar..."*. Sus ojos relampagueaban. Y escupió contra todos los alemanes y contra el Führer mismo la más infame y asquerosa verborrea que había oido desde 1946, cuando una de sus hermanas de sangre había mostrado su irónico regocijo sobre el proceso de Nuremberg en una fonda londinense.

El mundo nos acusa de crueldad. Me contemplan como cruel, y si tuviese el poder sería seguramente más despiadada frente a nuestros enemigos que cualquier otro nacionalsocialista que conozca. No obstante nunca he dicho -tan siquiera he pensado sobre ello- que "sería dichosa de ver dividido en dos partes a algún hombre, a algún diablo". No he dicho esto por los canallas que encabezaron el proceso de Nuremberg; como tampoco por los que organizaron hasta el final el bombardeo de Alemania. ¿Puede una judía odiar a nuestro Führer más de lo que yo odio a esta gente?. No. Pero lo que el mundo denominó falsamente nuestra "atrocidad" es precisamente dureza (diligencia y ejercicio de autoridad), ejercida siempre que sea necesaria. Los auténticamente crueles son los judíos. Por esta causa será incomparablemente peor el destino de alguno de los nuestros en sus manos, que él de algún judío en nuestro poder.

Me estremecí cuando oí hablar a esta hija de Sión. Nadie había manifestado jamás en mi presencia una palabra contra Adolf Hitler

sin que hubiera replicado impetuosa. Pero ahora aunque ardía de indignación, me quedé tranquila e inmovil. Tenía conmigo estas hojas valiosas. Pensé en el hombre de voluntad semejante a un dios, para el que el Pueblo alemán era tan valioso. ¿Debía defenderle de una "buitre hembra", provocar un conflicto, ser descubierta y así no poder distribuir mi mensaje lleno de orgullo y esperanza entre el Pueblo que Él tanto amaba?. Permanecí tranquila. Pero lancé a la mujer tal mirada de odio que se espantó, y no me dirigió más la palabra. Me levanté de mi sitio, me fuí y lloré en el lugar en él que hasta en el tren se está siempre segura de permanecer sola.

—

El tren marchó hacia la frontera alemana. Me esperaban algunas dificultades en Flensburg. Fuí requerida en el tren a salir al anden para ser interrogada por un hombre -con aspecto de judío- con el que el jefe teatral de mi grupo, también un judío, ya estaba conversando. Poseo un par de aretes indios en forma de Swástika. Los llevaba y quería llevar a través de todo el territorio alemán en clara obstinación contra todos los programas de desnazificación. Me eché un chal sobre mi cabeza (no tenía tiempo de hacer alguna otra cosa) y salí. El hombre del andén me dijo que era de la "policía". *"¿Es usted la Srta. Mukherji?"*, me dijo cuando me saludó. *"Sí, soy yo". "Bien"*, prosiguió, *"la gente se enfada por su causa. ¿Me puede decir cuán fundado es esto?. ¿Por qué se enfada?"*, pregunté. *"Usted lo sabe sin duda"*, replicó. *"No, no tengo ni la más remota idea. La gente dice tantas cosas"*, proseguí. *"Algunos dicen que usted es nacionalsocialista. ¿Lo es usted realmente?"*. Respondí irónica: *"¿Les importa alguna cosa lo que alguien sea en una tierra a la que ustedes supuestamente han traido la libertad -como ustedes dicen?"*. *"Sí, nos importa una cosa"*, dijo el hombre. *"No damos la bienvenida a tales individuos, que probablemente, pudieran hacernos aun más penosa, nuestra ya de por sí penosa tarea como potencia de ocupa-*

ción". "No entiendo como alguien puede tener un poder semejante trás unas ventanas del Expreso del Norte", respondí -y deseé siempre el poder tener esa influencia.

Apenas había dicho esto cuando uno de los muchachos de la compañía que sabía que llevaba mis bellos y peligrosos aretes, me retiró el chal por detrás de la cabeza "tan sólo en broma", como me explicó más tarde. Esta chanza hubiera podido resultar trágica. Pero el chico no sabía -nadie lo sabía- lo que portaba conmigo y lo que proyectaba hacer. El sagrado signo solar brillaba a ambos lados de mi cara en la primera estación fronteriza alemana, ahora en junio de 1948, tal como lo había hecho en los días gloriosos de laCalcuta de los años cuarenta.

"Veo que no tiene sentido conversar por más tiempo con usted, Srta. Mukherji", me dijo el hombre. *"Usted se queda ahora aquí en el tren, y nosotros registraremos su equipaje". "Eso puede hacer"*, respondí aparentemente toda tranquila. Pero corrí hacia el gerente del grupo teatral que precisamente se estaba paseando y le acompañé al otro lado del andén.

"Usted debe ayudarme y subir en seguida al tren otra vez e impedir que registren mi equipaje", dije. *"¿Bien? ¿qué pasa?"*. Le expliqué lo que había sucedido y me prometió intentar ayudarme.

No puedo saber lo que dijo al oficial de policia o al policia oficioso que me había interrogado. Es probable que le indicase que una persona que proyectaba seriamente hacer actividades para un movimiento nacionalsocialista clandestino, no estaría tan loca de indicarlo ya de antemano portando swástikas doradas. Este posible argumento probablemente se evidenció como convincente. Precisamente aquí, mi torpeza me ayudó. Mi equipaje no fue registrado. Finalmente el tren movió de nuevo. "Los Dioses nos aman", pensé cuando entraba triunfando en el territorio alemán.

—

A derecha e izquierda se extendía tierra de un verde risueño por el resplandor solar, "¡qué hermoso!", pensé, "¡como si Él todavía dominase sobre ella!". Estaba de pie en el corredor con tantas octavillas como mis bolsillos y mi bolso podían llevar -algunas estaban escondidas en paquetes de diez o veinte cigarrillos o en pequeños paquetes de azucar, café, queso o mantequilla (en todo aquello que pude comprar en Suecia); había metido otras en sobres o sueltas en el bolso. El tren se desplazaba paralelo a lo largo de un camino, en el que se paseaban una mujer y un niño. Les hice señas para arrojarles un paquete pequeño de azucar por la ventanilla - con una octavilla dentro naturalmente. La mujer lo recogió y me dió las gracias. Me encontraba ya muy distante. Al lado de una pequeña estación por la que pasabamos de largo sin detenernos había un Café: un hombre joven y una chica estaban sentados en una mesa de la terraza y bebían cerveza. Les tiré un paquete de cigarros que también contenía una octavilla. La cajetilla cayó demasiado lejos de la mesa. El joven se levantó de la mesa y me sonrió cuando estaba apoyada en la ventanilla para captar su mirada. Era un joven muy guapo, alto, buen tipo, rubio, con ojos luminosos. La muchacha -esbelta, graciosa, con claro atractivo- estaba también levantada y de pie junto a él. Sonrió también feliz por los cigarrillos.

Cuando, de forma constante, el tren me llevaba más allá de su vista, me imaginaba como abrirían el paquete, encontrarían la hoja y la desdoblarían. Me representaba sus brillantes ojos cuando viesen arriba -de nuevo después de tres años- el inesperado símbolo solar y como leerían las frases que les parecerían haber sido escritas con el corazón: *"¡Fijaos en nuestra gloriosa fe nacionalsocialista y resistios!. Nuevamente nos levantaremos y triunfaremos algún día"*.

Creían haber recibido diez o veinte cigarrillos, pero habían obtenido además: un mensaje de esperanza. Estaba feliz. No pensé ni por un momento de que tal vez despreciaran este mensaje, ya que después de todo ni siquiera pudiesen ser nacionalsocialistas. Tomaba como seguro que eran nacionalsocialistas en su corazón. Esto parece pueril. No. Parecen tontos por no estar a la altura de las circunstan-

cias, serias circunstancias; pero estos hombres me parecen tan hermosos como para que hubieran podido ser otra cosa.

Iba por la agradable comarca con la cabeza a través la ventanilla. Siempre que circulábamos por una estación o si veía a alguien al alcance -trabajadores en el costado de la estación, gente que iba de excursión a lo largo de la vía o que esperaba en un paso a nivel que pasase de largo nuestro tren- echaba algunos pequeños paquetes y un puñado de octavillas. Las caras de los que capté su mirada estaban famélicas, fatigadas pero dignas, caras de hombres y mujeres que evidentemente no habían tenido suficiente para comer en mucho tiempo, pero que mediante una voluntad de hierro se habían mantenido en la vida y portaban consigo un orgullo invencible. Los admiraba.

Al poco tiempo llegamos a Hamburgo. Arrojé por una ventanilla de los aseos más de cien octavillas sobre el andén repleto de personas de la estación por la que pasábamos, y regresé luego al pasillo. El tren pasó a toda velocidad. No tuve tiempo para observar que ocurría. "Pero seguro", pensé, "algunas de mis octavillas habrán caído en buenas manos". Entonces me cayó una, ya que bien algunas de estas ligeras hojas pudieran haber volado de vuelta al tren. Sabía que el judío B.T., director teatral del grupo, estaba sentado en un vagón más cercano al final del tren que el mío. Me estremecí al pensar que, de súbito, a él hubiera podido llegarle una hojita del cielo a través de la ventana. "¡Oh, no!" me dije a mi misma, "¡debo ser desde ahora más prudente!".

El sol ya se había puesto e íbamos a toda velocidad a través de los suburbuios de Hamburgo. La primera vez que veía lo que en breve debí ver cada día; las ruinas de Alemania. Negras en contraposición al cielo verde pàlido y dorado -a la refulgencia de la tardía puesta de

sol- ví interminables superficies de muros destruidos; montón de barcos naufragados, bloques de hierrro y piedra en los que de cuando en cuando emergía en medio el esqueleto de lo que antes una vez había sido: un sifón, un vagón o una cisterna de petróleo; interminables calles oscuras en las que no había quedado vida. El lugar entero tenía aspecto de un gigantesco campo de exhumación. Me vinieron lágrimas a los ojos no por este motivo, ya que esto eran las ruinas de una en otros tiempos floreciente ciudad, los lamentables vestigios de hogares felices e industrias provechosas, sino porque eran las ruinas de nuestro Orden Nuevo, todo lo que materialmente había quedado de aquella Supercivilización tan admirada en su género. Lejos en la distancia, ví sobresalir un campanario que había permanecido completamente intacto a la devastación general, como signo victorioso de la cruz sobre la swástika. Y odié este espectáculo.

Aun me sobrevino por un momento un sentimiento de desesperación, como en los últimos días y meses siguientes a la guerra. Volvieron a mi memoria aquellos días tan oscuros; mi partida de Calcuta ya a finales de 1944 cuando se sabía que la suerte estaba echada y el final estaba pronto. No quise enterarme de nada, leer nada y si era posible, no pensar en la guerra; nadie debía informarme cuando capitulara la Alemania nacionalsocialista; y luego mi excursión de lugar en lugar, de templo en templo, por el centro, oeste y sur de la India sin que mi atención se hubiera podido apartar de ese hecho: de la fatal desgracia. Otra vez me ví en un tren en mi camino a Tirichendur, en el último extremo de la península india. Un hombre con un periódico inglés estaba sentado delante de mi. No podía de otro modo, estaba obligada a leer el titular en grandes caracteres: *"¡En Berlin es el infierno!"*. Fue en abril de 1945, uno o dos días después del cumpleaños del Führer. El hombre me miró cuando me vió leer y dijo: *"¡Ahora estamos seguros aquí de todos modos!"*. Y contesté: *"Para usted así está bien, pero yo, yo no anhelo tener seguridad. Desearía estar allí"*. Antes de que tuviera tiempo de expresar su asombro y preguntarme el porqué, me encontré levantada, fuera en el pasillo, y allí, después de haber olvidado con facilidad mi entor-

no tropical, pensé en aquel infierno -en cuanto que una cosa así pueda pensarse sin haberla vivido. Me describí la imagen del Hombre contra él que ahora se desencadenaba la cólera de un mundo repleto de demonios; del Hombre que había luchado por la paz y contra él que ahora dirigían la guerra tres continentes, el rostro de mi Führer amado en medio del estruendo de las bombas explotando y de los edificios desplomándose, y ví su bello rostro serio como a veces era iluminado por un fulgor súbito de un fuego nuevo que se abatía en la cercanía. Me sentí atormentada en mi seguridad, ya que estaba ausente muy lejos y no había podido contemplar aquel trágico semblante en la hora de la ruina para poder decir a mi traicionado Führer: *"¡El este y el oeste se pueden volverse ahora en su contra, pero yo estaré con usted para siempre!".* Entonces me acordé, trás mi regreso a Bengala en julio de 1945, de la noticia: *"Alemania está dividida en cuatro zonas"*. Después los tres largos años oscuros que siguieron hasta que encontré en Suecia un nuevo rayo de esperanza.

Pensaba en todo esto cuando el tren paró en Hamburgo en uno de los andenes sobrevivientes de los veintiocho que la estación había poseido antes.

Noté pronto un tumúlto delante de una de las ventanillas que se encontraba más cerca que la mia del final del tren. La gente se apresuraba hacia allí empujándose reciprocamente; se peleaban unos contra otros por recoger algo a sus pies sobre el anden. Pasado un instante estaba todo otra vez tranquilo -- otra vez todos a la espera con la vista fija en la ventanilla, hasta que por fin el objeto anhelado caía y se precipitaban nuevamente sobre él para recogerlo. El objeto era un cigarrillo - uno sólo. Fuí a lo largo del pasillo al vagón del que los habían dejado caer. Era el vagón en el que estaba sentado el gerente teatral del grupo, el judío del que ya hice mención. Ahí, de hecho ví al israelita B.T. que estaba de pie junto a la ventana y escuché como maliciosamente se alegraba de las ruinas de Hamburgo y de la

totalidad de Alemania, y al mismo tiempo gritaba en voz muy alta que lamentaba que no se arrojase una bomba atómica en todas las ciudades -y siempre echando un solo cigarrillo al andén para tener el placer de ver a veinte personas arrojarse al suelo y recogerlo; veinte personas que hace menos de diez años (aun hace menos de cinco años) vitorearon al Führer en el apogeo de su gloria con el brazo derecho en alto al grito de *"¡Sieg! ¡Heil!"*; veinte personas que lucharon por la victoria de la ideología aria y por la supremacia de las razas arias en este mundo, peleaban ahora, tras tres años de sistemático rendimiento por hambre, después de represión y desmoralización, por un cigarrillo que les tiraba un judío gordo, feo, ruín, cruel y taimado -como una hambrienta jauría de perros en torno a un hueso duro. Se afligía mi corazón ante la vergüenza y la indignación. Quería poder bajar del tren para acudir al encuentro de esas gentes en el andén -al Pueblo de mi Führer, a mi Pueblo- para decirles: *"No recojais esa cosa; es un regalo de desprecio. ¡No lo hagais!".*

Pero el tren ya se había puesto de nuevo en movimiento. Me volví al israelita B.T. con furia fría, contenida: *"Si hubiese querido ver una lucha en torno a sus malditos cigarrillos, hubiera podido tirar al menos un paquete de veinte, ya que hubiese tenido algo más de emoción"*. Detestaba desde el fondo de mi alma a aquella criatura resentida y cobarde; y sencillamente no supe cerrar mi boca. El judío me miró de arriba abajo y dijo: *"Guardo mis cigarrillos para los ingleses y quisiera aconsejarla que haga lo mismo en caso de que tenga"*.

"Sr. B.T.", contesté, *"¿qué tiene en común con Inglaterra y los ingleses?. Y por lo que se refiere a su consejo, francamente digo que no acepto consejo alguno de un hombre racialmente inferior a mi"*. Era la primera vez que mostraba a esta persona mis sentimientos nacionalsocialistas con total desnudez. Se espantó. "*¿Qué pasa con usted?"*, dijo. No me conocía aun lo suficiente para comprenderme. *"¿Qué pasa conmigo?*", contesté, *"nada, estamos en Alemania - y eso es todo"*. El tren marchó a través de enormes superficies de ruinas. Sí, estábamos de veras en Alemania.

Ahora estaba oscuro. Una serena noche estrellada y desolación; muros interminables, carbonizados, dinamitados, y semblantes extenuados, graves y dignos - bajo el resplandor del cielo; permanecía aún de pie en el pasillo, habiendome surtido de nuevo mis bolsillos con octavillas. "*¿Por qué no había venido años antes, en los grandes días?"*, pensé. *"¿Por qué no había estado en aquellas indestructibles calles exclamando ¡Sieg Heil!, cuando pasaba ese Hombre único de mi tiempo al que adoraba como a un Dios? ¿Por qué había sido mi destino el haber pasado todos aquellos años a seis mil millas lejos de Europa, para venir ahora, en donde la orgullosa Europa se hallaba en ruinas?"*.

Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando los levanté al profundo cielo estrellado y después hacia las raras luces que esporadicamente, aquí y allá, emergían y mostraban lo que había quedado de la metrópoli: Hamburgo. La sombría inmensidad sobre mi, me trajo a la memoria uno de los muchos nombres en sánscrito de la inmemorial Diosa Madre, en la lengua santificada que los arios habían llevado antaño a la India: Shyama - la misteriosa azul, la Diosa del vigor indestructible, la Diosa de la muerte y de la destrucción. Amante y vengadora, la energía del Universo. Recordé las palabras que antaño dijo personalmente esta Madre-Diosa a un sabio indio: *"Cuando todo está perdido, cuando no te han quedado propiedad, amigos y esperanza alguna, entonces vengo yo, la Madre del Mundo".* Recordé que en el pensamiento de los hindús, la Madre Universal vivía en cada mujer. *"También he venido donde todo está perdido, donde todo yace en ruinas, donde todo está muerto, aparte de la invencible alma nórdica en el Pueblo de Hitler. ¿Es por esto qué vengo después de tanto tiempo -para hablar del alma alemana tras quince horas de marcha en el Expreso del Norte?".*

Pasamos por una estación. Aun salieron más octavillas por la ventanilla, escritas, arrojadas por mi -- *"escritas y arrojadas por los Dioses a través de mi"*, así lo sentía. Pasamos a toda velocidad por otra estación. Hice lo mismo.

Además de un hombre joven, estaba sola en el pasillo -un semblante bonito y rubio, con franqueza de porte, que inspiraba

confianza. Me había jurado no tocar alimento alguno, nada de beber y dormir durante el tiempo que estuviese en Alemania -una especie de penitencia autoimpuesta por no haber venido antes y expresión de solidaridad con el 'muerto de hambre' y el 'sin hogar' entre el Pueblo de mi Führer.

Continué repartiendo mis octavillas. Sin contar dos de ellas escondidas, una en un paquete de azucar y la otra en un bote de mantequilla, tenía ahora guardados tan sólo mensajes sueltos. Cada vez que parabamos aguardaba a que la policía registrara el tren, me descubriera y encarcelara. Sabía que hacía algo peligroso y ni por un instante había esperado salir bien librada.

Cuando en la madrugada anterior había visto el mar Báltico con el resplandor del sol, y las gaviotas volar acá y allá en el cielo despejado, estaba convencida de que esas deberían ser mis últimas horas en libertad. Estaba preparada para lo peor. Pero nada sucedió.

El joven rubio al que ya hice mención, parecía no observarme, o parecía en todo caso no haber percibido lo que hacía. Sin embargo le observé mejor para distinguir quien era y cual era su forma de pensar. Fuí a él y empezamos a conversar. Me dijo que era danés. Había encontrado en Islandia hacía más de un año un par de daneses que eran nacionalsocialistas convencidos. Pero naturalmente sabía que muchos no lo eran. Le hice esa pregunta de prueba que normalmente ningún europeo, cuyo país había estado hasta hace poco aun bajo dominación nacionalsocialista, no podía responder sin denotar su punto de vista: *"¿Cómo se entendía con los alemanes durante la guerra, mal?"*. Se sonrió y respondió: *"Mejor que ahora, desde que están ausentes"*. Pensé por un instante que había adivinado que esta respuesta me agradaría. Más no. Eso no podía ser. No figuraba escrito en mi cara que era una nacionalsocialista. También era en aquel entonces de modales indios, ya desde hacía años y antes de llegar a la Alemania ocupada; siempre había estado vestida con un sari cubriendome. ¡Qué poca gente sabía que clase de resonancia había encontrado el mensaje de Hitler en los corazones de algunos arios del Sur más lejano!. El muchacho era probablemente sincero.

Sentí que podía hablarle con bastante franqueza. Le relaté como la vista de las ruinas me estremecía hasta en lo más profundo y como estaba decididamente al lado de los alemanes en su martirio. *"Sí"*, dijo, *"soy testigo de que usted arroja cigarrillos y víveres a la gente"*. *"Y otra cosa mejor que eso"*, repliqué de golpe, como si algo en mi me hubiera aconsejado delatarme a mi misma - o como si estuviera segura de que el joven norteño no me delataría. *"¿Qué quiere decir con otra cosa mejor? ¿Qué hay mejor que comida contra la muerte por inanición?"*, dijo.

"Esperanza", respondí, *"la certeza de un futuro. Pero por favor, no me pregunte por explicaciones más extensas"*. *"No haré eso. Pienso que ahora la comprendo"*, dijo, *"y estoy de su parte"*, agregó al parecer con voz franca. *"¿Pero le puedo hacer tan sólo una pregunta? ¿ Usted misma no es alemana?"*. *"No"*. *"¿A qué nacionalidad pertenece ?"*. *"Soy indo-europea"*, respondí, Sentí como mi cara estaba radiante.

En un instante ví sobre el mapamundi la colosal superficie entre Noruega y la India, en la que diversas naciones habían establecido culturas de mi raza desde tiempo inmemorial. Como el joven danés parecía estar asombrado le aclaré: *"Sí - no tengo otra nacionalidad alguna; medio griega, medio inglesa, criada en Francia y casada con un brahmán de la remota Bengala. ¿Qué tierra puedo considerar como la mía?. Ninguna. Pero tengo derecho a una raza -una raza que se encuentre por encima de todos los límites convencionales. Hace quince años respondí a alguien que me preguntó si me había decidido por la pertenencia a Grecia o a la India -o por ambas junto con muchos otros paises.Me siento aria, como la primera y la última. Estoy orgullosa por ello, de ser una más"*. Yno le dije: *"y amo a la tierra -Alemania- como la cuna consagrada del Nacionalsocialismo, a la tierra que puso todo en juego para con ello poder mantener unidas todas las razas arias en su orgullo patriarcal; tierra de Hitler"*. Pero el joven hombre me entendió. *"Sé"*, me dijo, *"y le repito: tiene toda mi simpatía. No la traicionaré"*.

Ahora estaba segura de que no lo haría. Conversó aun un poco conmigo y se retiró entonces a su compartimento. Estuve pronto sola en el durmiente tren, que a plena marcha en la noche, iba a toda velocidad a través de Alemania. Paramos en Bremen y en

otras estaciones. Para evitar ser descubierta tiraba sin cesar tantas de mis octavillas por la ventanilla como me era posible en las estaciones pequeñas por las que circulábamos sin detenernos. Cada vez que el tren paraba, pensaba que se me había sorprendido *in fraganti*. Esperaba que se me requeriría bajar y seguir a un hombre cualquiera de uniforme a la estación de policia más proxima. Pero nada sucedía. De todos los que habían recogido mi mensaje que había tirado por la ventanilla del Expreso del Norte, ninguno había querido delatarme.

El tren paró en Duisburgo, y si bien deberían ser aproximadamente las 3.30 horas de la madrugada, había mucha gente en el andén. Tirar un puñado de octavillas en aquel instante era impensable. El tren paró. Se me vería e inmediatamente me detendrían sin que alguien hubiera podido alcanzar alguna de ellas. Pero tuve una idea. Atesté los bolsillos de uno de mis abrigos con octavillas, doblé cuidadosamente el abrigo cuatro veces en total, y tan pronto como el tren se puso otra vez en movimiento arrojé el fardo por la ventanilla. *"Alguien"*, pensé, *"estará contento de poder llevarlo en el invierno venidero"* (era un buen abrigo que me dieron en Islandia). Entretanto, quien lo hubiese recogido, siempre se hubiese encontrado en los bolsillos con suficiente propaganda nacionalsocialista para sí y sus amigos.

El tren marchó más lejos..., pero se detuvo se súbito otra vez. ¿Había sido esta vez descubierta? Tenia otra vez -como tan a menudo- la misma desagradable ansiedad, desde que casi estuve a punto de ser sorprendida en la estación fronteriza de Flensburgo. Entonces reparé como dos ferroviarios de uniforme subieron al tren por la puerta que conducía al pasillo en el que me encontraba. Uno de ellos llevaba mi abrigo. La ansiedad desagradable desapareció de improviso, como por un milagro me encontraba totalmente tranquila. Tenía la seguridad plena de que me harían prisionera. Observé

como ambos hombres iban a mi encuentro cuando el tren reanudó de nuevo su marcha. Me saludaron y preguntaron si hablaba alemán. *"Un poco"*, dije. *"¿Viene de la India?"*, preguntó entoncés el mismo hombre al observar el "sari" de algodón blanco que me envolvía. *"Sí". "¿Arrojó este abrigo por la ventana?". "Sí, es mi abrigo. Esperaba que cualquiera entre la gente lo cogiera". "Pero en los bolsillos de este abrigo hay papeles -papeles muy peligrosos. ¿Tenía conocimiento de ello?". "Sí"*, dije tranquila -casi indiferente-, pues mi temor había retrocedido por completo. *"Los escribí yo misma". "¿Por tanto sabe usted que hace?". "Con certeza". "Ahora bien, ¿por qué hace esto?". "Porque amo y admiro desde los últimos veinte años a Hitler y también al Pueblo alemán"*.

Estaba dichosa -¡oh, tan dichosa!, por haber puesto de manifiesto de esta manera mi fe en este Superhombre al que el mundo había entendido mal, odiado y rechazado. No sentía ahora perder mi libertad en la gran satisfacción de haber dejado testimonio de su gloria, ahora en el año 1948. *"Pueden ir y denunciarme cuando lo deseen"*, añadí casi triunfante y miré libremente a la cara de los dos asombrados hombres.

Pero ninguno de los dos mostró el más insignificante deseo de denunciarme. Al contrario, el que había hablado conmigo, me miró ahora fijamente durante uno o dos segundos y pareció visiblemente emocionado. Me tendió entonces la mano y dijo: *"Le damos las gracias en nombre de toda Alemania"*. Asimismo, el otro hombre me dió la mano. Les repetí las palabras que había escrito en las octavillas. *"¡Nos levantaremos y de nuevo conquistaremos!"*. Con el brazo derecho levantado les saludé tal como se hubiese hecho en los años gloriosos: *"¡Heil Hitler!"*. No se arriesgaron a repetir las palabras ahora prohibidas. Pero contestaron con la misma elevación del brazo. El hombre que tenía mi abrigo me lo devolvió: *"Tirelo en alguna estación pequeña en la que el tren no pare"*, me dijo al oido. *"No tiene sentido exponerse a un peligro innecesariamente"*. Seguí su recomendación. El abrigo -y los papeles que contenía- fue echado y debió ser encontrado al amanecer en el apeadero solitario de alguna estación entre Duisburgo y Düsseldorf, cuyo nombre desconozco.

El nombre de Düsseldorf me recordaba a los primeros días de la lucha nacionalsocialista, a los días en que los franceses mantenían ocupada la cuenca del Ruhr tras la primera guerra mundial. También me recordaba a uno de los discursos del Führer allí, el 15 de junio de 1926, y recuerdo una frase de su alocución: *"Dios en su gracia nos ha hecho un regalo maravilloso: el odio de nuestros enemigos que devolvemos de todo corazón". "Sí"*, pensé, *"quien no puede odiar así, tampoco es capaz de amar fervorosamente. Yo amé. Odié también. Mil veces comprendí lo que me había perdido porque nunca había visto al Führer con mis propios ojos". "Oh, ¿por qué había venido tan tarde para ver nada más que ruinas?*". No sabía que en menos de un año tendría el honor de ser interrogada ante un tribunal de control en esta misma ciudad -Düsseldorf- porque me había dedicado a repartir "propaganda nazi".

Mientras tanto vinieron a mi memoria las palabras del empleado del ferrocarril: *"Le damos las gracias en nombre de toda Alemania"*. ¿Era por esto que había venido aquí de tan lejos, para oir estas palabras dirigidas a mi? ¿Era para ganar el cariño de los fieles del Führer -ahora en los días de la prueba, cuando solo quedaban los leales- para lo que había venido tan tarde?.

El tren continuó más lejos su marcha. Continuaba aun en el mismo sitio del pasillo. No estaba cansada ni soñolienta, si bien esta era la tercera noche en la que permanecía despierta. La excitación a causa del peligro y mi lealtad a nuestro Führer me sostenían erguida. La evocación de aquellas palabras gloriosas e inesperadas que me dirigió uno de los miles que todavía le aman, -del primero de los alemanes que conmigo habló- me llenó de alegría y orgullo. Ahora bien pronto me encontraría fuera de Alemania. Pero después de esto anhelé regresar y comenzar de nuevo, aunque tampoco me podía imaginar de que manera.

LLegamos a Colonia -otra ciudad destruida. Ví de nuevo, en el claro resplandor del sol matutino, esas hileras iguales e interminables de casas quemadas y destruidas, esas calles desiertas. El panorama era tal vez aun más desgarrador con la tenue luz del atardecer. Estos mártires urbanos clavaban la mirada en mi con todo su miedo y clamaban venganza por sus heridas.

Ví gente en la calle pasar por debajo de la altura del ferrocarril -las mismas caras extenuadas, dignas, que había observado en toda Alemania. Cuando pasamos sobre un puente que se encontraba por encima de la calle, arrojé mis últimas octavillas y un paquete envuelto en papel verde. El tren paró sobre el puente y observé como la gente recogía mi mensaje. Echaron una ojeada a los papeles, vieron arriba la Swástika y los introdujeron apresuradamente en sus bolsillos; semejante literatura no se podía leer a la vista de todos. Un largo rato estuvo sobre la calle el paquete verde conteniendo el azucar. Entonces se aproximó un joven en bicicleta y lo tomó. Palpó el paquete: un dado de azucar o golosinas -en todo caso algo de comer debía haber dentro-. Lo introdujo en su cesta de la bici y desapareció.

Me imaginé como llegaría a casa -en un sótano o en un espacio angosto dentro de una casa semiderruida- y lo abriría. Vería el sagrado símbolo solar -que es también el símbolo del Nacionalsocialismo- en la parte superior de la hoja y leería el escrito. Lo mostraría a sus amigos. Y cuando sus amigos le preguntasen donde lo había logrado, diría: *"De ninguna parte. Cayó del cielo a la calle. Los Dioses me lo enviaron. Sí, los Dioses"*. Las palabras de la esperanza recorrerían el país de un extremo a otro.

El tren fue hacia atrás. ¿Me había delatado alguien y se me invitaría a bajar?. No. Aun no sería detenida hasta unos meses más tarde, precisamente en la misma estación de Colonia, pero por una tonteria mia imperdonable, no por la traición de algún alemán. El tren sólo maniobraba. Cuando pasamos por delante de una casa destruida de la que tan sólo estaba habitada la planta baja, ví delante de la puerta un plato en el que un gato abandonado devoraba un poco de pan negro, probablemente remojado en agua; en resumidas

cuentas, vivía mejor que la pobre gente que le había guardado aquella comida. Estaba profundamente conmovida por esta agradable delicadeza hacia los simples gatos por parte de hombres hambrientos en medio de una ciudad en ruinas.

El tren se puso en movimiento otra vez, lentamente. Por un instante regresé a mi vagón, en el que encontré a dos de las muchachas indias solas. Las judías no estaban allí -¡gracias a Dios!- Me detuve en la ventana y miré fijamente lo que había quedado de Colonia. Entonces me volví a la muchacha de la casta guerrera -la que el atardecer anterior había dicho que sería feliz si supiera que Hitler continuaba aún vivo- y le dije en bengalí: *"¡ Vea como dejaron mi bella Alemania, la tierra de mi Führer!"*, y rompí a llorar. Luego recordé el maravilloso cielo estrellado que había visto desde la ventanilla del pasillo. Evoqué a la "Diosa azul profundo", la Madre de la destrucción, cuya presencia había percibido en la noche. En la remota India durante la guerra había visitado su templo y le había ofrecido coronas de flores de Jaba rojo sanguíneo por la victoria de Hitler. La implacable fuerza no había oido mi rezo. Pero sabía que los caminos de los Dioses son insondables. Volví ahora mi cara al cielo, como si la Diosa azul oscuro, allí invisible pero totalmente penetrante e irresistible, se encontrase sobre las ruinas. *"Kali, Madre"*, exclamé nuevamente en bengalí, *"¡Madre, Kali, venganza!"*. La muchacha hindú escuchó mi grito hacia el cielo y vió cuan agitada estaba. Me miró desde su rincón y dijo: *"Savitri, créeme, te comprendo. Es horrible el modo y manera como estos hombres han tratado a Alemania"*.

Aix - la - Chapelle (Aquisgrán) -otra ciudad en ruinas. Nuestro tren paró de nuevo. Debían ser las nueve de la mañana. Vino una mujer para barrer el tren; una mujer con cara complaciente y agradable. Me encontró sola y gustosamente quiso comenzar una conversación. Me mostró las ruinas que se podían contemplar desde

el tren y me relató que todo el país tenía el mismo aspecto. *"Todo arruinado"*, dijo. *"Sí, todo destrozado"*, reiteré - *"todo se encuentra en ruinas. Pero esto no es el final. Los grandes días volverán,¡créamelo!"*, dije con expresión de sinceridad. No tenía ninguna octavilla más para darle, pero cuyo contenido conocía de memoria. Le dije lo que había escrito: *"¡Somos el oro puro que en el horno de fusión será puesto a prueba. Dejemos al horno echar llamas y chispas. Nada puede destruirnos. Algún día nos levantaremos y de nuevo conquistaremos. Confien y esperen!"*. Me contempló aturdida y apenas osó creer que había oido *tales* palabras. *"¿Quién es usted?"*, me preguntó. *"Una aria del otro extremo del mundo"*, contesté. *"Algún día todo el mundo mirará al Pueblo alemán con respeto, como yo lo hago hoy"*. Y añadí susurrando cuando apreté mis manos en las de ella: *"¡Heil Hitler!"*.

Me contempló una vez más. Su rostro cansado resplandecía. *"Sí"*, dijo, *"Nos amaba, al pobre, al Pueblo trabajador, a la nación realmente alemana. Jamás nadie nos amó tanto como Él lo hizo. ¿Cree qué Él todavía vive?"*, sussurró. No tenía certeza y confianza en que aún vivía. Dije: *"Él nunca puede morir"*. Vino otra gente. Fue así que nos separamos.

Las dos judías caminaban a lo largo del pasillo. La una, que el anochecer anterior la hablé como a un demonio del infierno, no me dirigió ni una sóla palabra -¡Dios sea agradecido!. Pero la otra rompió en cólera contra mi. Creyó poder decir a la encargada del vestuario lo que quisiese. *"¿Dónde estuvo toda la noche?"*, me preguntó. *"Estuve en el pasillo". "¿Por qué no estuvo en su asiento del vagón?". "Tomaba aire fresco. ¿Por lo demás a quién le puede interesar si el que esté sentada o de pie?". "¡Tomaba aire fresco!"*, gritó. *"Dió de comer toda la noche a sus sanguinarios alemanes. ¿Piensa que no sabíamos eso?". "¡Sólo darles de comer!"*, pensé. No saben por lo tanto toda la verdad. *"¿Puedo alimentar con mi dinero a todo él que quiera?"*, repliqué. *"¿En cuanto a usted, por qué se mete en mis asuntos?"*.

Pero el director teatral intervino en nuestra disputa. *"¡Los alemanes!"*, dijo. *"¡Debería ir y vivir con ellos si los encuentra tan maravillosos - vivir de patatas cocidas en algún sótano, así es como lo hacen-*

y vería cuanto le gustaría eso!".

Mis ojos brillaban y mi corazón latía de alegría a la vida bella que tanto deseé llevar como la mía propia. Sin comprender que lo había dicho, el judío había expresado mi deseo más ardiente y anhelado. *"¡Su Dios en el cielo"*, pensé con una sonrisa plena de anhelo, *"me ayuda a que vuelva y pueda vivir con el Pueblo de mi Führer!"*. Pero el judío no calló aun su boca. Mi silencio y muy posiblemente la expresión feliz en mi cara, le desconcertó. *"Debió pensar en los soldados británicos que perdieron su vida en esta tierra antes de dar a esta gente mantequilla y cigarrillos"*.

"Señor Israel B.T.", repliqué e hice hincapié en la palabra Israel que bajo el régimen nacionalsocilista era oficialmente pronunciada delante de cada nombre judío*, "soy casualmente medio inglesa y mi otra mitad es cuando menos europea. Usted no es ni británico (excepto por el abuso del lenguaje), ni europeo". "¡Una condenada nazi eso es usted!"*, me gritó ahora la judía tan alto como pudo, de modo que toda la gente angloparlante del vagón lo pudo escuchar.

Mi semblante resplandecía. *"Esa es la mayor alabanza que se me ha dispensado en público desde que dejé la India"*, hubiera podido decir. Pero permanecí tranquila. Estábamos todavía en Alemania. No tenía ninguna finalidad excitar más allá a estos enfurecidos perros y causar inútiles escándalos. Necesitaba mi libertad para regresar - y empezar de nuevo.

La disputa se aplacó, como siempre sucede. Estaba otra vez sola, en pie junto a la ventanilla, dándome el viento en la cara. Hasta ese momento pude desempeñar mi misión. Hice una recapitulación sobre estas quince horas de rica experiencia durante las que había atravesado Alemania. Pensé en aquellos hombres hambrientos que vivían en las ruinas. Quinientos de ellos habían recibido mi mensaje. Cualquiera de ellos hubiera podido llevar facilmente la octavilla a la policia y relatar que había sido arrojada del Expreso del Norte en marcha, y él (o ella) hubieran podido comprar con la recompensa suficientes mercancias de extraperlo para llenarse el estómago por un mes. El Expreso del Norte habría sido detenido y yo capturada.

Pero no, entre los quinientos alemanes que casualmente recibieron la octavilla en el trayecto de quinientas millas o más, no hubo un solo deseo de traicionar el símbolo sagrado de la cruz gamada -ni por dinero, ni por víveres, ni por leche para sus hijos. Admiro a este Pueblo y aun más a como lo hubiera podido hacer en el glorioso año de 1940. *"El Pueblo de mi Führer"*, pensé. *"Quiero regresar por tí sea como fuere. Quisiera participar en tu martirio y combatir a tu lado en estos días lóbregos Esperar contigo al segundo despertar del Nacionalsocialismo".*

Sin dificultad llegué a la frontera belga. El tren me condujo ahora hacia Ostende, hacia el mar.

Todavía estando en el pasillo canté un himno hindú en honor de Shiva, del Creador y Destructor -- el mismo himno que había cantado hacía un año en Islandia, en las pendientes del ardiente Heklas cuando contemplaba de noche la majestad del volcán en plena erupción. A intervalos regulares contestó un poderoso tronido subterraneo a mi canción. Sentí como si el estruendo de la guerra desatada -la voz de la irresistible venganza futura que había evocado- me contestara. Esta vez procedente de las ruinas -entre las ruinas de todo el mundo- respondía el Pueblo que no me había traicionado; *"¡algún día se alzará otra vez el Pueblo amado de Hitler!"*, así me decía una una voz.

Al atardecer de ese día, el 16 de junio de 1948, llegué de nuevo a Londres. Un par de semanas más tarde los Dioses colmaron mis deseos. Estaba otra vez en Alemania y habiendo llegado a la zona francesa con más de seis mil octavillas; esta vez estaban impresas y también eran más extensas que las que había escrito a mano. Mi nueva vida, o mejor, un nuevo periodo de la vida, que debió ser el punto culminante de mi existencia, había comenzado.

CAPITULO V

LA DESNAZIFICACIÓN

"Males al que te ataca.
Tu ciudad lo soporta. Pero quien te ataca, perece.
El sol del que te ama, no se extingue.
¡Oh, Amon!"
(De un himno a Amon, que fue escrito para la sumisión de la religión solar y se encuentra conservado en el Museo Británico).

"Todo intento de combatir una Weltanschauung con fuerzas coercitivas fracasa al final mientras no logre para la lucha un nuevo principio universal".
Adolf Hitler
(Mi Lucha I, Capítulo V)

En todos los tiempos -desde el final de la inmemorial Edad Dorada en la que predominaba el concepto recto de la vida y la auténtica religión de la verdad en todo el mundo- se han producido grandes disputas de fe, guerras de religión en una u otra forma. Una de las más antiguas de tales guerras conocida por nosotros es la lucha entre la eterna religión solar, la del faraón Ekhnaton que fue restablecida como religión del Estado, y la religión egipcia de Amon, en el siglo XIV a.C.. Nuestra Guerra -la 2ª Guerra Mundial- fue también una guerra de religión ligada a una guerra económica (todas las guerras que son examinadas y planeadas por gobiernos plutocráticos, deben ser necesariamente guerras económicas). Se combatió tan intensamente como en las guerras de religión de todos los tiempos. Y como era de esperar se presentaron (en ambos bandos) los mismos síntomas de las minorías del Pueblo hacia el propio país del que formaban parte, pugnando nuevamente por su

propia ideología; en Inglaterra y hasta en Francia (lo que es aun más destacable) existían minorías nacionalsocialistas que anhelaban la victoria de Alemania, porque luchaba por la causa aria (del mismo modo que hubo católicos en Inglaterra en el siglo XVI que desearon la victoria de los españoles, ya que España representaba el partido de la iglesia romano-católica). Por otro lado, hubo en Alemania en la última guerra una minoría de demócratas y comunistas que deseaba el triunfo de las naciones aliadas, y a ello contribuyó para lograrlo. Las ideologías se elevaron y se elevan siempre por encima de las fronteras y lo harán en el futuro. Pero en la 2ª Guerra Mundial termina toda analogía entre el reciente conflicto de ideas y las otras guerras europeas en el Medievo o en tiempos más recientes. Este conflicto de las dos formas democráticas aliadas contra el Nacionalsocialismo no tiene nada en común en el fondo con alguna guerra ideológica entre cristianos. Es al contrario, tras muchos, muchos años, la primera fase de la reanudada lucha entre el espíritu verdadero del cristianismo y el del paganismo inmortal; entre el culto a la humanidad enferma y el de la alegre, eternamente joven y dura filosofía solar; entre la Weltanschauung referida a la *humanidad* y la suscrita a la *vida*; entre el viejísimo espíritu internacional del judaísmo (que se impuso por su parte en el cristianismo, en la socialdemocracia y en el comunismo) y el espíritu ario. El espíritu ario en Alemania coincide casi con el espíritu nacional; pués está fraguado este último no en las fronteras nacionales, sino que se trata de la religión de la raza, la religión de la vida en todos los Pueblos de origen germánico. Había por tanto en la última guerra mundial más una guerra de creencias como algo trascendental, que una querella sobre dos interpretaciones contradictorias de la misma Biblia extranjera.

Mientras que las minorías que en ambos lados de acuerdo con su fe se encontraban contra su país en las guerras de religión entre los cristianos, podían ser acusadas de traición vistas desde el criterio nacional, ciertamente no podría ser el caso de las minorías arias que en Inglaterra, Noruega, Holanda, Francia y en algún otro sitio pug-

naban por la victoria de Alemania durante esta guerra, pues habían erigido la orientación nacional tracicional; no una concepción confusa de un desconocido, sino la positiva, natural y viva realidad de la raza ante la que la nacionalidad misma pierde toda su sustancia. Desde el angosto pero inspirado punto de vista nacional no menos que desde el amplio punto de vista racial, *ellos* no eran los traidores en cada nación aria, sino traidora era la gran masa mal orientada que creyó la propaganda anti-alemana y sus dirigentes criminales que efectuaron este tipo de propaganda -la gente que tomó en consideración, arbitrariamente o involuntariamente, dejar en manos del judío la guerra contra los precursores de su propia causa, contra los defensores de su propia raza. En cuanto a los anti-nacionalsocialistas de sangre alemana son naturalmente los peores de todos los traidores, y es la calificación mínima que pueden recibir ya que lucharon contra su propia raza en esta guerra; su crimen es tanto más grande, como cuanto que tuvieron una ocasión única para saber y comprender (simplemente con haberlo querido) que la esencia de su verdadera naturaleza estaba en juego.

Ahora bien, puesto que esta primera etapa de la antiquísima y revivida contienda ha terminado con nuestra derrota, ninguna otra cosa se podía esperar de los representantes victoriosos de ambos modelos democráticos, sino el que intentasen borrar toda huella de nosotros, e impedir nuestro resurgimiento. Y lo *intentan realmente* con toda dureza. Nunca en la historia del mundo se había producido un experimento como el suyo para acabar con una ideología - aparte tal vez de la persecución hace cerca de tres mil años de la religión solar bajo Tutankhamon, y particularmente bajo Horemheb, en Egipto. *"Mal a tus enemigos, oh Amon"*, coreaban los sacerdotes del dios egipcio en Kamak cuando maldecían solemnemente la evocación del iluminado rey Ekhnaton. *"Mal a tus enemigos, ¡oh Amon!. Tu ciudad lo soporta, pero aquel que te ataca, perece"*. El hombre que había pugnado por la filosofía solar contra la filosofía de los intereses ocultos, fue nombrado en lo sucesivo el "herético" o el "criminal", e incluso en el plazo de pocos años sus partidarios dejaron de existir

y su nombre fue olvidado por completo.

El mejor ejemplo moderno, radical, sistemático y despiadado de esta contienda tan antigua (inclusive siendo sabedores de las persecuciones más moderadas de los primeros cristianos bajo algunos emperadores romanos) es la persecución a nuestra Weltanschauung en la actual Alemania ocupada: La "desnazificación".

A pesar de los acontecimientos paralelos de la antigüedad egipcia y de la Alemania nacionalsocialista de nuestros días 1), no podían tener exactamente el mismo resultado final. Bien cierto es que el Nacionalsocialismo es la misma filosofía eterna de la vida y de la luz que la del Egipto de Ekhnaton, y que los enemigos de ambas partes, en aquel entonces y hoy, fueron siempre los mismos: las influyentes potencias financieras; pero los perseguidos, los intrépidos, los verdaderos defensores del movimiento nacionalsocialista de 1948/49 son totalmente diferentes a los de aquella época de los seguidores del antiguo culto oficial al sol de Tell-el-Amarna 2). En efecto, los primeros están tan por encima de estos, como el oro puro sobre el barro de loza.

Hay un camino para desembarazarse a conciencia de una ideología, a saber: matar a todos los adeptos y criar a la nueva generación para que abandone su admiración y respeto a la ideología rival. E incluso entonces, no se está jamás del todo seguro si la Weltanschauung "maldita" no despertará de nuevo algún día de alguna parte, nadie sabe donde. Con insuperable dureza el primero de los Shogun de la dinastía Togukawa en Japón tuvo éxito al erra-

1) Es destacable que ambos regímenes perseguidos - modelo estatal de Ekhnaton de 1377 a 1365 a.C., en el cual la religión solar marcaba la pauta, y el Orden Nuevo de Adolf Hitler de 1933 a 1945 - sólo duraron doce años.

2) "Su Majestad me ha doblado sus regalos en oro y plata. ¡Oh, mi señor, que bienhechora es la enseñanza de la vida!" (inscripción en la tumba de Ay, cerca de Tell - el - Amarna).

dicar practicamente el cristianismo en el siglo XVIII. Pero nadie aun así, pudo impedir a unos japoneses mostrar interés por esta religión en el siglo XX. Mucho antes, en el siglo IX Carlomagno había hecho todo lo posible para extinguir el paganismo, y con él, nuestro conocido barbarismo - y tuvo éxito en toda su estrategia. Pero no pudo impedir el despertar del eterno espítitu germánico pagano en el Nacionalsocialismo de nuestro tiempo - y nadie lo pudo.

Más la gente que quiere extinguir las ideologías, no es por regla general tan profunda como el Carnicero de sajones en Occidente, o Iyeyasu e Iyemitsu con la "mano de hierro" en el Lejano Oriente. En primer lugar porque sobre todo actua en nombre de su idea, es decir, la ideología del lado opuesto normalmente no les importa tanto; en segundo lugar porque en su vanidad son incapaces de reconocer que filosofías, religiones y regímenes sociopolíticos que *ellos* odian, puedan tener partidarios, para los que el concepto de la vida o la fe es más valioso que todo lo demás en el mundo - para los que la fe es mucho más valiosa que para los perseguidores *eso* en lo que aparentan creer. En todos estos casos se planea la extinción de una idea, que no alcance su meta, por muy horrible que pueda ser a veces este plan.

Como ya dije, no sólo del carácter del perseguidor depende el éxito - o fracaso - de la persecución. Depende en igual medida - y en la mayoría de los casos en medida aun más considerable - del valor, de la tenacidad y de la sinceridad de los perseguidos; también de su disimulo, de su habilidad para mentir descaradamente a sus enemigos, mientras permanecen fieles a sí mismos y a sus ideales en su corazón, lo que en tiempos de necesidad es también una virtud. Las gentes que llevan la estadística sobre el progreso de la desnazificación en Alemania desde 1945, y las gentes que ellos analizan - y especialmente las que llevan la farsa total - tienden a olvidar estas verdades que en todas épocas tuvieron validez.

Desde que los enemigos del Orden Nuevo se han hecho cargo de la dominación sobre el territorio alemán, el Nacionalsocialismo ha sido perseguido de forma sistemática en su patria por los rusos en nombre del comunismo, y por los aliados occidentales en nombre de la democracia; tal vez más radicalmente por parte de los rusos (¡permitase al Diablo su derecho!). Sólo porque el ruso es más celoso en su abominable Weltanschauung -el único adversario inflexible- nos toma más en serio a como lo hace Occidente con sus principios poco claros.

La meta de ambos lados es sofocar nuestra filosofía como fuerza vital. También sus métodos son en el fondo los mismos; métodos que fueron válidos para cualquiera en todas las épocas con los que se intentaba arrasar una ideología: utilización del temor y exigencias, terror y corrupción, también la explotación de la ignorancia y debilidad - "persuasión" que se emplea en los que casualmente son demasiado jóvenes, desorientados, o muy tontos por naturaleza, para poder formarse una opinión propia.

Como cualquiera sabe, el primer paso de los nuevos amos de Alemania consiste en domar a lamayor parte posible de los nuestros considerados como "criminales de guerra"; sobre todo a los que habían jugado un papel muy importante en la organización nacionalsocialista en la lucha contra los judíos o simplemente en el campo de batalla en defensa de Alemania. El Pueblo debía olvidarlos. Antiguos ministros, jefes de región, generales, gobernadores de los territorios ocupados por Alemania en el transcurso de la guerra - gente que, como correspondía, sólo había cumplido su deber de manera concienzuda y abnegada, fue ahorcada por un tribunal que procedió a administrar justicia o fueron condenados a una larga cautividad (a menudo de por vida). Pero en realidad estos tribunales no fueron otra cosa que tribunales de venganza que simplemente no tuvieron el valor para calificarse como tales. Era la venganza de los cobardes e hipócritas, vil y ruin, como deben ser las gallinas.

La misma "justicia" fue ejercida en la zona rusa, quizás con el matiz propio de que allí no se escondía bajo un manto grueso de ab-

surdos humanitarios. La notoria bárbara venganza que fue perpetrada por primitivos sumamente organizados con su arrolladora supremacia, fue - en una palabra - brutal, vehementemente demoledora. Evidentemente, fue infligida sobre nosotros porque eramos nacionalsocialistas - y no porque hubiesemos contravenido los derechos del hombre.

Aquellos alemanes que habían poseido cargo en la jerarquía nacionalsocialista y sencillamente no habían tenido la fortuna de haber muerto, fueron conducidos nadie sabe donde: a lugares como campos de esclavos en el corazón de la Gran Asia al otro lado de los montes Urales - para matarse trabajando allí bajo el látigo para el resto de la vida.

Eso pudo desnazificarlos tan poco como a sus camaradas en la zona oeste podían desnazificarlos mediante el envilecimiento, las durezas y brutalidades. Pero de todos modos, así se ha procurado por un período de tiempo considerable; los rusos confían que "para siempre". Entienden que sus medidas y las de la zona oeste contribuirían de este modo a desnazificar Alemania y el mundo, retirando a la gente menos importante del influjo de los "más peligrosos". Así se muestran los planes de nuestros perseguidores.

Junto al poder brutal, los abogados de la "desnazificación" utilizan otra arma: la presión económica. Expolian al mayor número posible de conocidos o presuntos nacionalsocialistas toda posibilidad de ganarse el sustento necesario. Luego, poco a poco, ofrecen a la gente con un pasado nacionalsocialista nuevos trabajos a condición de que se dejen desnazificar. Les ofrecen incluso colocarlos de nuevo en sus altos cargos - pero esto solo es posible en los casos más raros y si estos cargos no han sido ya entregados a conocidos anti-nacionalsocialistas como premio por su traición de guerra.

Ser desnazificado significa pasar por el proceso de un tribunal de desnazificación y pagar una cantidad de dinero - y así después entonces, se es contemplado desde las potencias de ocupación como si nunca se hubiera sido un nacionalsocialista. Huelga relatar que toda la gente en las tres zonas del oeste que a pesar de su antigua cooperación con el Partido nacionalsocialista, podían conservar un puesto de trabajo con fortuna insólita, eran directamente forzados a aguantar el trámite de la desnazificación, si en realidad daban importancia a permanecer en el cargo. En la zona oriental, se me dijo, no tiene lugar esto por la sencilla razón de que allí no hay personas con cargo, ni siquiera los que mantuvieron relaciones remotas con el Nacionalsocialismo alguna vez en su vida 1).

A veces el castigo que se administraba por ser miembro del NSDAP -o que alguien que había estado interesado en serio en la prosperidad social, es decir, por haber ejercido un cargo más o menos activo con un trabajo verdaderamente admirable, y por el que respondió el Partido en esa materia - no era tanto perder su trabajo, sino volver a situarse en su carrera profesional cobrando menos sueldo, con lo que por consiguiente no se tenía en cuenta para nada la antigüedad y el servicio bien cumplido. Entre millares de casos semejantes este es justo el de la señorita W., una mujer con treinta y cuatro años de servicio en una oficina del ferrocarril en algún lugar de la actual zona francesa. Fue rebajada a la categoría de una principiante con un salario mensual de 116 marcos en lugar de 360 marcos que ganaba antes. ¿Por qué?. Por la mera razón de que durante los días gloriosos había asistido a "reuniones femeninas" y había consagrado una pequeña parte de su tiempo a la puericultura en su tierra. Ni siquiera calificaría a esta señora como nacionalsocialista - ¡ni empleando mucha fantasía!. Es una cristiana en extremo piadosa como para ser digna de ese título glorioso.

La "desnazificación" no toma casi en consideración las graves consecuencias que acontecen en la vida de las personas adultas en Alemania. A modo de ejemplo, desde que se implantó es la razón del

1) Esto vale para 1948 y 1949, cuando escribí este libro; en 1952 ya no es así.

descenso aterrador en el nivel de la educación. En cuanto las potencias de ocupación sometieron al país, fueron despedidos de su trabajo (y no se les consintió hacer nada relacionado con su profesión) todos los maestros de escuela que estaban en la lista del Partido o que eran reconocidos nacionalsocialistas, hasta que pudieron demostrar que se les había obligado a hacerse miembros del Partido mientras seguían siendo "anti-nacionalsocialistas", como las mismas fuerzas de ocupación. Pero, con muy pocas excepciones, eran *todos* valiosos profesores, convencidos nacionalsocialistas. Por lo tanto, fue que de repente no hubo más maestros de escuela en Alemania. Tras la capitulación los colegios y universidades cerraron durante todo un año largo. Eso no parecía preocupar a las fuerzas de ocupación. ¿Por qué los niños y los jóvenes tenían que sufrir por ello?. Sólo eran alemanes -herederos del Orden Nuevo que las Naciones Unidas tanto desearon extinguir. Un año sin enseñanza les vendría bien; las fuerzas de ocupación podrían abarrotarles de nueva propaganda democrática. Con posterioridad y hasta el finales de 1947 -en algunos lugares hasta 1948- a los niños les podían impartir una o dos horas de clase a la semana por maestros nuevos (y se había preservado a, no importa como, algunos de los antiguos maestros de escuela cuyo pasado, a los ojos de las potencias de ocupación, no había sido del todo condenable, siendoles permitido permanecer en la escuela después de algunas deliberaciones). A finales de 1948 y en el año 1949 - cuatro años después de la capitulación - la población escolar entre seis y catorce años de la zona británica (en la región de Hannover) recibe diariamente sólo una hora de clase. Ello es uno de los lados negativos de la "reeducación" en Alemania - y de la "desnazificación".

En la misma dirección va - conforme al artículo 7 de la Ley nº 8 del Estatuto de ocupación - el impedimento de todo intento de mantener vivo el espiritu militar y nacionalsocialista en la Alemania ocupada. Yo misma fuí detenida en Colonia el 20-2-1949 por infringir esta determinación, y este capítulo como el final del anterior los escribí en prisión cuando esperaba mi juicio oral. Efecti-

tivamente, no había hecho otra cosa desde que estaba en Alemania que arrojar propaganda nacionalsocialista, lo que al final causó mi detención de una manera ciertamente ramplona. Esta manera tan simple y chocante consistió en que distribuí y pegué hojas que llevaban el sagrado emblema de la cruz gamada, y en que alentaba a los alemanes a permanecer fieles a la fe nacionalsocialista - en la certeza de que serían los primeros arios en despertar de nuevo en la conciencia y el orgullo racial, y en merecer la libertad, la abundancia y el poder - en la certeza de que los agentes del poder de la muerte no los podrían someter para siempre. Había pegado algunos de tales carteles en una ciudad de la zona francesa en el decimosexto aniversario de la toma del poder nacionalsocialista, y unos días más tarde había repartido octavillas similares en Colonia. Esto suponía un crimen a los ojos de aquellos que luchaban por la libertad del hombre - que a lo sumo era castigado con la muerte - que desde hace seis años mantienen en todo el mundo, y particularmente en Alemania.

Sí, por la "libertad del hombre", cuando no es nacionalsocialista - así lo hubieran debido expresar para ser sinceros. Pero supímos todos durante todo ese tiempo lo que significaba este "slogan" en realidad. Muchos alemanes que quizás no lo sabían entonces, lo habrán padecido seguro desde 1945.

Toda manera de autorrealización, todo arte - o forma literaria que constituya visiblemente la orientación nacionalsocialista-, cualquier filosofía que pueda ser contemplada como una nueva - o antigua- reproducción de nuestra idea y que sobre todo justifique lo que hicimos en el pasado y lo que probablemente también haríamos en el porvenir, todo eso, a decir verdad, estará para ambos - para los demócratas como también para los comunistas -, para la gente que está ávida de "desnazificar" Alemania y el mundo, bajo "anatema", - ¡se debería decir sin embargo, si en verdad lo pudieran!-.

La proscripción de la literatura nacionalsocialista no está sólo limitada a Alemania. Aunque no hay ley alguna que directamente prohiba sacar al mercado tal literatura, sin embargo asi es de hecho

punto menos que imposible publicar en cualquier sitio del mundo las claras verdades históricas que muestren sin comentarios la grandeza del régimen nacionalsocialista, la rectitud de sus principios fundamentales o la grandeza de su inmortal fundador; por no hablar de los libros en los que, honradamente y de corazón, queda de manifiesto un personal afecto frente a Adolf Hitler y al movimiento nacionalsocialista (espero, por ejemplo, que este libro jamás saldrá a la luz antes de que en el mundo tenga lugar un cambio fundamental).

Esta restricción no se refiere sólo a la literatura nacionalsocialista. Se extiende también a libros que en nada tienen que ver con la política o filosofía, por ejemplo, de viaje - o libros de investigación que habían sido escritos mucho antes de que se supiera algo del movimiento nacionalsocialista - si estos libros habían sido escritos por alguien que es conocido como nacionalsocialista. Libros de Sven Hedin, por ejemplo, que ya habían sido escritos en 1908 sobre el Tibet y el Himalaya, caen en este destierro. No le permiten imprimir nuevas ediciones de ellos en la Alemania actual. Eso me contó el mismo Sven Hedin el 6/6/1948. Cuando se sabe esto se comprende que los libros de Friedrich Nietzsche - del padre espiritual del Nacionalsocialismo- son tan difíciles de encontrar en el país lo mismo que las imágenes del Führer (naturalmente sólo si no se sabe un sitio concreto donde se pueden encontrar). Se me dijo lo peligroso que habría sido tocar la música de Wagner por lo menos uno o dos años tras la capitulación, ... por la sencilla razón de que la había admirado el Führer 1). Esto es el absurdo que denominan "desnazificación". Todo esto son "signos de calidad" de ese mundo que se volvió contra sus propios salvadores.

Pero también tiene sus ventajas cuando se nos procura dejar caer en el olvido. Las potencias de ocupación no solo utilizan la fuerza. Emplean también su arte de persuasión, y lo utilizan de diversos modos. En las escuelas y universidades han establecido en

1) El mundialmente famoso pianista alemán Walter Giesekig no podía en 1949 tocar en los USA por la razón de que había sido el "ministro de la música" en el Tercer Reich.

calidad de profesores, solo a aquellos alemanes que todo lo odian, para que nos sutituyan, y estos docentes hacen todo lo posible para persuadir a los jovenes de que todo lo que hicimos durante nuestra época de poder había sido falso; que los principios con que conquistamos nuestro poder, son falsos - "anticientíficos", "no según los hechos" - ; que nuestra escala de valores falsa, es inhumana y está en contraposición a la moral de pueblos decentes. Las iglesias - los enemigos mortales del Nacionalsocialismo - respaldan lo más ampliamente posible esta propaganda, mientras una y otra vez hacen alusión a los valores cristianos, que están totalmente en contraposición *a los nuestros*, esencialmente paganos. En el sentimiento y en la conciencia de los jovenes alemanes, que en otros tiempos se habían entregado con todo el corazón al Nacionalsocialismo, despiertan más dudas mediante los predicadores cristianos (que al actuar en la misma dirección los hace más eficaces) que a través de la propaganda oficial democrática en las tres zonas.

En las librerias se exhibe una hilera de libros en los que se critica la política del Führer - o del Führer mismo - , y las fuerzas de ocupación responden de la venta de estos libros. Publicaciones -no solo en Alemania sino en todo el mundo en casi todas las lenguas civilizadas - que atacan sin restricciones el régimen nacionalsocialista su filosofía, su relación con el extranjero o también su liderazgo mismo en Alemania, o bien los tres puntos a la vez. Son propagadas abiertamente por los gobiernos locales que directa o indirectamente están prescritos al dinero judío, sin posibilidad alguna de interpretación por nuestra parte ante los intelectuales o entre las masas de hombres simples pero de buen corazón, para poder despertar sus simpatías cuando llegasen a saber del dolor que nos han causado los que no se dieron por satisfechos por tener un continente entero demolido y aplastado, y de la persecución y calumnia que se produjo en los cuatro años de postguerra siguientes.

Nuestro enemigo ha decretado que el mundo jamás pueda saber todo aquello que llevamos a cabo y de lo que somos responsables; que nada pueda saber de todo lo bello que creamos. Los trabaja-

dores del mundo nunca deben llegar a saber todo lo que Hitler hizo por la salud y por la dicha de los trabajadores alemanes, ni las madres en todo el mundo lo que hizo por los niños alemanes - por miedo a que le pudiesen querer. La intelectualidad del mundo ha de aprender a mirar como obras maestras las producciones de un arte decadente que condenamos - sólo por eso, porque *nosotros* las despreciamos - y no llegan a conocer la creación de un artista como Arno Brecker que pone de manifiesto en todo su esplendor el alma verdadera del Nacionalsocialismo. Millones de personas del mundo, en el este y el oeste han de fijarse en nuestros adversarios sólo porque les combatimos y jamás deben enterarse de heroísmo y martirio alguno de nuestros soldados.

Sí, de nosotros, nacionalsocialistas, el mundo no puede oir nada más que de espanto y pavor, solo puede ver la imagen exagerada del poder al que *debímos* recurrir para vencer los obstáculos que nos pusieron en el camino esas naciones que precisamente ahora nos acusan. El mundo debe creer las mentiras incontables que inventaron esos que nos odian, o creen tener un interés para calumniarnos. *Esto* es la desnazificación en su dimensión más extensa posible - el brebaje inteligente de verdades contadas a medias y mentiras directas, combinadas con el perfecto silencio de todos los hechos que pudieran anunciar francamente la gloria del Nacionalsocialismo.

¿Es esta el arma con la cual esperan extiguir nuestra "Weltanschauung"?. Las mentiras nunca matan la verdad - en todo caso, no a la larga. Y ni siquiera por un tiempo corto, cuando los paladines de la verdad pueden poner remedio.

Ya lo he dicho: la más radical persecución de la verdad en la historia es tras la del Nacionalsocialismo, acaso la persecución de la religión del sol bajo el faraón Horemheb en el Antigo Egipto. En el plazo de pocos años no quedó vestigio de aquel maravilloso culto solar y del rey Ekhnaton mismo (su fundador) - ni un signo sobre la tierra de ese corto tiempo. Durante treinta y tres pesados siglos no supo el hombre de su existencia - menos aun de su filosofía. El triunfo del sacerdote de Amon brilló por completo. ¡Y sin embargo!. A pesar de todo, de sus maldiciones y de su brillante éxito - pese al interminable lapso de tiempo de tres mil trescientos años en que nada hizo tambalear su victoria - en el año 1887, no pudieron impedir a una sencilla campesina que descubriese casualmente la famosa tablilla de Tell-el-Amarna. ¿Pudieron impedir a Sir Flinters Petric y su sucesor la excavación del lugar donde se encontraba la capital destruida de los tiempos de Ekhnaton? ¿Pudieron impedir que hombres y mujeres de nuestro tiempo en paises de cuya existencia entonces nada se sabía, leer en lenguas que en sus días aun no se conocían la traducción que de sus himnos al sol ha quedado y que admiren dos cosas: la belleza literaria de estos cantos, así como la rectitud de los pensamientos eternamente perpetuos que en ellos se manifiestan?

Aun cuando los agentes de los poderes oscuros pudieran deshacerse de nuestra existencia, no podrían sin embargo apagar de semejante modo y manera la sempiterna verdad sobre la que está cimentada nuestra ideología sociopolítica. Ni siquiera si nos matasen a todos por doquier podrían desnazificar la tierra a largo plazo; no podrían impedir que la vida se desarrolle, ahora y por siempre, en este y en todos los planetas del Universo, según las ferreas leyes que regulan el auge y ocaso de las razas como Adolf Hitler lo diagnosticó y recalcó en sus discursos, escritos y totalidad de datos biográficos. No pudieron desnazificar a los "Dioses".

¿Pero podrían desnazificar Alemania como los sacerdotes de Amon (también adoradores de intereses ocultos de su época) arrastrar lejos la religión solar de dieciocho dinastías egipcias?. Esto es ya una tarea demasiado grande para su aptitud mental. No es que estén

faltos de astucia - en el metódico arte de la amenaza, del chantaje y de la corrupción - para valerse de la disposición a la mayor bajeza del espíritu de la humanidad que en la mayoría de los hombres está escondida, aun junto al odio que antaño distinguía al viejo clero. Pero no somos los frívolos cortesanos de Tell-el-Amarna. Estamos preparados a resistir todas las pruebas para destruir nuestro espíritu con la misma fuerza entusiasta como la que encontramos entre los primeros cristianos en defensa de su Weltanschauung, de una Weltanschauung que no es tan hermosa y eterna como la nuestra. Miles de nosotros lo hemos demostrado. Además miles lo demostrarán en el futuro - y al final venceremos.

✠✠✠✠✠

La totalidad del aparato de desnazificación es impotente contra los que, frente a Adolf Hitler no conocen apegos -sea cual fuere su nivel de vida-, ningún afecto personal excepto a Él y sus partidarios; sin intereses fuera de los del movimiento y la idea que Él representa. Tales hombres son libres hasta entre rejas. Son fuertes incluso cuando sus cuerpos han sido destrozados. Están más allá del alcance de la amenaza y corrupción. Pero son naturalmente la minoría de la minoría. El oro puro es siempre escaso.

Pero también gran número de nuestros camaradas, los nacionalsocialistas de término medio (por emplear dos palabras que juntas se me revelan como incompatibles), hombres y mujeres que participan de nuestra filosofía pero que casualmente también tienen ligazones personales, se oponen de otro modo a los planes "culturales" y al programa de reeducación de las potencias de ocupación. No afirmo que parezcan muy gloriosos. ¡Cualquier cosa menos eso!. Rellenan los formularios y añaden así superficialmente que han cesado de creer en la idea de Hitler. Pasan por todo el trámite de la

desnazificación en sus más degradantes detalles, pagan la suma de dinero que se les solicita (veinte marcos como mínimo) y vuelven a casa con una especie de certificación escrita por la que no pueden ser tachados ya de nacionalsocialistas, especialmente para no estar sometidos por más tiempo a las restricciones que economicamente habían soportado (junto con a sus familias) hasta ese día. Pero todo esto no les impide por ello ser tan buenos nacionalsocialistas como antes. ¡Y como se mofan acerca del fenómeno de la desnazificación!. "Este juego necio" - así lo nombran de hecho. ¡Si pudiesen oirnos reir los representantes de las potencias de ocupación cuando estamos entre nosotros!. ¡Eso les sentaría bien!. Destruiría su demente imaginación y asestaría un golpe a su vanidad. Les mostraría el desprecio de todo el país hacia sus absurdos esfuerzos de desnazificación. Les haría ver cuan ligeramente tomamos todo lo que *ellos* se toman con tanta molestia; y en definitiva con ello les haríamos comprender que toda la cuestión, naturalmente menos la suma de dinero que cobran por ello, no es otra cosa que una pretendida farsa.

Pero a lo mejor aman tanto la cobranza que el saberlo ni siquiera les llevaría a poner término al disparate de la desnazificación. Yo misma he contado a algunos de ellos que cumplimos con su desnazificación, no con la esperanza de que un día acaben con ella, pero si por el placer de herirlos en su vanidad insoportable. Sin embargo la pena es que no puedo seguir haciendolo sólo por la absurda satisfacción de humillar a nuestros enemigos en su vanidad, pues pondría en peligro a nuestros amigos cuando evidenciase estos hechos claros. Si no estuviese obligada al silencio justamente por la clase de adhesión que mantengo hacia el Pueblo, hubiera podido relatar a los presuntuosos reformadores políticos algunos de los casos que, ya cada uno de por sí, hubieran sido suficiente para sacudir la fe de un demócrata hacia la desnazificación; por ejemplo, el caso de la señorita S. (toda la gente que menciono en este libro son personas vivas que conozco realmente. Francamente me abstengo de escribir todos sus nombres y datos en aras de su seguridad. Sus ini-

ciales por medio de las que los señalo aquí y también en otros capítulos, no son precisamente las verdaderas).

La señorita S. es una joven nacionalsocialista muy simpática, menor de treinta años, que está empleada por el gobierno militar francés en su zona en no importa que parte. Dí con ella en una estación uno o dos días después de mi segundo regreso a Alemania, y desde entonces la resulté siempre muy querida. Después que la hube informado de mi intención de escribir un libro sobre la Alemania actual, sus primeras palabras en mi presencia fueron: *"¡No crea todo lo que esta gente le contará sobre nosotros, los alemanes. Observe y juzgenos usted misma! ¡Esta es mi única súplica!"*. ¡Yo, figurense, no debía creer nada de lo que me relatasen los enemigos del Orden Nuevo sobre el Pueblo de Hitler! ¿Pero cómo podía pensar esta muchacha eso de mi?. La contemplé con el rostro afligido de una persona que se siente acusada de una cosa que nunca hubiera podido llevar a cabo ni en sueños. *"Usted no sabe quien soy"*, respondí, *"de lo contrario jamás me diría una cosa así"*.

Estábamos en medio de las ruinas. En la figura atlética y de gran estatura de la muchacha, en su saludable cara, en su cabello rubio ceniza, metálico y brillante en el resplandor del sol de la mañana, ví el símbolo de Alemania, energía vital invencible. Evoqué en mi mente el espectáculo de toda la tierra que había sido devastada por las bombas aliadas y pensé: *"Mortero y piedra - ella puede ser construida otra vez. Mientras esta juventud maravillosa viva, en realidad todo carece de importancia"*. En contraposición al fondo oscuro de los frios edificios destruidos me figuré el desfile de las nuevas tropas de asalto en el renacido Estado nacionalsocialista - el irresistible futuro - , y sonreí. ¿Sería la señorita S. la conductora de cientos de jovenes muchachas hitlerianas en esos días venideros por los cuales soñaba?. Deseaba que lo fuese. Entonces por fin pregunté a la chica: *"¿Ha permanecido fiel a los ideales que un día se cumplieron aquí en Alemania?"* *"¿Quiere decir aquellos ideales?"*, dijo refiriendose a esos ideales que presuntamente ningún extranjero admira hoy en Alemania. *"Sí"*, contesté, *"quiero decir los ideales nacionalsocialistas"*.

"Algunos entre nosotros aun están de corazón adheridos a ellos a escondidas", dijo. *"¿Lo hace usted?"*, pregunté. *"Conteste lo que conteste nada tiene que temer de mi"*. Vaciló un instante y dijo entonces que probablemente no habría hablado con tanta franqueza con ella si hubiera sido un agente enemigo. Contestó firme: *"Estoy adherida a ellos"*. Mi rostro se iluminó y tomé sus manos. *"Venga y tome una taza de café conmigo"*, dije, *"le contaré quien soy y porque he venido"*.

Fuímos a un Café, y allí en un rincón tras una conversación de media hora le dí un puñado de octavillas. *"¿Usted las escribió?"*, me preguntó cuando leyó una y al mismo tiempo tapó cuidadosamente la cruz gamada. *"Sí, yo". "¿Y cruzó con éxito la frontera llevándolas encima?". "Sí, con unas 6.000. Fuí afortunada". "¿Y si hubiese sido detenida?". "Estaba preparada para lo peor. Es lo único que ahora, en 1948, puedo hacer por mi Führer y por vosotros, su Pueblo al que amo"*.

La muchacha me miró excitada. Se levantó. *"Venga"*, dijo, *"venga conmigo a casa. Es la primera nacionalsocialista extranjera que jamás me encontré. Pero por favor, por amor de Dios, ni palabra de política en casa de mis padres". "¿Por qué? ¿Están contra nosotros?" "¡Oh, no!. Al contrario. Pero se inquietarían por mi al pensar que pudiese estar en contacto con usted. Ahora bien, puesto que se todo, deseo mucho que nos mantengamos en contacto. Haré todo lo que esté en mi poder para ayudarla - o mejor, para ayudar a Alemania a través de usted, su fiel amiga. Soy tan afortunada de haberla encontrado"*. En el camino a casa me contó que sus padres dependían de ella para poder vivir. Tenía un buen trabajo en una oficina del gobierno militar francés.

"¿Por qué precisamente usted entre esa gente?", la pregunté. "*Debemos vivir"*, respondió, *"y no es sencillo encontrar trabajo. ¿Por otra parte no es mejor que yo tenga el puesto en vez de uno de nuestros adversarios?"*. En este punto debía darle la razón. Aun así me era un poco desagradable ya que yo por naturaleza estoy contra los compromisos y también porque era una recien llegada a la Alemania ocupada. *"¿Conocen ellos sus ideas?*, pregunté. *"Pienso que no. ¿Cómo habrían de saberlo?. Les conté la habitual historia de que se me había obligado a ello, como a casi todos los demás a ser también miembro del Partido. Creen todo*

aquello que contribuye a mostrarles que su pretendida idea es buena a los intereses alemanes. ¿Qué nos importa en resumidas cuentas lo que crean?. Todo lo que necesito es un trabajo bien pagado para poder economizar. Esta gente estima que me han convertido. Yo pienso que me valgo de ellos".

No podía ser otra forma, estaba obligada a reconocer que se debía contemplar como correcto el comportamiento de la chica. ¿Qué debía hacer si no para que sus padres no sufriesen?. Fuimos buenas amigas. Si se presentaba la ocasión la señorita S. me ayudaba considerablemente y además mucho de hecho - y de esta forma puso a si y a sus padres en peligro, en aras del movimiento nacionalsocialista. Sólo esto, a mis ojos, era la prueba de que era honrada. Nadie hubiera hecho lo que ella hizo, si no se hubiera entregado sinceramente a nuestra ideología. Con todo, sólo uno o dos meses antes de mi detención la muchacha me informó que debía ser desnazificada. Me preocupé a propósito de esta noticia. Soporté este trago como una vergüenza personal. Para mi la idea de que una camarada debía pasar por este humillante proceso, era casi tan insoportable como si una joven hermana hubiese sido violada por un hombre indeseable. *"¿Por qué?"*, dije, *"¿debe hacerlo realmente?"*. *"Debo"*, respondió, *"o de no ser así debo dejar morir de hambre a mis padres. No tengo elección. Forma parte de nuestra vida cotidiana. Todos, los antes miembros del Partido y que ahora están al servicio del gobierno militar francés, deben aguantar esta formalidad o perder su trabajo"*.

Me citó las preguntas que debía responder por escrito y comprometerse con ellas de que no estaba ya adherida a nuestros principios nacionalsocialistas y a nuestra filosofía de la vida -ella- ¡la señorita S, precisamente ella!. *"Sé"*, agregó, *"cuanto le repugna todo este asunto - también a mi, creamé. Supone escribir una serie de mentiras chillonas y firmar. ¿Pero de no ser así que puedo hacer en estas circunstancias?"*. *"¿Qué ocurriría si escribiera valientemente la verdad?"*, me hizo esa pregunta y sabiendo ya que la respuesta sería: *"Del lugar del trabajo sería sencillamente puesta de patitas en la calle, y no lograría la autorización para comenzar un trabajo de mi propia elección; y sería sustituida por otra persona que estuviera dispuesta a mentir - o por una verdadera anti-nazi,*

lo que además sería peor".

Hizo una pausa un momento. *"Se cuanto detesta esta vergonzosa conducta"*, reiteró. *"Pero usted es libre. Verdaderamente puede permitírselo. Puede permitirse desafiar a todos. Nadie depende de usted al que tenga que proporcionarle una subsistencia. Nadie sufrirá, si usted sufre. De este modo puede hacer lo que usted piensa - que todos pensamos - yo no puedo. Muy pocos de nosotros podemos. Esta es la tragedia de nuestra situación. Tenemos la alternativa de mentir o morir. Esto es la democracia, como usted misma conoce". "Odio de todo corazón esa elección que usted y otros miles representan"*, dije. Lo creía verdaderamente. La señorita S. me contempló con una sonrisa benévola. *"Pensamos todos así"*, dijo. *"Pero no podemos tomar en serio a nuestros gobernantes y a sus disparatadas reglamentaciones"*. De todos modos no estarán aquí para siempre. Alemania no puede ser reprimida por tiempo ilimitado. Ellos lo saben tan bien como cualquier otro. ¿Quién se preocupará de su desnazificación una vez que estén ausentes?. Mientras tanto debemos someternos - aparentemente para simular el juego con ellos: ¡el juego de necios!. Esta es, en efecto, en todas las lenguas la palabra exacta para ello.

Que yo sepa es la única persona, ahora desnazificada, que me habló de esta manera en estos casi dos meses. Las autoridades que han asumido la educación de los alemanes creen que han logrado una victoria, que les ha salido bien esta conversión especial a su detestable democracia -mientras que en realidad, debido a la amargura que ya prevalecia en todo el país aun la han agravado más y han recogido un poco más de desprecio de esta persona extraordinaria.

La historia esta señorita es en modo alguno la única. Ella es practicamente la historia de todo alemán desnazificado, ya hombre o mujer. He narrado su historia desde el principio y con todo lujo de detalles, solo para mostrar que no se puede precipitadamente marcar a fuego como renegados a la mayor parte de esos alemanes que se declararon conformes de tomar parte en la maldita comedia que les fue impuesta para asi no tener que morir de hambre.

ॐ ॐ ॐ ॐ ॐ



Diosa Kali

Los únicos casos -muy pocos, así lo espero- en los que la desnazificación no ocasiona amargura alguna se encuentran entre la gentes que jamás fueron nacionalsocialistas, si bien un día formaron parte -externamente- del NSDAP.

Años antes era lo bastante ingenua para no creer en la existencia de tales seres. Sabía bien - de mi misma y de algunos pocos arios no alemanes que mantenían en pie con todo el corazón los ideales de Adolf Hitler - que era posible ser nacionalsocialista sin pertenecer al Partido. Pero no había venido a Alemania para saber que lo contrario también era posible: es decir, que la gente podía ser miembro del Partido - y lo eran demasiado a menudo - sin ser nacionalsocialista (Me parece ahora que fue demasiado fácil ser miembro del Partido. Todos estos esclavos del tiempo que afirmaron ser nacionalsocialistas, y que sólo lo fueron porque entonces valía la pena, han tenido una no pequeña parte en la desgracia de 1945. De sus filas venían los más peligrosos traidores difíciles de localizar y por consiguiente, los que causaron el ocaso de Alemania y aplazaron por mucho tiempo el triunfo del Nacionalsocialismo en el mundo).

Gente así puede llegar a ser desnazificada sin remordimientos. Mañana pueden ser comunistas, y si no algo que no vale la pena. No son de utilidad para Partido alguno y no ayudan en cosa alguna. Permitámosles tranquilamente molestar a la democracia. Un poco más o menos de escoria en el conjunto no supone gran cosa. Es también más seguro para ellos que ser comunistas. Allí seguramente no les sería dada la posibilidad de cambiar otra vez sus ropas. Los jefes de nuestros más enconados adversarios conservan limpio su Partido. Nuestro generoso Führer puso confianza en exceso en los alemanes que venían a Él; les amó demasiado para sospecharlos de traición. No "limpió" el Partido a menudo y de forma lo suficientemente drástica como requería su seguridad. Ahora le limpian los Dioses en su lugar. La variada presión que fue ejercida sobre nosotros mediante la maquinaria de la desnazificación, entre otras cosas, es algo ridículo, una cuasi-persecución, un detalle en el implacable plan de los Dioses.

Tras estos terribles años jamás podrá levantarse otra vez el viejo Partido, tal como fue. No. Los partidarios de Adolf Hitler supervivientes -sin duda en número reducido- deben provenir de la prueba, pero acrisolados y fortalecidos en sus cualidades; y pueden ser sólo nacionalsocialistas genuinos cien por cien y no otra cosa. Esa es la voluntad de los Dioses. Esta es la única gran enseñanza de una derrota causada por una larga traición, y la única gran esperanza - la única promesa gloriosa que ilumina nuestra vida en estos días de degradación.

Mientras tanto no importa si sobre el papel aceptamos o rechazamos la desnazificación; si mentimos algo a nuestros opresores y los burlamos, o les desafiamos publicamente. Lo que entretanto es realmente importante para nosotros es la invariable adhesión a nuestros principios, la fidelidad constante a nuestro Führer, la invariable inaccesibilidad frente a todas las influencias antinacionalsocialistas encubiertas o no, hasta que despunte el día de nuestra insurrección y de la reconquista.

CAPITULO VI

LUGARES DEL INFIERNO

"Pondrán sus manos en vosotros, y os perseguirán y llevarán a las sinagogas y a las cárceles, y os harán comparecer ante los reyes y los príncipes a causa de mi nombre".

La Biblia
(Lucas, capítulo 21, versículo 12)

"Todas las persecuciones al Movimiento y a sus jefes singulares, todas las calumnias y difamaciones, no fueron capaces de hacer nada".

Adolf Hitler
(Mi Lucha, epílogo)

La despiadada persecución del Nacionalsocialismo en la Alemania ocupada desde 1945 está caracterizada sobre todo por el odio con que se llevó a cabo - sin duda alguna mediante un odio contra nuestra filosofía de la vida, como también contra nosotros personalmente. Tal comportamiento aun cuando no totalmente nuevo, no había ocurrido al menos desde hacía siglos en disputas ideológicas.

Dentro de la historia general europea se narra mucha de la persecución a los primeros cristianos por las autoridades romanas; pues el mundo occidental es - o fue por mucho tiempo - cristiano. Aunque siempre las autoridades romanas podían haberlo hecho, no odiaron a los hombres y mujeres rebeldes que mandaban a la muerte en las arenas del circo. Antes bien los despreciaban y contemplaban como fanáticos extranjeros. No podían comprender porque la habitual confesión verbal a la divinidad del Emperador, representaba a sus ojos semejante crimen. Así sucedía cuando los torturaban para sacarles fuera alguna confesión o una acusación, y no por el me-

ro placer de utilizar el suplicio.

Los hombres de la Santa Inquisición no odiaban a los "herejes" que entregaban al "poder terrenal" para dejarlos quemarse en la estaca. Al contrario, los amaban a su rara, muy rara manera. Amaban su alma en nombre de Cristo y de la Santa Iglesia como era su deber. Mientras los cuerpos de los herejes ardían, estando con ello cerca de la muerte, los hombres de la Inquisición confiaban y rogaban por su conversión e iluminación.

Los furiosos reformadores de la Revolución francesa mataban a miles de sus adversarios después de una atropellada sesión de tribunal, o sin resolución judicial alguna, para torturarlos, lincharlos o humillarlos, sin ajetrearse por ello, exceptuando unos pocos casos excepcionales. Tampoco odiaban a sus adversarios. Sólo querían deshacerse de ellos.

Y nosotros -nacionalsocialistas, nosotros, que somos acusados por todo el mundo de todos los crímenes posibles e imposibles, ahora que ya no estamos más en el poder- jamás odiamos a alguien en nuestros días gloriosos. Fuimos duros, sí; debíamos serlo. Pero nunca fuimos crueles, como siempre también desean divulgar los mentirosos. Matábamos cuando debíamos, pero con distanciamiento interior, lo más pronto y limpio posible. Jamás causábamos dolores si no era absolutamente necesario y con fundamentos legales. Entonces nunca lo contemplábamos como una necesidad grata.

Nuestros perseguidores nos han causado afliciones innumerables veces, sin existir desde su punto de vista justificación alguna de convertirlo en una necesidad oficial. Nos han dejado morir de hambre, golpeado, torturado, nos han constreñido con sus bayonetas puntiagudas puestas delante, para sufrir las peores humillaciones posibles, por el mero regocijo de saber dos cosas: que sentimos el hambre, el dolor y las humillaciones, y que sufrimos nosotros, los Fuertes, los orgullosos -los odiados "nazis"-, por el simple placer de sabernos ahora en su poder, y saber que en lo sucesivo cada brutalidad contra nosotros puede ser llevada a cabo sin castigo. Puede ser que me hayan tratado un poco mejor - ya porque casualmente estaba

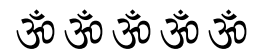
provista de un pasaporte británico-hindú, ya porque su vanidad democrática nos les permitía entender que fuese una profunda y apasionada nacionalsocialista aun hoy mismo; o porque temiesen que podría declarar alguna cosa negativa cuando de nuevo estuviera libre. Por eso desearon de antemano armonizar amigablemente conmigo. Pero mis amigables y atentos guardianes, estad seguros que cualquier trato especial - con el que me quereis mostrar ahora vuestro favor y por el que presumiblemente debería estar agradecida- nunca me inducirá a olvidar el martirio de mis camaradas y de mis jefes a vuestras manos y las de vuestros aliados - y que por esto, la amargura y el rencor nunca disminuyen y jamás acallará mi llamamiento a la revancha.

✠✠✠✠✠

¿**P**or qué está despierto este odio salvaje contra nosotros, sistematicamente fomentado todos los años?. Por dos razones principales: Porque precisamente nos esforzamos en librar al mundo ario del judaísmo internacional, y porque sostenemos como arios y nacionalsocialistas tener grandes deberes, una mayor responsabilidad y mayores derechos que otros seres humanos, ya pertenezcan estos ahora -y asi por siempre- a razas inferiores, ya sean arios como nosotros, pero sin conciencia racial. Es esto lo que el mundo contempla como una ofensa personal y nunca nos perdonará. Puesto que este es un mundo dominado por los judíos, y al menos en Occidente para una gran parte, un mundo bastardo - gracias a una religión que nunca alzó su voz contra matrimonios malsanos por ser estos bendecidos por la Iglesia. El semi-judío, el cuarto-judío o el octavo-judío - el individuo que lleva en sí totalmente sangre judía, a menudo sin saberlo se situa irresistiblemente en el lado de los adver-

sarios del ario, por tanto contra nosotros. "La sangre es más recia que el agua" - sea como fuera en la mayoría de los casos.

Muchos arios de pura sangre luchan - por desgracia - contra nosotros y contra los intereses vitales de sus propias razas, debido a la visión antirracista y antinatural que adquirieron por la educación cristiana, democrática o marxista y por la prensa y literatura judías, y por lo que habían aprendido a tener como natural y recomendable. Desean en el fondo no ser crueles - los auténticos arios son crueles en contadas ocasiones - pero dan su voz al vocerío del judío y de la parte de la humanidad alineada con el judío. Dedican sus nobles cualidades innatas al servicio de las ideologías de la descomposición y ayudan así indirectamente a nuestros perseguidores. De vez en cuando también nos torturan y ofenden, a nosotros, sus hermanos de sangre y amigos naturales. ¡Deshonra sobre ellos!. No todos los ingleses y americanos que organizaron el bombardeo con fósforo contra Alemania y menos aun los pilotos que lo llevaron a cabo, eran medio o cuarto judíos, tampoco lo eran todos esos que pusieron en escena el espectaculo-mofa de Nuremberg, ni todos esos que atormentaron a nuestros desventurados muchachos SS o los hombres que clavaban las puntas de sus bayonetas en la carne de las mujeres nacionalsocialistas prisioneras. Además estaban autorizados todos los rusos que cometieron tormentos similares sobre nosotros disculpándose con que eran medio mongóles. Pero todos habían sido instigados contra nosotros mediante un singular punto de vista, una enseñanza especial o una ideología particular de procedencia judía. El judío era y es todavía la raiz de ese indecible odio por el que nos han perseguido más de medio mundo antes y durante la guerra y más que nunca a partir de 1945 - desde entonces es lucrativo y asimismo está a la orden del día ser nuestro enemigo. Es el odio propio del judío. Por esto es tan amargo y atroz.



En la primavera de 1945 cuando el suelo alemán quedó inundado por todas partes de ejércitos incisivos, y ya antes cuando los alemanes percibían del todo que Alemania no podía oponer resistencia por más tiempo a la presión unida del este y el oeste, comenzó con todo su terror la persecución del Nacionalsocialismo, y se fué extendiendo una larga serie de brutalidades de las que *nadie* llegó a saber nada.

Primero tomó la forma de una aparición general de brutalidades en masa - el embargo ilegal de la propiedad nacionalsocialista, asesinatos y ataques de cólera - completada por diversas atrocidades individuales: soldados alemanes heridos y extenuados que no habían estado en la situación de abandonar a tiempo el maldito país (como una y otra vez ocurrió en Francia), fueron golpeados hasta la muerte; otros nacionalsocialistas, alemanes o compañeros de lucha de otras nacionalidades eran despedazados o quemados vivos, como en Polonia y Checoslovaquia, en ambos paises de Europa el odio y la barbarie contra nosotros fueron hasta incluso mayores que en Francia -¡qué efectiva es una conquista!-. Luego las persecuciones fueron oficialmente organizadas y respaldadas poco a poco por las autoridades militares hasta que finalmente fueron aprobadas legalmente, primero en las sesiones del tribunal de los pretendidos "criminales de guerra", después de forma menos espectacular con el estatuto de ocupación.

He escrito ya en este y en otro de mis libros, que los tribunales-patraña fueron establecidos por los vencedores en la Alemania ocupada para condenar nacionalsocialistas que anteriormente tuvieron una posición relevante dentro del país, o para tildar como "criminales de guerra" para ahorcarlos o encarcelarlos. No lo repetiré aquí cuán repugnante es ya solo pensar en la llamada "justicia", la que mantenían esas gentes cuyo comportamiento propio durante y después de la guerra frente a Alemania les obligaría a callar si llevasen en sí algún vestigio de vergüenza. Gente que tolera y apoya la atrocidad en sus colonias 1) y en su patria con hombres y

1) The Lightning and the Sun (El rayo y el sol), Cap.1.

animales 1) como una cosa natural (debieron protegerse del terror chino, asirio y cartaginés en la antigüedad), pero que condena nuestras acciones de fuerza torpes y aficionadas. Un tercio de la población de Bengala - quince millones de personas - murió de inanición o quedó fisicamente dañada para siempre debido un larguísimo tiempo de hambruna desde abril hasta diciembre de 1943, ya que *todo* el arroz fue requisado para abastecer a las tropas británicas y americanas que luchaban en Burma. Mi intención es marcar a fuego - copiado de la cobarde hipocresía por la que son calificados todos los pretendidos "procesos a criminales de guerra" - es la crueldad que predominó en todas las acciones desde la detención del acusado hasta el abandono su suerte final en la soga o en una celda.

Nunca he tenido el honor de encontrar a alguno de los once que el 15 de octubre de 1946 fueron condenados a muerte en Nuremberg. Sólo a través de otros he oido de los suplicios físicos y morales y las humillaciones diarias a las que debieron someterse hasta su muerte (diez fueron ahorcados; tres se quitaron la vida; siete están en prisión hasta la fecha. Sólo Hjalmar Schacht fue puesto en libertad).

Belgion Montgomery, un inglés y un "antinazi", relata en su libro: "Grabschrift über Nürnberg" 2) sobre el trato que uno de aquellos hombres debió sufrir en su prisión durante el juicio. Este trato fue lo suficientemente vergonzoso como para marcar a fuego a los vencedores de Alemania para siempre con la marca del deshonor. Julius Streicher, así lo llama en el relato, había solicitado un poco de agua para beber. Una serie de canallas entre sus guardianes - sin duda alguna, casi todos judíos - escupieron en una jofaina, al infortunado le abrieron violentamente la boca con un gancho y uno de ellos le vertió dentro el contenido, mientras los otros sujetaban todo lo bien que pudieron. Luego le escarnecieron aludiendole de que en el caso de que la bebida no hubiese sido de su

1) sobre un millón de inocentes animales son viviseccionados anualmente sólo en Gran Bretaña.
2) "Epitáfio sobre Nuremberg".

agrado podría beber el contenido del retrete.

Por mucho un judío pueda odiar por siempre al antiguo Gauleiter de Franconia y al editor de "Stürmers" - uno de los más grandes combatientes en la lucha contra el yugo judío - sin embargo nada puede justificar tal conducta. Nada puede explicarla sino un odio grosero y cobarde, tipicamente judío. Un hombre pudiera desear matar a su raza enemiga. Pero de seguro Julius Streicher no derrochó piedad inutil alguna con los judíos. Solo un gusano miserable con una fantasía sucia y retorcida puede pensar en una venganza *tal* como esa.

Tal vez menos vulgar y sucio en sí, pero en esa trayectoria se encuentra la misma crueldad asquerosa que es la escena final del oscuro drama de nuestro tiempo: el ahorcamiento de los diez mártires. El verdugo vino volando aquí expresamente para ello desde América. Una puede imaginarse bien que clase de tipo humano debió ser: el mismo que esos pilotos americanos que en Inglaterra oí reir y burlarse en un tren acerca del "gran fuego" que habían provocado durante su vuelo sobre Alemania. Individuos que despreciaban el Nacionalsocialismo sin saber porqué - ya que todo el mundo lo hacía en la estúpida América de Roosvelt - y que encontraban alegría en el tormento. Este hombre hizo su trabajo como sólo alguien como él lo hubiera podido llevar a cabo. Ahorcaba a sus víctimas tan lentamente como podía y las dejaba sufrir todo el tiempo posible. Cada ejecución duraba aproximadamente una media hora, y las fotos de los cuerpos sin vida de los mártires, que fueron publicadas en varias revistas inglesas y americanas, muestran una agonía insólita y dolorosa.

Con todo, lo reitero, no he estado en contacto con ninguna de las veintiuna personas durante o tras su condena - excepto tal vez con una, pero de una categoría tan excepcional que si contara sobre ella nadie me creería, excepto aquellos mismos que conocen algo de la grandeza de las fuerzas naturales, y que nombramos por error "sobrenaturales". Pero por otro lado - gracias a los Dioses inmortales y a las autoridades de ocupación británicas - tuve el honor de hablar

con más de una de los pretendidas "criminales de guerra" que aquí en Werl, en Westfalia, mantuvieron prisioneras junto a mi. Junto a tantas evidentes desventajas que tiene la existencia en la prisión, también tiene algunas ventajas de las que para mi la mayor es sin duda la ocasión de conseguir información *de primera mano* sobre aquellos hechos (que si no, no hubiera podido conseguir en ninguna parte) que ya en sí muestran la mejor acusación contra nuestros perseguidores. Así pude ampliar mi conocimiento sobre el demasiado conocido asunto de la propaganda "anti-nazi": Referente a los campos de concentración alemanes bajo nuestro régimen y - a ellos unidos en igual manera - sobre las demasiado conocidas sesiones del tribunal contra los denominados "criminales de guerra".

Belsen - por nombrar un ejemplo entre muchos - no era semejante lugar del espanto como de la lectura del promedio de las noticias poco formales se imagina. Eso conocía antes de que viniese por acá, y esto - aunque por aquel entonces no me hacia falta para persuadirme - me lo contó en 1946 el primer "anti-nazi" honrado que encontré en Francia; un francés que el mismo estuvo internado durante tres años en el desacreditado KZ. *"Solo aquellos internados que se revelaban deliberadamente contra el orden del campo fueron"*, así dijo, *"rudamente reprendidos y puestos al orden. Los demás, la mayoría, fue tratada complacientemente"*. Esto contribuye tanto más al buen prestigio de la plana mayor administradora, puesto que el número de personas que administraban el campo en comparación al número de internados era asombrosamente pequeño (sólo veinte mujeres eran responsables al menos durante las últimas semanas de la guerra, de la dirección de toda la sección femenina de Belsen con cerca de 30.000 internadas. Ya que tuvieron tanto que hacer se debiera disculparlas cuando a veces perdieron la paciencia).

Pero a primeros de abril de 1945 comenzó en Belsen el tiempo del hambre no sólo para los internados, sino también para la plana mayor administrativa; no por falta de hechos, negligencia o por una demora culpable del reabastecimiento de alimentos, sino unicamente por las acciones de las naciones aliadas mismas - por los ininterrumpidos bombardeos de los aviones anglo-americanos que habían revuelto todo el servicio de transporte en Alemania, y especialmente todos los trenes de transporte con provisiones y recursos médicos para el campo que fueron destrozados en mil pedazos. La vanguardia de las tropas invasoras - en este caso los ingleses - encontraron el campo en estado de hambruna. En vez de reprenderse a sí mismos, a la RAF y a la guerra en general, cargaron en seguida todo el peso de la responsabilidad sobre la plana mayor administrativa. Fue tan fácil hacer eso. Los hombres y mujeres que administraban el campo eran todos naturalmente nacionasocialistas a carta cabal; todos los hombres de las SS. Que oportunidad tan maravillosa de proceder con justicia con la torpe excusa de acabar con todos los tormentos insoportables, y entonces, o ahorcar a los "principales criminales de guerra" o en otro caso dejarlos consumirse por un número indeterminado de años en prisión de modo que el mundo nunca pudiese oir lo que ellos hubieran tenido que decir. Pero la verdad aparecerá más pronto o más tarde. Ni siquiera puede ser sofocada por largo tiempo sin que de súbito prorrumpa el día menos pensado en una explosión mortífera. Las gentes crédulas de todos los países ya han oído suficiente de horrores "nazis" -verdaderos o inventados-.

Los Dioses me han enviado acá para ser testigo y propagar al menos algunas noticias de primera mano. Aquí va, por cierto, este caso especial en torno a la acción de unos auténticos "anti-nazis", británicos y judíos; los últimos estaban bajo vigilancia inglesa. Me estremezco cuando me acuerdo de la escena de terror que me describió la señora E. - uno de los principales personajes que fue condenado por el juez británico en aquel ignominioso "juicio-Belsen" a una larga pena de prisión - , la escena de la detención de la administración del campo de Belsen.

De veinticinco de las mujeres que primero abandonan el KZ con un hombre SS de la dirección del campo y que debieron ir hacia Neuengamme (cerca de Hamburgo), se les dijo perfidamente por las autoridades militares aliadas que podrían regresar seguros a Belsen; y que además ocuparían allí otra vez su puesto y administrarían bajo control aliado del lugar. Volvieron confiadas viéndose de inmediato rodeadas por un montón de hombres con bayonetas caladas dando voces. De miedo y temor se agolparon una junto a otra cuando vieron como el círculo en torno a ellas se estrechaba sin cesar, puesto que llegaban de todas partes aproximandose cada vez más, hasta que las frías y afiladas puntas de acero las tocaron, cortaron y a algunas incluso las clavaron el acero afilado unos centímetros en la carne. Vieron el regocijo feo y malvado en las caras sonrientemente irónicas de los judíos y de los arios envilecidos que les acompañaban y les ayudaban en esta cobarde manera de obrar. Junto con los habituales soldados británicos, las autoridades militares aliadas llevaron camiones con israelitas furiosos con destino a Belsen como hacia cualquier otro lugar en el que habían sido detenidos prominentes nacionalsocialistas, y siguieron llevando más. Estos partidarios desafortunados de Adolf Hitler fueron entregados precisamente a estos hombres fuentes de espuma e ira.

Desnudaron por completo a las mujeres, y expuestas no sólo a las exploraciones más desagradables y ofensivas en medio de aclamaciones ciertamente groseras y escarnecedoras, sino que además sin el menor pretexto fueron amenazadas o heridas a golpes de bayoneta, o eran arrastradas de los pelos y golpeadas en la cabeza y el cuerpo con la gruesa culata de los fusiles de la policia militar hasta que algunas de ellas cayeron al suelo sin conocimiento. Es innecesario decir que les fue quitado todo lo que poseían - enseres, joyas, dinero, libros, fotos familiares y otras propiedades - y no devuelto hasta el día de hoy (a la Sra. E. le fueron robados 12.000 marcos por las autoridades de ocupación británicas - todo el ahorro de unos años de trabajo duro y honrado). Las internadas de Belsen que desde entoces estaban libres, eran alimentadas con pan blanco, mantequilla,

carne, huevos y mermelada, hasta que la mitad de ellas casi reventó bajo la peor indigestión, y se les dió la mayoría de los objetos de valor que pertenecían a la administración alemana. Los nuevos amos de Alemania - judíos y no judíos - robaron el resto.

Las mujeres fueron luego hacinadas y encerradas en la habitación de los muertos del campo; pequeña, fría, oscura y con el suelo de piedra. No se les dió nada sobre lo que poder echarse y sólo consiguieron una manta para cada cuatro de ellas. La habitación no contenía nada más que un cubo vacio en un rincón y no tenía ventilación. El largo día parecía no tener final. No se llevó alimento ni agua a las prisioneras. A veces llegaba de fuera un grito agudo y débil, o un llanto fuerte - un grito de dolor distante o cercano - a sus oidos. Adivinaban más o menos lo que ocurría de un extremo al otro del campo. Fueron encerradas. Pero aun cuando no lo hubiesen sido, nada hubieran podido hacer sin embargo. Todo el lugar - mejor dicho: toda Alemania - estaba ahora en manos de los judíos y de sus cómplices cobardes. Nada se podía hacer excepto sufrir y esperar en silencio a que las camaradas fueran vengadas algún día.

Una larga noche en vela siguió a este día horrible, y amaneció una nueva mañana. Nadie vino aun para abrir la celda. Aun no se les llevó alimento y agua a las pobres y desamparadas mujeres. El día se arrastró del mismo modo: lento y terrible como el precedente. Se oyeron los mismos gritos de dolor. Algunas veces parecían a bocajarro, para a veces, venir de lejos. Y la puerta aun permaneció cerrada. Todavía no había un pedazo de pan para comer, ni una gota de agua para beber o para lavarse. El cubo en el rincón ahora molestaba, y se encontraba inutilizado; toda la habitación estaba llena de su hedor.

La noche iba corriendo lentamente. El tercer día amaneció. Nadie vino aun para abrir la puerta, retirar el cubo y traer pan y agua, especialmente agua. Debilitadas por el hambre, con nudos en las gargantas, insomnes y siempre sucias - ya que ahora estaban sentadas y tendidas en su propia suciedad - las desamparadas mujeres se abandonaron a la desesperación. ¿Debían morir todas en esta horri-

ble habitación, en esta habitación del infierno?. ¡Quizás!. Se puede esperar sencillamente todo de los judíos que han llegado de nuevo al poder.

Pero los judíos y sus cómplices deseaban una venganza más prolongada, una venganza que debía durar años.

Una nueva noche se extendió poco a poco. Luego vino la mañana del cuarto día, y parte transcurrió lento. Por fin se abrió la puerta. Las mujeres recibieron algo de comida y agua. Pero solo por esto, ya que debían mantenerlas con vida para poder continuar su martírio.

Debido al estado de hambre que prevalecía desde la destrucción de los medios de transporte por los aliados mismos, como ya relaté, habíamuchos internados en un estado de salud desesperado ya incluso antes de que los invasores pusiesen los pies en el campo. La mayor parte de ellos murieron. Muchos otros más, que hubieran podido ser salvados si al principio hubiesen sido provistos poco a poco de un alimento ligero, gracias a la amabilidad absurda de sus "libertadores"murieron por un inesperado "atiborramiento". Muchos cadáveres yacían por doquier sin mencionar los de los guardianes-SS, que las autoridades de la policia militar habían martirizado.

Las mujeres alemanas que apenas podían sostenerse sobre las piernas tras la cautividad de tres días - entre las que se encontraban algunas heridas por arma blanca - a punta de bayoneta debieron correr y enterrar los cadáveres de los que murieron durante todo el día y los siguientes.

De entre los cadáveres de las internados las mujeres reconocieron a cierto número de sus propios camaradas, los guardianes del campo, todos los cuales tenían heridas horribles y a algunos les ha-

bían extraído las víceras. Ahora las mujeres comprendieron cada vez mejor los gritos de dolor y el llanto durante aquellos tres días. Además no fueron estas las últimas víctimas de la brutalidad de los invasores en el recinto del campo. La señora F. y la señora B., que habían vivido todo esto y que procuré describir justamente según sus relatos, fueron los verdaderos testigos oculares de ulteriores escenas de pesadilla. Vieron como vencían en pelea a algunos de los guardianes-SS supervivientes - siempre varios hombres de uniforme de la policia militar británica contra uno de aquellos. Vieron como derribaban a los camaradas sobre el suelo o la pila de cadáveres, les daban patadas en la cara, les hundían la cabeza con la gruesa culata de los fusiles, y les abrían el vientre con las bayonetas, extrayéndoles las tripas, mientras los mártires aun con vida aullaban de dolor. Los hombres de uniforme británico parecían gozar de este griterío y gemido de la muerte. ¿Pués quienes eran esos hombres que aun hace unos pocos días habían estado en el poder y ahora, mutilados, sin miembros, rotos en pedazos y burlados, gritaban en charcos de sangre?. "Nazis". A los ojos de los medrosos judíos y de estos arios degenerados - traidores a su propia raza y una vergüenza para la humanidad - que ahora se batían desde el bando de los judíos, no era tormento suficientemente espantoso.

La señora E. no pudo contener las lágrimas cuando me refirió estas escenas de pavor que la han perseguido hasta el día de hoy - que ahora también me persiguen aunque yo misma no las haya visto. Me perseguirán a lo largo de toda mi vida.

Miré al cielo - al cielo eternamente azul que porta en sí el baile de las esferas - a la eterna imagen de las leyes sin piedad que fuerzan el efecto para obedecer a la causa. Del fondo de mi corazón - también con lágrimas en mis ojos - repetí la oración que dije en cuanto ví las ruinas de Alemania. Mi respuesta a todas estas crueldades que habían sido perpetradas contra esos y otros nacionalsocialistas, contra mis camaradas, mis amigos, contra el único Pueblo que amo de esta humanidad actual, merecedora de aborrecimiento: *"¡Véngalos, fuerza irresistible que nunca cede. Madre de la destrucción, véngalos!"*.

Después que las mujeres alemanas, bajo la vigilancia brutal de la policia militar, hubieron enterrado tantos cadáveres como pudieron, fueron devueltas a la habitación angosta - a la antigua habitación de los muertos - que utilizaban como una celda normal. El lugar apestaba. El cubo repleto estaba allí todavía. Hasta muchos días después no se permitió a las prisioneras vaciarle, devolverle a su sitio, y darles otro para la misma finalidad; continuaron sin recibir una gota de agua. No se pudieron lavar ellas ni sus enseres. Sus manos, que después de cada servicio diurno contraían el olor a muerto, podían, si lo deseaban, lavar sólo en su propia orina. Con esas manos debían comer.

Todo ser humano - todo animal, incluido el cerdo, sufriría en extremo si fuese obligado a vivir bajo semejantes condiciones. Pués todos los seres vivientes detestan el olor de la muerte incluso más que el de los excrementos.

Pero si se pondera en toda su significación que estas prisioneras eran alemanas y nacionalsocialistas, es decir, mujeres que pertenecen a una de las naciones más limpias del mundo (en todos los sentidos y desde los tiempos de la antigua Grecia), cuya filosofía de la vida más que todas las demás en occidente, atribuye gran importancia a la pureza corporal, entonces se podrá comprender cuanto tormento debió haber sido semejante existencia.

Cuando finalmente todos los muertos fueron enterrados, se permitió a las prisioneras limpiar los servicios que eran usados por numerosos judíos, los nuevos amos del campo. Bajo la amenaza de las bayonetas se ordenó a las orgullosas mujeres nacionalsocialistas quitar la suciedad con sus propias manos. Se había decidido ex profeso este trabajo para las mujeres, para hacerlas sentir una humillación aun más fuerte.

Sólo tras la conclusión de este trabajo pudieron limpiar su propia celda que había llegado a ser una letrina mientras tanto.

Tras todos estos inolvidables espantos y envilecimientos llegó por último la doma de las prisioneras - un ejemplo odioso de ignominia como en todos los demás procesos contra los llamados "criminales de guerra".

De las 30.000 internadas eran judías cerca de la mitad. Entre estas fueron escogidas los "testigos" para el procesamiento; "testigos" que estaban dispuestas a jurar *de todo* para condenar a los odiados "nazis"; "testigos" que deseaban la condena de las mujeres nacionalsocialistas no porque hubieran hecho esto o aquello, sino unicamente porque eran nacionalsocialistas, y por esta razón eran odiadas. A los judíos que eran parientes o conocidos por las internadas también se les permitió entrar. Asimismo declararon mentiras bajo perjurios.

La señora E., la señora B. y la señora H. - las amistosas y cariñosas mujeres, personas a las que sencillamente se quería si se las conocía - fueron condenadas a una pena larga de prisión debido a "deliberados malos tratos" a las internadas. Una judía, a la que la señora E. había golpeado, y ello no sin fundamento ya que había sorprendido a la mujer durante un hurto, informó que la acusada se había acostumbrado a golpearla constantemente. Ni esta judía, como tampoco los otros "testigos" asistieron siquiera al juicio infame cuando tuvo lugar la vista oral. Todas las ex-internadas habían viajado al extranjero en el avión de las autoridades aliadas mismas. Las acusadas fueron condenadas sólo por la declaración que las "testigos" habían realizado antes de su despegue. ¡Justicia democrá-tica!.

La señora E. había estado de servicio en Belsen desde el 13.2.45 por tan sólo nueve semanas más o menos. Antes, ya desde el 35, había ayudado a las secciones femeninas en cuatro campos y había sido por algún tiempo la directora de un campo. Curiosamente no se oyó sobre ella y su comportamiento, ninguna clase de quejas frente a las internadas, ni siquiera de las judías. La señora B. jamás había pegado a nadie, y no obstante se difundió alrededor de su nombre la más escandalosa clase de propaganda "antinazi"; fue denominada de

"bestia rubia" y cosas por el estilo. ¡Por nada!. Porque había estado de activa competente en la administración de Belsen cuando el bombardeo aliado había cortado al instante todas las conexiones del lugar con el mundo exterior; por eso ella, como la señora B. y la señora H., era nacionalsocialista - una verdadera y leal nacionalsocialista. Repito: esto es la justicia democrática. Justicia *judía*; pués toda la acción judicial fue una exhibición judía. Incluso los intérpretes que tradujeron las respuestas de las procesadas del alemán al inglés (pués la vista era, como todas las demás, conducida en inglés) eran judíos. De parte de las acusadas ninguna entre las mujeres sabían, si es que acaso unas cuantas un poco inglés.

Ahora relato lo que oí de las mujeres sobre la desdichada Irma Grese que trabajaron junto a ella, vivieron con ella y conocieron personalmente; asímismo tampoco fue culpable en lo concerniente a los denominados "crimenes" que se le reprochaban por "malos tratos" a las internadas. Me fue descrita como "una bonita muchacha". Estuvo como las otras en Belsen. Era como las otras, una nacionalsocialista. Los judíos que la acusaron quizás la odiaban más porque era joven y guapa. Así lograron que fuera ahorcada, lo que también casi lograron con la señora E., como ella misma me contó.

Lo que puede ser dicho sobre los "crimenes de guerra" de las mujeres, de las que tengo el honor de conocer a algunas ahora, indudablemente también puede ser dicho de los hombres en número mucho mayor, pero de los que no puedo encontrar aquí ninguno. Cada "expediente de criminal de guerra", desde el de Hermann Göring, desde el más noble carácter de nuestra moderna Europa, llegando al de cualquier sencillo hombre-SS que era acusado por brutalidad, señala un ejemplo escandaloso de infamia, odio e hipocresía de parte de las autoridades "antinazis". *Siempre* el sufrimiento o ha sido inmerecidamente impuesto, o de lo contrario es completamente desproporcionado al propio hecho por el que es pensado el castigo - siendo mayor -, y se diferencia mucho de los castigos que fueron infligidos por los tribunales británicos para los delitos *reales*. Además contrasta vergonzosamente por la impunidad

absoluta con que se estima a todos los criminales de guerra *reales*, con tal que estos no sean por casualidad alemanes o nacionalsocialistas. La señora E. fue condenada en 1945 por jueces británicos a 15 años de prisión porque en realidad había pegado a una ladrona. La señora B. y la señora H. fueron condenadas ambas por nada grave a 10 años. En 1943 un carnicero de Calcuta, de nombre Mahavir Kahar, fue condenado sólo a *un mes de prisión* también por los ingleses porque había *desollado* vivas a dos cabras. Pero cabras no son judíos, aunque también sientan dolor. El criminal era un intocable indio - todo menos un ario, y aun más, todo menos un nacionalsocialista. Esos mismos ingleses y esos americanos, los "cruzados de Europa", que por medio de bombas de fósforo dejaron quemarse de abajo arriba a miles de alemanes como teas vivientes en el asfalto hirviente, esos, lo digo, *jamás* estuvieron ante tribunal militar alguno. ¿Cómo pudieran estar también ellos?. Lucharon para entregar definitivamente el mundo - inclusive Inglaterra y América - en las manos de Israel.

No obstante, por numerosos que puedan ser los llamados "criminales de guerra", sólo una pequeña parte del número total son alemanes que fueron condenados por nuestros enemigos al sufrimiento unicamente por el simple motivo de ser nacionalsocialistas. Además a menudo alguien inventaba la más absurda acusación, para detener e interrogar a esos hombres y mujeres que caían bajo la "categoría I", por muy tonta que aquella pudiera haber sido. Los prisioneros políticos más numerosos pertenecían a la "categoría II", eran encarcelados incluso *sólo* con el pretexto de que habían desempeñado algún puesto de responsabilidad en la organización del Partido Nacionalsocialista. Todo aquel que hubiese ostentado un rango aún inferior en tiempos de Hitler - por ejemplo el de un sencillo Zellenleiter 1) - y suponiendo que hubiera demostrado empe-

1) Jefe de célula.

ño suficiente en el cumplimiento de sus deberes, podía obtener bajo esta categoría, el odio de algún judío y el de los no menos dignos de desprecio elementos traidores alemanes atraidos al lugar. Con frecuencia ni siquiera eso era necesario. Las autoridades militares de ocupación solían catalogar de "peligrosos" - es decir, prominentes - nacionalsocialistas a todos los que pudieron atrapar un determinado sector.

Esta gente no ha sufrido menos por causa de la cruz gamada (cuando a veces incluso más) que los pretendidos "criminales de guerra" mismos. Muchos están todavía retenidos en KZ's sin saber hasta el día de hoy si sus familias están aun vivas o muertas (Sé que las autoridades niegan este hecho. Sé que niegan hasta la existencia de KZ's en la postguerra alemana. Pero casualmente he encontrado parientes y amigos de nacionalsocialistas de los que desde su detención en 1945 o 1946 nunca más se ha oido algo - y no sólo en la zona rusa sino también en las otras tres. Cuando las autoridades me ocultan la verdad no encuentran fundamento alguno. Otros prisioneros políticos fueron liberados pero muchos de ellos en un estado tal que parece imposible puedan recobrar jamás su salud. He encontrado muchos así, que fueron marcados como mártires de la fe nacionalsocialista para el resto de su vida. He tenido el honor de pasar algunos días en compañia de ellos, en medio de amigos. Su nombre es Friedrich Horn. Relataré algo de la impresión profunda que dejó en mí en uno de los siguientes capítulos. En este momento repasaré sólo la historia de los lugares del infierno en los que casi pasó tres años como prisionero *de esos* que nosotros odiamos. Lo que me impulsa a hablar de *sus* experiencias antes que de otros alemanes leales, es en primer lugar porque conozco personalmente al hombre, y también porque le contemplo como uno de los más nobles nacionalsocialistas que me encontré nunca, lo que significa mucho.

Herr H. (Friedrich Horn murió el 12-12-49) desde 1932 había sido Ortsgruppenleiter 1) en una ciudad de la actual zona francesa.

1) Guía de grupo local.

Fue detenido a finales de mayo de 1945 por los nuevos amos de Alemania - concretamente por los americanos - por ningún otro motivo que el de ser bien conocido como nacionalsocialista auténtico. No había empleado su autoridad para infligir daño y no hallaron quejas contra él. En primer lugar fue llevado a Diez, y allí con otras treinta personas encerrado dos días y dos noches en una habitación pequeña, sin comida, sin bebida y sin el más minimo aseo indispensable; sin suficiente sitio para sentarse, y no digamos para tumbarse. Todo el tiempo, los prisioneros estuvieron forzados a dormir muy apretados en posición erecta (cuando podían) y también así atendían sus otras necesidades naturales. Naturalmente no sabían por cuan largo tiempo debían consumirse en aquella habitación.

Sin embargo, tras cuarenta y ocho horas les dejaron salir y trasladaron en vagones para el ganado a Schwarzenborn, en Treysa, en la sierra Rothaar. Allí juntaron de nueve a diez mil nacionalsocialistas en un KZ no sólo por su status dentro de la organización del Partido, sino también por su posición social, su familia, su rendimiento intelectual y profesional. El principe August-Wilhelm, principe de Prusia y el principe de Waldeck y muchos representantes de la vieja aristocracia alemana estaban aquí, y asimismo la masa de los prisioneros eran hombres poco corrientes (Her Horn mismo era un conocido buen arquitecto). Cerca de doscientas mujeres estuvieron también allí; algunas esperaban un niño que acabó por nacer durante su internamiento.

Los hombres ocuparon los locales que antaño habían sido utilizados como caballerizas por la caballería alemana. Cada tres hombres debían vivir día y noche en el lugar que originalmente había sido la cuadra para un caballo. Se instalaron sobre paja sin manta alguna y no recibieron jarras y palanganas individuales para su lavado diario, ni siquiera poseían una cañería con agua corriente (que hubieran podido utilizar sucesivamente), sino sólo una larga, estrecha y común pila de agua en la que se tenían que lavar cientos de ellos, todos en el mismo agua como el ganado. Estaban repartidos en quinientas cuadras sin conexión alguna entre ellas. Para el lavado

de cada grupo de quinientos, la pila se llenaba acaso hasta tres o cuatro veces de nuevo.

Recibieron una dieta sistemática pensada para originar la muerte por inanición; media ración de calducho acuoso, dos o tres galletas duras de 13 centímetros de largo y 1,3 centímetros de grueso, por día; luego - tras dos o tres meses aproximadamente - una rodaja de pan que no les era dada por los americanos (que administraban el campo), sino por la población alemana de la vecindad. El 5% de los internados murieron por hambre en los primeros catorce días. La proporción fue mayor con el tiempo. Herr H. - un hombre grande y fuerte, con fuerza vital ostensible - perdió 45 libras en el primer mes. De todos modos, los americanos decidieron dar a mediodía una taza de café y una rodaja de pan al desamparado prisionero.

Luego vinieron las navidades de 1945; tal vez la fiesta navideña más lamentable en toda la historia alemana. Los americanos, especialmente los judíos entre ellos, sabían lo que la antiquísima fiesta del solsticio de invierno - que ahora pasa fraudulentamente por el día convencional del nacimiento de Jesucristo - siempre significó y hoy todavía significa para los alemanes. Es por esto que hubiera sido un milagro si no hubieran repararon en ello: dar un trato especialmente cruel a los inquilinos de sus KZ. Y pensaron en ello de veras. En Nochebuena y Navidad la ración extra de los prisioneros consistió sólo en medio plato de calducho - esta vez sin galletas duras y pan - por no pensar en pastas, naranjas o alguna otra cosa extraordinaria. Un semi-plato de calducho acuoso e insípido y en caso contrario, nada, ni una palabra agradable de alguien, ni una linea amable de los miembros de la familia. Puesto que aun no se les permitió escribir y recibir cartas, ¡sus familias y amigos no sabían siquiera donde estaban!.

A los alemanes que estaban ocupados en la cocina les dió buen resultado guardar seis pasteles de sus propias raciones para los internados. El temor a los americanos era tan grande que el personal de servicio escondió estos pasteles en el aseo para no ser sorprendidos.

A finales de diciembre se supo que Herr H. había perdido 65 libras; ya no se sostenía sobre las piernas. Fue llevado al hospital que pertenecía al campo.

Pero no se debe pensar que la brutalidad americana apenas se limitó a mantener a los prisioneros con una inverosímil dieta de hambre y bajo las condiciones infernales que procuré escribir con exactitud tras los relatos del señor Horn. Se reflejó en todos los aspectos por los vencedores y "reformadores" de Alemania contra los odiados "nazis". Encontró su expresión en la pena colectiva que impusieron sin motivo alguno sobre los alemanes - y con la impunidad de que los guardianes podían hacer con los prisioneros lo que quisiesen.

Herr H. me contó por ejemplo que todo el campo permaneció durante un día sin comida y agua, ya que una cámara fotográfica que pertenecía a un americano fue echada en falta. El objeto fue hallado al día siguiente en el bosillo de otro americano que la había robado. A pesar de todo los internados no recibieron en compensación comida extra de ninguna clase. Otra vez, un soldado de guardia americano que tenía su puesto en la proximidad donde los prisioneros cuidaban de ingerir su escaso alimento, tan sólo "por broma" y sin razón alguna disparó sobre uno de los alemanes que estaba tranquilo durante la comida. El hombre murió sobre el lugar. Era un hombre a carta cabal - me dijo Herr Horn - y padre de seis hijos. El guardián ni siquiera fue amonestado, menos aun castigado. Estas son las gentes que en Nuremberg interpretaron el papel de jueces; la gente que hoy por hoy junto con sus aliados persiguen en vida al Nacionalsocialismo en nombre de una llamada "más alta humanidad" - ¡estos hipócritas infámes!.

En febrero de 1946 Herr Horn era enviado a otro KZ en Darmstadt. A pesar de que él y otros internados que llegaron con él todavía enfermos, debieron viajar en un vagón del ganado, sin calefacción y sin paja sobre la que se hubiesen podido acomodar. Tras su llegada los enfermos no fueron enviados en seguida al hospital, sino con los otros a las celdas.

Las celdas no contenían nada más que armaduras de cama y no tenían luz ni calefacción. Los colchones correspondientes a las camas habían sido arrojados afuera en la nieve y ahora estaban cubiertos de hielo. Fueron introducidos. El hielo se derretía despacio. Sobre estos colchones mojados y fríos se debieron instalar los hombres - también los enfermos -. Junto al señor Horn estaban otros veinticinco en la misma celda.

Herr Horn estuvo encerrado dos días y dos noches en esta celda; luego fue llevado otra vez al hospital donde permaneció tres meses. Su cuerpo, que un día había sido tan fuerte como el hierro, estaba tan extenuado por el hambre y la dureza que su corazón apenas latía más. Hasta este día sufrió siempre entre desvanecimientos periódicos y un pulso (que yo misma sentí) muy bajo que apenas se podía creer. No existía ninguna esperanza para él, jamás podría recuperarse. Había perdido para siempre su salud.

Tal vez recuerden cuan frío fue el invierno del 46/47 en toda Europa y especialmente en el norte y el centro. En Darmstadt, donde estaban internados 40.000 prisioneros políticos, era la temperatura en las celdas de veinticinco grados bajo cero. Las celdas, lo reitero, no estaban caldeadas.

Darmstadt y Schwarzenborn de ningún modo eran poblaciones aisladas que en la Alemania ocupada merecieran la denominación de "campo de exterminio". Hubo todavía otros - y aún hoy los hay - que son llevados con el mismo celo democrático. En un campo semejante en Hersfeld, los prisioneros políticos que fueron detenidos de inmediato tras la capitulación debieron dormir semanas enteras sobre el suelo desnudo sin un hogar, con buen tiempo y o bajo la lluvia y sin apenas alimento. Debían pasar por medio de una doble

fila de soldados, siendo golpeados por todos hasta que quedaban sin conocimiento - o muertos - . El campo 2288 que en 1945 era dirigido por los ingleses en las inmediaciones de Bruselas y tenía 40.000 prisioneros era del mismo género, tal y como me contó el propio oficial británico, Mr. R 1), que estuvo allí. Dachau, en otro tiempo bajo dominación nacionalsocialista, un campo para hombres perturbados sexualmente y universalmente conocido por causa de los reiterados informes embusteros en la prensa y propaganda-literatura anti-nacionalsocialista, fue ocupado por los aliados en 1945. Lo utilizaron en adelante como KZ. con la diferencia de que los internos ya no eran hombres sexualmente anormales, sino nacionalsocialistas, y por cierto, especialmente los que pertenecían a las Waffen-SS. Muchos de estos fueron enviados más tarde a Darmstadt, donde Herr Horn les encontró. Repitió en mi presencia algunas de las largas historias de terror que había oido de ellos y que otros de los inquilinos del campo de entonces, a los que más tarde tuve el honor de encontrar, me confirmaron.

Después que los aliados lo tomaron a su cargo, Dachau fue un lugar de tormento - no sólo por el hambre, el frío y la dureza de todo género, sino por los castigos corporales bien meditados, con todos sus horribles aparatos dispuestos para ello; un lugar del infierno en toda la extensión de la palabra. En aquel infierno los diablos eran los judíos, la mayoría malhechores políticos que con sus oscuras maquinaciones habían entrado en conflicto con el régimen nacionalsocialista y que sencillamente ahora estaban para llevar a cabo una venganza cobarde. Todos los hombres que debieron comparecer ante el tribunal aliado como "criminales de guerra" fueron señalados mediante la acusación de los judíos y expuestos a tormento sin prueba alguna de la veracidad de la incriminación vertida en su contra. Las torturas eran diferentes conforme al modo imaginativo, manera y fantasía que inventaban los judíos correspondientes. Muchas de las victimas en una fila eran obligadas a apoyarse contra la pared, los pies apartados aproximadamente un

1)Mr. R. fue relevado de su cargo. Había protestado y debió abandonar el campo.

metro de ella; entonces les golpeaban en las piernas tan fuerte como era posible, de modo que caían de bruces, echaban sangre y al mismo tiempo perdían sus dientes. A otros les arrancaron las uñas; o eran rodeados con una cadena que fijaban con un cordón largo y delgado a sus órganos genitales, o eran ahorcados en cualquier momento en la habitación. Los propios aliados lo consintieron. En su memorándum al ministro de la guerra americano Kenneth Royall, el juez americano E. Lewy van Roden comprobó que los hombres que comparecieron ante el tribunal militar americano en Dachau y que estaban incriminados con "crímenes de guerra", habían sido sencillamente todos sometidos a torturas. Les propinaron patadas brutales, les sacaron los dientes, y rompieron sus mandíbulas. Fueron incomunicados, y martirizados con trozos de madera ardiente; se les dejó morir de hambre, se les amenazó con represalias contra sus familias y se les dió falsas esperanzas de excarcelación para lograr sacarles confesiones 1).

Con ese fin, en Darmstadt y Schwarzenborn, los internos fueron condenados a menudo con el más pequeño pretexto a permanecer desnudos un mes entero en la gélida celda con sólo una colcha por la noche.

A tales tratos debieron someterse mis camaradas en los campos de concentración "antinazi" de la postguerra por parte de esos "cariñosos" judíos, con el pretexto aliado acerca de que todo el mundo estaba predispuesto a contemplarlos como a las inocentes y simpáticas víctimas de nuestro "monstruoso régimen", a compadecerlos y defenderlos, pero a los que en realidad el mundo, ciego, debió obedecer - sin saberlo - durante todo el tiempo.

----

1) Esto apareció en la "Revista Renano-palatina" de un diario en Bad Kreuznach el 31.12.1948. Fue recogido en francés en "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", año 1, Nr. 1. que me fue facilitada amistosamente por las autoridades francesas en Coblenza.

Herr Horn, al que tengo que agradecer el relato arriba mencionado y todavía otros muchísimos más, fue puesto en libertad finalmente en diciembre de 1947 después que hubo pasado casi tres años en el "infierno".

Es dificil decir cuantos otros miles de nacionalsocialistas, que un día estuvieron sanos y en buena forma física como él, en estos y otros campos de exterminio fueron mutilados hasta llegar a ser una ruina humana. Tales campos se hallaban por doquier en la Alemania ocupada y también más lejos en el este, en las ignotas colonias penitenciarias de la Unión Sovietica de las que nadie ha retornado. Es penoso decir cuantos miles han muerto. Es especialmente penoso esbozar un cuadro con los aspectos más variados, sombríos y sucios de la persecución del Nacionalsocialismo: del martirio de los hombres-SS. Nada es aquí lo suficientemente tétrico como para ser cierto.

Ya en la Alemania ocupada, ya en Rusia o en otros países, siempre ha sido la élite excelente del poder nacionalsocialista, las Waffen-SS, la que la mayoría de las veces ha sufrido, como también era de esperar.

Francia es uno de los países en los que los jóvenes hombres SS - fáciles de reconocer - fueron sometidos a las mayores durezas completamente conscientes; debieron permanecer tendidos semanas enteras sobre la tierra fría y húmeda; recibieron una dieta de hambre, fueron golpeados y torturados. Muchos eran enviados a campos de esclavitud en las colonias tropicales francesas o belgas[1)] para morir allí de agotamiento, mala alimentación, malos tratos y de enfermedades tropicales.

Encontré a un Herr H. que, tras su detención en 1945 por los franceses, era enviado con otros dieciocho mil prisioneros desde Marsella hacia Sidibel-Abbés, y desde esta plaza a través del desierto del Sahara hacia el Congo belga bajo la escolta de tropas auxiliares marroquís medio salvajes.

1) Una "atmósfera" exacta a la que pudieron vivir estos camaradas se visiona en: "Papillón" de Henri Charrier, novela sobre hechos verídicos al menos en su argumento principal (Nota del traductor).

Estos africanos dejados a solas con los prisioneros desarmados en la soledad abrasadora, convirtieron en pasatiempo dispararles con el más mínimo pretexto y también sin ninguno. Tal vez los franceses les habían enseñado a contemplar a los nacionalsocialistas como los enemigos naturales de todos los pueblos de piel oscura - tal como la propaganda británica lo hizo con una gran multitud de ingenuos hindús. Esta información junto con el placer innato al asesinato indujo posiblemente a los negros a este modo de obrar. Muchos de los prisioneros que no murieron por este procedimiento, lo hicieron sobre el camino por fiebres malignas. No tenían medicinas, ni atención médica, ni el cuidado que tenían sus camaradas. En el Congo fueron retenidos en un campo bajo la vigilancia de tropas salvajes de norteafricanos y negros, debiendo trabajar como esclavos en las minas de plomo doce horas al día - desde la salida del sol hasta el ocaso - con agua hasta la cintura y casi sin alimentación. No podían escribir y recibir cartas; tampoco podían tener libros que les hubiesen podido ayudar a soñar con una vida menos fatigosa, sombría y desesperada en ese infierno en el que permanecieron durante tres años.

De estos dieciocho mil hombres que en el 45 se habían hecho a la mar desde Marsella, quedaron sólo cuatro mil ochocientos con vida, que en 1948 regresaron a la costa de Europa para ver una Alemania en ruinas. Acaso retornaban a la Patria para ver vengados a sus camaradas y a ellos mismos - ¡ojalá todos los Dioses me pudieran oir y atender! - .

Sí, vengados - por centuplicado - no por agentes humanos, quienes también pueden ser los que algún día quieran sumergir para siempre a Europa y al mundo entero en rios de sangre, sino por poderes invisibles y despiadados, todos cuyos agentes humanos son solo herramientas que han entrado en juego debido al terror que han traido nuestros enemigos sobre sí mismos cada vez que han heri-

do y ofendido a uno de los nuestros. Pues existe una justicia, una justicia inherente a la naturaleza de todas las cosas, una ley ineludible e ineluctable de la acción y reacción que mide cada castigo según la gravedad de la afrenta y según la importancia y valor de quien fue perpetrada en contra.

He viajado de este a oeste, y visitado una quincena de países; he pasado el mismo número de años de mi vida en el cercano Oriente y la India. Los más variados recuerdos de tierras lejanas y dispares que han quedado para siempre gravados vivamente en mi memoria, han dado a mi singular destino esa ventaja respecto a la mayoría del resto de nacionalsocialistas. Lo digo de todo corazón: Nada conozco en el mundo moderno que sea tan hermoso como la juventud nacionalsocialista. Nada. Hay por todas partes seres extraordinarios entre los arios también entre algunas razas no arias -.en el Lejano Oriente -. Hay todavía en la India algunos pocos brahmanes genuinos que serían apropiados para representar lo mejor posible a nuestra humanidad ante los habitantes de otros planetas. Pero en ninguna parte se puede encontrar una colectividad de seres humanos que pueda ser comparada con la élite psíquica y moral de Alemania: grandes, fuertes y bellos, que exteriormente se asemejan a Baldur, al Luminoso, al mejor de los Dioses nórdicos: sinceros, formales, conscientes de si mismos, valientes y cariñosos, amistosos a todas las criaturas, respetuosos frente a la naturaleza; Paganos en el más alto sentido de la palabra - uno por uno entregados en alma y corazón al Dios viviente de nuestro tiempo, Adolf Hitler, y entregados al perpetuo ideal de la perfección que Él encarna.

¿Qué sucede cuando la ola irresistible de la destrucción también nos inunda?. Si ello fuera un combate de fuerzas *materiales*, sería probablemente la ruina. Pero no es tal. Esto es, como ya dije, la fase moderna de la lucha eterna entre las fuerzas invisibles de la vida y de la luz, y de la misma manera las fuerzas invisibles de la muerte; entre la determinación del mundo por vivir, que se traduce en la voluntad de la élite natural para ambicionar y dominar, para vencer y para avanzar desde su puesto de predominio, y la viejísima enfer-

medad del mundo - de la tendencia a la descomposición y disolución que se manifiesta en el querer de los parásitos, de los hombres débiles, de los Untermenschen 1) - de la múltiple escoria.

En todo esto, en la lucha más importante y verdadera ya hemos obtenido el triunfo. Por mucho que podamos parecer aniquilados, aparentemente tan impotentes y desesperanzados, ya hemos vencido en un plano invisible. Hemos preservado mas nuestro espíritu (no el preservado en la victoria; eso es fácil, lo pueden hacer todos los luchadores *sin valor*) en el verdadero abismo de la adversidad, de la humillación y de la angustia mortal, en el transcurso monótono de la vida en prisión - día a día, mes a mes, durante ya cuatro años, como la señora E. y los otros pretendidos "criminales de guerra" que no fueron ahorcados; o como Herr Horn en las celdas heladas del campo de exterminio "antinazi" (de los campos que realmente merecen este nombre), sin comida, o en las cámaras de tormento; o como Herr W. bajo el látigo de los negros en campos de trabajo para esclavos en el tórrido corazón de Africa; o como miles hasta hoy en medio de similares durezas en las minas de los Urales, en Siberia y en algún otro lugar que nadie sabe. HerrW. me dijo que a él y a los otros hombres-SS prisioneros no les estaba permitido tener libros en el campo. Y añadió: *"Pero a pesar de todo conseguí guardarme esto"*, y sacó un pequeño volumen de su bolsillo. Leí la cubierta: "Pensamientos escogidos de Friedrich Nietzsche". Herr W. me dijo: *"Algunas frases de oro del autor del libro 'La voluntad de poder', que son las que me han mantenido en pie todos estos años infernales". "Sí, palabras de orgullo y de fuerza, no palabras de consuelo"*, dije.

Cuando evoqué todo esto en mi memoria, lo que el joven hombre había padecido, fuí dominada por un sentimiento de elevación religiosa - como ante el sol naciente, la victoria diaria de la luz sobre la oscuridad. Grité de júbilo en mi corazón a la victoria del pensamiento nacionalsocialista, a la victoria de la sempiterna juventud, a la confirmación de ese poder de la élite natural del mundo que nada ni nadie podrá romper.

1) subhombres.

Apéndice de la autora

Las veintiseis ayudantes-SS e inspectoras en Bergen-Belsen sabían que allí no hubo cámaras de gas y nunca las hubo. Aunque debieron declarar ante los ingleses armados (¿Judíos con uniforme inglés?) junto al micrófono que habían gaseado a miles de judíos.

Esto quise informar en mi libro en 1949; pero me fue prohibido por una camarada en Werl, una vigilante en Bergen-Belsen, porque temía que nunca serían puestas en libertad si este informe casualmente hubiese caído en manos enemigas.

CAPÍTULO VII

EXPLOTACION, MENTIRAS Y SUPERFICIALIDAD

"... no se muere por negocios, sino por ideales".

Adolf Hitler
(Mi Lucha I, CapítuloV)

El objetivo del hipermétrope judío internacional era lograr que Inglaterra proclamase la guerra a Alemania el 3-9-1939 para aniquilar al Nacionalsocialismo. Alemania le suponía no otra cosa sino el origen y desarrollo de esa filosofía sociopolítica en extremo peligrosa. Alemania sin el Nacionalsocialismo no era rival para él, aun cuando llegara a ser tan poderosa. Eso lo sabía el judío. Experiencia durante siglos simplemente le había enseñado bien que nada había sido más sencillo que vivir a costa de arios puros, en tanto que no se hubiese despertado en ellos una conciencia racial. *"Cuanto más puros, más ingenuos"*, pensó cuando, como era de costumbre, contemplaba cerca de él la generosidad innata de los arios como estrechez de inteligencia. No los temía mientras se les tuviera entretenidos. Pero la filosofía peligrosa ya había despertado a la mayor parte de Alemania. Y Alemania también comenzaba a despertar a los arios en otros países al llevar la agitación a todo el complejo racial ario. Por este motivo debía ser aplastada, de forma que el judío pudiera ambicionar ser en adelante el perfecto parásito en Europa y América como el señor de todo el mundo mediante su control sobre el sistema monetario internacional. La ofensiva del judío sobre Alemania -ya con anterioridad a la guerra mediante su propaganda - no tuvo otro significado.

Pero el objetivo del ario corto de miras en Inglaterra o dondequiera que fuese, que llega a ser aliado del judío contra los paladines de su propia raza, era completamente otro. O bien era un idiota sentimental que contribuyó a salvar a sus israelitas favoritos de las "garras" de las "bestias" nacionalsocialistas, o bien de lo contrario ... sencillamente tenia celos del bienestar de sus hermanos alemanes, celoso de sus fábricas productivas, del ejército reedificado, de su influencia creciente, de sus soberbias "autopistas", de las casas limpias, espaciosas y soleadas de los trabajadores alemanes con las cocinas modernas y los geranios en las repisas, de sus jardines llenos de niños sanos, de su juventud en marcha y sus impresionantes días del Partido, celoso de su alegría y vitalidad - por el hecho de que tener algo por lo que levantar la mirada, saber amarlo y algo por lo que poder vivir, mientras que el resto de Europa y la mayor parte del mundo nada tenía. Y odiaba a los felices alemanes y al "Übermenschen" 1) que había llevado a su Pueblo semejante riqueza y felicidad.

Fue víctima de sí mismo (el ario inglés). Pués el judío había olvidado decirle que así era y también que por ser su aliado obtendría solo una pequeña ganancia por la derrota de Alemania, pués la ganancia principal, la ganancia permanente al fin y al cabo sólo podía desembocar en los bolsillos del "pueblo elegido por Dios", que explotarían no sólo a Alemania, sino de igual manera a Inglaterra y América - mejor aún, al mundo entero - sobre las ruinas del odiado régimen nacionalsocialista. Si lo hubiera comprendido el ario inglés y también el francés, no habrían combatido tan gustosos a sus hermanos alemanes. A menos que su odio alimentado por celos hubiese sido incluso mayor en ellos que su instinto de autoconservación; sin embargo - en un sentido más amplio - era también la loca sumisión a los "valiosos" judíos de centro-Europa frente a toda otra culpa por este odio.

----

1) Superhombre.

Algunos de los arios que combatieron a Alemania durante la guerra son menos tontos y cínicos que otros. Fuí presentada a uno de estos. Un francés que ahora desempeña un puesto de importancia en una de las fábricas alemanas en territorio del Sarre (encontrándose ahora bajo el control de los franceses), y que jugó un papel activo en la resistencia francesa durante la guerra. Me confesó que despreciaba la democracia puesto que era monárquico; y seguramente no albergaba ilusiones sobre el cristianismo y las iglesias cristianas. En cuanto a los judíos expresó delante de mi su opinión sobre ellos con una broma: *"Seguramente no estuvieron en las cámaras de gas que vuestros soldados utilizaron en Alemania"*, me dijo, *"deben haber sido incubadoras. Desde entonces, nunca se ha visto tantos judíos en toda la zona como después del final de la guerra"* 1). Rompí en carcajadas, pués la ocurrencia era realmente graciosa. Más estaba asombrada por oírselo a un miembro de la resistencia. Realmente a este hombre tan amable, que había encontrado por un conocido común, me lo figuré como fervorosa nacionalsocialista como si hubiese venido directamente del siglo XVII. Pero tuve que pensar que habìa ido algo lejos para agradar a una señora.

"Dejemos cualquier broma aparte", dije después de haberme reido. *"Si verdaderamente siente así sobre la democracia y los judíos como lo expresa, ¿por qué nos combatió en todo el mundo como un loco durante la guerra?"*. *"Jamás hemos combatido al Nacionalsocialismo"*, respondió el hombre con gran sorpresa mia; *"lo dijímos sólo a los tontos que lo hacíamos - con ello los ganábamos para nosotros"*. *"¿Qué combatió?"*.

"A Alemania".

"Después de 1933", dije, *"no se puede disociar Alemania del Nacionalsocialismo"*.

"Tal vez. Lo siento mucho. En ese caso, el Nacionalsocialismo debió pagar el castigo por ello, ya que fue alemán".

"No le puedo comprender", dije, *"la Weltanschauung nacionalsocialista sobrepasa a Alemania y a nuestro tiempo. Es - o debería*

1) Un cantautor francés ha publicado esta broma.

ser - la concepción de todo ario que es consciente de sus privilegios y orgulloso de su raza. Si se ha compredido esto entonces no se puede combatir al hombre que ha dado tal concepción a su nación, aunque esa nación sea la suya y la ame. Adolf Hitler ha convertido a Alemania una tierra sagrada a los ojos de todo ario valioso en el mundo. Si dice que no odia nuestra filosofía, ¿cómo pudo levantar su mano contra Alemania?".

"Porque era demasiado rica y poderosa, y por consiguiente demasiado arrogante", dijo el francés, *"porque sus industrias aventajaban ampliamente a las nuestras, su Pueblo era tan sano, fuerte, disciplinado, guerrero, con muchísimos hijos, y sencillamente habría sido nuestro amo si no la destruimos a tiempo; porque sus ejércitos habían dejado fuera de combate a Francia y arrollaron en toda Europa; porque guiarían a la Europa unificada, tendrían asumido el control permanente y los franceses habríamos ocupado sólo un sitio de tercera clase"*.

Contemplé al hombre llena de sorpresa. Me había dado el informe exacto sobre los objetivos de la guerra de Francia, el informe que en efecto me habría dado cualquier alemán. *"Au moins"*, dije y cité a Racine, *"voilá un ayeu dépouillé d'artifice!* 1). *¿Por tanto hubiera deseado acaparar para sí la dirección en Europa, verdad?"*.

"Sobre todo deseabamos nuestro país para nosotros mismos", respondió el francés.

"Pero en realidad lo dieron a los judíos; como usted mismo reconoce. ¿No hubiese progresado mucho mejor que ahora una Europa unificada bajo la fuerte protección de Hitler, aun cuando su Pueblo no hubiese ocupado el primer puesto? ¿Tiene ahora el primer puesto? ¿Puede usted esperar tenerlo mañana? ¿Puede esperar Inglaterra misma volver nunca a tenerlo?. ¡Espero que no!.¡Hubiese impuesto contra el iluminado Führer de nuestra época un castigo divino sólo por ello! ¡Son ustedes, el continente entero, unos locos, ruines y cortos de vista", dije indignada en mi retrospección sobre el pasado reciente y la reflexión sobre esa demencia colectiva que la Segunda Guerra Mundial representaba a mis ojos.

1) *"Al menos"*, dije y cité a Racine, *"¡he aquí un antepasado desprovisto de engaño!"*.

La respuesta que vino ahora era por su simplicidad extremadamente cínica, sonaba casi infantil - trasladada en boca de un hombre de cuarenta y cinco años: *"Hitler no era francés"*, dijo el francés.

Sí, dije, y tampoco inglés, sino un genuino apasionado alemán. Y como vosotros, gente mezquina y estrecha de miras, no le pudisteis perdonar lo que tanto amó a su Alemania; como no le pudisteis perdonar el haber moldeado una parte esencial de su propio Pueblo y al mismo tiempo haber sido uno de los arios más grandes de todos los tiempos, os volvisteis contra Él. Vosotros mismos preferisteis destruir vuestras propias tierras en vez de contemplarlas salvadas por un alemán. Preferisteis darlas a los judíos que os odian, en vez de a Él, a Hitler, que os amaba, y haberle ensalzado a la jefatura del renacido Occidente; preferisteis vuestras pretensiones insignificantes y egoistas, vuestros sueños de seguridad particular - cada viejo Estado en sus viejos estrechos límites - que renunciar por causa suya; vuestra fe ingenua como ingleses, franceses, polacos, noruegos, rusos, griegos, en que vuestra existencia individual es más valiosa que la unidad de administración, que la creación de una humanidad más elevada en el doble sentido de la palabra antigua: en el sentido de "nórdico" y en el de "noble". ¡Locos criminales, a los que nunca se podrá perdonar!.

"Le admiré", prosiguió el francés cuando habló del Führer. *"Pero no le podía seguir tras el comienzo de la guerra; no al coste de la independencia de mi país. ¡Si hubiese sido un francés entonces le hubiera seguido a todas partes ciegamente, a donde me hubiese guiado!"*.

Recordé de golpe mi feliz hogar en Calcuta al finalizar 1940, cuando justamente Grecia había entrado en la guerra. Mi marido vino a mi y dijo: *"Los griegos desconciertan ahora a los italianos, pero antes o después tendrá que intervenir el ejército alemán. Mussolini es el aliado del Führer, y Mussolini debe ser respaldado. Llegará a ser una dura contienda, y puede ser que todo el país resulte destruido. Cuando así sea, ¿estarás todavía en nuestro bando?"*.

Levanté los ojos hacia él bastante decepcionada por haber podido tener tan poca confianza en mi y hacerme semejante pregunta.

"Naturalmente", dije. *"¿Por qué me preguntas? ¿Por qué dudas? ¿No soy tan fiel al Führer como cualquier otro?*. Y le demostré mi actitud. *"Por mucho que los hombres a la cabeza del actual gobierno griego digan o hagan, sin embargo lo cierto es que el Nacionalsocialismo ha despertado otra vez a la vida esos eternos ideales arios de perfección (comenzando por la perfección corporal), - y eso de manera maravillosa - que habían sido los ideales de Grecia desde que las razas arias se establecieron allí con el triunfo del Apolo nórdico sobre la Python, para expresar la historia con palabras mitológicas. Ten la seguridad de que jamás sacrificaré lo eterno a lo transitorio; los valores raciales a los nacionales tradicionalmente estrechos y antiguos, los arios a los limitados griegos, ingleses o indios. Me pongo de nuestro lado - del lado del Führer - suceda lo que suceda"*.

Mi esposo - hijo de la más antigua nobleza aria del Lejano Oriente, que había mantenido puro el sistema de castas - estaba contento y dijo: *"Lo sé. Pregunté solo para ver que respondías"*.

Le relaté este suceso al francés.

"Usted es indo-europea, yo soy exactamente un francés".

"Si usted y sus conciudadanos, los ingleses y todos los demás arios no se sienten como sinceros indo-europeos (arios) sobretodo lo demás", dije, *"y no aceptan el orden actual tal como es, entonces se desplomarán en una decadencia paulatina, se rejudaizarán, se convertirán en bastardos y perecerán. La verdadera filosofía sociopolítica indoeuropea, el Nacionalsocialismo, es la única fuerza que hubiera podido salvarles y que hoy mismo puede salvar eso que es valorado de ser salvado en Francia como en los demás paises arios. Pero naturalmente pueden elegir la ruina. Ya, en efecto, han escogido la decadencia"*.

"Tal vez tenga razón", añadió finalmente. *"Pero debe reconocer que es difícil para nosotros, como usted dice, tener que elegir entre la hegemonía alemana o el yugo judío..., mientras sus camaradas alemanes tienen sólo que preferir su propia dominación a la de los judíos para ser perfectos nacionalsocialistas"*.

"Tendrá que estar de acuerdo con que", dije, *"los alemanes son en conjunto arios más puros que los franceses. Nadie que tenga ojos puede negar esto. Además son el Pueblo del Führer"*.

"Admito que mi opinión, filosóficamente hablando, ni es tan firme, ni especialmente tan abnegada como la suya", puso en claro finalmente el hombre. Reí.

"Es realmente una cosa hermosa que un antiguo resistente francés pueda contar esto a una nacionalsocialista en 1949, ¿verdad?", dije.

Pregunté al hombre si parecía estar tan dispuesto a decir la verdad sobre lo que piensa del desmantelamiento de las fábricas alemanas. *"Eso es una cosa magnífica"*, respondió. *"¿Qué?". "Seguro"*, dijo el francés, *"cuantas más fábricas sean demolidas aquí en Alemania, cuanto más sea paralizada por nosotros la industria alemana, tanto más crecerá la producción de la industria francesa en proporción a la alemana, y con mayor razón tendrán las mercancías francesas una probabilidad para inundar el mercado internacional en vez de las alemanas. Cualquiera de las otras potencias de ocupación piensa para su provecho de la misma manera que nosotros, aunque no encontrará mucha gente en actitud más elevada, que tan sinceramente y sin rodeos haya hablado sobre ello como yo lo he hecho"*.

"¿Califican eso noble y justo en círculos democráticos?". "Eso es justamente negocio", respondió el francés. *"El negocio nunca es honrado y sincero. Negocio se llama hacer dinero a expensas de los rivales, eso es todo. Pero naturalmente no se puede contar esto a los tontos, de lo contrario no querrían interpretar más tiempo este papel. Ante ellos se habla justamente de "democracia" para darles una ilusión, para entretenerles un rato con ello; pero en realidad ayudan al capitalismo de su país y hacer más ricos a aquellos. Se habla por eso de combatir la bestia fascista - de forma que se puede*

encauzar su estúpido furor contra los rivales, paises peligrosos y adinerados. Negocio... la guerra misma no es otra cosa".

Me repugnaba; pués sabía que el hombre decía la verdad.

"¿Le gusta tal cosa?", le pregunté sin ocultar mi desprecio.

"Se quiera o no así es el mundo - al menos así ha llegado a ser hoy", respondió el francés.

"Su mundo, el mundo degenerado, feo y corruptible, que teníamos la intención de vencer", dije, *"¡no nuestro!"*. Recordé y cité las palabras del Führer: *"Los hombres no mueren por negocios, mueren por ideales". "Nosotros nacionalsocialistas moriremos por ideales"*, puse de relieve. *"Esos que nos combatieron, nos combatieron sólo a causa del negocio como usted mismo reconoce - y por el negocio de otras gentes; por el negocio de vuestros capitalistas que engañaron a la gente. ¡Cuan asombroso!. Tenemos toda la razón para odiar a los judíos. Ellos son los enemigos naturales de todo aquello que nosotros representamos. ¿Pero ustedes? ¿Por qué debían menospreciarlos? - si usted realmente lo hace, como sostiene. ¿Tienen ustedes poco en común con ellos a pesar de su otra buena sangre? ¿No son sencillamente ellos también hombres de negocios, como usted mismo?"*.

"Ellos son nuestros competidores comerciales", dijo el francés. *"Para nosotros, ellos son los parásitos que succionan la sangre vital de las más nobles razas del mundo"*, dije. *"Nuestras preocupaciones son diferentes, como también nuestros ideales"*.

Me despedí del francés después de haberme felicitado de que sacase a la luz (en el supuesto que necesitase eso) el verdadero modo de ser de esos que actualmente ocupan Alemania y persiguen el Nacionalsocialismo.

Efectivamente "negocio" - en este caso singular una palabra cortés para denominar al pillaje - es la tónica de los aliados en Alemania y el secreto que se encuentra tras todas las medidas no autorizadas de las fuerzas extranjeras, y estas medidas, directas o indirectas, se demuestran desde el brutal embargo del patrimonio personal alemán hasta el reciente Estatuto del Ruhr.

Solo los costes de la ocupación, que desde 1945 crecían permanentemente, devoraban en la zona británica una tercera parte del total del impuesto general que había sido pagado por el Pueblo alemán en 1947 - y sobre el 40% tras la revalorización de la moneda de 1948 1). Este robo generalizado en ningún caso está sólo circunscrito a esta zona. Los costes de ocupación franceses son en proporción hasta más elevados, ya que el número de invasores (y sus familias) que se han establecido en Alemania es más extenso en comparación al número de alemanes que habitan la zona. Según un comentario del General Hepp, el director del departamento de información del gobierno militar francés en Baden-Baden, durante una conferencia de prensa en diciembre de 1948, aun a estas alturas fueron confiscadas 22.263 casas completas y 25.475 casas, en parte 2). En Baden-Baden solo, donde la potencia de ocupación había tomado practicamente toda la propiedad del Gran Hotel 3), han sufrido las empresas alemanas, ya privadas o estatales, una pérdida por encima de los veinte millones de marcos a pesar de la indemnización, de la que la mayor parte se perdió por la reforma monetaria del año 1948 4).

Todo esto es practicamente nada en comparación a otras formas de pillaje completo y sistemático, por el cual los aliados robaron en el este y el oeste de Alemania, desde que pusieron sus pies en el país: como la demolición de una gran cantidad de fábricas, la incautación o "inspección" de aquellas fábricas que se pararon, así

1) Véase el Neue Volkszeitung de Dortmund, del 13 de diciembre de 1948.
2) Según un reportaje en el Allgemeinen Zeitung de Mainz, el 23 de diciembre de 1948.
3) Véase "Badische Neueste Nachrichten" de Karlsruhe, el 29 de diciembre de 1948.
4) Véase el mismo periódico, cuyo reportaje aparece en "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", 3er. año, nr. 52.

como también de aquellas empresas privadas o pùblicas de las que depende toda la vida económica del país (como por ejemplo las de los consorcios de buques en el Alto Rin) 1), la apropiación de las mercancias alemanas sin pretexto alguno, la política indecente de tala de bosques enteros, y a finales de 1948 el Estatuto del Ruhr. En el fondo, el espíritu director de esas confiscaciones y controles, así como el de la ocupación de parte de las potencias invasoras no es para nadie un secreto. Todas ellos tienen la finalidad de mantener para siempre a Alemania bajo la dominación económica de los vencedores desde 1945. Los periódicos alemanes sin embargo no se arriesgan a criticar abiertamente a los ladrones del gobierno militar de la zona en la que son publicados. Por razones obvias, la acusación contra la potencia de ocupación de una zona se encuentra sólo en los periódicos de otra. En ese caso (excepto en el supuesto de los controlados diarios rusos que critican la política de los aliados occidentales, o que desde los periódicos de la zona occidental critican a los rusos) es siempre una acusación muy suave y cortés con el deseo proclamado con franqueza de ver dominada la existencia por "auténticos principios democráticos" (los diarios deben mostrar, aunque se les concedió la pretendida libertad, que han "comprendido su lección", o en caso contrario...en seguida serán prohibidos y según el artículo 7 de la Ley nº 8 del Estatuto de ocupación, conforme al cual yo misma fuí apresada aquí, ser perseguidos por ello, ya que intentan vivamente contener al espíritu nacionalsocialista).

Así critica por ejemplo, el "Main-Post" de Würzburg en su edición del 24 de diciembre de 1948 el embargo de varias empresas navieras en el bajo Rin por los franceses, así como la ocupación francesa de muchos grupos empresariales de los que algunos tienen su cuartel general en la zona británica y americana 2). Realizaron esta medida enWürttemberg y en una gran parte de Baviera, supeditados en su abastecimiento de carbón a la gracia y la buena vo-

1) Véase "Main-Post" de Würzburg, el 24 de diciembre de 1948.
2) El periódico menciona algunos de los bien conocidos consorcios afectados: Franz Haniel, Duisburg-Ruhrort, Rhenania Rheinschiffahrt, Homburg; Harpener, industria minera, sección navegación; Linden, compañía naviera; Klöckner industria y la firma de cigarrillos Reemtsma.

luntad de la compañía de navegación francesa 1). Las fábricas que producen los ladrillos ignífugos - un artículo de gran trascendencia en el cubrimiento de altos hornos - deben exportar sólo sus productos a la Lorraine y mermar con ello la competividad en detrimento de la industria alemana del Ruhr 2). Además, el mismo diario declara que esta medida siempre había estado preparada minuciosamente desde el momento de la capitulación. Desde entonces la compañía naviera francesa de equipos marítimos y buques tenía tomada la margen izquierda del Rin. Una empresa naval alemana con su sede principal en Mainz fue autorizada para confiscar los barcos y transferirlos a compradores franceses. Las compañías francesas privilegiadas canjearon su capital en la época de la reforma monetaria al tipo de diez marcos del Reich por ocho marcos alemanes y pudieron ganar así un capital de 12,8 millones de marcos alemanes 3). Toda la provisión de carbón del Palatinado y de Württemberg está en manos de la "Unión Charbonnière" (Unión del carbón), que ejerce una presión creciente en toda la tierra bávara. La compañía intenta ahora ganar mercados más lejanos en Karlsruhe y en Heilbronn.

La supresión de las grandes explotaciones industriales no tiene otra meta que dejar derrumbarse el poder económico que Alemania todavía posee, así como activar el de las rivalizantes minas de carbón francesas, de la industria del hierro y acero, para fortalecer el puño de Francia sobre la economía de todo el territorio entre el Rin, el Main (Meuse), el Mosa y el Mosela - como indica el periódico arriba mencionado.

Este es sólo un ejemplo de muchos. El periódico berlinés "Der Tagesspiegel" 4), que logró la licencia de los americanos, critica en su artículo de la primera página del 21 de diciembre de 1948 la política depredadora de los franceses con palabras no menos claras, aunque

1) "Main-Post", Würzburg, del 24 de diciembre de 1948, reproducido en "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", 3er. año, nº 52.
2) id.
3) id.
4) "El Espejo del día".

corteses 1). Resulta sencillo pero es aburrido enumerar la larga lista de diarios alemanes de la zona británica y de otras que hacen lo mismo. En cuanto a los periódicos alemanes de Berlin y de toda la zona este que tienen la licencia de los rusos, no vacilan en acusar a los aliados occidentales de convertir Alemania en una "colonia" y caracterizan todo el Estatuto de ocupación - y a decir verdad con razón - de Alemania occidental como una artimaña para "esclavizar" al Pueblo alemán para siempre 2). Naturalmente se olvidan de hablar (o mejor, no están autorizados a hablar de ello) de la no menos sistemática y total explotación de la propiedad alemana por los rusos, y de todas las disposiciones rusas que dan como resultado una no menos perfecta esclavización del Pueblo alemán en la zona este - por no hablar de los extensos territorios del país de los que fue expulsada toda la población alemana.

Pero las dos formas de robo que desde el comienzo del tiempo de la ocupación seguramente más tomaron a mal los alemanes y que todo alemán debe contemplar hoy como una hostilidad abierta, ¡son el saqueo de las fábricas y la tala en gran escala emprendida con los bosques del país!.

Se debe conocer algo del elevado patrón de instrucción técnica del trabajador alemán, de su interés genuino y su orgullo por su trabajo diario para entender cuanto amargor retienen en el corazón millones de alemanes contra los aliados por esta política ruin de ladrones que han continuado desde 1945, y aun hoy continuan en todas las zonas. Aunque sus órdenes eran cumplidas por el único temor a contemplar el resurgimiento de una Alemania poderosa y guerrera en un pasmoso corto tiempo del verdadero montón de es-

1) En "Revue de la Presse Rhénane et Allemande, 3er. año, nº 52.
2) "Tägliche Rundschau", Berlin, 31 diciembre 1948.

combros actual, así no obstante, contemplaría su política como criminal. ¿Pués qué clase de derecho tienen para mantener siempre en el fondo a una gran nación sólo porque posee una gran eficacia y poder militar? ¿Quienes son que sólo ellos en el mundo debían estar armados y preparados para la guerra y bajo ningún concepto debían ceder a sus vencidos?. Pero ni siquiera esto es el asunto. La actitud de los vencedores en esta explotación como también en otras cuestiones, esta caracterizada por la "política de competición económica", por citar las palabras de otro periódico alemán 1), que precisamente fueron escritas en relación con un acto de saqueo de una fábrica. Esto es cierto no solo respecto a fábricas de armamento, sino a otras muchas fábricas cuya producción se decida enteramente a fines pacíficos - como por ejemplo, "Hellig, Morat y Cia" en Freiburg, especializada en la fabricación de instrumentos médicos y fisiológicos, que también fue desmantelada 2).

Por otro lado los alemanes observan - ahora limitados en la acción, pero no en el pensamiento y el sentir - algunos sucesos con sana acritud acumulada cuando por ejemplo, los obreros tienen que demoler sus fábricas a las que están vinculados. Una y otra vez acontecen casos en los que los trabajadores con la orden de demoler las fábricas, se sublevaban categoricamente a desmantelar las máquinas pieza por pieza, ya que mientras estuvieron en sus manos fueron signo de su prosperidad. Recientemente, en enero de 1949, los once mil trabajadores de la "Bochumer-Vereins-Fabrik" enviaron un telegrama al presidente de los EE. UU., Sr. Truman, en el que insistian en no tomar parte en la destrucción de su herramienta de trabajo, ni siquiera bajo presión militar. La frase extensa del telegrama es significativa: No se puede pedir de nosotros que derribemos nuestra propia casa y que a nuestra población creciente den para comer montones de piedras y chatarra. Ningún verdadero alemán querrá ensuciar sus manos contribuyendo a la destrucción de nuestras fábricas 3).

1) Handelsblatt, Düsseldorf, 2ª semana de enero de 1949.
2) id.
3) "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", 4º año, nº 2.

Palabras orgullosas y emotivas que no fueron *solo* palabras; pues cerca de una semana después comenzó ante el tribunal militar británico de Bochum la vista oral contra algunos trabajadores del consorcio Sulzbach que se revelaron a derribar la fábrica "Bochumer".

Es fácil imaginar los sentimientos de estos hombres que fueron llevados ante el tribunal por no querer echar una mano en la destrucción sistemática de la economía de su país; para lo cual fueron forzados a mano armada por codiciosos capitalistas extranjeros. Muchos millones de trabajadores alemanes de toda la Patria habrán vuelto la vista a aquellos días gloriosos desde el fondo de su corazón, en los que aclamaban al Führer, al iniciador de su prosperidad, y en los que el Führer había dado personalmente la mano a ellos y a sus felices hijos. Si en aquellos días algunos no asintieron de todo corazón al Orden Nuevo, si durante la guerra algunos no se lo permitieron por dejarse embaucar por la propaganda antinacionalsocialista y esperar grandes bienes de la democracia, como los que nuestro cariñoso Hitler les hubiera podido dar, ¡cómo habrán lamentado ahora su error!.

La destrucción de los soberbios bosques de Alemania es incluso más trágico que el derribo de sus fábricas. Por muy valiosas que puedan ser las máquinas altamente perfectas, los árboles vivos son siempre aun más valiosos. Estas criaturas de la fertilidad siempre invariable de la naturaleza no pueden ser reemplazadas ni con la habilidad del hombre, ni con un par de años, ni siquiera con ayuda de una cantidad de dinero cualquiera. Hace años expresé en otra obra lo que en realidad mantengo sobre la deforestación visto desde el criterio general humano, sin al mismo tiempo tomar en cuenta el de la ganancia económica2). El derribo de árboles debe emprenderse con gran precaución y en la escala más reducida posible (cada árbol talado debe ser sustituido por uno nuevo), y además solo cuando sea absolutamente necesario para la subsistencia; de lo contrario, persisto en denunciar publicamente a la tala - allá donde y cuando suce-

1) "Acusación contra la humanidad", nueve capítulos sobre los derechos de las plantas. El libro no fue editado aun.

da - como un crimen contra la majestad y belleza divina de la naturaleza.

A lo largo de innumerables generaciones ha ocurrido en reiteradas veces que los árboles fueron talados con irreflexión vergonzosa para fines humanitarios vanos - por ejemplo, a causa de una comodidad o satisfacción momentáneas sin que los hombres rindieran cuentas de lo que hicieron. Lo que sucedió aquí, en Alemania, más por parte de los aliados, tiene aún mayores tintes desastrosos. Aquí se trata no solo de una mera repetición de un atentado inexcusable y depredación imperdonable a gran escala como raras veces se ha sufrido, sino también de un doble crimen: en primer lugar contra la naturaleza misma y después contra el Pueblo alemán que por lo menos en el oeste - y sobretodo tras la admirable educación nacionalsocialsita que recibieron sus discípulos - es la nación que más entiende y ama la naturaleza; la nación en la que la antigua veneración aria al árbol ha echado las raices más fuertes.

No se necesitan estadísticas aburridas para quedar persuadido de la dimensión del desastre. Unicamente se precisa hacer un recorrido por la Selva Negra - por ejemplo, al viajar de Baden-Baden hasta abajo en el Titisee - y mantener los ojos abiertos. En incontables lugares a lo largo del Main se vé a derecha e izquierda, nada más que superficies vacias de kilómetros de distancia en las que son visibles los tocones de árboles caidos, tocones de miles de árboles caidos. Esto es lo que los franceses denominan "des coups à blanc" 1), la deforestación de una región de bosques hasta que ni un sólo árbol queda en pie, hasta que la zona antaño poblada de vegetación viva se ha convertido en una superficie lisa. Todo este "coup à blanc" se puede recorrer a pie, horas y horas, sin ver en él un sólo árbol erguido. No es cierto que tales superficies peladas solo se pueden encontrar a lo largo de las orillas del Main hacia el sur. Hay también muchas superficies desoladas en el Innern de la Selva Negra. El contraste del campo exuberantemente verde que hasta ahora permaneció intacto, dejando paso a las superficies desoladas se manifiesta

1) "unos tiros al blanco".

mucho más desgarrador. Ello evoca el primer verso de una muy conocida poesía francesa, "L'enfant", en la antología "Les orientales" 1), de Victor Hugo: "Les Turcs ont passé la; tout est ruine et deuil" 2).

Pero no, aquí no son los turcos, son sólo los propios franceses - y los ingleses en la zona británica donde el gran bosque sagrado, el Harz, ha sufrido no menos que la Selva Negra en el sudoeste de Alemania; y los americanos y los rusos que han ocasionado las mismas destrucciones en todo el país, desde Prusia oriental que ahora es un desierto, hasta abajo en las ciudades destruidas de Alemania central y de la comarca del Danubio. Los turcos no habrían ejecutado el trabajo *tan* concienzudamente.

No son sólo la Selva Negra, el Harz y los bosques del norte de Alemania. Donde siempre se vaya se debe ver las colinas sin el antaño manto verde maravilloso de los bosques vivos. Las extensas superficies forestales que todavía hoy se pueden avistar y que uno debe imaginarse extendidas sobre las terribles superficies vacias, contribuyen a hacerse una idea de cuan bella debe haber sido Alemania (si no se la ha visto anteriormente) antes del derrumbamiento de 1945. Los aliados simplemente desfiguran el país por afán de lucro, quizás también lo deforman por placer - por lo demás son muy ruines por hacerlo.

Dondequiera que uno vaya , cuando por ejemplo se viaja en ferrocarril o se tiene que esperar en una estación a causa del enlace, se ve, no, se debe ver sencillamente - un vagón tras otro cargados con madera; troncos enteros cargados horizontalmente uno sobre el otro, o trozos de madera relativamente pequeños, erguidos, embalados uno junto al otro. No sucede una vez, dos veces, muchas veces, sino cada día, durante toda la mañana, tarde y noche. De tal suerte parece como si los árboles - esos árboles que los alemanes tanto amaban y de los que estaban tan orgullosos - fueran todos deliberadamente talados a conciencia y llevados a otro lugar.

1) "El niño", en la antología "Los orientales".
2) "Los turcos han pasado por allí; todo es ruina y duelo".

Los alemanes nada pueden decir al respecto y nada hacen contra ello; sólo el espectáculo diario de ese pillaje sistemático les colma de justa ira. Unicamente saben que han perdido la guerra, que están desarmados y no pueden armarse de nuevo, en tanto que las potencias ocupantes tengan el país en sus manos. No han perdido la guerra por su culpa - la mayoría de ellos fueron fieles a su deber y han soportado de todo - sino por la de los adversarios de los nacionalsocialistas, de los traidores que ayudaron a las potencias unidas del este y el oeste para aniquilar el estado nacionalsocialista. Al ser derrotados deben sufrir ellos y el país mismo. ¡Vae victis! ¡ay de los vencidos!.

A pesar de todo... por esas destruidas superficies forestales, "muertas", por ese recorrido vacio en el que no quedó árbol alguno ya se puede ver que emergen otra vez hojas verdes nuevas en el costado de muchos tocones, retoños tiernos que aparecen entre las raices, árboles nuevos que van creciendo por cualquier sitio entre los antiguos al sol radiante, nutridos por el seno de la tierra invencible.

Se recupera la fresca hierva verde o las plantas trepadoras con flores blanquirosadas que se veían tan a menudo en las grietas de los muros ahora quemados y destruidos, en las ruinas de todas las ciudades alemanas. Aquí como allí, de nuevo se despliega la vida. Ninguna potencia de ocupación puede matarla. Aquí y allá se impone otra vez la naturaleza paciente después de la muerte que habían traido los hombres insignificantes, los agentes de las fuerzas de la muerte sobre la nación.

Al mismo Pueblo alemán le brota ya la voluntad de vivir - que es el comienzo de la nueva organización, que es el principio del triunfo - en medio de la amargura de la derrota.

Bajo la supuesta sumisión, bajo la adaptación simulada a los pretendidos principios de los vencedores, bajo la desnazificación que a disgusto y solo aparentemente por razones prácticas permitieron imponer sobre si, ¡velan y esperan los alemanes, el Pueblo de Hitler en lo más íntimo de su alma!.

"Esperamos la chispa", me dijo en octubre de 1948 uno de los nacionalsocialistas más íntegros que conozco del territorio del Sarre.

Esa disposición, esa espera, esa impaciencia bajo el yugo se mostraron hace poco en la reacción unánime de los alemanes contra el Estaturo del Ruhr, contra la última planificación de las potencias ocupantes - la mejor oportunidad para el saquear continuamente a Alemania, manteniendola siempre en el fondo.

¿Qué encierra el Estatuto del Ruhr?. Todos los alemanes lo saben perfectamente. Sí, vale aquí el esfuerzo de repetirlo para aquellas gentes angloparlantes del vasto mundo 1) que pudieran haberlo olvidado en el día en que en realidad este libro salga a la luz. Fue decretado por los aliados occidentales en diciembre de 1948 en Londres: un cuerpo administrativo internacional en donde los alemanes tendrán de nuevo un gobierno al estar representados por medio de tres delegados - como también Francia, los EE.UU., Gran Bretaña y los paises del Benelux - en la distribución de carbón, coque y acero, de la que una parte estará destinada al consumo propio por los alemanes en tanto que el resto debe ser exportado. Este consejo de administración tendrá además el derecho de examinar la utilidad económica de estos productos. Cuando finalice el tiempo de ocupación posiblemente este consejo asumirá el poder que actualmente está en las manos de los gobernadores militares; los mismos que excluyen a los antiguos nacionalsocialistas en la readquisición de las sociedades y en la dirección del sector industrial 2). Codo a codo con la autoridad internacional fue creado un comité aliado (esencialmente con funciones económicas) para la "seguridad militar", cuya tarea sería "inspeccionar el desarme y la desmilitarización de Alema-

1) Esta obra fue escrita originalmente en inglés: "Gold in the furnace" y editada en Calcuta en 1953.
2) "Genfer Zeitung", en la 1ª semana de enero de 1949; reproducido en "Revue de la Presse Rhénane et Allemande, 4º año, nº 1.

nia". Sería el deber de estas autoridades imponer restricciones y limitaciones a la industria alemana 1). El servicio de la seguridad militar será probablemente trasladado en el futuro próximo a Coblenza o a Bad Ems. El comité internacional del Ruhr entrará en funciones sólo tras la terminación de la ocupación militar.

No se precisa ser político para reconocer al instante que este nuevo dictado es cualquier cosa menos una solución para la resconstrucción de Alemania mientras no dé garantías legales a sus vecinos 2). Se necesita simplemente ser medianamente inteligente para distinguir que esto no puede ser una medida para la colaboración "pacífica y amigable" entre los países de Europa occidental. Es un documento ignominioso que rubrica (en opinión de los aliados, para siempre) no solo el destierro de Alemania a la linea de los poderes de 3ª categoría, sino a la de una colonia real de las democracias occidentales, a un Estado en el que el nivel de vida real de los hombres ya no dependa más de su capacidad de rendimiento o de sus propias leyes sociales, sino de la votación de los rivales económicos alemanes 3).

Tres características fundamentales del Estatuto del Ruhr deben tener como consecuencia nuestra atención sobre todo: 1. Que limita la producción de carbón y acero en las principales regiones industriales alemanas y controla el uso de estos bienes dentro y fuera del país; 2. Que tiende a suprimir por medio de la seguridad militar cualquier posibilidad de un nuevo despertar del espíritu nacionalsocialista, es decir, que tendrá politicamente bajo control a Alemania; y 3. Que estas dos brutalidades contra la nación alemana deben ser válidas permanentemente (estos es al menos lo que desean los aliados). El primer punto significa para nosotros no menos que la liberación oficial de la explotación organizada por bandas de vencedores occidentales del 45; en los puntos segundo y tercero se trata posiblemente del ensayo para impedir que estos productos pu-

1) "Le Monde", 1ª semana de enero de 1949, reproducido en "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", 4º año, nº 1.
2) "Bulletin de la Semaine", "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", 4º año, nº 1.
3) Prof. Ludwig Erhard, en "Der Spiegel", de Hannover, 8 de enero de 1948.

dan ser terminados algún día.

La producción de acero del Ruhr no solo jamás puede exceder de 10,7 millones de toneladas, sino además conforme al artículo 14 del Estatuto del Ruhr (por mencionar solo un ejemplo), la nueva administración internacional debe distribuir el producto de aproximadamente siete mil empresas alemanas entre los diferentes paises compradores. El Ruhr abastece con el 80% la exportación de materias primas. La nueva administración internacional está facultada no sólo para fijar la cantidad mínima en carbón, coque y acero para el consumo en la industria alemana, sino también para determinar el procedimiento de la exportación alemana, y se la permite por ejemplo en cuanto al acero, el prohibir de improviso la exportación de todos los artículos protésico-dentales alemanes, de un ramo comercial rico que aportaría divisas. Es por esta razón que los representantes de las potencias de ocupación - dando por hecho que todos están de acuerdo - tienen en la práctica la posibilidad de cortar toda tendencia exportadora alemana que pudiera poner en peligro su propia situación económica. Junto con el poder de control sobre la exportación alemana, la autoridad internacional como árbitro, también puede parar todas las relaciones económicas entre Alemania y los paises escandinavos, España, Italia y el sudeste de Europa. Por eso también los aliados occidentales pueden usar la exportación del Ruhr como un medio de presión muy eficaz en materias de política exterior 1).

Para hacer más indudable la dependencia absoluta y constante de Alemania, los consorcios alemanes deben dar cuenta a intervalos precisos de sus negocios a las autoridades internacionales, que mientras por último tienen acceso libre a todas las fábricas.

Si esto no significa un desvalijamiento minuciosamente planeado, entonces me pregunto que debió ser si no.

Naturalmente - como siempre en la democracias occidentales- es un saqueo sin pretextos, sin disculpa alguna (ni siquiera tienen dignidad para ser ladrones de manera franca y abierta). La disculpa

1) "Der Spiegel", Hannover, 8 de enero de 1949.

es la usual - la usada, aburrida y enfermiza que llenaba los discursos de los aliados, sus discusiones y la prensa europea desde el final de la 1ª Guerra Mundial: la seguridad de Francia. Ahorca, encadena, debilita, amarra al suelo a los fuertes por naturaleza - los sanos, los de raza pura, guerreros, los dinámicos y los más capaces - de modo que los débiles por naturaleza puedan sentirse seguros cuando menos; somete a los representantes de una humanidad viril de manera que unas pocas flores de la decadencia puedan florecer con comodidad en medio de las muchas malas hierbas de la mediocridad, en el estiercol viscoso y blando de la tranquila corrupción. Esto es todo el genio, toda la justificación de la democracia y su secreto; ambos, los arios degenerados y los muy poco "intelectuales" de las razas inferiores, repiten con alborozo sus doctrinas de la igualdad y sus consignas "antinazi" para ganarse a todo el mundo como dóciles camellos, y ¡siempre de nuevo 'se bajan los pantalones'!. Esto es también el significado verdadero de la seguridad francesa en esta asociación, esto y nada más 1).

Pero la seguridad es solo una excusa. El motivo autentico que se encuentra tras el Estatuto del Ruhr de 1949 es exactamente el mismo que en 1923 se encontraba detrás de la ocupación del Ruhr por los franceses: pillaje; en el lenguaje democrático "negocio". Los demócratas dicen lo mismo cuando dejan de hablar en la jerga--propaganda. El periódico económico parisino "L'echo de la Finance" lo expresa, en efecto, de una manera más agradable y apropiada: "Son especialmente las posibilidades industriales de nuestros antiguos enemigos las que nos causan malestar. Si mañana la industria del acero alemana nos expulsase del mercado europeo, no sería posible asegurarnos más divisas, que tanto necesitamos. No es tanto el ámbito militar como el económico en el que nos tendremos que medir desde ahora con nuestros antiguos enemigos"2). Aquí es expre-

1) Es interesante notar aquí lo que "Der Abend", periódico berlinés autorizado por los americanos, cuenta a este respecto en al primera semana de enero de 1949: Se habla siempre de la seguridad francesa pero se olvida que se cambiaron de sitio las fronteras francesas en el plazo de los tres últimos siglos, y cada vez más hacia el este. ¿Quién habla de la seguridad de Alemania?. Las todavía no nacidas jóvenes generaciones fueron sacrificadas al complejo de seguridad francés.
2) "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", 4º año, nº 2.

sado con claridad. El Estatuto está dirigido por hombres de negocios, no por locos sentimentales.

¿Es un milagro cuando un diario alemán califica el Estatuto del Ruhr de "una puesta en práctica del Plan Monnet que prevee un trasplante de la producción del acero del Ruhr al Lorraine" 1), e incluso un periódico socialdemócrata como "Der Telegraf" de Berlin que escribe que el control que está previsto para el territorio del Ruhr desanima a las fuerzas democráticas alemanas, las hará poco dignas de crédito y llevará de nuevo al radicalismo al ancho sector del Pueblo alemán? 2). ¿Es entonces un milagro que la malvada trama fuese denunciada oficialmente por el órgano rector del Partido socialdemócrata mismo como "una solución momentanea", por cuya eliminación luchará el partido con todas sus fuerzas?.

Si esta vileza de parte de los "aliados democrático-occidentales" puede recordar en algo hasta los jefes del S.P.D. 3) que son alemanes, le dejo a cualquiera imaginarse que efecto debe haber tenido esta ignominia sobre la mayoría del Pueblo alemán - y sobre esa inteligente y fiel minoría aria fuera de Alemania - que desde 1945 debe guardar silencio: los nacionalsocialistas.

Como ya he expuesto arriba, el plan de saqueo permanente de Alemania es completo, o más bien, además se apoya en perseguir al Nacionalsocialismo y extinguirlo para siempre.

Pero la gente no debió hacerse ilusiones sobre los verdaderos motivos por los que este plan se organizó - o el modo y manera en que sirve de base para la completa persecución de nuestra Weltanschauung desde y ya antes de 1945. No son de modo alguno humanitarios como la gente sencillamente cree. Son economizadores.

1) "Westdeutsche Zeitung", de Düsseldorf informado por "Revue de la Presse Rhénane et Allemande".
2) "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", 4º año, nª 1.
3) Partido Socialdemócrata de Alemania.

Están muy ocupados en como pudieramos haber tratado a los pobres judíos-mimados. Por otro lado, están muy muy poco o nada ocupados con el modo y manera conque el Nacionalsocialismo sacó a Alemania de la servidumbre política y económica tras la 1ª Guerra Mundial y la convirtió en potencia de primer orden en Europa. Si no hubieran realizado los odiados "nazis" este prodigio bajo la dirección de Adolf Hitler, si no hubiesen hecho de la hambrienta, indefensa y desmoralizada Alemania de 1920 la insigne de 1940 - rica, triunfante, irresistible - entonces nada hubiera importado sobre cuantos parásitos inútiles hubiesen sido gaseados (después de largas investigaciones escrupulosas de notables historiadores - sobre todo del extranjero - hoy se sabe que en Alemania y también en el este, jamás fueron gaseados los judíos. La autora de este libro todavía no lo sabía en 1949). El inteligente hombre de negocios de las democracias de corazón tierno se habría desentendido de eso; y los locos sentimentales que integran los soldados de las "fuerzas antinazis" no lo sabrían. La prensa, la radio y los cines no les habrían informado. El crimen imperdonable del Nacionalsocialismo es a los ojos de nuestros perseguidores haber hecho grande a Alemania. El único sentimiento que impulsó a los dueños momentaneos de la desgraciada Alemania a emprender medidas para la destrucción del Nacionalsocialismo era el miedo a que la Alemania aniquilada, en medio de las ruinas y de la desesperación, pudiera resucitar otra vez bajo la música del Horst-Wessel-Lied. Saben lo que más tarde o más temprano sucederá. Todavía hacen todo lo que está en su poder para impedirlo de manera que aun podrán saquear el país un poco más. Esto es todo el secreto de sus disposiciones: en la desmilitarización permanente, en la vigilancia continua por los aliados y en la exclusión constante de los nacionalsocialistas de todos los puestos importantes.

Los judíos nos odian en realidad a causa de todo aquello por lo que abogamos. Son los que nos odian por las razones más naturales y vitales; y por eso mismo nos odian con mayor razón. Son los que nos odian personalmente a todos y cada uno de nosotros, los

que son capaces de llevar a cabo cualquier atrocidad contra todos y cada uno de nosotros. Esta es la razón por la que se les pone, por los enemigos de Alemania, como nuestros perseguidores directos en las sesiones del tribunal de los llamados "criminales de guerra", como torturadores en los campos de exterminio "antinazi". Nadie hubiese podido realizar este trabajo tal como ellos.

Los comunistas - si no son también a la vez judíos - nos odian por causa de nuestra filosofía, pero sin la intervención de ese vehículo corporal donde se materializa la sangre de una raza que hace al odio implacable. Nos odian como los cristianos odian a los paganos (o tenían la costumbre de odiar cuando aún eran cristianos), y no como los ratones odian a los gatos. La masa media-"antinazi" en el oeste nos odia sin saber porqué; porque ha leido cien mil veces por escrito que somos monstruos, ¡¡¡por lo tanto debe ser cierto!!!.

La gente inteligente que tiene algo que decir en la persecución del Nacionalsocialismo en la Alemania ocupada nos odia porque nuestra filosofía está indisolublemente unida a la grandeza de esta Patria. En realidad es a Alemania a la que odian, al país menos judaizado entre las grandes naciones arias de Occidente; al Pueblo que por su naturaleza debiera dirigirlos, en tanto que en cambio es su rival más temido (¡incluso en la derrota!).

Reprochan a Alemania una y otra vez nutrir un "nacionalismo peligroso". ¿Qué se puede decir sobre su propio nacionalismo que no se basa sobre el derecho de un Pueblo sano para buscarse más espacio vital, sino en la exigencia de una impecable hermandad de gentes de negocios para llenarse los bolsillos? ¿Qué no sucederá con su chauvinismo - nunca mejor dicho - que es nutrido de manera regular y abnegada por el dinero del judío internacional?. Porque tras los rivales patriotas franceses, británicos y americanos de Alemania en la lucha en torno a la supremacia industrial, económica y en definitiva política, que odian y persiguen al Nacionalsocialismo como poder dirigente camino de la grandeza, está de nuevo el judío internacional que odia - como hombre de negocios y como judío -

a Alemania debido a su capacidad técnica y a su conciencia racial. Es el "adversario del nazi" más amargo, perseverante y poderoso de todos, que se aprovecha del miedo patriótico y la codicia económica de los arios contra en Nacional-Socialismo, al tiempo que esos renegados arios que controlan la Alemania ocupada utilizan para sí el odio, la crueldad y el fanatismo "anti-nazi" del judío simple para acabar fisicamente con los "peligrosos" nacionalsocialistas alemanes porque de todos modos saben que jamás podrán vencer su espíritu para siempre.

Esta gente que ahora está ocupada con hacer de Europa occidental un lugar seguro para sí, no solo son ladrones insaciables sino también y sobre todo mentirosos. No dicen: *"Somos ladrones"*. ¿Quién haría ya eso?. Cuando algunas veces lo reconocen entre ellos o ante gente frente a la que no temen opinar - como por ejemplo ese francés del que reproduje una conversación conmigo al comienzo de este capítulo - así lo hacen, pero no ante el mundo; pues ello les despojaría del favor de esos bobos de los que hay millones, y esos en las democracias modernas tienen el mismo derecho de voto que cualquier otro hombre o mujer. Según parece estos bobalicones se han resignado con las circunstancias actuales e incluso aun califican de util el robo en la Alemania ocupada.

Lo denominan "garantía de la seguridad", de la "paz", de la "justicia" y remedan las voces de los periódicos matutinos que por su parte reflejan los intereses de los capitalistas que confían en ella para montar la riqueza continua de su país - y la suya propia - sobre el empobrecimiento incesante de Alemania. Deben indicarlo así en adelante. Con tal motivo tienen que ser inventadas disculpas para justificar ambas: la explotación misma y al persecución indispensable del Nacionalsocialismo. Cuanto mejor está organizado el pillaje tanto más inteligentes son los embustes que sirven con el fin de excusarle.

Ya he dicho lo que mantengo así como todo nacionalsocialista, sobre las intenciones tenaces de la democracia occidental de limitar el rendimiento industrial de Alemania en aras de la seguridad de Europa, especialmente la de Francia. Otras palabras suaves para el robo que se emplean en la jerga democrática referente a los intereses alemanes son "reparación" y "justicia". Esta "justicia" se confirma particularmente en la compra de todo bien que fue vendido a nacionalsocialistas por los judíos que abandonaron Alemania bajo el régimen nacionalsocialista. La gente que adquirió los bienes pagó por ellos no siempre a un precio tan alto como los judíos hubiesen deseado, pero pagó. Ahora los judíos han vuelto. Ahora los nuevos amos obligan a las autoridades militares, sus humildes criados, a devolver todo gratis: las casas, la tierra u otra propiedad por las que les habían pagado dinero. Esto se llama "reparación". Lo mismo sucedió con un gran número de objetos que en el transcurso de la guerra fueron pagados y adquiridos como botín de guerra en los paises ocupados (¡sin disculpas hipócritas!). Según declaraciones oficiales francesas sólo en Francia y hasta junio de 1948, llegaron a ser devueltos objetos por valor de doscientos millones de dólares (ocho mil millones de francos en el tipo de cambio de 1938, cuarenta y dos mil millones de francos ahora, o ciento veinte mil millones de francos si se tiene en cuenta en que proporción se han elevado hoy los precios en Francia) a sus antiguos propietarios y sin ninguna indemnización a quienquiera que siempre fuera su propietario en Alemania 1). También "reparación".

Pero hay todavía disculpas mucho mejores que estas; por ejemplo las explicaciones que me dió amigablemente uno de los altos oficiales de la "Bureau de l'information" en Baden-Baden durante mi primera entrevista con él, el 9-10-1948. ¿La masacre brutal de la Selva Negra?. ¡De verdad una necesidad muy desagradable!. No solo una necesidad para la cartera de los franceses; no solo una "justa" repara-

1) "Wirtschaftszeitung", Stuttgart, 8.1.1949 - reproducido en "Revue de la Presse Rhénane et Allemande", 4º año, nº 2.

ción por los daños que había causado los cuatro años de ocupación alemana, sino una necesidad en interés de los árboles mismos. Una enfermedad, así me contó el francés, ha afectado a un gran número de árboles en diferentes regiones forestales. Así se cayeron estos árboles enfermos y los árboles de alrededor..., para impedir una propagación de la enfermedad. Con otras palabras, los franceses han realizado la tala masiva de esos árboles a lo largo de toda la Selva Negra y donde ahora se distingue una comarca completamente desolada con millares de tocones solo para "salvar" el glorioso ornamento vivo de Alemania. ¡Realmente muy amables de su parte!. Mas causa una extraña impresión cuando se afirma después de todo que tal "amabilidad" fue necesaria en todos los grandes bosques del país, y también que la rapidamente propagada enfermedad se presentara ante todo después que las fuerzas de ocupación la hubieran diagnosticado.

Por lo que se refiere a los comentarios del mismo francés sobre el desarme en las fábricas alemanas, exceden estos en tan astuta ingeniosidad a todo lo nunca antes o después visto. Indudablemente los franceses y sus aliados habían derribado innumerables fábricas debido a "su seguridad" y tambjién se habían llevado consigo máquinas productivas como aportación para la "indemnización de guerra". Pero los alemanes no se enojaron en realidad por eso; al menos no los industriales alemanes. ¡Al contrario, simplemente en el fondo de su corazón estaban demasiado contentos por deshacerse de las viejas máquinas en la esperanza de que muy pronto estarían en situación de reemplazarlas por nuevas y modernas!. ¿El enfado de la gente?. ¿La negativa de los trabajadores a ayudar al desmantelamiento de sus fábricas?. Sólo una vergonzosa propaganda tuvo la culpa de ello.

Como complemento huelga añadir..., que los gobiernos militares de las fuerzas de ocupación en sus escasas informaciones en los periódicos alemanes, siempre que pueden desmienten publicamente sus incautaciones, sus gastos por la ocupación y sus métodos de sa-

queo 1).

Los aliados proyectan justificar con mentiras sus saqueos en la Alemania ocupada. Emplean sin embargo aun mayores mentiras, verdades a medias y la ocultación absoluta de la verdad para tener así un pretexto adecuado en la persecución del Nacionalsocialismo.

Detrás de todo está la idea principal de hacernos parecer a los ojos del mundo entero como monstruos fanáticos y crueles.

Para alcanzar esta meta muestran de entrada a nuestros enemigos - o en todo caso intentan mostrarle - que ellos mismos son demócratas y siempre lo han sido (hasta en la guerra) y como gente decente, apacible y amable son completamente incapaces de llevar a cabo jamás brutalidades como las nuestras.

Por eso deben esconder todos los hechos -¡qué "vergonzoso"!- que pudieran probar lo contrario. Así a priori no puede ser dicha o escrita una palabra sobre sus crueldades - y no fue dicha jamás una palabra sobre lo que tuvo lugar en las cámaras de tormento de Ham Common, alejadas un par de millas de Londres, y en cámaras de tormento semejantes en otros lugares de todos los paises democráticos como también en la Rusia sovietica, en el transcurso de la guerra; tampoco una palabra sobre los diversos horrores que también fueron cometidos durante la guerra sobre los alemanes por la hez de la humanidad, que como muchos honrados franceses mismos reconocen formaba la mayor parte de la Resistencia francesa; ni una palabra, por ejemplo, sobre los canallas que habían capturado a doce oficiales alemanes a los que ataron juntos y prensaron lentamente hasta la muerte entre los dientes de hierro de una gigantesca prensa de uvas en una localidad en el interior de Fran-

1) El gobierno militar francés ha negado haber confiscado buques de 300.000 toneladas en el alto Rin (Allgemein Zeitung; Mainz, 30.12.19489.

También el General Bishop ha demostrado las cuentas del Dr. Weitz como incorrectas, las cuales indican los gastos por la ocupación. Sin embargo él dá por convenir que los gastos de ocupación constituyen el 20% de todos los gastos del Estado del año - desde el 1 de abril de 1947 hasta el 31 de marzo de 1948 - y a decir verdad con exclusión de todos los gastos que se refieren a reparación, sustitución, desarme, prisioneros de guerra y desplazamientos de personas (Rheinische Zeitung, 3 de enero de 1949, reproducción de "Revue de la Presse Rhénane et Allemande, 4º año, nº 1).

cia de nombre Oradour; ni una palabra sobre las crueldades de todo género que fueron cometidas sobre nacionalsocialistas en general por judíos bajo vigilancia británica, americana y francesa tras la guerra en los campos de exterminio "anti-nazi" en Alemania occidental o por los rusos en Alemania oriental y en el Lejano Oriente; ni una palabra sobre Darmstadt, Schwarzenborn, Hersfeld y Dachau, después que estos fueron tomados por los aliados, ni sobre Galgenberg cerca de Bad Kreuznach, ni sobre el campo 2288 de Bruselas y sobre otros lugares de hambre y de malos tratos bajo mando aliado dentro y fuera de Alemania después de la capitulación. ¡Ay aquel que se aventura a sacar a la luz tales hechos!. El oficial británico que me informó sobre los horrores del campo del hambre 2288 fue obligado a renunciar en su puesto y debió abandonar el territorio ocupado porque había mantenido su honradez al informar a las autoridades dirigentes acerca de ello.

El paso siguiente es insistir en cada acto violento de nuestra parte, ya en la guerra o en la paz, naturalmente exagerándolo, y al mismo tiempo no mencionar conscientemente hasta que punto fueron permitidas y justificadas tales brutalidades al contemplarlas como castigo o revancha por crímenes abominables de parte de los enemigos.

El fusilamiento de rehenes en los paises ocupados por Alemania durante la guerra es uno de los temas más conocidos de la "propaganda anti-nazi". Los "pobres" rehenes no habían hecho nada para que fueran fusilados. Admitido. ¿Pero por qué se procedió así?. ¿Cómo, por ejemplo, fue subitamente fusilado un soldado alemán completamente inocente - nadie supo por quien - mientras daba pacificamente un pequeño paseo por un jardín público tras la puesta del sol? ¿Fue *esto* justo?. Si fue justo - y si ello era la guerra - ahora ¿por qué el muchacho que lo había hecho no tuvo el valor para adelantarse y darse él mismo por vencido en vez de tolerar que una docena de inocentes fuese fusilada en su lugar?. ¿Eran verdaderamente "inocentes" los hombres que los alemanes capturaban en las calles según su parecer?. ¡No!. Eso correspondía a la realidad sólo en casos

excepcionales en los que el ataque reiterado por parte de la población amargaba a las autoridades alemanas locales; por regla general, entre los rehenes se encontraba de gente que se sacaba de las cárceles donde ya estaban detenidos por sus probadas actividades de oposición. ¿No era completamente natural que en tales circunstancias debían sufrir por las acciones cometidas por sus camaradas cuando estos no estaban dispuestos a sufrir por sus propios hechos?.

Que yo sepa en la actual Alemania ocupada no se han cometido acciones semejantes del enemigo contra los representantes de las potencias de ocupación aliadas. ¿Pero hubieran ocurrido si el gobierno militar de cada potencia de ocupación no hubiera matado un número de rehenes para mantener de nuevo su autoridad?.

Algunas veces hubo represalias que fueron ordenadas por los alemanes en los paises ocupados. ¿Pero por qué se ordenaron?. Me limitaré a citar solo un ejemplo de ello que ya es tan elocuente en sí mismo que todo comentario al respecto sería supérfulo - el ejemplo de la extinción de la población de Oradour en la Francia central, un suceso mostrado hasta la náusea por los enemigos del Nacionalsocialismo por el todo mundo como una atrocidad "nazi" fundamental (oí de ello por primera vez en la India; luego en Islandia en 1947 ví las ruinas de Oradour entre las actualidades que fueron exhibidas sobre una pantalla antes de la película principal en un cine de la "Alliance Francaise". Pero ya en 1946 se me había informado en Francia de la verdadera atrocidad que fue perpetrada en el pueblo de sobra conocido). Ya lo he mencionado arriba: doce oficiales alemanes habían sido triturados en una gigantesca prensa de uvas hasta la muerte bajo el alborozo diabólico de unos doscientos o trescientos espectadores. Primero fueron machacadas sus piernas ya que estaban en pie y todavía algunos vivían cuando por fin los dientes de hierro se cerraron sobre su tronco acabando con su martirio. Esos doce hombres no habían sido escogidos en particular para tan horrible destino porque hubiesen hecho algo a los habitantes del lugar o a otros franceses. Fueron torturados por ninguna otra razón que la de ser oficiales de las fuerzas armadas ale-

manas - odiados "nazis". ¿Es en ese caso algo extraño que el pueblo fuese exterminado tras esta atrocidad?. Hubiera sido una vergüenza si no se hubiera efectuado esto. Se sabe de las represalias tremendas de los británicos contra los indios a causa de los excesos durante la guerra de independencia india en 1857, o incluso hace muy poco tiempo durante las acciones perturbadoras de los últimos veinte años. Si los indios hubieran tratado así como los franceses trataron a esos alemanes inocentes, no a doce oficiales sino a un único soldado británico, el ejército británico hubiera acabado no sólo con un pueblo sino con una provincia completa.

Pero seguramente la más conocida de todas las acusaciones parciales que se han dicho contra los nacionalsocialistas es la de que han "perseguido a los judíos". Esos "pobres judíos", todos cándidos como corderos, todos bienhechores de la humanidad, gente amigable, honrada, inteligente, desinteresada - pueblo propio de Dios; ¿qué otra cosa pueden ser? - fueron víctimas indefensas de nosotros, "monstruos despiadados". En esta mentira (¡pués es una mentira!) se oculta una propaganda "antinazi" universal que fue establecida implacablemente con el fin no solo de predisponer en contra nuestra a millones de personas del pueblo sencillo que era indiferente frente a la política, sino también a un número muy grande de antiguos admiradores de nuestro régimen en todos los paises fuera de Alemania. El hecho de que la mentira es una parte de la verdad (como lo son todas o la mayor parte de las grandes mentiras) hizo su efecto tanto más eficaz y duradero.

Indudablemente combatimos al judaísmo y todavía hoy lo hacemos. Combatir al judaísmo y perseguir a los judíos suena casi lo mismo. Sin embargo no es lo mismo. Hemos combatido al judaísmo y hoy todavía lo hacemos como autodefensa; en defensa de toda la

humanidad aria. No es cierto que odiemos a los judíos "por ninguna razón en general" o por viles celos económicos (como mantienen un gran número de adversarios del "nazi") o debido a su "talento". ¡No!. Si hubieran seguido en su sitio y hubiesen llevado una existencia nacional honrada en su propio país como otras razas (o hasta en paises de otros pueblos, si hubiesen podido conquistarla en un combate honrado; la mayoría de las razas han buscado en uno u otro tiempo de su historia una nueva patria) entonces, asi lo sostengo, no hubiesen sido mencionados en general en la literatura nacionalsocialista. Por ejemplo, no mencionamos a los árabes, aunque junto a los judíos, vistos racialmente, son semitas. Pero los primeros son luchadores, los últimos parásitos de este continente. Por ese motivo como los judíos son peligrosos y según parece parásitos natos - pues nunca han sido otra cosa desde que existen - se plantea siempre, antes o después, un "problema judío" allí donde se establecen. Por este motivo, tarde o temprano se debieron emprender tanto en el antiguo Egipto o en la moderna Alemania, medidas contra ellos *en defensa de la propia raza* o *razas*, a cuya costa viven y logran. Por esta razon, como paladines de la humanidad aria hemos hecho tanto hincapié en la lucha por liberar a Alemania y a todas las naciones arias del astuto yugo judío. Esto no es persecución de judíos. Esto es sólo la defensa del Pueblo ario en su Patria contra la penetración nociva de una raza parásita extranjera. Fuímos despiadados -y debemos serlo- en esta lucha. Así se es siempre si se defiende la propia vida. Esta es la lucha en la cual está en juego la supervivencia de las razas arias. No, nunca fuimos crueles aunque, como ya dije, podamos haber sido duros. La acusación que fue aducida en contra nuestra por todo el mundo de que ocasionamos a los judíos dolores premeditados por el único motivo de haber nacido como tales, es una mentira que clama al cielo dando voces. Muchos - en realidad demasiados - judíos vivían libres y felices en el Tercer Reich. Aquellos que abandonaron Alemania, la abandonaron con todos sus bienes desgraciadamente. He encontrado a algunos de ellos en Londres. Emplean su riqueza en atizar el odio contra el Nacionalsocia-

lismo. Ahora que nada tienen que temer se ufanan en ello. Aquellos que permanecieron libres en Alemania después de cierto tiempo debieron portar una "estrella de David" amarilla, de manera que se les podía reconocer en seguida al primer vistazo aunque no lo pareciesen por su fenotipo externo. ¿Por qué contemplaron tan ignominiosa esta identificación?. No lo sé. Deberían haber estado alegres de poder llevar su propia estrella. ¿O son conscientes y se avergüenzan ellos mismos en el fondo de su corazón de ser judíos?. Esto casi pudiera sospecharse. *Yo* personalmente estaría alegre si nuestros enemigos que ahora están en el poder me mandasen llevar una Swástika. Estoy de hecho muy disgustada al respecto, ya que no me permiten al menos llevarla aquí en público en Alemania.

Los judíos que fueron internados en los campos de concentración estaban todos allí por un motivo mayor que él de haber nacidos judíos unicamente. Como todos los alemanes, polacos o checos que estaban allí internados, de uno u otro modo habían actuado o habían impulsado propaganda contra el régimen nacionalsocialista. Fueron todos tratados como elementos enemigos incorregibles - ya efectivamente o no conspiradores directos - bajo un gobierno fuerte y recto que sabe lo que quiere y con que cometido llegó al poder.

Asistían conscientes a la construccion de ese glorioso resurgiente arianismo que ambicionábamos a costa de enormes sacrificios en el camino. Debímos darles unas palmaditas en la espalda, liberarles y decirles: *"¡Trabajad tanto como os agrade contra nosotros, vosotros viejos muchachos, ello no nos preocupa!"*. En el transcurso de mil años en un mundo racialmente consciente, habrían aceptado la cría limpia en unión con un sistema educativo complementario práctico a todos los hombres y mujeres del Nacionalsocialismo, como algo natural de su responsabilidad; si esta lucha actual, vista en su superioridad histórica, se hubiera presentado como la fundación heróica de una civilización firmemente ordenada, entonces a lo mejor habríamos procedido así. Pero actualmente no, no dentro de los diez primeros años tras nuestra subida al poder, tampoco en el plazo de la segunda, de la tercera o incluso de la décima década. No

nos lo podríamos permitir. Ningún movimento joven se puede permitir soportar resistencia. Significa para el movimiento una cuestión de vida o muerte.

Pero lo repito: aunque sin compasión, nunca fuimos crueles. De vez en cuando pueden haber ocurrido casos de brutalidad individual. ¿Quién lo pone en duda?. Todo partido que tiene centenares de miles de miembros debe contener forzosamente algunas personas que por naturaleza sean crueles. Pero si de tal suerte ese era el caso dentro de aquel contexto, esa gente fue brutal *a pesar de que* era nacionalsocialista, no *porque* era nacionalsocialista, aun cuando nuestros enemigos mantengan lo contrario. Todo acto brutal intencionado era duramente castigado tan pronto como llegaba a descubrirse por su parte. Esto me dijo, aparte de otras cosas, una mujer que desempeñó un puesto de importancia en la dirección de cinco KZ sucesivamente en el Tercer Reich, y que por ese motivo se hacía responsable de lo que afirmaba; una mujer que además sabía muy bien lo poco que le gustaba a mi corazón la forma en que fueron llevados a cabo tales hechos y que fue prevenida ampliamente contra ellos; no tenía el menor motivo para esconder la verdad delante de mi. Si aquí reitero que lo que he conocido como verdad, de ninguna manera lo hago para así disculpar a mis superiores a los ojos de los demócratas. Nuestro derecho a dominar se halla sólo en nuestra fuerza corporal y moral - en el valor racial y personal - , no en el "lavado de imagen". No. Si repito lo que sé como verdad, lo hago solo así en aras de la verdad. De hecho nada me importa lo que los demócratas y comunistas - y la gran mayoría apolítica de la humanidad - piensen de nosotros. Por otra parte señalamos las mentiras que integran la esencia de toda propaganda "anti-nazi" por la única razón de ser mentiras.

No desmentimos que hubiera cámaras de gas en los campos de concentración del Tercer Reich. Estas cámaras de gas tuvieron que cumplir funciones técnicas de género diverso y jamás fueron destinadas para extinguir vidas humanas (¡vease los conocimientos de investigaciones durante años por investigadores extranjeros, erudi-

tos como el profesor Paul Rassinier, profesor Faurisson, profesor Richard Harwood, etc.!) 1).

Gracias a las mentiras de nuestros enemigos, nuestros crematorios han llegado a ser mundialmente famosos. La incineración - el modo vetusto y tipicamente ario de tratar a los muertos - fue puesta en práctica por el gobierno nacionalsocialista para todos en Alemania entera, no sólo para los reclusos de los KZ entre otros. En Inglaterra como en muchos lugares hubo crematorios por todas partes - y los hay todavía hoy -. En cada KZ hacían falta crematorios especiales para el caso de que hubiesen un número elevado de ejecuciones. Y donde existieron crematorios, lo que nuestros enemigos continuamente olvidan decir es que fueron para los muertos, *nunca para los vivos*. Mantener que los internados que fueron condenados a muerte eran arrojados vivos al horno es la*mentira más escandalosa* que existe- y nuestros enemigos lo saben igual que nosotros. Nadie, fuese judío o no, fue cremado vivo por orden de autoridad nacionalsocialista alguna. Una cosa así hicieron una vez las iglesias cristianas (y probablemente lo harían otra vez si disfrutasen del mismo poder ilimitado que en el siglo XVI). Lo que nuestros enemigos pueden decir siempre; nuestra esencia se encuentra lejos de dedicarnos a tales horrores. Y esos que cocinada adrede esta sopa de mentiras han divulgado sobre todo el mundo para difamar al Nacionalsocialismo, esos que hoy en día han ganado una guerra con tales armas, son tanto más cobardes miserables y criminales cuanto que ni siquiera tienen la disculpa de ser judíos. Reitero: si algún subordinado hubiese arrojado a un judío vivo al fuego habría obrado de motu propio y*no* por una orden, y cuando esto se hubiese descubierto habría sido castigado con severidad extrema. Lo sé por gente que durante años ha trabajado en más de un KZ y que está más que segura de mi fidelidad imperturbable hacia nuestro Sistema para decirme la verdad, como siempre le gusta hacer. Pero, ¿por qué dilapidar el tiempo para demostrar la falsedad fundamental de toda propaganda "anti-nazi" cuando uno o dos hechos serían suficientes?.

1) Paréntesis introducido probablemente por la traductora al alemán Lotte Asmus o por la autora en una revisión de su obra varias décadas después.

En enero de 1949 se me mostró en un número de la revista ilustrada "Look" un artículo que reflejaba la supuesta vida de la señora Ilse Koch, la mujer que fue acusada de haber hecho pantallas con la piel de las internadas muertas en los KZ. Incluso si ello fuera cierto, ni siquiera veo, dicho de paso, el porque contemplarlo como un crimen tan grande que debiera castigarse con el cautiverio de por vida. Las pretendidas internadas, que estaban muertas al fin y al cabo, no se encontraban allí con la finalidad de poseer su piel precisamente. Pero, ¿es cierto, realmente cierto?. La revista americana mostró fotografías de piel tatuada con la que pretendidamente la señora Loch debió haber fabricado sus pantallas. Muchas de estas pieles estaban adornadas por imágenes de mujeres que llevaban sombreros. Bastante curioso - ya debo decirlo- : todas estas pieles marcaron la moda de 1920. Toda la gente que presumiblemente tenía este tipo de adorno murió entre 1940 y 1945. Lo repito: es curioso. Toda la historia parece un inteligente engaño propagandístico. Pero es difícil, muy difícil elaborar tal sarta de mentiras sin que alguna insignificancia no delate antes o después la naturaleza de todo el plan.

Esto parece todavía más impúdico con el ejemplo de la película falsificada que presuntamente debía presentar los horrores del KZ alemán de Buchenwald. En Kassel - donde todo alemán adulto se vió obligado a contemplar la famosa película - un médico de Göttingen que contempló la película se vió a sí mismo sobre la pantalla entre las víctimas s. *Nunca había estado en Buchenwald* y no podía acordarse del suceso por él que hubiera podido aparecer allí. Por esto nombró a unos colegas para que examinaran la película a fin de aclarar el misterio. Se trataba de un trozo de la película que se filmó tras el ataque aéreo sobre Dresde el 13-2-1945, donde de hecho el médico había trabajado 1).

Ahora bien, esto fue relatado por un periódico católico. Lo que se pueda decir en favor o en contra de los católicos, una cosa si que es siempre cierta: nunca persona alguna puede mantener que la igle-

1) Katholischer Herold, el 29.10.1948.

sia católica haya abogado por el Nacionalsocialismo. Al contrario, como ya dije al comienzo de este libro, es ella junto con los comunistas el enemigo más amargo y consecuente del Nacionalsocialismo y no tiene por este motivo el menor interés en evidenciar las mentiras de nuestros enemigos. Y sin embargo cuando las demuestra, y por cierto tan energicamente como se puede reconocer en el reportaje arriba mencionado, es porque así ha de hacerlo ya que realmente fueron sobrepasados los límites aceptables de la mentira.

Pero la ironía más amarga e indignante no se halla solo en la maquinación de las mentiras que precisamente he mencionado, sino en el hecho de que los inexistentes "horrores nazis" de la película falsificada fueron tomados de las escenas de los horrores verdaderamente auténticos de los aliados, filmados por ellos mismos. Un ataque aéreo salvaje de los bombarderos británicos y americanos sobre una ciudad abarrotada de refugiados para la que no había una protección más adecuada (debido a las grandes multitudes); un ataque aéreo con veintisiete mil seres muertos y cerca de treinta mil heridos según los cálculos oficiales de aquel tiempo. Si no es una ofensa a la más elemental decencia humana, ¿qué debió ser si no? 1).

Muchas otras mentiras parecidas pueden descubrirse como por ejemplo la bien conocida acusación en nuestra contra de haber sido los autores de aquellas tristemente célebres ejecuciones en masa de polacos en Katyn. Creemos que los rusos son los autores. Este suceso ya ha sido objeto de interminables controversias y después de los desvergonzados argumentos de falsedad democrática que precisamente he citado, apenas es preciso repetir aquí los argumentos de nuestra causa. Personalmente pienso que no importa mucho quien lo hizo. Los demócratas nos han atribuido la culpa del"asesinato de Katyn" sólo porque los rusos - ante los que *ahora* tienen miedo - eran *entonces* sus "caballerosos aliados". "Caballerosos aliados" nunca pueden celebrar una "matanza" o recurrir a ejecuciones en masa;

1) Digo según los números oficiales; pués en realidad murieron cerca de quinientos mil civiles en Dresde en el ataque aéreo.

nunca oficialmente en todo caso. Pero aunque debieran ser los culpables tienen que ser "justificados"... siempre a costa del enemigo. Si mañana los propios demócratas-occidentales, nuestros perseguidores de hoy, llenos de miedo con la noticia del avance del rodillo ruso se estremeciesen hasta la médula y buscasen nuestra ayuda, entonces podrían probar en seguida al mundo la confusión práctica de esa verdad. La "matanza de Katyn" se convertiría de la noche a la mañana en una atrocidad rusa. Cada uno de nuestros presuntos actos de terror sería atribuido rapidamente a los auténticos autores o si no sería abandonado o "justificado"... hasta que nos contemplasen en una unión antinatural con ellos, como no apropiada ya, que no vale la pena, y se diluirían 1).

Calumnia es el arma principal de nuestros enemigos, y sus aliados principales las debilidades e ignorancia humanas. Sin estos "aliados" nada habrían logrado, ni siquiera con ayuda de todo el dinero judío del mundo. El dinero sólo puede comprar hombres débiles y locos. Nada habrían logrado solo con su "humanidad" con la que hoy se pavonean tan alto, porque no les mantendrá. Lo que los pueblos debieran reconocer como "humanidad" de parte de los demócratas euro-americanos en su comportamiento frente a sus adversarios - sobre todo frente a nosotros - es nada más que superficialidad. Ellos no son tan duros como nosotros y no porque sean mejor (son mucho peor) sino porque no creen en aquello en lo que presuntamente se hacen responsables, tal y como nosotros hacemos por nuestra eterna "Weltanschauung". En cerca de nueve de cada diez personas su presunta cristiandad es nada más que el culto de "intereses comerciales" ocultos - y su democracia es cien por cien parloteo hueco.

1) Ahora en 1952, tres años después de escribir este libro, una comisión ha investigado sobre el "caso--Katyn" por encargo de las naciones libres democráticas, para demostrar que los rusos fueron los culpables - ahora además quieren que nos unamos con ellos contra los rusos, sus en otro tiempo "caballeros aliados".

Me han condenado ahora[1]. Me explican que en la zona rusa hubiera debido calcular una condena a una pena de treinta años de trabajo duro en Siberia, en vez de tres años de cautiverio en Werl. ¡Como si no lo supiese!. Si en un Estado nacionalsocialista se me hubiera pedido administrar justicia (suponiendo que yo fuese un juez) en un caso como el mio que en calidad de adversaria se me hubiese hecho culpable por la distribución de diez mil papeletas "anti-nazi" y la pegada de carteles opositores en los lugares más importantes, de tal suerte que no le hubiera echado tres años, ni treinta, le impondría inmediatamente la pena de muerte - máxime si la persona hubiese sido un idealista íntegro como yo lo soy y hubiese hablado ante el tribunal tal como yo lo hice, libre y sin miedo. Pues tal gente es el único enemigo *verdadero* que desde cualquier punto de vista se oponga al nuestro. *Yo* tomo en serio a esa gente. *Yo* sé que se la debe tomar en serio. Lo sé puesto que yo misma soy una persona así. Los comunistas lo saben; pues aún cuando desorientados son al menos sinceros. Los demócratas no lo saben, nunca lo sabrán, no lo pueden saber - no pueden comprender exactamente porque no son sinceros y no toman en serio su causa. Para ellos la idea y el sistema de valores en cuyo nombre nos persiguen son nada más que "política"; y "política" es una parte separada de la vida - no la vida misma. Para nosotros la idea y el sistema de valores por el que somos perseguidos son vida, nuestra vida entera; nosotros mismos y más que nosotros mismos. Es la larga vida de la raza, no, la larga vida del universo infinito lo que dá a nuestra vida su significado. El hombre que lo encarna, nuestro más amado, nuestro más venerado Führer - vivo o muerto - es para nosotros no sólo a nivel socio-político en particular sino en todos los campos, no sólo un político, no sólo el guía de un partido sino un hombre vivo, un hombre perpetuo, , no sólo el fundador de una fe sino el paladín de la eterna religión de la vida en nuestro tiempo. Para *ella* y para *él* ningún sacrifico es grande y ninguna acción es e-

1) Esto y el resto del libro lo he escrito en la prisión de Werl en 1949. El comienzo de este capítulo y los capítulos 4, 5, y 6 los escribí durante mi prisión preventiva.

nérgica. Nada ni nadie es un obstáculo para el triunfo del Führer y de la vida que no se pueda apartar sin compasión alguna. Por eso no tememos ante el sufrimiento; ni vacilamos por causar sufrimientos, si fuese necesario.

Los comunistas - aunque nos parezca extraño - sienten de manera parecida por el marxismo a como nosotros sentimos por nuestra "Weltanschauung". Saben lo que quieren (hablo naturalmente de los inteligentes). Siempre que encontré alguno, especialmente alemán (nunca he encontrado a un comunista ruso verdadero), he respetado su sinceridad y su constancia y he lamentado que estas nobles cualidades no se encontrasen al servicio de un idea más elevada. Le odiaba, pués tal vez cuanto más grande es su valor personal tanto más grande es nuestra pérdida y asimismo el peligro que representa a nuestros ojos. Pero le tomaba en serio. Él me tomaba en serio y sabía bien lo que tenía que esperar de mi bajo otras circunstancias. Los demócratas nunca nos toman en serio hasta que les pisamos la cabeza. Este es el secreto sobre su supuesta "dulzura" y su "humanidad". Creen que es posible - incluso relativamente fácil- el "desnazificarnos". Lo intentan; demostrado en muchos casos con métodos de intimidación, pero también en muchos otros mediante corrupción con un "tratamiento amable". Mediante estos métodos conquistan a los hombres que como ellos no hay que tomarles en serio; tales hombres cuya vida política no es ninguna otra cosa más que ventaja, una carrera recompensada o una emocionante exhibición. *Nosotros* no los ganamos así. Les descubrimos nuestras intenciones. Cuando no nos toman en serio podríamos sentirnos ofendidos - o divertirnos, según nuestro estado anímico - hasta que nos llegara el momento de mostrar por nuestros actos cuan inocentes fueron nuestros enemigos en imaginarse que podríamos conseguir olvidar y perder.

Fuí detenida aquí en Alemania occidental después de haber arrojado tranquilamente propaganda nacionalsocialista por más de ocho meses. Si no hubiera sido por la torpeza de un joven alemán al que se vió junto a mi (y cuya captura tuvo como consecuencia la mia propia), posiblemente hoy todavía estaría en libertad. Se me dijo que no hubiera permanecido libre ocho días en las mismas circunstancias en la zona rusa, y lo creo. Mi trato fue más suave que el que hubiera sido con los comunistas - no porque los demócratas sean "más humanos" que los comunistas sino sólo porque son más superficiales.

La política no importa a los demócratas como importa a nuestros verdaderos enemigos y nosotros mismos.

A uno de los muy pocos cien por cien "anti-nazi" que encontré en Alemania era un hombre - un alemán - que viajó conmigo en el mismo compartimento entre Baden-Baden y otro lugar de la zona francesa. El tren paró varias horas en Baden-Oos. Puesto que practicamente estábamos solos y además no teníamos nada que hacer comenzamos una conversación. El hombre que nada tenía que temer de mi bajo la protección del gobierno militar francés, tras una conversación de dos horas fue bastante sincero para decirme que yo le recordaba al horrible "modelo de nazi" cuyo aspecto más odiaba en los días de su poder. "He hablado demasiado con la persona equivocada", pensé. Pero permanecí tranquila y opiné que lo mejor para él sería no andarse por las ramas e indicarme si la ideología que para mi significa todo, verdaderamente era tan repugnante para él como sostenía. Aún agregé que sería mi deber denunciarle en caso de que debiera encontrarle otra vez en una futura Europa nacionalsocialista.

La respuesta del hombre fue sumamente democrática. Contestó que odiaba ese "racismo arrogante y provocador" y que no podía comprender como una extranjera podía "deificar" a un hombre "tal" como Adolf Hitler, pues a su juicio tenía todo el derecho a mantener su propia opinión tal y como a él le gustase. Además nada le importaba prescindir su relación conmigo sólo por tener el placer de

arruinar a una "fanática inofensiva". *Esto* fue su franca manifestación de porque no fue a delatarme pese al odio que, como me confesó, guardaba contra mis pareceres; *esto* y no "humanidad" - "carácter humanitario". El individuo no me odiaba suficientemente como para abandonar su itinerario acostumbrado sólo por el placer de ocasionarme un mal. No me odiaba lo bastante porque no me tomaba en serio. No podía tomar en serio a ninguno de nosotros ahora que ya no teníamos más el poder y poner así en peligro a él y a su valiosa familia. No amaba bastante su ideología para tomarla en serio, en caso contrario le habría valido la pena perder un tren solo por defender su ideología contra cualquier posible enemigo serio por muy inofensivo que pueda parecer. Los pocos comunistas a los que encontré me habrían denunciado bajo la administración comunista en las oficinas comunistas. Pero odian la forma democrática occidental casi tanto como nosotros. En la zona occidental no tenían un fundamento para enfrentarse conmigo personalmente sino sólo ideológicamente.

Esta superficialidad fundamental de los demócratas no hace la persecución del Nacionalsocialismo en sus manos menos minuciosa, pero si mucho más aborrecible. No se trata para ellos - como en la zona rusa - de la persecución de una fe en nombre de otra, de una verdad en nombre de una idea seria. Es la persecución de la religión de la vida en su forma actual para lograr la puesta en práctica de intereses ocultos del orden más innoble - intereses comerciales -.

Naturalmente se halla mucho más detrás de estos intereses comerciales; a saber, la tendencia irresistible de un mundo degenerado a esperar su decadencia, la loca caída mortal de la Europa judaizada en precipitación creciente. Nosotros, que desde hace mu-

cho tiempo hemos superado esa tendencia humana; nosotros criaturas de la luz y de la vida - los renacidos que nos hemos alineado con alegría contra la corriente del tiempo, más allá de las ruinas del hoy y del mañana, sobre la gloria del nuevo comienzo, nosotros, así lo afirmo, los únicos en el mundo que nos interponemos a las fuerzas de la muerte y las hacemos frente, deberemos ser aniquilados si los poderes de la muerte triunfasen para siempre. *Esto* es la verdadera razón por la que se abatió sobre nosotros la persecución de su parte por todos los lados. Pero en el Este esos poderes invisibles han elegido una ideología falsa como su remedio, que en su forma engañosa impresiona además de a las masas no pensantes, también a un gran número de los mejores hombres y mujeres. En el oeste sabían, por así decirlo, que la combinación de intereses ocultos entre los escasos inteligentes junto con el interés personal, chauvinismo, cobardía moral, hipersusceptibilidad y credulidad de parte de la mayoría, bastaría para influir y mantener en pie la persecución de nuestra sempiterna idea en toda época.

Pero en definitiva nada puede impedir el triunfo de la vida. Nada puede alterar las leyes inmutables que regulan la sucesión de los ciclos mientras devuelvan una era de resurreción después del peor tiempo de disolución.

Algún día experimentaremos -con ayuda de los Dioses, espero- como los demócratas y hasta los comunistas sentirán lo amargo de no haber matado más de los nuestros. Mientras tanto, el hecho es que la ligereza de nuestros enemigos dejó con vida a algunos de nuestros más ardientes defensores a pesar de su audacia provocadora, una señal de los Dioses, un síntoma de que vive el Nacionalsocialismo y en un futuro relativamente próximo debe llegar a ser de nuevo el poder dominante en el mundo ario.

CAPÍTULO VIII

UNA MIRADA EN LA GUARIDA DEL ENEMIGO

"Toda imperfección es la señal visible de la decadencia interna a la que antes o después deber seguir y seguirá el derrumbamiento externo".

Adolf Hitler
(Mi Lucha I, Capítulo X)

Uno de mis primeros contactos con los representantes de las potencias de ocupación en Alemania fue naturalmente en la frontera artificial que separa el territorio del Sarre de la zona francesa. Allí eché una pequeña ojeada sobre la cándida arrogancia con que hoy manda una de las naciones presuntuosas de Europa sobre una parte de la desventurada Alemania.

Atravesé la frontera cerca de Saarhölzbach el 11 de septiembre de 1948 sobre las nueve de la mañana. Era un día claro, soleado. Hice fila con los otros viajeros para el control de pasaportes e inspección de equipajes no sin un poco de miedo, pues tenía entre otras cosas, una maleta extremadamente pesada conmigo que entre los libros contenía seis mil octavillas nacionalsocialistas, o para ser precisa seis mil hojas menos un par de docenas que ya había repartido en el territorio del Sarre. Yo misma las había escrito en Suecia y las había hecho imprimir en Inglaterra. Sería bueno para esta gente encontrar aquí ahora "esto", pensé cuando un hombre me ayudaba a empujar la maleta directamente ante los funcionarios de aduanas. Estaba preparada para lo peor. Pero si el destino quería que algún día fuese hecha prisionera confiaba que fuera *tras* la distribución de todas las hojas y no antes. Por un instante me retiré con el pensamiento del entorno y pensé en nuestro amado Führer y en los Dioses invisibles que me habían ayudado hasta ahora a cumplir lo

mejor posible con nuestros ideales y les agradecí también que me hubiesen traido a Alemania. Si esa era su voluntad entonces me ayudarían también a cruzar libremente la frontera. Si no, en todo caso mostraría a nuestros enemigos que todavía hay nacional-socialistas merecedores de ese nombre y hasta entre arios no alemanes. Pensé en todos los que habían sufrido y muerto por nuestra causa. ¿Jamás tendría también el honor de sufrir, de morir por ella?. Lo anhelaba; pero ahora todavía no, no antes de que hubiese distribuido mis hojas y pegado todos mis carteles. Cuando lo hubiera hecho entonces podría sufrir y morir.

Fué extraida de mi mundo interior mediante fuertes gritos. Era el funcionario de aduanas francés que había perdido su paciencia con un viajero alemán que estaba justamente delante de mi. Nunca podré llegar a saber porque aquel hombre se puso tan enfadado. Mas siempre recordaré el timbre de su voz y la expresión de su cara. Escupió una serie de injurias en un mal alemán. Su cara estaba roja como un tomate y su boca torcida. Pero de ninguna manera parecía un oficial militar en un país conquistado. Antes parecía un robusto escolar terminado de crecer que intentaba asumir la representación del papel de un policía. El viajero alemán casi dos veces más grande que él le contempló tranquilo, interiormente con desprecio sin duda. Finalmente agotado el léxico de improperios en francés; empujó violentamente la valija diplomática abierta del viajero a lo largo de la mesa, le mostró la salida y gritó en francés con voz aguda: "¡Foutez-moi le camp!" (¡Desaparezca!"). Ahora venía mi turno.

Hablé francés perfectamente puesto que había crecido en Francia. Entregué al oficial una carta de las autoridades francesas ("Bureau des Affaires Allemandes") de Paris y le relaté que era la autora de varios libros sobre temas "históricos y filosóficos", lo que es cierto, y que "había venido a Alemania a recoger las informaciones necesarias para escribir un libro sobre el país" - lo que en parte era verdadero - y "finalmente para pedir a las autoridades militares francesas y aliadas" que me facilitaran de manera amable cualquier

ayuda, en cuanto ello fuese posible.

Había recibido esta preciosa carta a través de una mujer francesa que una vez estuvo conmigo en la misma clase y que con el tiempo llegó a ser la mujer de uno de los más prominentes colaboradores del General De Gaulle y durante la guerra trabajó en Londres en el servicio de información "francés - libre". Ella y su marido conocían a la autoridad que tenía el poder de extenderme un permiso militar para Alemania. La mujer no me había visto desde hacía casi treinta años y no me preguntó que opiniones tenía aún, que había hecho en la India durante la guerra. Se acordaba que incluso ya en mi infancia había sido una pagana a carta cabal y también habló sobre eso. Pero no se le ocurrió que una pagana consumada en el mundo moderno pudiera ser otra cosa que una nacionalsocialista. El funcionario me miró y en resumidas cuentas nada me preguntó, así que ni siquiera pude mentir para conseguir cinco minutos después el inesperado certificado de buena conducta.

La cara del encolerizado funcionario de aduanas se apaciguó al instante.

"¿Así que usted conoce a Monsieur S., como usted dice?".

"Sí, estuve muchos años antes con su mujer en la escuela juntas...".

"Oh bien, en ese caso... está todo en orden. Digame no obstante que tiene en este bolso", dijo y señaló a una de mis bolsas de viaje.

"Un poco para comer; 3 kilos de azucar y 5 kilos de café".

"Esto es mucho más de lo que está permitido, sabe usted. Pero no importa ya que conoce a Monsieur S. ¿Y qué tiene allí dentro?".

Ahí tenía todas mis alhajas en un recipiente metálico; hermosísimas cadenas de oro macizo, brazaletes y aretes de India. Tenía la intención de venderlas en Alemania para poder vivir allí y seguir mi actividad, o de lo contrario si hubiese entrado en una organización nacionalsocialista clandestina íntegra, hubiera entregado allí el dinero para el mismo fin.

Pero las intenciones no se pueden ver... sin embargo los documentos. Pensé que era exactamente política el dirigir la atención del funcionario sobre ese recipiente. Tal vez entonces olvidaría

inspeccionar a fondo la pesada maleta. Por ese motivo abrí el joyero y mostré un poco el contenido. Llevaba mis aretes dorados con la cruz gamada bajo el chal que había liado sobre mi cabeza. Así no podría encontrarlos entre las joyas.

El funcionario admiró los insólitos adornos. En un minuto estuvieron todos los funcionarios de aduanas a mi alrededor tocando los objetos destellantes. *"¡Debe ser un tesoro ya que usted está preocupada por él!"*, dijo el oficial. *"¿No tiene miedo a que le pueda ser robado?. ¡Hay tantos ladrones en este país muerto de hambre, sabe usted!"*.

Desde el fondo de mi corazón pensé: *"Ellos hubieran podido haberme engañado el 15.VI con el cambio de moneda y no lo hicieron"*. Pero naturalmente nada dije. La policía entró y deseó ver las alhajas indias. *"¡Dios mio, esto valdría una fortuna en Paris!",* dijo un policía. *"¿Por qué guarda todo esto consigo?"*.

"No conozco a nadie al que hubiera podido dejárselo".

"¿Y qué opina de un banco?".

"Pues", dije sonriendo, *"la verdad es que algunas veces pudiera llevar las cosas cuando visto mi ropa india"*.

Los policias rieron. *"Las mujeres son todas igual"*, exclamó uno de ellos. El funcionario principal puso término a esta exhibición mientras me dijo que era libre y podía retirarme con las joyas a Alemania. La maleta llena de hojas peligrosas paso completamente desapercibida. Yo fui la que se la recordé al aduanero. Hizo un intento por levantarla.

"Que condenadamente pesada. ¿Qué tiene en ella?". "Libros".

"Los libros son realmente pesados. Ahora bien, abralá por favor. No podemos dejarla continuar sin que la haya abierto", dijo. Abrí la maleta con seguridad y tranquilidad absolutas. Ahora sabía que tendría éxito. Los hombres pensaban sólo en los tesoros indios. *"¿Son todos en inglés?"*, me preguntó. *"Algunos son también en francés"*, respondí y le mostré un volumen de poesías de Leconte de Lisle, uno o dos en alemán -una gramática, un diccionario, sencillos libros de cuentos- y algunos en griego.



Faraón Ekhnaton

Rió. *"¡Griego, mi Dios! Esto es demasiado para mi"*. Finalmente dijo las palabras que tanto deseaba oir, las palabras que me hacían posible continuar la feliz y peligrosa existencia en las zonas de la Alemania ocupada, de la que ya había tenido un anticipo en el territorio del Sarre. *"Puede continuar"*, dijo. De nuevo estaba sentada en el tren hacia Treveris con mis joyas que ahora me ayudarían a vivir y moverme, con las hojas que había escrito con todo mi corazón para el Pueblo alemán.

Estaba sentada sola en un compartimento; en ese día fueron relativamente pocos viajeros durante el viaje - y el tren se desplazó por el valle del Sarre. Con la claridad del sol pude ver a ambos lados del rio serpenteante nada más que pastos verdes y colinas pobladas de bosques. El tren hizo un ruido espantoso cuando silbó en aquel lugar. Con la cabeza por la ventana contra el viento - como en mi primer viaje inolvidable por Alemania - esta vez a pesar de mi intrascendencia personal me sentí realmente como libertadora en Alemania; al menos como una precursora o como una señal de liberación futura. ¿No había ponderado todo lo que detentaba y todo lo era al servicio de los poderes que liberarían no sólo a mis camaradas alemanes, sino a las razas arias en un sentido más amplio, y al alma aria?. *"Algún día"*, pensé, *"dentro de muchos, muchos años, recordaré esta vida que ahora comienza para mi y sentiré felicidad y orgullo de haber tenido también un sitio en el movimiento nacional-socialista clandestino durante aquellos días tan oscuros"*.

Me sentí exaltada al pensar que los Dioses habían dado su consentimiento a mi modo de obrar. Cuando contemplé la encantadora tierra alemana que se extendía delante de mi, canté el himno de Horst-Wessel con una alegría de conquista parecida a la de 1940. El tren hacía demasiado ruido como para que se le hubiese podido escuchar en el compartimento más cercano.

Luego durante algún tiempo, fui de un lugar de nombre Wiltingen, donde había pasado algunos días, a Tréveris.

En la Alemania ocupada todo tren se compone de algunos vagones que están reservados sólo para las potencias de ocupación

- como indica un letrero fuera del tren - y también para toda persona con un pasaporte aliado, y de un número similar o menor de vagones diferentes en los que se permitía viajar a los alemanes. Los primeros, los vagones de las fuerzas de ocupación, son calientes y cómodos. Ahí viaja relativamente poca gente con pasaporte aliado, no están abarrotados. Ningún alemán puede utilizarlos. Esa es la orden de las autoridades militares. Los otros vagones - en los que pueden viajar gente con pasaporte aliado, naturalmente sólo si lo deseasen, pero en los que están obligados a viajar los alemanes, lo quieran o no, cuando en realidad viajan - ni están calientes ni confortables. Ni siquiera están - o estaban hasta hace poco - iluminados por la noche. Naturalmente, puesto que son pocos vagones, están siempre atestados. Por principio nunca utilizo los "vagones de las tropas de ocupación" como cualquiera puede imaginarse bien (nunca saqué provecho del privilegio que me pudiese haber otorgado mi pasaporte británico-hindú si no lo pudiera haber compartido por lo menos con algunos alemanes en virtud de mi persuasión). Pero aquel día ya se había dado la salida al tren cuando llegué al andén. No tenía alternativa. Subí al primer vagón que al llegar estaba delante de mi. Casualmente era un "vagon de las potencias de ocupación". Sucedió que cerca de quince o veinte alemanes, que no podían saber que poseía un pasaporte británico-hindú, también subieron allí. Debieron sentir, no importa como, que no pertenecía al personal de las fuerzas de ocupación, cuando me vieron subir allí.

En la estación más próxima vino un oficial francés rojo de ira por la súbita excitación: *"¿Qué hacen aquí?. Este es un vagón de las potencias de ocupación. ¡Aquí no es su sitio!"*, gritó. *"¡Sus documentos!. ¡Muestren sus documentos!"*. La gente asustada se dispuso a mostrar sus papeles. Naturalmente ni uno tenía "pasaporte aliado", aparte de mi. Pero eso no estaba escrito en mi cara. Estaba sentada en la esquina con mi equipaje en el costado (incluida mi pesada maleta llena de propaganda nacionalsocialista), y sonreí un poco. Supongo que mi apenas visible sonrisa todavía enfureció más al mozo; entonces se

volvió hacia mi y tronó: *"¡Y usted! ¡Sus documentos dije! ¿No lo ha oido? ¿Está sorda?"*. Todo esto lo dijo en alemán con el más ostentoso acento francés.

"Le muestro mis documentos", dije en perfecto francés. Mi pronunciación debió impresionar al hombre. *"¿Pero usted no es francesa, verdad?*, gritó. *"No tiene cara de eso"*.

"He nacido en Francia", dije, *"eso es todo"*.

Este simple comentario pareció ser la leña vertida sobre el fuego de su furor. Echaba chispas. *"Fue y se casó con uno de estos sucios cerdos"*, replicó asperamente. *"En ese caso no tiene derecho a estar aquí. ¡Largo con ellos!"*.

"Lo siento mucho.Debe desengañarse, señor", dije - y una ironía triunfante sonó en mi voz. *"Mas el hombre que me dió su nombre es 'sólo' un Brahmán de la remota India"*, y saqué mi pasaporte.

El francés contempló la cubierta y su cara cambió. Un pasaporte que había sido expedido en Calcuta en los días en que la India todavía era colonia británica - ello fue suficiente para refrenar a un encrespado oficial francés en la Alemania ocupada. *"El país de mi Führer, ¿cuánto tiempo dominarán aun estas ratas sobre tí?"*, pensé. El francés estaba suave como la miel. Ni siquiera abrió el pasaporte británico-hindú. La mirada sobre la tapa fue suficiente. *"¡Todo en orden! ¡Todo en orden*!", dijo. *"Naturalmente puede permanecer aquí. ¿Por qué no me lo dijo en seguida?". "Quise mostrarle mi pasaporte"*, respondí, *"y estaba en la parte baja de mi bolso". "¡Todo en orden, todo en orden! ¡No precisa bajar!"*.

El tren fue más despacio cuando nos introdujimos en la estación más próxima. El francés olvidó de pronto que había sido abrumado justamente por el efecto que le produjo un pasaporte de una ex-colonia de uno de sus aliados. Solo recordaba que estaba allí para hacer sentir a los alemanes todo el peso posible de su inesperado e inmerecido poder. Se volvió a los otros viajeros. *"¡Bajen!"*, gritó, *"¡bajen!"*. Agarró a un hombre por el cuello de la chaqueta, abrió la puerta y de hecho le empujó antes de que el tren se hubiese detenido. Entonces - cuando el tren paró finalmente - hizo salir a empujones

a una media docena de mujeres que a su juicio no bajaban suficientemente de prisa. Con una patada empujó fuera el poquito equipaje que tenían consigo, y a un joven de unos doce o trece años también le propinó un puntapié. La mayor parte de los viajeros restantes se apresuró por la otra salida y bajó lo más rápido posible. El hombre alocado no podía estar en ambas puertas a la vez.

Fue entonces cuando le llamó el Oficial de Acceso de turno - que debió ver como estos viajeros habían subido en el "vagón de las potencias de ocupación" - y reprendió con horribles palabras injuriosas, amenazándole con destituirle por su negligencia. Quiso decir algo. El francés le interrumpió: *"¡Basta, le digo!". "¡Y fuera!"*. Habló con él como si fuese un perro - o algo más vil aún. Habló con todos ellos y los trató como si fueran menos que perros. Gente ingenua, gente pacífica, ¡todos ellos juntos eran mucho menos agresivos que yo misma!. Estaba sentada invulnerable en mi esquina y pensé en la injusticia - y la ironía - después de esta escena de la que había sido testigo. *"Sí, gente pacífica"*, pensé, *"ni uno de ellos viaja con seis mil hojas nacionalsocialistas. Pero tampoco ninguno de ellos tiene un pasaporte británico-hindú"*.

Cuando estuve sola con el francés fingí estar medio dormida de manera que no pudo hablarme. No me placía dirigirle la palabra, quería evitarle después de haberse comportado así frente a los alemanes. Pero llegamos a Tréveris y me dispuse junto a la salida. El empleado bajó también según parece. Se acordaba de que era una señora y que no era alemana; además de que no simpatizaba con los alemanes - él cuando menos lo pensó, y se equivocó como hace la mayoría de la gente mientras confunda la probabilidad media con la realidad individual y viva.

"¿Puedo llevar alguna cosa de su equipaje, señora?", me preguntó cuando paró el tren en la estación principal de Tréveris.

"Es usted muy amable, señor",respondí, *"le estoy verdaderamente agradecida. De hecho tengo una maleta que es un poco pesada. Si usted quiere ser tan amable de traérmela lo vería como un gran favor"*. Tomó la maleta y me acompañó con ella al andén. *"¡Uh, pero que pesada es!"*,

dijo. *"¿Qué tiene dentro?. ¿Plomo?". "Libros". "¿A donde va?. ¿A la sala de espera?". "A la consigna"*. El funcionario francés fue a lo largo del andén de la estación central de Tréveris y pasó delante de los muros, que por las bombas de los aliados se habían convertido en un montón de ruinas, directo a la consigna del equipaje - el hombre que había visto y oido una media hora antes como había insultado y maltratado a los alemanes, la personificación viviente de lo que significa la palabra "ocupación" para la orgullosa Alemania. Iba delante y llevaba mi maleta que estaba atestada con propaganda nacionalsocialista. Realmente esto valía la pena vivirlo.

"¡Gracias, señor, infinitas gracias!", dije con una sonrisa al hombre que subyugó y maltrató al Pueblo de mi Führer; así llegamos a la consigna y me deshice de él para siempre.

El 9 de octubre visité a un francés de alto rango, Monsieur G., cuyas señas en Baden-Baden había conseguido por el funcionario parisino y que también había hecho expedir mi permiso de residencia. *"Cuanto más se dedique uno a acciones políticas prohibidas, razón de más para permanecer uno en relaciones amistosas con las autoridades oficiales"*, dijo una vez mi hombre sabio al poco del comienzo de la guerra. Recordé este consejo. Por ese motivo no había venido a discutir, menos aún a desafiar publicamente, sino a oir y juzgar en silencio - lo más distante que fuera posible.

Este hombre estaba en Alemania desde 1945 y antes había estado en activo en la resistencia francesa. Yo había venido hacía poco más de un mes a este país y durante toda la guerra, no, ya muchos años antes de la guerra había vivido en la India, oficialmente ya no "aunada" a los intereses europeos, y exteriormente "desinteresada" ya de ellos. Bajo estas circunstancias fue fácil para mi interpretar el papel de la ignorante en la búsqueda de ilustración. Sa-

bía que si escondía mis sentimientos naturales por el Nacionalsocialismo con suficiente dominio de mi misma, también en todo lo que el francés pudiera decir, mi acción sería bien vista; pués halagaría la vanidad del hombre - en primer lugar como francés, en segundo lugar como alto oficial de la sección de información en la Alemania ocupada -.

Monsieur G., que nada sabía de mi excepto lo que se encontraba en la carta del "servicio para asuntos alemanes" (que naturalmente le mostré), me recibió con gran amabilidad. Me planteó algunas preguntas sobre el plan de mi libro sobre Alemania. *"Si la he comprendido bien"*,me dijo después de un rato,*"le interesa más el Pueblo alemán - el alma alemana - que los aspectos políticos y económicos de la cuestión alemana"*.

"Sin duda los intereses económicos sólo pueden llegar hasta el segundo o tercer puesto, en cambio los éticos y raciales al primero", contesté. Subitamente me quedó claro que había citado "Mi Lucha" sin quererlo (Parte I, Capítulo X). Pero el señor G., que no conocía el libro de memoria, que como muchos miles de notorios "anti-nazi" posiblemente incluso jamás lo había leido, no se fijó que estas no eran mis palabras.

"Pero los alemanes no son realmente de una raza", respondió. *"Sólo nos querían hacer creer que lo eran, y sin embargo fracasaron. En cuanto a la ética, así la ha robado el Nacionalsocialismo a los pocos que la poseían. No puede figurarse que influencia desmesurada tuvo esta ética en ellos. Ha destruido en ellos el sentido por la humanidad. Tratamos de educarlos. Pero es difícil, muy difícil"*. Mi natural respuesta hubiera sido: *"¡Confio que eso jamás sea posible!"*. Pero no había venido para discutir sino a ver a uno de nuestros perseguidores, como es él realmente; como son todos. Representé esta vez mi papel. *"Pero"*, dije para ver que respondía el hombre, *"muchos alemanes son cristianos, y no se puede ser cristiano y nacionalsocialista. De todos modos yo que he estudiado lógica con el profesor Goblot en Lyon, no puedo entender como eso pudiera ser posible"*.

"No lo puede entender; y yo tampoco lo puedo entender", contestó el señor G. *"Pero los alemanes lo pueden según parece. Su lógica e s diferente*

a la de otros pueblos. Usted todavía no la conoce. Naturalmente ellos la encuentran toda encantadora. La es a simple vista. Pero espere hasta conocerla. Espere hasta que conozca a los nacionalsocialistas, si es suficientemente inteligente para descubrirlos; pues ninguno le revelará si él o ella es nacionalsocialista".

"¿No ha descubierto entre todos los alemanes, también entre los nacionalsocialistas, cualidades dignas de alabanza?", pregunté. "Son laboriosos, limpios, valientes; después de todo uno debe reconocerlo. ¿Y" - añadí - "debiera hablar sobre ello?. ¿Son rasgos de uso general?. ¿O me llamó la atención ya que estoy aquí tan sólo desde hace unos pocos días, o, porque como vengo de la India, donde tan a menudo lo contrario me causaba una penosa impresión?. Parecen amables para ser animales. ¿Le puedo relatar un suceso que pude observar en un pueblo en el territorio del Sarre?". "Por favor".

"Pues bien, de pie esperaba a un autobús hacia otro lugar. En la proximidad ví a un hombre que intentaba llevar un caballo con carruaje por un movedizo terreno arenoso al camino principal. El caballo hacia todo lo posible por sacar el carruaje. Pero no tuvo éxito.Era demasiado difícil. El hombre lo acarició. No le golpeó. El animal lo intentó de nuevo, una segunda vez, sin éxito. En la India - ¿por qué hablo del Lejano Oriente?; en la Europa del sur - el conductor habría perdido la paciencia y empezado a asestar latigazos y patadas al animal. Este hombre no lo hizo. Descargó cerca de una tercera parte de la tierra con la que había llenado el carro; acarició otra vez al caballo y le tocó el pescuezo. El animal dió un tirón y avanzó con el carro. No podría decir cual era la afiliación política de este hombre, si después de todo tenía alguna. Pero era un alemán. He vivido muchos otros ejemplos parecidos de amabilidad a los animales desde que vine acá. Solo en Inglaterra y en el norte de Europa he observado lo mismo. Allí la gente son de la misma raza - es quizá ello una explicación".

"En cuanto a eso",dijo el señor G., "estoy completamente de acuerdo con usted. Son cariñosos con los animales y los nacionalsocialistas más que los demás. Fueron instruidos para ser así bajo el régimen de Hitler. Fueron exhortados a amar toda criatura viva; flores, árboles, todo en la naturaleza, siendo al mismo tiempo animados a ser despiadados frente a sus adversarios

políticos. Sabe usted", hizo una pausa y agregó, *"¿qué tenían hermosos parterres en ese mundialmente famoso lugar de horror llamado "Buchenwald"?, ¿qué colgaban casitas de madera en los árboles en los que los pájaros podían encontrar alimento y protección contra el viento terriblemente frío en el invierno?. ¡Ello junto a sus cámaras de gas y crematorios!. Eso es la lógica-nazi"*.

No dije nada. Pués lo único que podía pensar como respuesta sobre este comentario era: *"Le agradezco señor su información sobre los parterres y las protecciones para pájaros en Buchenwald. Siento mucho no poder felicitar al administrador de Buchenwald"*, pero si lo hubiese dicho hubiera concluido con mi "incógnito".

Monsieur G. prosiguió: *"Digo la lógica-nazi, pues es una lógica propia pero una lógica que es un rompecabezas para nosotros, que toda la gente decente no comprende. Es la lógica de una nación en la que, como ya dije, ha sido destruida toda significación por los derechos humanos; una lógica terrible (Une logique effroyable* 1), fueron las palabras exactas de Monsieur G.). *El faro espiritual de todo este Pueblo estaba alimentado por un principio dominador, a saber: por el de que todo debe quedar subordinado a la victoria del Nacionalsocialismo. Aplastaron todo antagonismo. Pero por otro lado, se aprovecharon hasta del último de sus adversarios. No fue suficiente con mandarles trabajar en los KZ hasta el rendimiento extremo. Los utilizaron incluso aun cuando estuvieran muertos. Hicieron jabón de su grasa, fuertes cordeles del pelo de las mujeres, pantallas de su piel. Nada podía ser desperdiciado. Esta misma gente ponía el grito en el cielo en referencia a las crueldades contra los animales. Estas mismas gentes dispusieron como ilegal el uso de trampas, ordenaron que hasta los cerdos sólo debían ser sacrificados con una finalidad de alimento, si se les mataba con una pistola automática en un segundo. ¿Puede entender semejante lógica?. Estoy seguro que nuestros pocos nacionalsocialistas franceses no les hubieran seguido hasta el final si hubieran presenciado eso. Pero los alemanes se comportaron así porque en el fondo el alma alemana está compuesta de contradicciones y contrastes. Muéstrelo en su libro y ofrezca la verdad"*.

1) Una lógica terrible.

"No soy alemana", pensé, *"pero no obstante, es esta lógica absoluta que a este individuo tanto asusta, también la mía; ha sido la mía a lo largo de toda mi vida. Para mi son mucho más dignos de ser amados los inocentes animales que los adversarios humanos. ¡Sin duda alguna!. ¿Se cree este francés que provoca mi simpatía por esos que nos combatieron y engañaron, por el simple motivo de que tienen dos piernas y sin rabo?. ¡No hay temor!.El individuo no me conoce"*. Eso pensé. Pero naturalmente no lo dije. Tan bien como pude permanecí inexpresiva y preparé mi respuesta.

Sabía que la mitad de las acusaciones contra nosotros (de las que Monsieur G. me había manifestado algunas pocas) eran injustificadas. Pero si realmente se hubiesen basado todas en hechos, en ese caso tampoco me hubieran puesto nerviosa. Sin duda no podía comprender - y no puedo - porqué tantos contemplan como un crimen el necesitar cabellos y piel de los hombres muertos. En mi opinión uno puede alterarse acerca de eso sólo por motivos puramente sentimentales sobre todo si se trata del propio amigo,no del adversario; no por gente que aspira a destruir todo lo que una misma ama. Todo esto de alzarse contra un régimen que por otra parte había hecho tanto no sólo por los animales, como añadió Monsieur G., sino también por los mejores de los hombres vivos, me parece desatinado, loco y tanto más escandaloso, puesto que en estos paises en los que la propaganda anti-nazi fue la más eficaz, animales inocentes han sufrido innumerables horrores que fueron promovidos hasta en tiempos de paz, en vez del peligroso ser humano, presuponiendo que fueran cometidos en nombre de un real y pretendido interés por la "humanidad". No quise discutir sobre la verdad o falsedad de nuestro procedimiento, como lo veía Monsieur G., pues sabía que solo eso pudiera haber levantado sus sospechas. Pero sentí que no podía pasar por alto silenciosamente sobre este despropósito, estas contradicciones - pues verdaderamente lo son algunas - y señalé circunspecta: *"¿No són los contrastes y las contradicciones señales típicas de la naturaleza humana?"*.

Quise decir aun más pero Monsieur G. me interrumpió con vehemencia. *"Eso puede ser, desde luego. Pero ningún pueblo civilizado ha*

cometido jamás tales atrocidades como esos nazis", exclamó, *"¡por lo menos no en nuestro tiempo - y no en Europa!"*.

"Los hombres llevan a cabo la vivisección bajo la protección de la ley en casi todos los pretendidos paises civilizados del mundo, en Europa, en cualquier parte e incluso en nuestra época cometen muchas peores atrocidades", dije y con ello arriesgué a ser descubierta. No estoy hecha para una carrera diplomática y no pude soportar más tiempo esta conversación.

"Pero se trata de animales", replicó Monsieur G.; *"diferenciamos entre ellos y el ser humano. ¿Usted no lo hace?"*.

"No soy cristiana", respondí, *"y amo toda vida que sea hermosa"*. No añadí, *"y hago una distinción -y a decir verdad una muy grande- entre los seres humanos, entre todos aquellos que amo, odio y otros"*. Pensé que ya había hablado demasiado y me reproché interiormente carecer de adaptabilidad. Pero Monsieur G. no pareció notarlo o desconfiar sobre el origen de mi respuesta.

"Tampoco soy cristiano", dijo, *"pero creo en la humanidad. ¡Y sé que usted también lo hace en el fondo de su corazón!"*.

Ya he relatado algunas de las discusiones llenas de fantasía que a mi juicio expuso Monsieur G. para justificar la política de explotación de los aliados en la Alemania ocupada. Pertenecen a la serie de las más notables mentiras que jamás he oido. Pero Monsieur G., ese amable señor que cree en la "humanidad", me dijo otra cosa; otra cosa que permanecerá largo tiempo viva y anclada en mi corazón. Habló de uno de los miles desconocidos que murieron por la idea nacionalsocialista, de uno que él había conocido por un par de horas al menos, y sin duda en cuyo asesinato había jugado un papel decisivo, a mi juicio.

Habló de las contradicciones en el alma alemana - su tema predilecto. Me contó que en 1945 encontró a unos alemanes que a su juicio habían mostrado poca dignidad en la derrota. *"Pero"*, añadió, *"en la guerra, mientras estuve en la resistencia, ví morir a algunos de ellos; todos cien por cien nacionalsocialistas. Simplemente debí admirarlos. Nunca he visto a alguien con tal dominio de sí en la tribulación, además con tal calma e impavidez a la vista de la muerte"*.

Sentí como me corría sobre la espalda y por todo el cuerpo un escalofrío. Contuve el aliento y escuché. Esta era la historia de uno mis propios camaradas, de aquellos que como yo tanto aman a Hitler y que tuvieron el honor de morir por él, honor que yo nunca he tenido. Me lo relataba uno de nuestros perseguidores como testigo ocular, cuando no... como algo aun peor, ... sin saber quien era yo.

"Sí", prosiguió Monsieur G. absorto en sus pensamientos sin notar cuan emocionada estaba, *"sí, fue a uno de entre todos ellos al que nunca podré olvidar; un muchacho de dieciocho años, un muchacho sencillo, pero un muchacho al que debimos apreciar nosotros hombres duros del 'maquis'* (maquis significa textualmente un bosque compacto y desordenadamente entremezclado, de Córcega, en el que buscaban protección los hombres que eran perseguidos por la policia. Durante la guerra 1939-1945 fue el nombre de guerra del movimiento clandestino francés anti-nazi). *Le capturamos en Francia, no importa donde. Debía ser ajusticiado al día siguiente. De una gran estatura, particularmente un bello tipo de alemán, el mejor ejemplar de la Hitlerjugend que se pueda figurar. Me hubiera lamentado por él si no hubiera conocido quien era. Pero lo sabía. No hubiera estado completamente seguro si mi larga conversación con él durante la noche no me hubiera convencido más que suficiente de que era nacionalsocialista de cabo a rabo. Se había comportado tal como todos, despiadado, sin el más pequeño miramiento a la vida humana. Pero creía en todo lo que hacía. Sabía que debería morir en el plazo de pocas horas. A pesar de ello, me explicó durante la noche toda su filosofía con el rigor y la dicha de una fe absoluta, y pensé por ello que tal vez lo que había dicho algún día lo recordaría y pensaría que tenía razón.*

Usted conoce la filosofía y no necesito hablar sobre ella. Además creía en aquello en que creen todos ellos desde el fondo de su corazón: en la superioridad predestinada por Dios del ario y en la misión divina de su nación, en el papel profético de Hitler en la historia del mundo. Había belleza y grandeza en lo que dijo aun cuando se trataba sólo de una concepción equivocada; pues él era hermoso desde todo punto de vista. Bello y fuerte; absolutamente íntegro y completamente impávido.

Fue pasado por las armas a la mañana siguiente. Nunca he visto a nadie tan feliz como a este joven cuando fue al lugar de ejecución. Rehusó que se le atara o le vendara los ojos: se mantuvo en pie por propia iniciativa en el poste, levantó su brazo derecho en la postura ritual y murió con la voz triunfal: ¡Heil Hitler!".

"¿Fue usted mismo, fue usted él que lo mató?. Apostaría lo que quisiera a que usted lo hizo - ¡Es usted un cerdo, un diablo!". Estas fueron las únicas palabras que tendría que haber dicho - no, tendría que haber chillado - si no hubiera sabido que destruiría toda posibilidad de trabajar por la idea nacionalsocialista si hubiese hablado así con Monsieur G.. Pero como lo sabía, nada dije. Por los muchos miles de desconocidos, en aras del amor al Único, por él cual había venido, no tenía derecho a ser precipitada. Sin embargo estaba conmovida hasta en lo más profundo. Cada palabra del francés me había alcanzado como un corte de cuchillo. Detestaba ahora a esta persona; pues sentí que sin duda había estado más cerca de esta muerte que un mero testigo ocular. Amaba al guapo, recto y joven intrépido nacionalsocialista como si hubiese sido mi hijo. Estaba orgullosa de él y al mismo tiempo afligida como se está con una pérdida irreparable. Esos grandes ojos azules pensativos que miraron abiertos a la cara de los hombres que le mataron sin un asomo de odio o temor, jamás debieron volver a ver el sol.

Retuve las lágrimas que amenazaban llenar mis ojos y pregunté a Monsieur G.: *"¿Me podría indicar el nombre del joven alemán, en qué año fue fusilado y dónde exactamente?"*.

El francés pareció un poco sorprendido. *"¿Por qué desea saber esos pormenores?"*,dijo. *"Le conté sólo este suceso para exponer metafórica-*

mente aquello que ya antes procuré explicarle, a saber, el contraste del alma alemana".

"Eso es precisamente", respondí. *"Desearía reflejarlo en mi libro ya que es tan elocuente. Desearía preguntarle si puedo indicar su nombre... en relación con este acontecimiento y al que denomina la 'lógica horrosa'. ¿No me podría decir al menos quién fusiló al joven?"*.

"Oh, me puede citar tantas veces como quiera en atención a la 'lógica horrorosa', pero no en relación con eso. No, por favor, de ninguna manera. Fueron tiempos muy trágicos entonces y ... pienso que es mejor si mi nombre no aparece. Lo siento mucho", contestó Monsieur G., *"pero no puedo responder a su última pregunta. Además no entiendo en que medida pudiera interesarle todo esto"*.

Cada vez estaba más convencida de ello, de que él mismo recordaba el día, o que en todo caso, él era uno de esos que lo recordaban. Me puse en pie y me despedí del francés mientras fingía faltar a una cita si no me iba en seguida.

Pero el pensamiento en este joven héroe me perseguía. Me imaginé como me contaba todo desde el otro lado de la puerta de la eternidad: *"¿Por qué está tan afligida por mi causa?. ¿No morí justamente por la muerte por la que me envidia?. ¿No soy feliz de estar para siempre del lado de Leo Schlageter y Hort Wessel?"*. Recordé que era 9 de octubre de 1948, justamente 41 años después del nacimiento de Hort Wessel.

Evoqué en mi corazón esas dos líneas de la canción inmortal: *"¡Camaradas, muertos por el frente rojo y la reacción, marchan en espíritu en nuestras filas!"*.

Me encontré aun algunos otros tipos de las fuerzas aliadas en la Alemania ocupada: unos pocos franceses más en Baden-Baden y en Coblenza y un par de británicos, antes y durante la vista de mi causa. Los franceses - que no sabían quien era - eran representantes típicos de la opinión pública francesa como Monsieur G., o si no de-

mócratas poco conscientes pero igualmente mediocres, gente que le traía sin cuidado lo que pasaba en el mundo mientras sus mujeres e hijos estuviesen bien de salud, consiguiesen carne suficiente cada día y una vez a la semana pudieran contemplar una sesión de cine. Estos sólo odian la guerra porque traería alboroto a su vida insignificante y también porque es un juego peligroso por añadidura. Estaban contra el Nacional-socialismo sólo porque se les había informado que él había sido el motivo de la guerra. Efectivamente, no se interesan por ningún '-ismo'. Se preocupan por ellos mismos y se sienten molestos en presencia de un hombre que pugne por algo superior. Gente semejante se porta siempre así.

Los británicos con los que entré en contacto - oficiales de la inteligencia militar, policias, uno o dos miembros de la plana mayor de la administración de la prisión y el personal de policia femenino bajo cuya custodia me encontraba en cada uno de mis viajes entre Werl y Düsseldorf - conocían perfectamente quien era yo, y por esa razón pude hablarles con franqueza. Hacía a todos la misma pregunta: *"Ustedes mantienen que nos combatieron durante seis años para hacer del mundo un lugar seguro para la libre manifestación de la opinión del individuo; 'libertad de conciencia' lo denominan. Ustedes nos combatieron - como sostienen - porque nos resistimos a su opinión cuando precisamente reconocen que la ley debe expresar la voluntad, a través de la propaganda libre, de la mayoría convencida de los individuos. ¿Por qué pues nos niegan ahora el derecho a difundir nuestra opinión, el derecho a confesarnos nosotros mismos como nacionalsocialistas?. ¿Por qué nos persiguen?"*.

La respuesta está concretada en una carta de E. I. Watkins al director del "Observer" y fue publicada en ese periódico el 27.II.49: *"Experiencias con el Nacional-socialismo y el comunismo nos deberían haber enseñado que la tolerancia, si no se quiere poner en evidencia, debe tener un límite. No podemos tolerar la 'peligrosa intolerancia'"*(esta carta al director tiene el título:*Religión de Cromwell*).

El inteligente francés (sobre cuya conversación informé al principio del capítulo VII) confiesa que el "negocio", que supone tanto como un saqueo, es en definitiva el móvil real de toda su horri-

ble política en Alemania. Sin duda los británicos reconocerían lo mismo si tuvieran el valor moral y la honradez intelectual para hacerlo. Pero los más valientes y sinceros de entre ellos son o locos desligados de la prensa y la radio, o nacionalsocialistas (en esos casos extraños en los que son casualmente inteligentes) ex-internados de Brixton o de la "isla de Man" bajo el "18-B", que no se encuentran en la Alemania actual. Los inteligentes no son en general ni valientes ni sinceros. Son remilgosos de nacimiento y difíciles de contentar, y si la cobardía moral e hipocresía pudieran ser cultivadas, entonces toda su educación contribuiría a dar un lugar de preferencia a estos vicios en su acondicionamiento psicológico. Nunca apelarán a una espada, ni siquiera cuando se encuentren debajo. Se han acostumbrado de tal suerte a una serie de falsos valores, a "moderación y buenos modales" por falsedad, que creen en sus propias mentiras. Esto es en parte el secreto de sus éxitos diplomáticos en la guerra y en la paz. Esto es también el secreto de su influencia sobre la opinión de una masa-media cobarde. Moderación; buenos modales; tolerancia hacia cualquiera excepto con el "incipiente peligroso" intolerante - hacia los que prefieren el sano poder de la diplomacia, excepto con los que desprecian la diplomacia incluso cuando son forzados a utilizarla. La media cobarde halla placer en tal actitud y por esto sienten afecto los británicos.

Los ingleses - y los americanos con los que no he entrado en contacto, pero como se me dijo, aun más que los británicos dan gran importancia a la desnazificación - no han venido acá para saquear. No nos persiguen porque sepan que la Alemania libre y racialmente consciente en nuestras manos no necesitaría más que un par de años para levantarse de nuevo en el campo económico, como también en la dirección del mundo ario. Oh no, no aspiran para sí a la dirección material en el mundo, esos tolerantes, humanitarios, pacíficos ingleses y americanos demócratas - así mantienen ellos. Nos persiguen por fundamentos filosóficos ya que estamos dispuestos a imponer con autoridad nuestra escala de valores - lo que supone la negación absoluta de la suya - en tanto que como hombres viejos, en-

fermos y decadentes quieren imponer nada más que normas cuyo objetivo sea la vida sin valor y las diversiones ridículas para proteger a una cada vez más uniformemente simiesca y naciente mayoría de hombres, como también garantizar para siempre las ganancias de los "honestos" capitalistas; de los "nobles" capitalistas con sus ideales cristianos de amor al prójimo y su temor profundamente arraigado ante verdades eternas en palabras nuevas y llenas de vida.

Como se presume a simple vista, existe sin duda una unión muy impresionante entre la codicia económica y el miedo de nuestros enemigos por un lado y su adversión "filosófica" contra el Nacionalsocialismo por el otro. Pero no es tal vez la simple unión causal con la que se cuenta. La objeción "filosófica" de los demócratas contra nuestra ideología y su supuesto horror ante nuestros métodos (como ante los de los comunistas, que como ya dije antes también son hombres serios), son quizás no tanto una disculpa por su política de pillaje como que la insaciable codicia material que hay detrás de su política es una consecuencia de toda una mentalidad del occidente decadente, que está personificada en la democracia. Dicho de otro modo, los demócratas desean mano libre para explotar el mundo y odian a todos los posibles competidores porque no tienen nada más noble, nada más digno de ser amado - por lo que vivir - que sus propios bolsillos. Y son "tolerantes" no por una compresión generosa a todas luces (pues en un caso así también nos tolerarían), sino por una indiferencia frente a todo lo que no amenace la apreciada seguridad - sin duda la seguridad material - de su vida insignificante; la misma se considera como la seguridad moral, como la agradable impresión que todo está en orden con la firme tradición judeo-cristiana de la degenerada Europa.

Hablan de nosotros y los comunistas e introducen a nuestras dos filosofías en el mismo saco, por muy contrarias que sean en el fondo y tan completamente opuestas en sus fines. Están hipnotizados por un mismo hecho, que nosotros y nuestros más amargos enemigos sabemos lo que queremos, creemos y predicamos; que los dos estamos dispuestos a utilizar cualquier método oportuno, todo

recurso que guie al triunfo, que nosotros y los comunistas somos intolerantes en igual manera.

Todas las "Weltanschauung" vivientes 1) son del mismo modo intolerantes. El cristianismo lo fue cuando estaba todavía vivo. La religión griega no lo fue en su ceñido aspecto ritual desde muy antiguo - así se dice. Pero si esto debió ser cierto, la "Weltanschauung" realmente racista y nacional existente en el fondo del culto público - la edición helenística de nuestra extensa filosofía aria se traduce en las orgullosas palabras: "Pas men Ellen, Barbaros" (Todo el que no es heleno, es un salvaje) - no pudo haber sido más radical e intolerante. Como justamente dijo nuestro Führer: *"La grandeza de toda organización poderosa como encarnación de una idea sobre el mundo, estriba en el fanatismo religioso e intolerancia con que esa organización, convencida intimamente de la verdad de su causa, se impone segura sobre otras corrientes de opinión"* (Adolf Hitler: Mi Lucha I, capítulo XII). Pero los demócratas son viejos y enfermos, cansados y decadentes, como ya dije. En el fondo de su corazón temen a toda la gente que como nosotros portan la señal evidente de la juventud: la intolerancia, la cual es precisamente una señal de la juventud. Nos envidian por estas creencias, por esta devoción que nos colma, que antaño también colmó a los primeros cristianos, sus precursores, y saben que esta situación jamás puede ser alcanzada otra vez. Nos temen y nos odian porque somos jóvenes, porque somos la personificación de la vitalidad aria, la sempiterna juventud de la raza. Pues saben también como cualquier otro, que la juventud ocupará el lugar de la caduca senectud; que los vivos deben ocupar el sitio de los moribundos y los muertos.

----

1) salvo el Budismo, cuya meta exclusiva es librar al hombre de las ataduras del tiempo.

La actitud de algunos pocos que encontré en la Alemania ocupada, gente francesa y británica, contra nosotros y nuestra actitud de la vida es esencialmente la misma que la de la mayoría de los defensores de la oposición al "nazi" que se encuentra en Francia e Inglaterra; solamente que, quizás, un poco más cínicos - o también más hipócritas en el caso de los inteligentes; y posiblemente algo más tontos en el caso de la masa-media; pues no se permanece al servicio de los aliados en este país subyugado si no se es descaradamente egoísta, cínico, falso o irremediablemente tonto de nacimiento. Cualquier persona que no posea uno o dos de estos 'atributos' - o los tres - ha de estar asqueada por el modo de obrar de los aliados y ha de renunciar a él o deberá hacerlo forzosamente en un corto espacio de tiempo.

Normalmente no discuto con "anti-nazis" si puedo evitarlo. Solo espero el momento y la ocasión para acallar con autoridad su charloteo. Sin embargo, a pesar de los pocos con los que entré en relación debido a la política u otras veces por causa de fuerza mayor - defensores útiles de las tropas británicas y americanas en la India durante la guerra, funcionarios útiles dentro y fuera de Alemania después de la guerra, y por último, pero no menos importante, gente que se hicieron cargo de mi interrogatorio antes y durante la vista de la causa- me confirmaron completamente la impresión que ya mucho antes tenía de ellos por medio de la propaganda panfletista democrática: esos supuestos precursores de la "humanidad" y del "escrúpulo" no tienen en realidad ninguna filosofía. Su tenaz enemistad en contra nuestra; su odio ciego contra todo por lo que abogamos; también su pretendido temor ante nuestros métodos intransigentes, todo nace de las mismas fuentes: miedo y envidia amarga - es la envidia del lisiado espiritual (o corporal) ante nuestra presencia, saludables paganos, en cuyo mundo, él, como sabe, no tendría sitio; la envidia del producto hastiado y lamentable de la decadencia ante la contemplación de la sublime juventud de la raza, en cuyo corazón, a pesar del infortunio material, todavía vive en la confianza y el amor que puede hacer prodigios; la envidia de

los hombres débiles, de los cobardes que andan con cautela para no ser radicales, de los sensibles para hacer frente a los hechos, de los endebles para andar más de la mitad del camino del recobrado enaltecimiento a la vista de los que, con las inmortales palabras de Hitler: "¡El futuro o la ruina!" - como grito de guerra -, se han lanzado con salto formidable en la lucha por la supervivencia de la humanidad aria; esa envidia y ... el terror de la muerte inminente.

Estos no son nuestros enemigos decisivos. Tanto como nos odian, también así desean perseguirnos; el verdadero, el definitivo desenlace no se encuentra entre nosotros y ellos, tampoco está entre ellos y sus "caballeros aliados" de ayer, los comunistas. El último punto de controversia está entre nosotros y los comunistas. Pues para no ser debilitados, unicamente ellos se declaran partidarios de los principios democráticos, y libres de la excesiva superficialidad de los demócratas occidentales (superficialidad debida a esa manía por la moderación y los buenos modales, por esa malsana admiración por las imperfecciones). Su Weltanschauung es la mayor antagónica posible a la nuestra; pues es una "Weltanschauung", en la que no se "rumorea" alrededor de la política unicamente, en la que cada contrariedad se toma en serio poniendose a prueba la propia comodidad física y no se admite una relajación moral e intelectual. El comunismo es democracia, no, es cristianismo - ese antiguo lazo eficaz del omnipresente judío contra el mundo ario - llevado a los límites de su lógica deducción (la actitud del estado comunista con las iglesias cristianas como organizaciones temporales, en manera alguna disminuye la importancia de este hecho filosófico). El comunismo es algo más que la falsa quimera de los arios perezosos y decadentes bajo el influjo del pensamiento judío. Se trata de la brutal colisión física de una parte enorme del variado mundo no ario que se encuentra unido por un odio agresivo en contra nuestra, naturalmente los mejores, y contra la expresión externa de nuestra legítima conciencia de superioridad: contra el orgullo racial.

El crimen imperdonable de los demócratas está en haber intensificado el odio con que nos combatieron sólo por sus vanos objetivos. ¡Que sufran - y no mueran - por ese crimen!.

CAPÍTULO IX

LA ÉLITE DEL MUNDO

"El fuerte ha de dominar y no fundirse con el débil sacrificando así su propia grandeza. Sólo el hombre débil nato puede sentir miedo por ello, pero por eso es también simplemente un hombre endeble y limitado; pues no dominaría esta ley si fuera imaginable cualquier evolución superior para todos los seres orgánicos inimaginables".

Adolf Hitler
(Mi Lucha I, capítulo XI)

Alguien me preguntó una vez que había hecho tan atrayente para mi el Nacionalsocialismo. Respondí sin vacilar un instante: "Su belleza".

Hoy, después de muchos años, después de la prueba mediante la desgracia y la persecución, nuestro número ha disminuido pero nuestra fe se ha fortalecido; hoy desde la angosta celda en la que me han encerrado nuestros enemigos - como a miles de mis mejores camaradas - mientras florece el mundo libre y soleado y por doquier sonrie el fulgor de la primavera, soy feliz de repetir esas palabras; mi interpelador "anti-nazi" pudo sentirse extrañado durante un buen rato (me contempló con asombro, como si hubiera sido la última declaración que hubiese esperado como respuesta a su pregunta); también pueden parecer raras a todos esos que no comprenden la completa significación con que nosotros las empleamos o pueden parecer raras a los incultos que no pueden sentir la llamada de una filosofía tan sumamente noble como la nuestra; ¡son verdaderas y más no lo pueden ser!. No conozco nada en nuestro tiempo y desde una remota antigüedad, ni tampoco en el pasado que pudiera ser parangonado en belleza con la vida y la personalidad de Adolf Hitler, con la historia de su lucha o con la Weltanschauung nacional-socialista misma.

A veces he subrayado en este libro y también en algún otro lugar la verdad de la doctrina nacional-socialista, los hechos indudables que le sirven de base, las leyes naturales sobre las que se basa y que son más antiguas que el mundo. La perfección estética es sin embargo la señal gloriosa y tangible de la verdad absoluta. Incluso antes de entender plenamente como eran las ideas razonables y sempiternas de Hitler, su sistema socio-político, capté para mi al artista. No conozco ningún otro sistema - exceptuando el inmemorial culto al sol -, lo reconozco una vez más, no sé de ninguna religión que de igual manera me pudiese agradar o a cualquier otra persona que como yo ame antes que nada la belleza, y especialmente la belleza visible; que ame esta tierra, esta vida aquí y ahora, que venere el cuerpo en toda su fuerza, su atractivo y viabilidad así como la naturaleza en su despiadada majestad, y sea un buen pagano.

Dos palabras aparecen una y otra vez como "leivmotiv" en las pocas páginas maravillosas de Heinrich Himmler que bajo el seudónimo de Wulf Sörensen consagraba a nuestra filosofía: "Nosotros paganos" 1). Estas palabras nos proveen de la llave de nuestra visión global. Pues no solo yo, sino todo verdadero nacional-socialista es un pagano en el fondo de su corazón. Y lo que es aun más, todo verdadero ario pagano de nuestro tiempo debe ser un nacional-socialista (si se siente impedido por reservas humanitarias, no es un pagano auténtico).

No se llega a ser nacional-socialista. Sólo se descubre, antes o después, lo que se ha sido siempre - lo que por naturaleza jamás se hubiese podido ser otra cosa; pues ello no es ninguna marca política, ninguna "opinión" que se pueda tomar o dejar circunstancialmente, sino una fe que abarca todo nuestro ser, física y psíquicamente, espiritual y mentalmente; "no una consigna electoral nueva, sino una nueva "Weltanschauung" - un modo de vivir - como dijo nuestro Führer mismo.

1) Wulf Sörensen: "Die Stimme del Ahnen" ("La voz de los ancestros").

Es esencialmente el modo de vivir de esos a cuyos ojos el valor del hombre en su belleza universal está en su fidelidad a la naturaleza, lo que le obliga a superar su condición humana, y al que una felicidad de vivir así es mucho más importante que esa felicidad individual por la que el ciudadano, el "burgués", mete tanto ruido; sobre todo es el modo de vivir de esos cuya felicidad individual depende del conocimiento de sus derechos y deberes como ario, de su valor en la jerarquía natural de los seres humanos.

... la hache a mutilé les bois,
L'esclave rampe et prie, où chantaient les épées,
Et tous les Dieux d'Erinnes sont partis à la fois".

Leconte de Lisle
"Le Barde de Temrah" (Poèmes Barbares) 1)

Hace treinta años leí por primera vez el corto y patético relato del crepúsculo del paganismo europeo que un poeta francés mandó cantar a un antiguo cantor irlandés (bardo), y suspiré desesperada porque - en 1919 - nada podía hacer para devolver a los días pasados los Dioses orgullosos y bellos. Desde mi tierna infancia fuí siempre una rebelde acerrima contra los valores cristianos; un alma a la que la ética cristiana jamás había significado otra cosa que tonteria, absurdidad y "afectación", a la que nada importó el mensaje cristiano. Amé a los Dioses del antiguo norte, así como a los de Grecia y del este ario con amor apasionado y nostálgico. Guardé en mi corazón el ideal sano y belicoso que personificaban, mientras despreciaba a

1) "El hacha ha mutilado los bosques,
el esclavo anda furtivamente y reza donde antaño sonaron las espadas,
y los Dioses de las Erinias han desaparecido ..."
Leconte de Lisle
"Le Barde de Temrah" (Poemas Bárbaros).

la humanidad lóbrega en la que vivía - esa humanidad que intentó imponerme su miseria y su malsana bondad, mediante la enseñanza del cristianismo y los principios de la Revolución Francesa.

Aún en aquella época y a tan solo algunos cientos de millas de mi ciudad natal, nada noté del auge del Nacional-socialismo en Alemania. Aún no sabía que algún día ella sería mi destino para aclamar en este Movimiento iluminado el despertar tanto tiempo retrasado de los Dioses arios dentro de la conciencia de la raza inmortal que los había engendrado.

Sólo diez años más tarde comencé a sentir un interés serio por él. Sin embargo ya era nacional-socialista en el fondo de mi corazón. Mi conflicto continuo con mi entorno y con los valores cristianos humanitarios y los democráticos - sus valores antropocéntricos e igualadores - no era otra cosa que el conflicto del nuevo Movimiento mismo con esos mismos valores, esas mismas tradiciones, esos mismos principios, productos de la decadencia durante siglos; el conflicto con el mundo deforme mismo que se pavoneaba de su incurable enfermedad e hipocresía bajo el nombre del "progreso moral".

¡Oh, si ya hubiese sabido todo esto en 1919!. No podría haber hecho nada; pues era tan sólo una muchacha de trece años. Pero habría secado mis lágrimas, y con esperanza y confianza habría levantado la vista lentamente hacia el Führer y el puñado de sus seguidores surgidos del otro lado del Rin . En vez de confiar sobre un pasado que nunca podía regresar, habría buscado esa eterna belleza que anhelaba en la viva actualidad y en el porvenir y me habría ahorrado diez años de amargura.

Como ya he dicho, el Nacional-socialismo no es tan solo un moderno "ismo", el cual es todo menos moderno; ni siquiera la única ideología política que es infinitamente más que política. Es el único sistema que se interesa por cuestiones sociales y cuyo gobierno se ocupa de problemas económicos y territoriales, de prosperidad nacional y relaciones internacionales de nuestro tiempo. Es - tal vez para siempre - el movimiento que, a toda persona que ama lo bello por encima de cualquier otra consideración, puede arrastrarla completamente con su encantamiento, y de hecho *debió* arrastrarla del todo.

Quien ama la belleza por encima todo, en muchos momentos debe comprobar forzosamente amargado cuando no francamente muy abatido, que en este mundo, visto a grandes rasgos, lo bueno y digno de ser amado está en todo menos en el propio género humano. Buscando ser exacta, para nuestro mundo esto pareció cierto incluso hasta hace bien poco, hasta que desde el desesperanzado fango general del mundo degenerado y por un prodigio se levantó poco a poco la nueva Alemania bajo la jefatura de Adolf Hitler. Ello representa una viva imagen de lo que hubieran podido llegar a ser de nuevo las razas arias - la élite del mundo - con solo haber estado dispuestas a seguir a su fiel amigo y salvador. Y lo que es más, ya en los últimos cuatro años la renacida nación ha soportado su terrible prueba de la desgracia. Sufrió; y hubo momentos en los que se hubiera podido creer que había alcanzado el límite en el que ningún ser humano, aún con fe en sí mismo y en el destino, hubiera podido soportar para si. A pesar de la invasión, la ocupación incesantemente larga con todos sus resultados descorazonadores: hambre, humillaciones, "desnazificación", etc., soportó todo esto y no perdió la fe. Los que valen entre el pueblo martirizado, son hoy más que nunca, un ejemplo brillante de lo que pueden ser las razas arias cuando se fortalecen de nuevo mediante la enseñanza adecuada de la pureza de sangre y del legítimo orgullo racial. Más que nunca puede el amante de la belleza admirarlos y sentirse feliz finalmente por haber encontrado un país en el que la belleza inalterable de la naturaleza,

encuentra fuera del hombre un compromiso en el Superhombre; en una belleza total sólo en una pequeña parte de la humanidad; un país donde unos cientos de miles, cuando no algunos millones de hombres y mujeres, cumplen el sentido de su raza - para instituir una superhumanidad - tan seguros y sencillos como los bellos animales del bosque, los árboles o las estrellas más remotas en el firmamento llenan su sentido.

El nacionalismo ha llevado a cabo este portento. La nueva Alemania, que hoy está allí de pie en medio de ruinas espantosas, una imagen de belleza indestructible para siempre, es enteramente una obra de arte de Adolf Hitler; el resultado de ese amor que le condujo al conocimiento intuitivo de unas pocas verdades eternas y el empleo despiadado de ese conocimiento en la nueva formación total de una nación entera. Este prodigio es único. Porque nada, salvo el empleo por tan poco tiempo de la ideología nacional-socialista en gobierno y educación, parece de hecho haber detenido por un momento la inevitable decadencia de la humanidad, por no hablar del paso de la caida de una raza en el olvido hasta su cuasiconsumación, a su redificación más avanzada - en total oposición a la omnipotente corriente del tiempo. Este resurgimiento fue tan decisivo que si el mundo occidental tuviera que ponerse nuevamente en pie algún día, debería fijar su nuevo levantamiento a principios del movimiento nacional-socialista o por lo menos el 30 de enero de 1933, en el día que Hitler llegó al poder. Si nunca más se levantara, entonces pese a ello, permanecerá como cierto que el único camino hacia un nuevo resurgimiento lo abrió en su día nuestro Führer.

¿Por qué es así?. ¿Cuantos otros cambios políticos, sociales y religiosos han tenido lugar en este y en otros continentes sin dejar una huella - a lo sumo en la vida externa?. La respuesta es simple. Los demás movimientos políticos, incluso las grandes religiones antiguas y modernas, han contemplado - o procurado esconder - el hecho trágico de la decadencia física de la humanidad como un asunto inevitable, como si de hecho no se pudiese hacer nada, y en verdad y a pesar de ello, se han esforzado en cultivar la personalidad

del hombre para elevar su nivel ético y espiritual o sólo su nivel de vida material, lo que es absurdo y descabellado.

Todas las recetas para el desarrollo moral, intelectual, espiritual o meramente social de la decaida humanidad son absurdas. Como otros recursos-"tonterias" son a lo sumo apropiados para llenar los bolsillos de hombres que no sirven para nada, o en todo caso para dar a conocer los nombres de los que llevan adelante estos medios sin valor. Cuando la decadencia física es irremediable, cuando la raza, aunque sólo ligeramente debilitada, nunca más pueda erigirse de nuevo, incluso cuando sólo un poco de veneno no se pueda extirpar del cuerpo racial para siempre, entonces existe exclusivamente una solución para el problema humano: desapego; sólo entonces un ideal debe mantenerse en pie con todo vigor: el ideal religioso; sólo se debe ordenar una exigencia, dar un mandato a los hombres y mujeres antes de caer hasta el nivel de los monos estúpidos : "¡Escuchad niños para dar testimonio, y abandonad este planeta lo más pronto posible!. ¡Morid dignamente, mientras portais quizás todavía suficiente grandeza de alma de vuestros antepasados para reconocer que la muerte se ofrece como el único porvenir admisible: Querida muerte como expiración infinita!".

En otro caso -cuando aún exista esperanza para los hombres- no se debe procurar una elevación social, económica, moral o espiritual de los degenerados - los cuales son así - sino antes que nada se ha de buscar un freno a la decadencia, un regreso a la salud, sin la que no hay moral, espiritualidad ni belleza, en suma, no hay nada más en la vida que sea digna de ser vivida. La salvación debería comenzar con una política sistemáticamente universal de nacimientos sanos y de vida sana; pero sobre todo se debería emplear esta política de nacimientos sanos y de vida sana en las razas dirigentes del mundo por naturaleza, en los arios, para los que si la decadencia debiera ser inevitable, significaría la mayor desgracia desde el punto de vista humano. Nuestro Führer expresó todo esto mucho mejor que yo o cualquier otro que pudiese hacerlo, en el formidable capítulo XI de la primera parte de "Mi Lucha", que contiene el punto

esencial de nuestra eterna filosofía. Con la excitante oratoria de la verdad clara y objetiva y un firme convencimiento, ha defendido sin cuartel la política de la conservación pura y fortalecimiento de las razas arias - la regulación de la vida sexual del hombre con miras al nacimiento de niños sanos de sangre pura. La gloria del régimen nacional-socialista es haber realizado todo esto. Es la única política razonable, suponiendo que no viniese al caso el desapego sistemático. Es la única política que puede y debe tener como resultado una nueva creación del género humano - que puede admirar y querer sin reservas al verdadero artista.

Persiste en mis ojos dentro de la historia de las religiones un hecho singular, un hecho muy importante, un hecho que nadie aparte de mi y hasta ahora, que yo sepa, parece haber observado. De las dos religiones más importantes de la India: el brahamanismo y el budismo - ambas productos típicos del espíritu ario en un entorno tropical - es la primera nada más que la fe eterna en la pureza de la sangre y en la jerarquía racial - nuestra fe - aplicada en un país de muchas razas; y la última es la más lamentable religión existente de la decadencia que el hombre jamás ha adoptado, a la vista de la degeneración irremediable en la que ha nacido.

Mientras se intentó una y otra vez suprimir desde fuera - o deformar desde dentro - la política racial que se encarna en el inmemorial sistema de castas, se ha conservado en la India, de hecho hasta el día de hoy, una aristocracia de sangre extremadamente pequeña pero aun valiosa - la avanzada más meridional y oriental de la humanidad aria en el mundo. La política del desarraigo ha fracasado lastimosamente. Porque solo o casi solo llevaron a cabo esa política racial esos representantes de las razas más elevadas - esos a los que les era conveniente- hasta el final con todo el valor y la pro-

fundidad que le son propias[1]. Para los millones de "untermenchsen"[2] que paulatinamente permitieron inscribirse como budistas en la extensa Asia, la mayor religión de la no violencia y castidad pronto significó nada más que un mero ritual y una mitología sin referencia alguna sobre su vida. Ninguna filosofía puede enseñar a los "untermenschen" a detener la procreación de criaturas. Donde quiera que su número deba disminuirse, lo que se ha de originar es una operación de estirilización, no de religión. La innumerable cantidad de y las cualidades miserables de los seguidores confesionales del Budismo, de la religión del desapego más lógica del mundo, lo prueban hoy muy bien tras 2500 años. La consecuencia principal de los sermones de una filosofía del desapego sería reducir el número de las razas superiores para hacer sitio al incremento desenfrenado de las razas inferiores y su dominación sobre todo el mundo; dicho de otro modo, rebajar el nivel humano, y no para una minucia sino para engendrar fealdad; no un mundo en el que bellos animales salvajes en los otra vez extensos bosques sobre el polvo de ciudades olvidadas buscarían solitarios su presa, sino ... barrios chinos de mala reputación (barrios bajos) y "bustees" indios ...

La filosofía del desapego puede expresar solo por eso la actitud individual de esos hombres y mujeres que han perdido toda esperanza de posibilidades de vida y todo interés en la "materia" humana. Es solo resultado de la determinación personal de no contribuir a la continuación de este mundo condenado a muerte; de no permitir a su propia sangre perderse en la corriente general de la descomposición. Esta filosofía no contempla ninguna solución práctica para el problema humano, que en definitiva representa el problema de la superviviencia de las razas superiores. La lucha por el restablecimiento y la conservación de la pureza de sangre - nuestra lucha - sigue su propio camino.

1) Es destacable que en el antiguo mundo romano fueron la mayoría de las veces esclavos y judíos, por tanto en lo esencial no arios y solo algunos elementos completamente arios, los que se convirtieron al cristianismo, mientras en la India, los primeros y mejores de la población - brahmanes y representantes de la casta de los Kshatriyas, por consiguiente arios - fueron los que aceptaron el credo budista.

2) subhombres, homúnculos.

Que yo sepa este camino solo dos veces ha sido recorrido seriamente en la larga historia de nuestra raza: en la antigua India hace seis mil años aproximadamente cuando asentados los nuevos invasores arios por el norte, los portadores de una cultura totalmente distinta de la de los civilizados indígenas, se apercibieron del peligro de la mezcla de sangre e inventaron el sistema de castas 1) o - cuando este ya existía, como algunos eruditos entienden - lo transformaron como fundamento racial para mantenerse puros ellos mismos y ser dignos de su recien adquirida supremacia del subcontinente meridional; y en nuestro tiempo en la Alemania nacional-socialista. En el primer caso se trataba de la conservación excepcional de la sangre aria y de la cultura aria en un descomunal país tropical - casi tan grande como Europa - densamente poblado por cuatrocientos millones de seres humanos de diversos troncos no arios, desde las tribus primitivas negroides o mongoloides2) hasta los muy desarrollados "dravidias".

En el segundo caso se levantó de la desesperada Alemania de los años 1919-1920 una aristocracia de la sangre plenamente consciente, la autentica élite del mundo que ni siquiera en la desgracia de la 2ª Guerra Mundial ha podido ser sometida y corrompida en tan gran medida a como lo fue en la 1ª Guerra Mundial ...

El primer caso no representa un acto sin importancia en la historia del mundo. Quizás hay que haber vivido en un país de muchas razas - y especialmente en tiempos como el nuestro, en los que doctrinas "igualitarias" han envenenado toda la tierra para comprender del todo la grandeza del Nacional-socialismo. Para la mayor parte de los europeos que no poseen conciencia racial, el capítulo XI de "Mi Lucha", si en realidad lo han leido, significa nada más que la expresión de los "prejuicios de Hitler". Para muchos de nosotros apenas significa más que bellas, sublimes páginas, cuya verdad sólo puede ser demostrada en la antítesis del ario y del judío. Para mi significa indudablemente mucho más. Despierta recuerdos

1) Las palabras sáncritas para casta son color y raza.

2) Como los vedas de Ceylan (Sri Lanka), los santals de Chota Nagpur, los nagas, kashias, kokis, mishmis y otras tribus de las colinas de Assam.

en los pocos puestos avanzados de las razas arias, ubicados lejos, fuera de Europa; en escenas insólitas; en un lugar sencillo e impecablemente limpio, recien lavado, en una choza en algún pueblo de Bengala (o en el sur de la India, donde la oposición entre arios y no arios es aún más ostentosa), y en ese lugar veo un hombre vestido de blanco, uno de los pocos brahmanes del pueblo, apenas oscuro, y a veces más blanco que un italiano o que muchos franceses, con los ojos generalmente marrones pero algunas veces también grises o garzos, y con los mismos rasgos fisonómicos a los de un ario puro cualquiera en Europa. Este hombre me recita versos del Rig-Veda, de los cantos que los bardos arios cantaron antaño en honor de los Dioses de la luz y de la vida, de los "blancos" ya antes de que la raza viniese a la India; Las canciones que hacen alusión a esa maravilla de la amada patria ártica, de la luz nórdica 1).

El lenguaje moderno que habla es una nueva lengua sánscrita, pariente íntima por sus raices con el alemán e inglés, con el griego y latín - una lengua aria. Siente que los ritos de su religión son los de los sagrados habitantes del norte, y la legítima altivez, que él como brahmán, como miembro de la más elevada casta hindú, es el orgullo racial ario que sobrevivió en medio de un entorno extraño gracias a la angosta pero incesante corriente de sangre pura durante seis mil años. Me acuerdo también del ambiente extraño alrededor de la pacífica cabaña: de los hombres y mujeres de oscuros tipos raciales con rasgos fisonómicos totalmente heterogéneos y diferentes a los del brahmán, yendo a lo largo del camino polvoriento y ardiente con pesos en la cabeza ... o trabajando en el arrozal ... o recogiendo los desperdicios del pueblo. Son de los niveles más variados de una humanidad en jerarquías, de las castas más honorables, iguales entre los brahmanes, hasta abajo, a los más abyectos "intocables"; son escalones que no responden a la riqueza material sino sólo dependen de si más o menos (efectiva o presuntamente) circula sangre aria en las venas de los seres humanos (de la que están completamente exentas las castas inferiores).

1) Véase: "La patria ártica de los Vedas" de Lokamanya Tilak (ya mencionado).

La cultura que se refleja en los cantos del Rig-Veda y en la filosofía combativa del Bhagavad-Gita que han recibido viva los brahmanes, es la única cultura aria antigua que victoriosa hasta la fecha ha resistido al cristianismo y al Islam, al embate de ambos, a los dos religiones de la igualdad humana (¡no existe!) que tienen su origen en el judaísmo. El ario que ha traido su cultura a los trópicos la ha conservado, no, la ha grabado para siempre en los diversos pueblos de la India gracias a que el mismo - su sangre - se conservó limpia contra todo lo distinto, mientras amenazó con los castigos más duros - no con la pérdida de la vida mas si con la pérdida de la casta, con todo lo que esto supone en la India - al que se hiciese culpable del pecado de la mezcla de razas. En la misma medida en que por evitar este pecado mortal fracasó, sobrevino el "entumecimiento" en la cultura, por utilizar la expresión de nuestro Führer en la capítulo XI de "Mi Lucha"; se puso en evidencia y estaba muerta a todos los efectos prácticos. ¡Cuantas veces he recordado pasajes completos del célebre libro de Hitler en mis muchos años en la India, a la vista de la realidad viviente que dejaba ver la existencia de una minoría aria en un hormiguero de sectores no arios de la población!. Así como a la vista del respeto tradicional de los no arios por los arios en esa tierra marcada por las castas. Respeto que se traduce en las cosas pequeñas de la vida diaria y en el espíritu del lenguaje corriente; así por ejemplo, una piel relativamente blanca supone de hecho una muy buena perspectiva matrimonial para toda muchacha india de la casta que sea. Así tienen en todas las lenguas de la India las palabras "arya" y "anarya" una significación racial y moral; aria significa noble y anarya, innoble, vil, común, de mala reputación, infame.

Cuantas veces me he quedado maravillada por el respeto al idolatrado héroe Rama en la mayor parte de los habitantes de todas las razas hasta hoy. Cuantas veces estando sola apoyada en una columna de piedra de un grandioso templo del remoto sur, sobre mi, incienso, tambores exóticos y música de flauta, he cerrado mis ojos y he dejado viajar atrás mis pensamientos a la lejana Europa, donde

Adolf Hitler había llegado al poder y edificado una nueva civilización sobre la antiquísima idea de la supremacia aria. Observé como las graciosas mujeres indias caminaban a lo largo de los interminables paseos flanqueados por columnas portando ofrendas en grandes recipientes de latón y su cabello negro ataviado de jazmines. ¿Aprenderán de nuevo algún día las hijas de cabellos dorados del norte a venerar a los Dioses arios?. A lo largo de toda mi vida he deseado que ellas lo hiciesen. De todas maneras ya aprendieron otra vez a respetar la divinad impersonal de su raza en sí mismas y en los bellos hombres de sangre pura de su tierra. Esto era lo principal. Lo demás vendría después.

El segundo acontecimiento histórico de la inmortal "Weltanschauung" de la pureza racial, en especial, la creación de la nueva Alemania - o mejor, la formación del fundamento de un nuevo arianismo - es quizás incluso más grande que el primero. Más grande, digo, pués es más arduo hacer revivir los sentimientos de un pueblo después que un nocivo y extraño sistema de creencias religiosas, una filosofía y ética ajenas les ha viciado durante un millón y medio de años, que mantenerlos vivos en medio de muchedumbres extrañas y que por lo menos respetan y veneran los valores aceptados - los valores que estos sentimientos han engendrado -, también es más grande porque esta maravilla ha sido llevada a efecto por el genio, la fuerza de voluntad sobrehumana y el amor de un hombre : Adolf Hitler.

Es cierto que el Nacional-socialismo en su bien conocida forma política es más vieja de lo que piensan la mayoría de los hombres; ya que en 1904 - cuando Hitler tenía sólo quince años - Hans Krebs había reunido a los mejores elementos germánicos del país que más tarde bautizaron las democracias occidentales como

Checoslovaquia, en un partido que hacía rumbo a los mismos apremiantes objetivos y llevaba el mismo nombre que el inmortal N.S.D.A.P. con él que finalmente los fundió. Pero permanece y permanecerá la sempiterna gloria de Hitler ante el mundo ario moderno por haber acentuado los contenidos filosóficos - estoy tentada de decir, muchos que de momento pueden parecer tan singulares - y religiosos del Nacional-socialismo, por haber captado y proclamado la "Weltanschauung" de la actitud pura de la sangre no sólo desde el punto de vista de la trágica necesidad, sino desde el de la eternidad. Es por esto que saludamos en él al iluminado fundador de la resurrección occidental, no, al salvador de todas las razas arias.

Otros patriotas alemanes han fundado partidos con la clara visión de las realidades políticas mismas. Él creó la juventud de la nueva Alemania, despertó a los mejores elementos del país a una nueva conciencia; de hecho hizo digna a Alemania de tomar la dirección del mundo ario; la hizo más valiosa, más valiosa que nunca en cuanto que entonces siguió fiel a él y a sus principios todos esos años de persecución. Los más fieles los tenía entre los arios extranjeros que eran racialmente los más conscientes, obligados por ello a dar la bienvenida al liderazgo de Alemania, y cuando la tomaron en serio de verdad, a luchar por Alemania; como ya he dicho una vez con anterioridad, hizo a Alemania una tierra sagrada a sus ojos. Exceptuando algunos, muy pocos, de la minoría nacional-socialista, los alemanes mismos parecen no haberlo entendido suficientemente.

He mencionado a la excelente juventud de la nueva Alemania. Todos los grandes movimientos dan gran importancia a la educación de la juventud. *"¡Cogerlos jovenes!"*, dicen los jesuistas. El Nacional-socialismo no solo los ha tomado jóvenes sino ha aspirado luego a crearlos; a prepararlos no solo desde la infancia o el nacimiento, sino desde el momento de la concepción para ser en todos los conceptos la personificación de la idea de la perfección humana - de salud y belleza física, plenos de carácter; con inteligencia razonable

y clara, unidos firmemente a la vida como un todo; para ser la élite humana desde cualquier punto de vista. Ningún otro movimiento ha insistido con tal perseverancia sobre el hecho que toda educación es mero desperdicio de tiempo sin la importante construcción física de un cuerpo noble, y esta nobleza es intencionadamente divina, no creada por el hombre; nobleza situada de hecho en la descendencia, no necesariamente en un antepasado altamente titulado, sino sin duda en descendientes sanos de un tronco ario sin mezcla. Ningún movimiento político y apenas religión alguna - a excepción de la antigua religión aria que aun está viva en la India - ha enseñado jamás a sus seguidores con tal energía que el acto de la vida está muy lejos de ser un placer (diversión), sino que es una cosa sumamente importante, sumamente seria, un rito sagrado en el que dos seres, el eslabón real de unión entre todo pasado y futuro de la raza, devienen sacerdote y sacerdotisa de la vida permanente, un acto que los fuertes, sanos, valiosos, sólo los hombres y mujeres sin defecto debieran poder consumar para que de él no resulte una burla o una maledi-cencia.

Es mérito de Adolf Hitler el haberse arriesgado a dar tales leyes que se consideran enteramente esta verdad. Lo hizo en un mundo en el que esta verdad había caído en el olvido en los últimos dos mil años. Tuvo el valor de proclamar la unión de dos jovenes seres humanos, sanos, de sangre pura en belleza, ya consagrados o no por una ceremonia, como algo loable mientras que el matrimonio de un ario con una cónyuge de otra raza o la alianza de cualesquiera razas (incluso de arios puros) con enfermedad de uno o de ambos cónyuges era contemplado como un crimen por la ley racial, aun cuando los disculpase el cristiano o el representante de cualquier otra fe "igualadora", individualista u ordenadora de la otra vida (una religión "igualitaria" predica el dogma de la igualdad de los seres humanos a los que pertenecen a esa religión; como por ejemplo, es el caso del cristianismo). Por haber insistido en esto como un principio de primer orden para el gobierno de un gran estado, por haber llevado adelante la estirilización de los ineptos, el exterminio

sin dolor de la hez de la humanidad y la prohibición estricta de todas las uniones impúdicas por causa de fundamentos higiénicos o raciales, digo que es algo por lo que un mundo sano debiera estar siempre agradecido al Nacional-socialismo.

La vergüenza universal que experimentamos en contraposición por la derogación de estas medidas y el correspondiente concepto de la vida, demuestra en que grado de vileza está hundido el mundo entero - y en particular las razas arias - bajo el largamente extendido influjo de tal orientación de la fe "antropocéntrica" (man--centred) que es el cristianismo; lo mismo es aplicable a la influencia de las ideologías de "libertad" e "igualdad" que a veces están de hecho y según dicen contra el espíritu cristiano, pero sin embargo le fortalecen y extienden en su eficacia en esa dirección. Que la gente se sublevara contra las medidas drásticas para el renacimiento de la salud de la propia raza, lo que sólo puede ser la ruina entre naciones enfermas, demuestra la dimensión de la decadencia física como también moral del mundo occidental.

Esto me recuerda las palabras que uno de los mejores ingleses que conozco - un nacional-socialista sincero que justamente tras unos seis años de internamiento bajo el acta 18-B, fue puesto en libertad en 1946 - me dirigió 1).

"¿Qué se puede esperar de esos millones de imbéciles?", dijo el señor cuando habló de la mayoría de sus paisanos, *"¿quienes son ellos que pudieron actuar y pensar de otro modo?. La mayoría de ellos son el resultado de una voluptuosa noche de domingo de hombres embriagados; y el resto son un número de bastardos entremezclados con judíos. ¿Qué se puede esperar de ellos?. Cuando se quiere tener realmente una élite hay que criarla sistemáticamente, como lo hicieron en Alemania"*.

Sí, cuando la mayoría de la gente de nuestro tiempo habla de una élite, entonces entienden una élite denominada "moral" o "intelectual". Nosotros estimamos una élite "completa" del todo y antes que nada, una élite corporal. Sabemos que no hay una cosa tal

1) El acta 18-B era un "decreto de urgencia" que en Inglaterra desde el principio de la guerra permitía la detención e internamiento de todo aquel que estaba bajo sospecha de simpatizar con el Nacional-socialismo o Fascismo.

como una élite "moral" o "intelectual" que no sea al mismo tiempo corporal. Hay sin duda alguna hombres excepcionales que físicamente no son sanos y fuertes pero por otra parte pueden ser útiles, muy útiles si detentan el recto espíritu, el espíritu del sacrificio por alguna cosa que es más grande que ellos mismos. Pero estas serían excepciones y nunca podrán tener la autorización para dañar el sano nivel medio de la comunidad. Especialmente nunca tendrían la autorización para engendrar criaturas por muy inteligentes y virtuosos que sean, si no son físicamente sanos y racialmente puros.

Si no se hubiese producido la guerra o no la hubieramos perdido, todavía perduraría libre el régimen nacional-socialista desde 1933 y ahora estaría extendido sobre toda Europa. Una apenas puede imaginarse que clase de mundo bello hubiese nacido de occidente tras cincuenta o cien años, suponiendo que los sucesores de nuestro Führer hubieran permanecido tan firmes en los principios exactamente como él. De la nueva política de población, con la visión sobre la nobleza de nacimiento natural - pureza de sangre, salud, fuerza - hubiesen nacido generaciones que hubieran encarnado cada vez más el ideal nietzscheano del Superhombre: seres humanos pero con cuerpos olímpicos y un espíritu que sobrepasaría con mucho el del hombre medio de hoy, que presumiblemente está apenas sobre el de un chimpancé; El género humano en su perfección original o - estoy tentada de decir - un nuevo género: un género de Dioses vivos sobre la tierra.

¿Este resultado glorioso no era merecedor de protección mediante una cierta dureza en las etapas del comienzo de la lucha?. Él lo era para nosotros - él lo es para nosotros. Estamos dispuestos a reanudar el mismo camino en la próxima ocasión en aras del mismo ideal.

Lo que logró nuestro Führer en Alemania no lo realizó en cincuenta, sino en seis años (desde 1933 a 1939) cuando la guerra interrumpió toda planificación constructiva. Fue muy poco el tiempo disponible como para poder contemplarse los resultados de una política de crianza noble y sana que él persiguió tan consecuente-

mente. Solo se pudo ver la influencia de la enseñanza nacional-socialista en la gente que ya había nacido - y de la que la mayoría ya había pasado la infancia - en la época que Adolf Hitler subió al poder. Pero esto solo ya era algo por lo que asombrarse. Esto era ya el comienzo prometedor de un nuevo mundo, la formación de una élite auténtica.

Permanecerá siempre como el gran pesar de mi vida el no haber regresado a tiempo a Alemania para ver las paradas de la Juventud Hitleriana en las calles de las ciudades alemanas y en los grandes días del Partido anuales - por ejemplo, el día del Partido de 1935 en Nuremberg - para haber estado cerca y haber presenciado la emoción de esos días gloriosos. Solo he visto imágenes de esos días. Pero conozco gente que lo vivió. Hablé con hombres que en esa época tenían entre quince y veinticinco años, que estuvieron entre los estandartes del Partido en las ocasiones solemnes y saludaron al Führer cuando pasaba en medio del entusiasmo de las multitudes exaltadas; hombres que todavía hoy lo darían todo, harían todo para llevar otra vez el Nacional-socialismo al poder. Conversé también con sus más viejos fieles camaradas que en esa época tenían entre treinta y cuarenta años o aún mayores. El hecho de que todos han conservado sus convicciones hasta este día demuestra que esto no fue efecto de una pasión juvenil además de una sugestión masiva como sostienen nuestros enemigos, sino el resultado de algo más profundo. Lo prueba el que se puede confiar en esos partidarios de Adolf Hitler. Personalmente nunca y en ninguna parte encontré hombres distinguidos semejantes, vistos desde el punto de vista físico y de carácter. Son la verdadera élite del mundo y aunque a muchos de mis lectores pueda parecer extraño y difícil de creer, una élite reconocible externamente en la mayoría de los casos.

He recordado a menudo su presencia gracias a esas palabras - dignas de un griego antiguo - que un SS me sentenció en 1948 en el territorio del Sarre, no importa donde: *"El primer deber de un nacional-socialista es ser bello"*. ¡Palabras singulares cuando se las oye por primera vez pero que se saben verdaderas cuando se comienza

a reflexionar sobre todo lo que encierran en sí!. Pues ningún ser humano, hombre o mujer, puede ser realmente "bello" sin salud y fuerza; estas son las virtudes que en el fondo se esperan de cualquiera que participe en nuestra ideología. Jamás encontré un representante de Alemania de la minoría nacional-socialista que no mostrase un grado considerablemente alto de belleza masculina. Encontré muchos cuyo aspecto físico me recordaba a los antiguos Dioses griegos o - lo que sería en nuestros días - a las estatuas de Arno Brecker, llenos de energía, equilibrio y gracia natural. Comprendí como toda la creación de este gran escultor expresa perfectamente el nuevo mundo que se moldeó en torno a él, con sus nuevos objetivos, su alma nueva; a modo de ejemplo su "Heraldo", que es de veras un heraldo de nuestro Orden Nuevo, una imagen de la juventud viviente de Alemania en bronce inmortal.

Esta juventud no está muerta. Solo ha madurado durante estos cuatro años horribles; más que nunca ha sido dura, invencible y consciente de sí misma. Tal vez mira con más desprecio aun a los hombres más inferiores, a esa descomunal mayoría de la humanidad (inclusive a millones de arios) que aún contaba con la suficiente inteligencia para pensar y reconocer por sí mismos que nosotros "obrabamos bien", pero que prefirió tragar cualquier propaganda de la que cuentan los judíos y sus agentes en la prensa, en la radio y en las películas contra nosotros, y traer ellos mismos el caos; algo que es conocido por todos. La minoría nacional-socialista observa y espera digna en silencio; sabe que cuando los tiempos sean propicios se levantará y dominará de nuevo.

Dicho exactamente, no es solo la apariencia física de sus representantes lo que atrae la atención del observador perspicaz que por ejemplo está sentado en un banco frente a un café o en una sala de espera. Es la radiación de su personalidad, el signo de su valor como hombres y mujeres más elevados lo que tienen en el semblante y en la actitud; el aspecto de inteligencia y valor en sus ojos. Esto se confirma entre los adultos como también entre los que eran todavía adolescentes en 1933 y pasaron por el magnífico adiestramientro físi-

co de la nueva Alemania.

Como ya dije, cuando ya no vale la pena llamarse nacional-socialista, sólo los solitarios, cuya filosofía personal y metas todas no podían ser otras que las nuestras a largo plazo, permanecen hoy firmes y confiadamente fieles a nuestros ideales: son los moral y no menos físicamente sanos, los fuertes y constantes, los impávidos - los mejores de todo el país. Son estos caracteres junto a la salud y raza, los que otorgan a su cara tal belleza y los que nos dan la impresión de que en su círculo se encuentra en compañía de hombres que están a gran altura por encima del resto de la humanidad. En los días que el Nacional-socialismo aun triunfaba, un gran número de alemanes no alcanzó esta dimensión, ni siquiera los que poseían una consideración elevada dentro del Partido; sino hubiese sido así, todo hubiera terminado bien y la guerra nunca se hubiese perdido. Ahora, solo aquellos que se encuentran sobre ese nivel elevado siguen preparados para formar mañana el Partido real e invencible que valdrá para dominar por siempre toda la tierra bajo la jefatura de Hitler.

✠✠✠✠✠

Algunos de mis más hermosos recuerdos los debo a mi corta experiencia en la lucha nacional-socialista que hace bien poco comenzó lentamente otra vez. Son recuerdos de la gente con la que entré en contacto; gente de todas las capas sociales - estudiantes, dueños de un negocio, obreros, hombres de profesiones liberales - y de todos los niveles culturales en el sentido estrictamente literal de la palabra, pero que a mis ojos representa una auténtica aristocracia, la aristocracia natural de la sangre y del carácter, predestinada para desalojar a la nobleza artificial del dinero, de la posición y del saber en nuestro nuevo mundo. ¡Cuánto les quiero!.

Nos entendíamos mutuamente cualesquiera que hubieran sido nuestros estudios de antaño, porque las cosas que nos habíamos de decir no están de ordinario en los libros, y además porque había unos pocos libros fundamentales que todos nosotros habíamos leído. Naturalmente ni estabamos de acuerdo hasta en el más mínimo detalle, ni cada uno de nosotros era la copia exacta de todos los demás - como es a menudo el caso entre los comunistas; de todos modos llegué a saber esto de los no-rusos - pues cualquiera pensaba por sí mismo; ni habíamos llegado todos por las mismas razones al Nacional-socialismo; cada uno de nosotros hacía hincapie en aquello que le parecía más atrayente de la "Weltanschauung" o de su realización. Pero la totalidad de sus pocos seguidores que coincidíamos en todo lo esencial, como ya dije, eramos todos - somos todos - paganos en nuestro corazón (hubo en otro tiempo un elevado número de gentes inconsecuentes que creyeron que podían ser ambas cosas al mismo tiempo: verdaderos cristianos y nacional-socialistas. La derrota - y la subsiguiente propaganda intensiva de parte de las iglesias - ha ayudado así poderosamente a discernir la incompatibilidad de ambas filosofías y a decidirse. Si nuestra "Weltanschauung" no se hubiese hundido permaneciendo victoriosa, nunca se les habría ocurrido pensar cuan inconsecuentes eran - o sentir aquello de "¡no tenemos razón!", visto desde el criterio cristiano).

Recuerdo - con ese anhelo que se siente al pensar la pérdida de las oportunidades propias - a un notable joven alemán de 23 o 24 años, un estudiante de física que encontré en el tren un mes antes de mi captura. Admiraba la lógica, la sabiduría y la conciencia de sí con la que discutía con otro sobre algunos problemas de "corrientes" contrapuestas, y me inmiscuí en la conversación después de haber pedido perdón (yo misma fuí antaño estudiante de ciencias naturales, como también había sido estudiante de arte). Pronto hablamos sobre otros asuntos más allá de la electricidad, y encontré de nuevo al joven hombre aprendiendo a conocerle mejor. Era un joven serio de pocas palabras pero de muchas ideas, sentimientos profundos y

un buen nacional-socialista, con todos el valor que encierra una alabanza así. Encontré a su madre, una mujer alemana sumamente encantadora que también compartía nuestros ideales, y la envidiaba porque había obsequiado con un hijo así al movimiento. Su nombre es señor F.

Cierta vez recorrímos un escarpado camino abajo que conducía desde su casa al Rin, y una gran parte de la ciudad se extendía ante nosotros. *"Hubiera debido ver este lugar en nuestros días"*, me dijo el joven (la mayor parte de la ciudad se encontraba en ruinas). *"Sí"*, contesté, *"entonces fue toda hermosa, ¿verdad?". "Así fue. Entonces teníamos algo por lo que era digno vivir. Eramos felices"*.

Me contó que cuando tenía dieciocho años ganó el primer premio en la competición de esgrima que se disputó en todo el distrito. Pero el deporte no era sólo deporte para nosotros. Era una parte de un entrenamiento más extenso, más avanzado, de un entrenamiento como alemanes y como arios. Juntos para competir en fuerza, destreza y perseverancia, fuertes y buenos para trabajar, para salir de merienda al campo cerca de cien jóvenes o más y ver salir el sol sobre las colinas y bosques de nuestra patria; para marchar por las calles y cantar nuestras canciones viriles, *"así llegamos a ser un Pueblo nuevo, lo sabíamos y sentíamos. Eramos muy felices. Luego llegó la desgracia y todo pareció perdido, irrecuperable ... No fue nuestra culpa. Si hubiera dependido de nosotros, el Führer ya hubiera sido hace tiempo el Führer del mundo. Pero durante la vieja generación hubo traidores"*, dijo.

"Lo sé de sobra. ¿Pero no cree que todo está irreparablemente perdido, verdad?".

"¡Por Dios,no!. Ningún poder sobre la tierra puede matar a una nación sana que está firmemente resuelta a vivir".

Sus ojos oscuros centellaban cuando habló. Le tendí la mano y dije: *"¡Deseo que todo alemán, no, todo ario pensase como usted!". "Usted más que parecer pensar, lo hace"*, contestó.

Le pregunté que experimentaban la mayoría de sus camaradas entre los estudiantes sobre ambos peligros, democracia y comunismo.

"¿Quién cree seriamente en ambos?", repondió, *"los únicos defensores de la primero son los que alimentan la esperanza de poder sacar algún provecho de la ocupación - los inútiles - y esos que castigamos en nuestros días y ahora buscan un pretexto para devolvernoslo. Los únicos defensores del segundo son aquellos que nunca vivieron en la zona rusa"*.

El señor F. había vivido hasta hace poco en la zona rusa. Concluímos que me ayudaría a cruzar oculta la frontera con uno de sus amigos y hacer una visita a la parte este de Alemania. Tras mi regreso me quiso presentar a un grupo de estudiantes de nuestras opiniones, y luego tal vez prudentemente hubiesemos podido poner alguna cosa en movimiento.

Fuí detenida antes que esos importantes planes pudieran ser llevados a efecto.

Me acordé de una vendedora mayor, la señora E. - que parecía mucho más joven de lo que era en realidad - a la que también encontré durante un viaje, con una cara muy expresiva que dejaba ver una gran determinación, amabilidad (que raras veces se encuentran juntas) e igualmente ensimismamiento. Ojos azul pálido que son sumamente fríos y distantes o que podían relampaguear como un rayo de sol, según lo que la señorita E. oía, decía o pensaba. Caminó un par de pasos conmigo cuando las dos salímos de una estación cualquiera de la zona francesa. Cuando le dije que estaba en Alemania para escribir un libro, se detuvo y me contempló.

"¿Tiene la intención de escribir la verdad?", preguntó.

"Seguro".

"Ahora bien, en ese caso ... ", dijo y paró en seco.

"¿En ese caso qué?", pregunté.

Me miró atenta. *"Sé que no debí decirle eso"*, prosiguió; *"De todos modos la he encontrado justamente ahora mismo. No sé quien es. Pudiera ser muy ingenuo por mi parte hablar - y peligroso para mi. Pero parece como si se pudiese confiar en usted. He estado toda mi vida en el comercio y conozco caras. Pues bien, le digo: ¡no escriba en su libro cosas de las que no esté absolutamente segura!...¡no sea injusta frente al Nacional-socialismo!"*.

Sentí como mi cara se iluminaba. Pero procuré dominarme. *"¿Qué la induce a decirme eso?",* pregunté. *"¿Piensa que proyecto ser injusta con cualquier cosa o con alguien?"*.

"No", dijo. *"Pero alguna gente es injusta sin proponérselo, ya que se encuentra dominada por muchos prejuicios. ¡Y ha sido arrojada ya tanta porquería contra nosotros - tanta - por todos los escritores del mundo!. Solo deseaba decírselo ya que es extranjera. ¡No lo haga usted también!"*.

Admiré la intrepidez de la mujer pues aún no me conocía. Solo había visto mi pasaporte británico-hindú cuando lo hube mostrado a un revisor en el tren.

"¿Es usted nacional-socialista?", la pregunté (ella es la única persona en Alemania a la que hice la pregunta en forma tan abierta). Su habla valiente me había motivado a hacerlo. Su respuesta no fue menos atrevida. *"Sí, lo soy"*, dijo.

"Yo también", respondí. *"Por consiguiente no tema usted que pudiera estar impresionada por mentiras contra el Führer y contra nosotros. He oido contar hasta ahora un montón de ellas y a los "escupidos" que cuentan tales mentiras. Mi libro debe ser la acusación contra nuestros enemigos"*. Estaba emocionada más allá de todas las palabras cuando hablé.

"¿Puedo realmente creerla?", dijo la señorita E. tan admirada que se paró y me contempló una vez más. *"Usted, una extranjera, ahora cuando todo el mundo está contra nosotros ... "*

"No tengo tiempo para ese mundo de los monos y para su pretendida opinión", respondí. *"Sé que es difícil de creer mis palabras. Pero creerá mis escritos"*.

Extraje una de mis octavillas del rollo, la acompañé a un rincón solitario en medio de las ruinas (estábamos en una ciudad donde había muchos rincones así) y la exhibí. *"Yo la escribí"*, dije.

Me creyó finalmente y estaba visiblemente conmovida, cuando me cogió mi mano y me dijo: *"Soy feliz por haberla encontrado, más feliz de lo que pueda exteriorizar. ¿Pero mi pobre y querida niña, cómo se arriesga a circular con todo ese peligroso chisme?"*.

"Ningún alemán me ha traicionado hasta ahora".

"Ningún verdadero alemán lo hará jamás", respondió. *"Pero aun así ¡sea cauta!. Pudieran sin embargo descubrirla. Probablemente la observan todo el tiempo. De todas maneras, es inutil, reflexionar antes sobre ello. Venga ahora, y le presento a algunos de mis buenos amigos que estarán contentos de conocerla". "Cuentemé algo de los grandes días"*, dije cuando íbamos a lo largo de un paseo medio destruido. *"Deseé haber venido entonces". "En aquella época hubiera sido feliz en Alemania. ¡No se puede imaginar que magnífico fue!. Ahora vea lo que han hecho nuestros enemigos cristianos que vinieron aquí para reformarnos, para 'reeducarnos', como dicen ellos"*. Y me mostró una de las calles en que no había quedado en pie una sola casa (como en más de una de la misma ciudad). *"¡Contemplelo!"*, dijo ella. *"Pero algún día vendrá la venganza. Entonces Alemania se pondrá en pie otra vez sobre las ruinas y volverán los grandes días!"*.

Una vez más, la millonesima vez que admiraba el invencible espíritu nacional-socialista.

La mujer me enseñó las ruinas de su antiguo país en la esquina de una avenida frente a una iglesia. La vista de la iglesia le recordó a un hombre y a un accidente. Pero antes que me contara acerca de ello me preguntó si era cristiana.

"¿Yo?. Dios mio, no. Sé que nada hay que sea tan contrario a nuestra filosofía como la fe cristiana, y veo a la iglesia como nuestro mayor enemigo".

"¡Cuanta razón tiene!. Yo lo he dicho siempre también aunque muchos no están conformes conmigo. Fuera de eso le contaré de mi amigo W.: era el clérigo, pero de una clase completamente especial - un pastor y a la vez un luchador por el movimiento, si puede llegar a imaginar una simbiosis con estas contradicciones; un hombre que cuidaba de ponerse su vestido de sacerdote por encima de su uniforme pardo (sobre bota alta, pistola y de todo), y correr a la iglesia justo aún con la debida antelación para pronunciar un breve sermón. El discurso siempre era pronunciado con un espíritu nacional-socialista de parte a parte; la palabra "amen" era en cambio practicamente la única señal que era pronunciada desde el púlpito. ¿Qué sucedió un día?. Otro predicador habló desde abajo del púlpito y mi amigo, esta vez sin el ves-

tido eclesiástico, estaba sentado entre la comunidad. Por ser el predicador un cristiano genuino que preparaba a los feligreses a los tiempos modernos, comenzó por eso a soltar no una, sino varias alusiones contra el régimen. Mi amigo W. siempre con un bloc de notas y una estilográfica en la mano apuntó exactamente lo que decía aquel hombre. Luego trás el culto divino le esperó en la puerta de la iglesia y le detuvo en su camino".

"¿Hizo estas afirmaciones?"

"Ciertamente las hice".

"¿Insinua que la política de nuestro gobierno es atea?". "Mire, anoté estas frases que manifestó".

"Lo reconozco. Eso hice. Pero ... "

"Aquí no hay 'pero'. ¿Lo hizo o no?".

"Lo hice".

"¿Y la gente a la que osó aludir como indeseable sin ser claro del todo, eran como supongo, el Führer y sus colaboradores?".

"¡Si usted quiere saberlo a toda costa, ciertamente que lo fueron!".

"¡Bien! ... esto es lo que es usted, ... un cerdo!".

Mi amigo W. dió al individuo tal manotazo que la gente pudo oirlo al otro lado de la calle. Y otro más. Y otro - ¡zas, zas! - y alguno más, hasta que finalmente con una patada le hizo rodar sobre el polvo de la calle: *"¡Esto es la lección por alguna que otra cosa que dijo contra el Führer, gandul, canalla!".*

Rompí en una risa convulsiva que no pude parar por uno o dos minutos. No me había reido a carcajadas así desde hacía mucho tiempo. *"¡Magnífico!"*, exclamé; *"¡no pudo ser mejor!. ¡Me gustaría haberlo visto!. ¿En qué año fue eso?."*.

"En 1942, si no me falla la memoria". "Estaba entonces en Calcuta. Sé que desaproveché mucho. ¡Más esto!. Sólo esto hubiera hecho valioso el viaje. ¡Me hubiera entretenido mucho!. ¿Cómo lo acogió la gente?".

"¿La gente que justamente venía de la iglesia, quiere decir?. Pues bien, también se entretuvieron. La mitad de ellos rió tan alto como usted lo hizo ahora, como no lo hacía hace tiempo. Me acerqué a mi viejo amigo y le felicité: '¡Bien hecho, señor W.!', le dije. 'Con eso ha recibido su merecido. No se puede tolerar que tales traidores corran de un lado a otro y desbarren con

cualquier desatino que en ese momento se les ocurra, especialmente ahora que estamos en guerra', dije. Todos coincidieron conmigo".

"¿Dónde está ahora el señor W.?. ¿Podría verle una vez?", pregunté. *"¡Me encontraría gustosamente con él aunque solo fuera una vez!"*.

"Le trasladaron en 1945 a un campo de concentración. Desde entonces nadie sabe donde se encuentra".

Una sombra planeó sobre mi cara. Pensé en este defensor franco y vehemente al servicio de nuestros ideales que debió pasar cuatro años en uno de esos lugares infernales de los que procuré dar una noción en un capítulo anterior. ¡Cuatro años!. ¿Por qué?. Porque fue aquello que realmente era - lo que somos todos - un hombre que tuvo el valor de desechar de una vez para siempre los falsos valores a que habían sido obligadas las razas más nobles de Europa como su "ideal de la moral" por casi mil quinientos años y por hablar y actuar por los ideales de los fuertes; por ser un pagano en un mundo cristiano. Nuevamente sentí cuan poderosas son las fuerzas en contra nuestra. Otra vez me dí cuenta cuan amargamente los odiaba.

Sé que la historia del señor W. no es la que nos hará congraciarnos con nuestros enemigos. La mayoría de ellos contemplarán este asunto con el pastor como "horroroso" y me estimarán no menos "horrorosa" ya que me regocijé con ello. ¿Pero qué nos importa lo que piensen ?. Tanto en la primera fase de la lucha como también en la segunda, no luchamos para ganar el aplauso sino para traer la sumisión algún día. He contado la historia solo para mostrar que clase de abismo hay abierto entre nosotros y el mundo cristiano; para mostrar la franqueza limpia y brutal de nuestra actitud en comparación a la de esa gente "decente". Ninguno de ellos habría castigado a un adversario a plena luz del día ante todos los presentes como el señor W. lo hizo. No se habrían dado por satisfechos con haber estado "indignados" y no se habrían quedado tranquilos - aun cuando hubiesen estado en el poder. Primero habrían destruido la vida del adversario y luego le habrían entregado en la primera ocasión a las autoridades enemigas; un trato mucho peor que me-

diante un par de bofetadas y una patada en las piernas. Así es justamente de hecho - de este modo y manera - como se han portado frente al señor W.. Recordé las palabras de Friedrich Nietzsche por otro asunto: *"El cristianismo no ha matado el eros - al Dios del amor físico - , sólo lo ha envenenado - amor ensuciado - (en "Más allá del bien y del mal"). También se pudiera decir sobre el poder: El cristianismo no ha suprimido el poder físico; solo lo ha envilecido - indirectamente lo ha hecho cobarde e ignominioso"*.

¿Qué poderoso y elemental instinto no ha deshonrado ya, que yo sepa?.

ॐ ॐ ॐ ॐ ॐ

La señorita E. me llevó a una tienda de confecciones que estaba regentada por M., y allí me presentó a sus buenos amigos.

"Regrese a las seis, cuando la tienda esté cerrada y podremos hablar juntos. Durante las horas de trabajo ven demasiados ojos y escuchan demasiados oidos. Por favor, sea puntual aquí, la esperaremos", me dijeron. Fui allí con la debida antelación y permanecí toda la tarde.

Recuerdo la conversación. Me acuerdo de las caras elegantemente talladas del hombre y la mujer que hablaron conmigo, y de la claridad, la seguridad, el convencimiento y la inteligencia con que me hablaron; dominaban perfectamente el tema sobre el que hablaban; sabían de la eternidad de nuestra idea. *"¿Cómo puede esa gente 'modificarnos','reeducarnos', como ellos mantienen?"*, dijo el señor M. y se refirió a los demócratas, *"¿qué pueden hacer ahora puesto que el Führer nos dió un sentido de la vida que es tanto claro como eterno en igual modo?. Nos dió algo cuya verdad no necesitamos mucho tiempo para creer, sino que pudímos ver en toda su radiante claridad con nuestros propios ojos. Cada cambio en los acontecimientos de 1945 nos muestra cada vez más que teníamos razón - que tenemos toda la razón y para siempre - ya sea sobre el problema judío, el principio racial, el derecho del más capaz o en cualquier*

otro punto. Tal vez más alemanes que antes admiten ahora en el fondo de su corazón que tenemos razón. Pero es reanimador saber que al menos algunos extranjeros mantienen hoy en pie la idea a pesar de nuestra derrota".

"Todos los arios debieran hacerlo. Pero cuando ni siquiera todos los alemanes lo hicieron desde un principio aunque se les dijo la verdad, aun cuando tuvieron la fortuna de tener al Führer entre ellos, ¿qué se puede esperar entonces de otros arios que son nutridos con las mentiras de la prensa judía?".

"Esto es sólo la verdad".

Hablamos horas y horas. Por milésima vez comparé en mi pensamiento esta aristocracia de la sangre pura, que es a la vez también una élite del carácter y de la inteligencia - una élite auténtica- con la comunmente denominada y pretendida "intelligentsia", con esas gentes perezosas que negocian con frases hueras, esos sutilizadores y recitadores de la prosa de otra gente; los conozco a todos perfectamente. *"¡Qué diferencia!"*, pensé.

El señor M. me presentó a dos personas que me causaron una fuerte y extraordinaria impresión: un hombre de mediana edad, un antiguo Ostsgruppenleiter y ahora mártir de nuestra idea, el señor H., del que ya narré en otro capítulo, y una mujer con unos los cuarenta años, la señorita B., también una de las mejores nacional-socialistas que conozco. Fuí su invitada por unos días.

Nunca ví que la cara de yogui indú genuino alguno fuese tan sumamente hermosa como la del señor H., tranquila, irradiando luz y fuerza, queriendo de una manera impersonal; omnisciente; un semblante que mira sobre la necedad y la fealdad del mundo actual, no a un sueño, no "a un" ideal, sino contrariamente a una certeza imperturbable, a la "realidad"; que expresa el conocimiento transpa-

rente, casi físico de la verdad, sin odio, sin pesar, sin temor.

Sus rasgos fisionómicos armónicos son los de un ario muy puro. Incluso el señor H. dificilmente pudo haber sido más bello de joven. Pero no son solo los rasgos; son las facciones y la irradiación invisible de la cara lo que debe impresionar a cualquiera que sea un poco sensible para el lenguaje silencioso de un hombre que es auténtico y le puede distinguir del hombre que solo parece serlo. Cuando entré en el lugar me sentí en seguida en la presencia de un hombre que me aventajaba ampliamente, com probablemente lo habría sentido ante un típico santo contemplativo. Supe por el señor M. que el señor H. había pasado tres años en uno, o mejor en dos de los peores "campos de concentración anti-nazis" que se pueden encontrar en la Alemania ocupada. Supe que allí se había convertido en una piltrafa humana. Estaba admirada por no leer en su cara ni la más silenciosa amargura, ni odio siquiera. Cuando le dije lo que sentía sobre el martirio en Alemania en general y acerca de la persecución de hombres tales como él sobre todo, y le pedí relatarme algo para mi libro sobre su experiencia en los recintos del infierno me contestó que *"otros miles habían sufrido incluso mucho más que él ..."*.

"Es una lástima que el señor S. no esté aquí", dijo. *"Es uno de esos desafortunados SS que en 1945 cayeron en manos de los aliados y fue internado varios meses en Dachau. Cuando recoga información de primera mano él pudiera contarle alguna cosa sobre la atrocidad de los demócratas. Se lo presentaré cuando usted regrese"*. Pero yo misma caí en las manos de nuestros enemigos antes de que tuviese tiempo para volver.

El señor H., que era arquitecto de profesión, me mostró algunos de los hermosos bocetos que había hecho en los campos en los que había estado prisionero. Había pintado uno sobre un trozo áspero de papel amarillo con un trocito semiquemado de carboncillo. *"Al principio no se nos daba papel ni lapiceros"*, me explicó. Sin embargo el boceto que representaba las caballerizas en las que fueron alojados los internados en Schwarzenborn estaba magistralmente pintado. Admiré el espíritu objetivo - el espíritu del verdadero artista - que había guiado su mano en un entorno así y durante la dieta de ham-

bre, de la que relaté en las páginas prededentes. Pero lo que más admiraba en el señor H. era su calma, no la calma del indiferente y de los hombres que miran al mundo del otro lado, sino la de un hombre cuya visión clara bajo todos los temores de la Europa más sombría de hoy y del mañana - justamente bajo ese temor que su propio cuerpo quebrantado le había arruinado en persona para siempre - percibe la acción y reacción irresistibles de las fuerzas sobrenaturales e invisibles, que por lo demás, están prescritas al orden nuevo al que, más tarde o más temprano, estamos responsabilizados a erigir de nuevo ; la serenidad de un guerrero pagano que al mismo tiempo es un sabio.

Siempre he estado convencida que el Nacional-socialismo está mucho mejor capacitado para realizar la más alta aspiración de la élite occidental que la mal adaptada religión de Palestina, que Europa aceptó de manera estúpida hace siglos. Cuando jamás debió darla concesión alguna; como el señor H. mismo hizo.

En la pared ví el retrato de un hombre excepcionalmente bello. El señor H. me observaba como lo admiraba. Era muy parecido a él. Hubiera podido ser él mismo cuando tenía veinticinco años. *"Allí ve a mi único hijo"*, me contó.

"¡Qué guapo es!", debí decirle simplemente.

"Su alma viril era tan bella como su semblante", respondió el padre. *"La típica juventud de nuestra nueva Alemania. Está ahora muerto. Murió por Alemania y por la idea"*, agregó apacible y altivo.

La señorita B., una fiel y vieja amiga del señor H., que también estaba presente, alabó por su parte al joven. Le había conocido bien.

Es por esta razón que estaba completamente solo el señor H.. No sólo su salud, sino que también había perdido a su único hijo por la gran idea impersonal de la grandeza de Alemania y del renacido arianismo. Vivía solo bajo las condiciones más difíciles en una habitación estrecha con una amiga, en medio de una ciudad en ruinas. Por orden de los bondadosos precursores de la democracia y la "humanidad" no se le permitió trabajar como arquitecto ni dedicarse a alguna otra ocupación (su amiga le sustentaba entre

grandes dificultades). A pesar de todo podía permanecer sereno y confiado en el caso de que su Pueblo fuese ahora también vencido o no, porque sabía que teníamos razón y porque había hecho todo lo posible por la causa eterna de la verdad y por aquella parte de la humanidad que era mejor, sin el apoyo de alguna esperanza sobrenatural y consuelo, sin lo que sea que le hubiese podido sostener excepto la fe en las leyes inmutables de la vida, en la misión divina de su país, en Adolf Hitler, el Führer del mundo ario para todos los tiempos venideros. Me acordé de versos del Bhagavad-Gita - de la antiquísima obra maestra del genio ario - : *"Nuestro deber es sólo la acción y no se encuentra en el resultado. ¡No te dejes seducir por la expectativa de recompensa por las acciones!"* y *"por eso lleva a cabo lo que tengas que hacer sin inquietarte por las consecuencias. Pues el hombre que ejecuta lo que le compete sin apegarse a los frutos, obtiene de estos lo más elevado"*, y *"así como los ignorantes realizan las obligaciones de la vida por la esperanza de los frutos, así el hombre sabio debe cumplir sus actos sin motivos egoistas cuando quiere dar al mundo su deber y ayudar al género humano"* 1). Y página por página recordé las palabras de oro que nuestro Führer había escrito con el mismo espíritu, las palabras de oro que debí pronunciar dos meses más tarde ante mis jueces en Düsseldorf: *"Nuestras acciónes y pensamientos no deben estar en absoluto determinadas solo por el aplauso o el rechazo de nuestro tiempo, sino por el compromiso obligatorio que reconocimos en una verdad"* 2).

Dije al señor H. y a la señorita B. lo que pensaba.

"Sí", dijo el señor H., *"la antigua y la nueva expresión deben ser iguales; porque la verdad en la que se basa nuestra "Weltanschauung" es sempiterna"*. Fue a un rincón de la habitación y empezó a apartar a un lado muchas cosas hasta sacar un ejemplar de "Mi Lucha" que tenía allí escondido para mostrármelo. Mientras lo hacía, la señorita B. me enseñó un maravilloso retrato del Führer que estaba cincelado en una guirnalda transparente, análoga al cristal. Tomé cariñosamente en la mano el pequeño objeto y lo contemplé. Conozco el valor de tales piezas de recuerdo de la época gloriosa en la Alemania

1) Bhagavad-Gita: II, verso 47; III, versos 19 y 25.
2) Adolf Hitler: Mi Lucha II, capítulo 11.

de hoy. No se las encuentra en parte alguna excepto en posesión de la gente que las aprecia. Por eso con mayor razón estaba emocionada cuando la señorita B. me dijo: *"Es suyo, puede quedárselo"*. Estaba contentísima al pensar que podía conservarlo. Pero adviné que tenía este solo. *"Y a pesar de ello me lo dan"*, dije, *"¡aun cuando hace tan sólo unas horas me conocen!"*.

"Usted lo merece, lo sé" respondió.

"¡Me puede dar buena suerte, así para siempre!", dije cuando apreté el retrato en mis labios como un objeto sagrado.

Dí las gracias a la señorita B. desde el fondo de mi corazón por su regalo y la confianza natural que me había mostrado.

"¿Qué la motiva a pensar tan elevadamente de mi?", no pude más que preguntarla momentos después. *"Lo cierto es que también es una pagana nata como el señor H. y yo misma"*. Ella exteriorizó exactamente las mismas palabras a como yo lo había hecho tantas veces en el transcurso de estos veinte años; las mismas palabras que repito en este libro, ya que cada vez estoy más convencida de su verdad: *"Solo aquel que es pagano a carta cabal puede ser un verdadero nacional-socialista"*.

Siempre llevé el colgante y ahora lo porto en prisión.

Pasamos el resto de la tarde interpretando algunos de los más bellos pasajes de "Mi Lucha", para lo cual el señor H. sacó su ejemplar escondido y procuré mostrar como se me reveló asombrosamente verdadero el tema central del libro (el problema racial) a la luz de un breve resumen histórico del Lejano Oriente, del antiguo y del moderno, que casualmente conozco. Pero fue mi interpretación del cristianismo como la *"más habilidosa trampa judía que jamás fue colocada entre los arios"*, la que me unió más firmemente con la señorita B..

"Sabe", dijo, *"que me resistí ya cuando niña a cantar las canciones de la iglesia que hacían alusión a Jehova o Israel; ¿por el motivo de que era una alemana y no deseaba que se me impusiese ninguna religión extranjera? ¡Cuanto comprendo su nostalgia hacia los Dioses olímpicos como también hacia aquellos antiguos nórdicos de su madre!. ¡Cuanto la comprendo!" "Es-*

toy contenta de que lo haga", contesté. *"Sólo otros nacional-socialistas como nosotros han entendido la parte tan considerable que ha jugado este anhelo en toda mi formación. Pero imaginesé que entre algunos arios europeos se encuentra exactamente la actitud contraria. ¿Ha oido de una secta religiosa en Inglaterra cuyos miembros se denominan asimismos 'israelitas británicos'?"*.

"No".

"Pues bien, tal secta existe. Los adeptos, imaginesé, no son judíos, aunque desde luego algunos mestizos judíos puede haber entre ellos. Pero sé de algunos ingleses auténticos de sangre mediocre - celtas y anglosajones - que por consiguiente son arios. Intentan solo probar - mediante la más imposible demostración - que ellos y la totalidad de la nación inglesa descienden de algún "linaje perdido" de Israel. Arios de sangre pura intentan descubrir que son judíos; desean ser judíos. ¿Ha oido jamás de un abominable desatino como este?".

"Ahora bien", añadió el señor H., *"se les ha enseñado durante 1500 años que los judíos son "el Pueblo elegido de Dios". ¿Puede censurarlos por esto?. ¡Usted misma dice que el crimen original está en la aceptación del cristianismo!".*

"El penúltimo de los 25 puntos del programa del N.S.D.A.P.", dice, *"sostiene, aunque concreta que el Partido como tal ha admitido el cristianismo positivo, la libertad para todas las confesiones religiosas en el Estado en cuanto estas no sean un peligro para él y no contrarien el sentir moral de las razas germánicas. Alfred Rosenberg ha procurado explicar que significa "cristianismo positivo", y me parece que lo ha ajustado precisamente a la moralidad fundamental y natural que todo ario puede aceptar. Pero poca gente parece entender completamente todo lo que está contenido en las dos reservas que se mencionan en el punto 24: "Pedimos la libertad de todas las confesiones religiosas en el Estado, en cuanto que su existencia no pongan en peligro o atenten contra la decencia y el sentimiento moral de las razas germánicas".*

"¿Una religión que permite a sus seguidores un casamiento sin tomar en consideración si la raza es compatible con la existencia de un Estado que vive para los principios nacional-socialistas? ¿Se puede decir que una reli-

gión no infringe las leyes morales de toda raza sana, no sólo contra la germánica, cuando enseña que el hombre ha nacido en pecado y que son de alabar como virtudes la caridad y el perdón final?. Deseé de corazón haber estado aqui en los grandes días. Habría recalcado este punto delante de los que supieron bien de toda la desgracia que ha ocasionado el cristianismo en el mundo y que al mismo tiempo estuvieron en el entorno del Führer. Lo habría intentado cuando menos".

"Y sin duda la habrían entendido, estando conformes con usted de todo corazón", dijo el señor H., *"pero aún asi nada hubieran podido hacer en aquel entonces; los tiempos no eran aún propicios. Cierto; el Partido sostenía el criterio del "cristianismo positivo"; Rosenberg se había esforzado mucho en ello, como usted misma dice, por clarificar este punto de vista. Pero la mejor explicación es la de que en 1920 sencillamente todavía no era posible solucionar de otra manera la cuestión religiosa.Había tanto trabajo de suma importancia esperándonos que tambié se podía cumplir bien con él sin tener en cuenta lo que la gente pensaba en lo tocante a su religión. Atención pública a la grandeza de nuestra revolución y también al campo filosófico y religioso, hubiera sido funesto en aquel momento de nuestra lucha. Habría ocasionado dudas y causado inquietud. Pero después de la victoria, cuando nuestro régimen hubiese sido construido con firmeza, y ya seguros, habríamos educado paulatinamente a las nuevas generaciones con el fin de meditar y comprender por si mismas que el cristianismo tal como es, choca con nuestros ideales. Mas perdimos la guerra y tenemos que esperar así todavía algo más de tiempo a ese despertar. ¡Pero llegará, esté segura de ello!. Llegará; pues nuestro Führer no ha venido inutilmente"*.

Después de dos días me despedí de mala gana de estos nuevos amigos. No sabía que no debía volver a verlos por un largo tiempo. Nos saludamos mutuamente con un *"¡Heil Hitler!"*.

"¿Sabe por otra parte", dijo la señorita B., *"cómo se dice eso en público sin ser descubierta?"*.

"Sí, lo sé", respondí y repetí la formula que usamos y que para todos nosotros significa lo mismo, pero para los no iniciados que escuchan casualmente suena directamente como tonterias insignificantes.

"Así que lo sabe también".

"¿Quién no lo sabe?". La señorita B. me contó que había pensado que me informaba de algo nuevo. Pero alguien me había contado eso ya en el último año. *"Anhelo vivir esos días en los que seremos otra vez libres para saludarnos mutuamente como nos gusta, en público o también entre nosotros"*.

"Sí, yo también. Esos días vendrán. Nuestras firmes intenciones los devolverán - nuestro modo de obrar desinteresado por medio de unificar en un objetivo voluntades dispuestas. De momento esperemos. ¡Heil Hitler!".

"¡Heil Hitler!".

Podría hablar de otros representantes de esa élite aria, en la que saludo a los precursores de una más elevada - sana, fuerte, mejor y hermosa - humanidad y esperanza del mundo; pues he hallado muchos más en el transcurso de estos pocos meses. Aquí en la prisión he entrado en contacto con uno o dos de entre los prisioneros políticos - a pesar de todos los esfuerzos por parte de las autoridades para mantenerme al margen de ellos - y aunque pueda parecer muy extraño, también entre el personal alemán encontré nacional-socialistas. Se suponía que estos no podían tener nada en común con nuestra ideología. Pero mucha más gente la comparte de lo que las autoridades piensan; precisamente de las que menos lo esperan. Sin embargo los pocos ejemplos que puse, especialmente los dos últimos son suficientes para hacer ver lo que se entiende que es una élite completa.

Casi los únicos arios hoy, dentro de los límites del sistema de castas indio, los brahamanes, son nombrados por los representantes de las otras castas "bhu-deva" o "Dioses en la tierra". Algunos de estos, sumamente pocos, merecen esta denominación. Pero aquí en la Alemania destruida encontré en los días sombríos entre los genuinos

nacional-socialistas, hombres y mujeres que son ejemplos brillantes de la eterna raza maestra -"Dioses vivientes en la tierra" en el sentido completo de la palabra-.

A menudo he procurado imaginarme que aspecto habría tenido nuestro mundo si el Nacional-socialismo se hubiese levantado de nuevo y se hubiera impuesto no sólo en Europa, sino que hubiese dominado todo el planeta durante siglos. Junto a una segregación racial absoluta habría fijada una jerarquía de razas admitida por todos, naturalmente con los arios más puros en la cumbre; en otras palabras, se habría hecho extensivo un sistema de castas sobre toda la humanidad - "cada hombre en su sitio" según las leyes divinas de la naturaleza, según la voluntad del sol, por citar uno de los himnos más antiguos 1); algo así de lo que hemos visto hasta la fecha en la India pero a gran escala, y podrían vivir mucho mejor organizados si Alemania o algún otro país europeo del norte tuviese la dirección del mundo en sus manos. Si no hubiese nada más acerca de religiones internacionales de la igualdad, y sí un regreso universal a las diferentes religiones paganas nacionales, que sobretodo realizan mejor la veneración a la fuerza vital que está representada en el sol, y no sólo así en cualquier ser humano, sino en toda la vida, en todos los seres unidos sobre su llanura. ¡Cuanto daría la bienvenida a un mundo así!. Al recordar esa magnífica minoría alemana nacional-socialista que tanto amo y admiro, ya que no puedo hacer otra cosa, deseo desde el fondo de mi corazón que algún día Alemania pueda dominar el mundo en toda su extensión. Más que nunca, ahora los alemanes merecen ser nombrados por el resto de la humanidad como una minoria de "bhudeva"- de "Dioses en la tierra".

1) "El más largo canto al sol" que puede ser atribuido con certeza al rey Ekhanaton de Egipto, aproximadamente 3400 años antes del presente.

CAPÍTULO X

VENGANZA DIVINA

"Figure-toi Pyrrhus, les yeux éticelants,
Entrant à la lueur de nos palais brûlants,
Sur tous mes frères morts se faisant un passage,
Et de sang tout couvert, èchauffant le carnage.
Songe aux cris des vainqueurs; songe aux cris des mourants,
Dans la flamme étouffés, sous le fer expirants".

Racine (Andromaque, Act III) 1)

"Lo que siguió fueron días espantosos y noches aún peores - sabía que todo estaba perdido. Esperar conseguir la clemencia del enemigo, a lo sumo podía ser sólo cosa de locos o bien de mentirosos y criminales. En esas noches creció el odio en mí, el odio contra los causantes de este desastre"

Adolf Hitler
(Mi Lucha I, capítulo VII)

Fue en Bonn, en el Rin, apenas algo más de una semana antes de mi captura.

Fuí a un Café para beber una taza de café caliente y sobretodo con el motivo de buscar un rincón relativamente tranquilo en el que pudiese permanecer sentada y escribir en paz, mientras me lo permitiera el propietario del local. Allí entré tomé contacto con un camarada que era totalmente distinto a la mayoría que había encontrado hasta entonces en Alemania o en cualquier otra parte - de una fuerza humana elemental tal que junto a su indumentaria daba miedo - el típico personaje de las cervecerías "recalcitrante".

1) "Imagínate a Pirro con sus ojos centellantes,
entrando al resplandor de nuestros palacios en llamas,
abriéndose camino sobre nuestros hermanos muertos,
y cubierto de sangre alentando la carnicería.
Piensa en los gritos de los vencedores, en los de los moribundos,
que se ahogan en las llamas, que expiran su vida bajo la espada".

Racine (Andrómaca, acto III)

Estaba sentado con otro hombre junto a una mesa y bebía. Debí pasar cerca de él y pude observarle facilmente. Parecía como un guerrero de Arminio que estaba vestido con mono de trabajo moderno y usado. Cabeza y hombros eran los de uno uro de los bosques germánicos de tiempos ancestrales. En sus pálidos ojos gris azulados que brillaban bajo las cejas espesas, en la frente ancha, en su cara rubicunda y rechoncha, en la barbilla poderosa que estaba medio escondida por una salvaje barba rubia, se encontraban la energía y la voluntad, y sin duda el ensimismamiento. Pero no la voluntad y el ensimismamiento de un hombre, de un individuo, no, sino más bien de una gran multitud que acababa de despertar al conocimiento, de una muchedumbre imponente, primitiva, silenciosa e imbatible, de la cual él era sólo un portavoz.

El otro hombre que tenía rasgos más regulares pero una cara menos expresiva, mejor vestido y no tan impetuoso - no tan "bárbaro" - parecía junto a él un ser corriente de nuestro actual mundo moribundo. En este hombre inclemente parecía vivir el ánima del antiguo bosque Hercynian y la de las felices fábricas alemanas en los días de la resurrección, "de las antiguas y de las nuevas", pensé; *"Esta es la Alemania que nunca pereció"*.

Hubiese hablado con mucho gusto con él. Pero naturalmente no lo hice. Me senté tan cerca en su mesa como pude, en vez de tomar asiento en el rincón. Pedí un café, saqué mis cosas y empezé a garabatear en torno al comienzo de un nuevo párrafo. Fue el hombre él que me abordó, como si su instito se lo hubiera ordenado.

"¿Escribe sus deberes escolares, señora?", me gritó por encima de las cabezas de media docena de clientes, al cabo de un rato. Alcé la vista y sonreí.

"Soy lo bastante adulta como para hacer deberes escolares, ¿verdad?", dije bromeando.

"Entonces deben ser cartas de amor", replicó el hombre. Reí esta vez a carcajadas.

"¡Dios mio, no!", dije, *"nunca escribo cartas de amor. Se trata sólo*

de un libro".

"¡Oh, oh, un libro! ¿Qué libro?".

Sin dejarme tiempo para una respuesta preguntó otra vez: *"¿Le molesta si pasamos al otro lado y nos sentamos con usted en la mesa?"*.

"Claro que no, sean bienvenidos".

Así se levantaron los dos hombres, tomaron su cerveza y se sentaron junto a mi. Cuando venían pude ver que él que había hablado conmigo era tan grande como había supuesto. Mas una de sus piernas estaba paralítica. El uro estaba herido. Era para mi algo desgarrador ver que aquel cuerpo fuerte y formidable estaba quebrado.

"¿Qué, bebe con nosotros? ¿Un vaso de cerveza?", dijo el hombre cuando él y su amigo se sentaron.

"Gracias, con mucho gusto".

"Y ahora", continuó, *"cuéntenos de que libro se trata"*.

"Se trata de la Alemania actual", respondí.

Al instante cambió la expresión en la cara rubicunda, robusta y toscamente tallada. En los ojos del hombre percibí una seriedad que antes no había estado presente.

"¿Estuvo aquí en la bella época antes de la guerra?", me preguntó.

"Por desgracia no. Deseé haber estado aquí", dije. *"Pero no estuve"*.

"Si nunca ha visto aquellos grandes días entonces no puede entender la diferencia con hoy. Y no puede escribir sobre la Alemania actual".

Pensé que el hombre tenía verdaderamente razón. Una vez más me dolió el corazón por un sentimiento de inexpiable culpa cuando me acordé de repente de aquellos grandes días que no había vivido. Otra vez me habían clavado el cuchillo en la vieja herida. Sí, ¿por qué había venido tan tarde?.

Contemplé triste al hombre y dije: *"Es cierto que en aquella época no estuve aquí. Ni he visto los soberbios días anuales del Partido, ni los desfiles de la Juventud Hitleriana en las calles; ni he oido la propia voz del Führer al Pueblo alemán (excepto en la radio). En todos esos años estuve alejada a diez mil kilómetros, en la India. Pero he estudiado el Movimiento tanto como se puede desde la lejanía. También tuve amplias noticias directas de aquí; la*

mayoría de la gente ho ha tenido una suerte así. Mi marido fue el propietario y editor de la única revista nacional-socialista en la India, "El Nuevo Mercurio", una publicación bisemanal que cada alemán en el país debía abonar por orden del consulado alemán en Calcuta. La revista ya fue prohibida en 1937 (podía decir esto sin traicionar mis propios sectretos o los de cualquier otro)".

El hombre me contemplaba con llamativo creciente interés. Sus ojos centellaban.

"Oh, oh", dijo su compañero, *"¿has oido eso?.¡Por Dios, es mucho para escuchar!"*.

Entonces se volvió hacia mi antes de que el otro hubiese tenido tiempo de expresar una palabra más y dijo: *"Naturalmente en ese caso la cosa parece distinta. No es uno de esos extranjeros que nos vienen acá, bien para utilizarnos, bien para compadecernos - ¡al diablo con ellos!. Aunque no tuvo la alegría de haber estado aquí en los grandes días, sabe la verdad"*.

"¡Pienso que sí!"

"¿Escribe en ese (su) libro la verdad?"

"Espero que sí"

"Y cuál es la impresión general de Alemania tal como la ve hoy?¿Nos aprecia?"

"Les admiro", respondí con convencimiento natural. *"Les admiro - a los auténticos alemanes fieles, quiero decir - incluso más de lo que lo hice en los gloriosos años cuarenta; e incluso más que en 1942 cuando esperaba poder saludar a su ejército en Delhi, tras una marcha victoriosa a través de Rusia"*.

La cara del hombre se iluminó con una agradable sonrisa.

"Tiene razón", dijo, *"toda la razón. Somos buenos hombres trabajando duro, honrados, amables y pacíficos. Nunca quisimos esta guerra. Son esos cerdos del otro lado los que nos la impusieron. Usted lo sabe, ¿verdad?. También habríamos ganado. Pues si bien amamos la paz, combatimos decididos cuando nos vemos obligados. Habríamos ganado si no hubiera habido traidores"*.

"Lo sé. El Führer ofreció tres veces a Inglaterra una paz honrosa y con ello su colaboración para edificar una Europa próspera. Y tres veces In-

glaterra rehusó - y obedeció a sus maestros, los judíos. Lo sé, no es su culpa. Y ... ¿puedo hablar aún más sinceramente? ¿No tendrá su amigo a este respecto nada que objetar?", dije e hice alusión al otro hombre que estaba sentado en nuestra mesa.

"¿Él?. Claro que no. Es un antiguo camarada. Está completamente segura con nosostros". Confiaba en que así sería. Nunca se sabe. Pero hablé.

"Sencillamente, no puedo acostumbrarme al panorama de las ruinas", dije. *"Siempre donde voy me gritan en contra la historia de los mártires de la gran nación, los cuales habrían detenido el ocaso de las razas más avanzadas y habrían salvado a todo el mundo. Y cuanto más pienso en ello, tanto más odio a esos que dentro y fuera de Alemania han trabajado para traer la desgracia sobre nosotros"*.

"¿Se refiere a los judíos?".

"Sin duda, los judíos. Pero aun más a esos arios que creyeron las mentiras judías o que se aliaron con los poderes del judaísmo internacional por motivos viles e interesados; a todos aquellos que dentro y fuera de Alemania traicionaron al Nacional-socialismo o lo combatieron abiertamente".

"¿A quién más de todos esos?".

"A los traidores de los que usted misma habló hace unos instantes; a esos que aunque alemanes de pura sangre han trabajado en secreto contra el Führer durante esta guerra y que ahora suben su tono gracias a la protección del 'conquistador'".

"¡Bien! ¡Así se dice!. Sí, serán los canallas los que deban pasar los primeros cuando llegue el día del ajuste de cuentas".

"Espero ese día".

"¡Yo también!. Y no sólo yo - ¡millones!".

Los ojos del hombre se pusieron severos de repente, y ví en ellos un destello salvaje que me era agradable. *"Por fin"*, pensé, *"aquí no hay alguien con el cual precise no enojarme para moderar mi estilo. Aquí hay uno que me seguirá hasta el final, uno al que no asustaría la visión del barbarismo profundamente cimentado en mi - esa lenta huella agonizante de los no arios inmemoriales, que antes de los griegos y romanos tuvieron su*

apogeo en las costas del mar interior; un habitante del norte que una vez enojado, rivalizaría con impetu cruento con ese europeo del sur".

Y sonreí.

El hombre bebió de un trago su vaso de cerveza, pidió una más y luego se dirigió otra vez a mi.

"¿Por tanto ha visto que estos bribones han atentado contra nuestro país, verdad?".

"He visto Hamburgo", respondí. *"He visto Hannover, Frankfurt, Essen, Colonia, Coblenza, Saarbrücken. He visto Stuttgart y Ulm. Tengo conocimiento de que las ciudades de la zona rusa - Berlin, Dresde y las demás - se encuentran en el mismo estado; que por todas partes es el mismo"*.

"¿Ha visto Düren?".

"No".

"Es mi ciudad natal, no lejos de aquí - entre Colonia y Aquisgrán. ¿Puede imaginarse cuantos seres humanos inocentes, hombres, mujeres y niños mataron en una sola noche con sus malditas bombas de fósforo?. ¡22.000!. Y no les mataron directamente, sabe usted. No, los quemaron vivos - se adherían firmemente en el alquitrán derretido de las calles, todas las cuales, excepto unas pocas, ardían, y fueron literalmente asados hasta la muerte. Ví este infierno con mis propios ojos y nunca lo olvidaré. Fue el 16 de noviembre de 1944. Debería ver ahora el lugar: un montón de escombros; como el resto de Alemania".

"No estoy dispuesto a olvidarlo jamás", dijo de nuevo tras una pausa, *"y perdonarlo"*.

Otra vez ví en sus ojos ese centello de barbarie elemental.

Sonreí ligeramente y evoqué en mi mente el recuerdo todavía vivo de mi primer viaje por Alemania, esa mirada rápida a las ruinas de ciudades enteras y mi ruego fervoroso a la fuerza implacable que gobierna el universo con armonía matemática - a la fuerza inaccesi-

ble (Durga, uno de los nombres de la Diosa de la naturaleza, constructiva y destructiva a la vez, quiere decir "inaccesible" en sánscrito) que es sorda a las voces del temor piadoso o del arrepentimiento tardío: *"¡Madre de la destrucción, venga a esta tierra!"*.

"Sí", dije al hombre en una sincera efusión sentimental a su bien parecido, más venía por otra causa más profunda, *"además nunca perdonaré a estos canallas su crueldad y pusilánime hipocresía, que en Nuremberg se sentaron como jueces por encima de los denominados "criminales de guerra", después que ellos mismos lo fueron - como si lo que hicieron no hubiese sido un crimen de guerra más horrible que todas sus pretendidas acusaciones contra el Nacional-socialismo. Nunca les perdonaré su autocomplacencia, su afectación de honradez, sus mentiras sobre "justicia" y "libertad", junto con su demencia fanática de 'reeducar' a todos esos que no creen como ellos. ¿Después de todo quienes son qué quieren 'reeducar' gente? ¿Quiénes son ellos para hablar sobre moral y "humanidad" y no sé qué más cosas?"*.

"¿De manera que los odia lo mismo que yo, verdad?".

"Sí, lo mismo usted; - cuando no, aún más".

"Pero dice que estuvo en la India. No ha soportado lo que nosotros hemos soportado. No ha visto este infierno".

"No, pero he pensado todo el tiempo en ello. Me perseguía. Viajé de un sitio a otro para no pensar en ello, pero no me ayudó nada. Entonces vino el proceso repugnante, el crimen como nunca ha habido otro. Tan pronto como volví a Europa oí como se congratulaban por ello, como si hubiese sido un acto de justicia - ¡los muy cerdos!. Esto no es todo. De la destrucción salvaje de la Alemania nacional-socialista a la que contemplé en la cúspide durante veinte años, al ahorcamiento de los mejores hombres de Europa como 'criminales de guerra'; hasta estos pensamientos disminuyen allí ante el otro pensamiento que nunca puedo quitarme de encima: el pensamiento de que habrían violentado a mi Führer mismo - el único entre mis contemporáneos que siempre he venerado - si les hubiera sido posible ponerle la mano encima. Me estremezco de pensarlo..."

"¡Sí, diablos!", replicó el hombre. Sus ojos brillaron. *"Pero"*, añadió susurrando que sólo pude oirle: *"nada tema; él vive y disfruta*

de excelente salud".

"Lo sé", dije.

"Y él volverá", prosiguió el hombre susurrando aún más bajo, *"cuando alboree el día de la venganza divina, entonces le verá"*.

"Tal vez, si los Dioses me consideran merecedora", respondí. Mi semblante brilló. *"Verle, verle a la cabeza del Último Batallón prometido - del 'Tercer Poder' -"*, dije y me acordé al mismo tiempo de ambas cosas, las palabras habladas y las impresas que me habían dado una nueva vida y un nuevo impulso, incluso cuando regresé a Alemania. *"¿Pero donde está el misterioso Tercer Poder?, ¿lo sabe?"*.

Los ojos del hombre se tornaron en expresión de alegría salvaje y sobrenatural. Su cara se volvió hermosa y terrible, como la de un Dios de la guerra en los tiempos antiguos. *"Soy el Tercer Poder"*, me dijo con voz fuerte, esta vez sin fijarse que ya no susurraba. *"Soy el Último Batallón; soy la venganza divina que bajará como el relámpago sobre los canallas y los liquidará para siempre - a ambos lados, al occidental, al oriental, que incluso es aún peor; yo y millones como yo. ¡No lo espere del extranjero!. No, está aquí, inadvertido, no levanta sospechas, pero esperando, dispuesto para lanzarse al ataque con la primera señal. Está aquí y vendrá de aquí, Surgirá de la propia tierra de Alemania en mil sitios al mismo tiempo, como la lava de mil volcanes que nadie puede detener y circulará en llamas y olas de fuego sobre toda Europa antes de que tengan tiempo de reaccionar. El odio de la nación - que no les hizo daño y que ellos torturaron, injuriaron, avasallaron, expoliaron, rompieron en pedazos y denostaron con la única confianza de ser ellos solos los que pudiesen disfrutar el mundo - es el Tercer Poder, esto le digo. No hay otro - Y no necesitamos otro"*, agregó y vació su vaso; *"y les arruinará"*.

"Si la bomba atómica no borra antes a todo el mundo", rompió el otro hombre que estaba sentado en nuestra mesa. Era la primera vez que le oía hablar algo.

"La bomba atómica hará para nosotros una buena parte de nuestro trabajo sucio", respondió el primer orador. *"No se altere mi amiga, los cerdos la emplearán entre sí, sin incomodarse en despilfarrarla contra nosotros - es costosa. Sólo entraremos en su campo de acción cuando se figuren*

estar al final por ello. ¡Observe entonces que es lo que sucederá con o sin bomba atómica!. Ponga atención; pues será digno de observarse. No como en 1940, ¡oh no!. ¡Mucho mejor!".

Sus hombros pesados se sacudieron con una carcajada intensa. Sus ojos brillaron con esa alegría impetuosa que, como se dice, irradia algunas veces cuando se habla de la degradación venidera de nuestros enemigos, o se piensa en ella. Le contemplé con el mismo interés admirado que una bella muchacha se contempla en el espejo. Sí, este hombre áspero, enorme y franco comprendería mi indignación al pensar en todos los padecimientos a los que fueron impuestos los que así piensan y sienten, como yo lo hago. Nunca diría - como otros - que soy "terrible"; ¡Qué alivio encontrar a alguien así, después de tres años de relaciones con hipersensibles "antropoides reclamantes de derechos" en todos sus grados de falsedad!.

El hombre pidió otros tres vasos de cerveza e insistió en que una era para mi y entonces prosiguió:

"¡Mucho mejor,sí!. Estaba por aquel entonces con mi tropa en Francia. Desfilé a lo largo de las calles de Paris y también bajo el famoso arco triunfal 'Arc de Triomphe'. Fueron días soberbios. Marché a través del país directamente abajo, hasta la frontera española. Me alegré. Todos nos alegramos. Comimos. Bebimos. Tuvimos un tiempo hermoso. ¡Grandes días, eso le puedo decir!. Mas nos conducimos como 'gentlemen'. No causamos daño a nadie. Aún más: nuestra disciplina férrea preservó a los vencidos de posibles pérdidas en nuestro bando. En Lyon ví fusilar a uno de nuestros soldados porque se había apropiado de un reloj de pulsera ornamentado con diamantes en una de sus tiendas. Detentábamos el orden entre nosotros. Llevamos orden a los paises en que dominábamos. Fuimos generosos y caritativos con los "conquistados" - hasta que naturalmente, comenzaron a matarnos a docenas sobre las calles tras la puesta del sol por nada. Entonces debimos adoptar medidas. ¿Quién no lo habría hecho?. Perdimos la guerra. A muchos de nosotros no les salió tan bien como desearon el escapar rapidamente de Francia, y se convirtieron en prisioneros de guerra. Yo fui uno de los sorprendidos. ¡Debió ver como nos trataron! ¡Peor que a cerdos!".

"He oido relatos de otros prisioneros sobre todo los de los que habían

servido en las Waffen-SS y que casualmente fueron hechos prisioneros en aquellos tiempos", dije.

"Sí, esos - nuestros mejores muchachos -fueron tratados posiblemente peor de lo que se pueda describir en cualquier relato. ¿Cuántos de ellos nunca más regresaron de los campos de concentración infernales o los campos de trabajos forzados en Africa central? ¿Cuántos de ellos debieron, después de que fueron liberados, cerrar contratos de servicio por muchos años en la "Legión extranjera" y ser enviados a Indochina y otros lugares para morir por enfermedad tropical. Sólo Dios lo sabe. Pero dejémosles ahora aparte. Como simples soldados de la Wehrmacht nos fue bastante mal. Le contaría todo lo que he soportado personalmente, si aquí no se cerrara a las tres, y no fuesen ahora casi las tres menos cuarto.

Ahora bien, me retuvieron permanentemente hasta 1948. Estoy otra vez en casa desde hace tan sólo tres semanas. Y la represión que se ha vivido aquí - o en cualquier "zona" - no creo que se haya vivido nunca antes una cosa así en el mundo - en todo caso, no en Europa. Gente linda que habla de "libertad" y "justicia" - ¡esos malditos demócratas!. Nos han atado de pies y manos de modo que no podamos movernos; nos amordazaron para que no pudieramos oponer resistencia mientras saqueaban nuestro país a izquierda y derecha, se llevaron nuestras fábricas pieza a pieza, talaron nuestros bosques, nuestro carbón, nuestro acero - sencillamente tomaron todo lo que teníamos y aparte de ello, además, hicieron creer a la gente que fuimos culpables de la guerra - ¡esos malditos embusteros!".

"Pero le digo que el día del ajuste de cuentas se está aproximando, el gran día que usted y yo, y nuestro amigo que está aquí sentado con nosotros, y otros miles de personas esperamos, el día en el que veremos a los 'Johnnies' correr por su vida en cada 'zona' y que maldecirán por siempre su destino, que los ha traido a Alemania; el día en el que verá el Tercer Poder en acción, cuando un día esté de nuevo en Paris. Pero no seré el mismo hombre como en aquella época. Y Paris se hallará en ruinas. Y así irá a otros lugares que entonces respetamos. La próxima vez no respetaremos a nada y a nadie. Enseñaremos a esos bellacos de que son capaces los amables, pacíficos y cándidos alemanes, después de haber sido amargados años y años mediante trato cruel. Tenían la costumbre de llamarnos "sales Boches" (cerdos inmun-

dos), y sólo nos reíamos como se rie acerca de las jugarretas de los niños traviesos. Esta vez no reiremos. ¡Oh, no! ¡Sea como fuera yo no reiré!".

De pronto subió la voz y revolvió los ojos ante mi, los cuales se asemejaban a los de un animal salvaje sorprendido que se ha vuelto furioso en presencia del dolor, a los de un Dios de la guerra de la Edad de Piedra que tiene sed de sangre; ojos en los que brillaba el gusto por la mantanza (tan antiguo y fuerte como el placer del apareamiento) en todo su bárbaro esplendor, y dijo: *"No respetaré esta vez a ninguno de esos bastardos cuando vuelva como conquistador. Cortaré el gaznate a cada uno que capture, ¿lo oye usted?- así"* (y en un terrible gesto pasó tres o cuatro veces con el dorso de la mano sobre su propia garganta), *"y observaré sus ojos cuando cerca de mi me supliquen clemencia, y permaneceré tan sordo como una piedra; observaré como lentamente expiran la vida mientras les miro firmemente a la cara hasta el final. Eso será todavía amabilidad en comparación a lo que he visto hacer con nosotros en 1944 y 1945"*.

Clavé los ojos en esa expresión de furor elemental de un hombre de mi raza y mis ideales con ese sentimiento dispar de temor religioso y sublevación que una vez me cogió desprevenida cuando me encontraba sobre la cubierta resbaladiza de un buque en medio de una tormenta del Mar del Norte o cerca de un rio de lava en la ladera del volcán Hekla entrando en erupción de noche.

Medio cerré los ojos y sonreí a los recuerdos amargos que un día me parecieron - ahora lo sabía - como la evocación de una pesadilla en el resplandor de la luz del día: la tragedia de Nuremberg, la tragedia de toda Alemania en sus ruinas, y todo el horror de la persecución despiadada del Nacional-Socialismo, del que había visto un poco y oido muchísimo. Me acordé que había invocado la venganza divina durante el primero de mis viajes por el país atormentado: *"Diosa, color de océano tempestuoso y color de la noche estrellada, madre de la destrucción"* (así pensé cuando ví ante mi a la cara completamente aterrada), *"¿has respondido a mi llamada?. Mirame fijamente por medio de esos ojos salvajes : ¿me prometes tu venganza lenta, escrupulosa y desapasionada a favor de todo lo que amo?"*.

Evoqué en mi mente la densa lava del Hekla que se movía en la medida de tres metros al día quemando todo a su paso. Igual de lenta, irresistible y sin distinción que era su furia destructora e impersonal, también lo era la crecida paulatina de ese poderoso océano cargado con todo el odio por el que abogo contra nuestros perseguidores. Pero ese océano era consciente hasta cierto grado. Podía hablarme por cada una de sus moléculas - como lo hacía ahora - y yo también podía hacerlo. Me entendía. Pues si bien estaba por encima de mi, con sólo desearlo también era yo misma una parte de él, conocía su lenguaje y podía surgir en mi voz sus ánimos agitados y dejarlos correr.

Tendí la mano a aquel formidable y simple "matón" y sonreí otra vez - esta vez no sólo debido a una idea abstracta de venganza divina: *"¡Bien!"*, dije, *"¡muy bien!. Oh, no sabe cuanta simpatía siento por usted. Pero no olvide 'liquidar' aquí a esos condenados anti-nazis antes de que parta para castigar al mundo exterior. Ellos tienen casi toda la culpa de la pérdida de la guerra y son los causantes de todos los males de Alemania".*

"¡Seguro!. ¿No creerá que vamos a dejarlos atrás sin haber castigado siquiera a uno de estos traidores?. No se asuste, lo merecen por derecho".

Pero los ojos del hombre se volvieron más dulces cuando cogió mi mano en su mano grande, áspera y fuerte. Me contempló con una mirada en la que la expresión completamente asesina había cedido a una sonrisa sincera, afable, casi cariñosa. Cuando se volvió hacia su camarada dijo - mientras todavía retenía mi mano en la suya - : *"Esta señora me gusta. Dice la verdad".*

"Y la escribe", respondí riendo.

"Sí, había olvidado totalmente su libro".

"No hablo sólo de mi libro", dije, *"hablo de estas. Ahora sé que no me traicionará; supongo que puedo mostrarle, y darle una (o más) si está interesado en ello"*.

Saqué una de las 5.000 cuartillas (doce pulgadas de largo por ocho de ancho) de mi bolso - mis últimas existencias - de las que ya había distribuido la mayor parte. *"Pero"*, dije, *"tenga cuidado que nadie le vea leyéndola!"...*

"¡Todo está en orden! ¡Nada tiene que temer!".

La desdobló y vió la amplia swástika que ocupaba una cuarta parte de la hoja: *"¡Oh, oh! ¡Esto es importante!"*, dijo. Con cuidado, giró la hoja que llevaba la señal sagrada, ahora extremadamente peligrosa, y leyó las lineas impresas:

"Pueblo alemán, ¿qué os han traido los demócratas?
Durante la guerra fósforo y fuego;
tras la guerra
hambre, humillación, represión; desmantelamiento de las fábricas,
destrucción de los bosques; y ahora, -¡el estatuto del Ruhr!
Pero la 'esclavitud no puede durar mucho más tiempo'.
Nuestro Führer vive y volverá pronto
con un poder indecible
¡Resitíos a los perseguidores!
¡Confiad y esperad!

¡Heil Hitler!"
S.D.

"¡Por Dios, esto es cierto - de ningún modo pudiera ser más cierto!", dijo el hombre.

"¿Usted escribió esto?"

"Sí"

"¿Y qué significa 'S.D'.?"

"Mis iniciales significan Savitri Devi Mukherji".

El hombre rió, *"¡cierto, escrito y firmado por usted misma!. Esto es maravilloso"*. *"Debes contemplar esto"*, añadió mientras se volvía a su amigo y le pasaba la hoja. Y me dijo susurrando al oído: *"Es un juego peligroso, el que juega aquí, mi querida señora. Bello pero peligroso. Sólo le ruego que no sea atrapada algún día. Y ahora... un vaso de cerveza más, quiere?"*.

"Pero ..."

"Sí, sí, debe tener una; por el éxito de su misión, por el retorno, por "su" regreso ..."

"Eso es".

"¡Camarero, tres cervezas más!"

"Pero cerramos ahora", dijo el camarero.

"¡Eso no importa! ¡Traigalás! No durará ni cinco minutos".

El camarero volvió a toda prisa. El hombre pagó. Alzamos nuestros vasos y dijimos en voz baja: *"¡Por la destrucción de los enemigos!"*

"¡Por la nueva elevación de Alemania!"

"¡Por Adolf Hitler, el Führer del mundo!".

Sentí como mis ojos se llenaban de lágrimas cuando profirió ante mi estas palabras y evoqué en mi mente los tiempos felices en los que estuve a la espera de que los ejércitos alemanes se abriesen paso en Stalingrado y entrasen en la India por encima del Alto Asia, a lo largo del antiguo camino de conquista uniendo a todo el mundo ario.

"¿En qué piensa ahora?", me preguntó el hombre.

"En los días gloriosos".

"Que volverán", dijo y me colocó la mano sobre el hombro, *"o mejor debiera decir: vendrán 'grandes' días; el Orden Nuevo pero... esta vez sin traidores y judíos"*.

El camarero se acercó a nosotros. *"Cerramos"*, dijo, *"lo siento"*.

"¿Quieren más de mis octavillas?", pregunté a los dos hombres.

"Desearía un par", contestó el hombre que hasta ahora apenas había hablado. Le día algunas.

"¿Cuántas tiene de estas?", preguntó el otro hombre.

"No lo sé, Tuve 5.000 al principio. Pero ya he repartido un gran número de ellas. Algunos cientos pueden quedar todavía".

"5.000 son muy pocas para toda Alemania", dijo, *"¡las necesitas ex profeso! Esta única que me dió es suficiente. Miles la leerán. Docenas la copiarán y distribuirán"*.

Nos pusimos en pie y nos dimos la mano. *"Por otra parte"*, me dijo el hombre finalmente, *"no pensé en preguntarle por su nacionalidad. A pesar de su acento extranjero olvide completamente que no es alemana. ¿Qué es usted?"*.

Nos pusimos en pie y nos dimos la mano. *"Por otra parte"*, me dijo el hombre finalmente, *"no pensé en preguntarle por su nacionalidad. A pesar de su acento extranjero olvide completamente que no es alemana. ¿Qué es usted?"*.

"Una aria", contesté con una sonrisa, *"¿no es suficiente eso?"*.

"Sí, naturalmente", el hombre también sonrió.

"¡Heil Hitler!", dije susurrando cuando nos separamos, y no me atreví a levantar el brazo para el saludo puesto que estábamos en una plaza pública. *"¡Heil Hitler!"*, respondieron ambos hombres.

Desde entonces, cuando me acuerdo de este hombre pienso no sólo en la gran energía humana que se concentraba en él, sino antes bien, el amargor, el rencor, el odio de todo un Pueblo que ha sufrido en sobremanera, y todo ello se personificó en él.

Sí, esta es la energía que queremos dar rienda suelta la próxima vez sobre este continente medio destruido.

¡Vox populi, vox dei! (¡La voz del Pueblo, la voz de Dios!). Ese alemán duro, sincero, bueno en el fondo, pero impulsado por un poder mortifero por un exceso de trato abyecto - él es un símbolo del Pueblo alemán. A través de su voz clama la sangre de millares de alemanes desconocidos que desde 1945 fueron torturados en venganza por el amor a la idea nacional-socialista. Es una voz divina. En ella suena la maldición que derribará toda la edificación de la democracia y del comunismo. Nada puede acallarla, reducir su fuerza mágica.

CAPÍTULO XI

NUESTRO TRABAJO CONSTRUCTIVO

"Porque lo que aquí debía proclamarse era una nueva Weltanschauung y no una consigna electoral nueva".

Adolf Hitler
(Mi Lucha I, capítulo IX)

"El Nacional-socialismo es una Weltanschauung que se encuentra en la más rigurosa oposición al mundo actual del capitalismo y a su satélite marxista y burgués".

Gottfried Feder ("El programa del N.S.D.A.P.
y sus principios ideológicos fundamentales")

Sobre las arcadas jónicas de la "Biblioteca Gennadios" en la Atenas moderna, se puede leer en marmol tallado de Pentelicus las palabras: *"Helenos son todos los que participan en nuestra cultura"*. No lo recuerdo y no tengo aqui en prisión la posibilidad de descubrir que internacionalista griego de la antigüedad ulterior escribió esta frase absurda. Pero estoy casi segura que se trata de la declaración de uno de los muchos - demasiados - pensadores indolentes del periodo alejandrino o quizás hasta del romano, que son nombrados injustamente filósofos, los denominados filósofos del época en el que la Grecia pagana ya se encontraba en decadencia. Ningún griego de los días clásicos habría sido tan cándido de creer que cada ser humano, suponiendo que pudiera hablar griego, recitar poesias griegas, mostrar costumbres griegas y haber aceptado el gusto griego, podía ser llamado heleno. Hasta los griegos brutos e incultos, pero inteligentes y viriles lo supieron mejor en los días más oscuros de la historia del pueblo griego - en los días de la dominación turca - ; pues fueron cualquier cosa menos decadentes. Por desgracia no es la Gre-

cia clásica sino la internacionalista, la levantina y brillante, pero la enervada Grecia del helenista, la Grecia que influenció en Roma, y en tiempos posteriores a través de Roma, en Europa. Desgraciadamente se agregó a esta malsana influencia una aún más funesta, esto es, la del cristianismo. Aún más funesta, digo, porque en la nueva religión fue no solo divulgada la doctrina falsa de las mismas posibilidades de *todos* los hombres, sino confirmada y santificada a base de una pretendida autoridad sobrenatural.

No hay motivo para extrañarse que Europa, que había perdido su piedad sin perder su necedad, comenzase otra vez a buscar en el decadente ideario helénico las palabras apropiadas para esa inspiración igualadora bajo cuya influencia había estado merced al cristianismo. América imitó a Europa en proporciones acrecentadas.

De entre todas las sentencias de los antiguos pensadores griegos que los superdemócratas del Nuevo Mundo encontraron la más apropiada para colocarla sobre las columnas de la biblioteca del centro arqueológico que fue dirigido por ellos, es exactamente la que recordé al principio de este capítulo. Probablemente es un presentimiento y al mismo tiempo un 'estimulo' para su manera de sentir; de las profundidades de un pasado que no está muy lejano pero que a los ojos de una colectividad - mezcolanza de apenas doscientos años asi parece, les inspira la voz de un griego - parlante internacionalista (que puede haber sido todo menos un griego puro, si él vivió en el tiempo que presumo): *"Sí, suponiendo que él estuviese familiarizado con las obras de Homero, Esquilo y Platón, entonces hasta un yankee llegaría a ser un heleno"* (poco más o menos como si un polaco o un armenio, incluso un judío que se ha establecido en USA, habla inglés, lee periódicos, novelas americanas y gusta de películas americanas, se hace americano. ¿Por qué no?). Es la cultura la que fija la nacionalidad. En otras palabras, es aquello que se conoce y que se está habituado a pensar lo que determina lo que se es.

El cristianismo - como una religión del más allá que se basa en la revelación - fue el primer paso. Ha fijado la idea que lo que uno



El Führer de los Arios

cree, al final determina lo que se es. Dicho exactamente: la concepción cristiana ha eclipsado la comunidad cultural misma por la idea de la solidaridad universal a través de dogmas morales y metafísicos. Cada hombre, suponiendo que él crea en la salvación a través de Jesucristo con todas sus complicadas deducciones, debiera ser tratado - al menos en la teoria - por ese motivo como cualquier otro hombre que cree lo mismo; esto llega al extremo de que puede casarse o puede dejar casarse a sus hijos con la familia de otro hombre, cualquiera que pueda ser su raza o estado de salud. La cultura deviene en segundo lugar. Pero digo: *"sólo en teoría"*; pues para la mayoría de la gente subsiste una "comunidad cultural" verdadera o supuesta, que es un elemento muy importante en la igualdad democrática. Las uniones de fe entran en consideración entre los hombres religiosos como una parte de la unión cultural.

Mas si el cristianismo nunca logró unir a todos los hombres y mezclar a todas las razas sobre la base de la fe común en el mundo del más allá - cuando por ejemplo hasta hoy no estuvo en condiciones de romper el límite al color de la piel en los países donde existe - así con todo, su influencia lenta y permanente ha tenido éxito para lograr eso que muchos de los que creen en la igualdad por medio de la cultura, hacen extensivas estas creencias a toda la humanidad y también a las razas visiblemente más innobles, y dan con ellas a estas la posibilidad, más tarde o más temprano, de tener una "cultura común" con los arios. Bajo esta actitud antinatural se encuentra en el fondo la manía deplorable de educar según modos europeos a los indígenas de la mayoría de los pueblos coloniales no arios. Y reitero: Probablemente ningún hombre de sangre aria mismo pudiera ser convertido a la fe - como nuestros demócratas y comunistas - de que todo pueblo (lo mismo que raza) "mediante educación" puede aceptar la cultura moderna de Europa occidental, si el cristianismo no hubiese preparado el subconsciente durante siglos. Esto ocurrió debido a que se enseñó a los padres que todas las "almas" son iguales a los ojos del dios cristiano, y que cuentan las almas, no los cuerpos.

El hecho es que para la ley civil, como también en el caso de los hermanos de fe, para la ley religiosa, cualquiera puede casarse con cualquiera en cualquier parte del mundo - excepto en determinada India de las castas vivas, en comunidades primitivas en las que predominan severos "tabus" sexuales, en los paises en los que existe un límite eficaz al color de la piel - demuestra solo cuan poderosamente las grandes religiones internacionales de la igualdad - el cristianisno y el Islam, que tienen su origen en el judaismo - prepararon la base para el moderno punto de vista democrático, cuyo resultado lógico a fin de cuentas es el comunismo. El griego antiguo, democrático y cosmopolita, para él que el helenismo significa precisamente sólo la cultura helenística, desprendido de la nacionalidad y raza helenística, nunca habría "avanzado" hasta ese extremo. Jamás habría admitido que por ejemplo, un chino (puede ser también civilizado en alto grado a su manera) o un africano "puedan participar en la cultura griega", por muy bien que pudieran recitar a Homero de memoria. Y se habría espantado a cerca de los matrimonios que hoy acaecen en la Europa moderna. La humanidad ha ido fuertemente a pique desde la influencia del judaismo - por el cristianismo en todo el mundo, por el Islam en el Oriente Medio y Cercano y en Africa - y ha contribuido en una medida nunca vista a la disolución posterior más amplia de las fuerzas decadentes ya existentes. Pero la raiz de la decadencia se halla en la actitud que se expresa en la frase arriba indicada - es decir, en la actitud que se encuentra en la infravaloración y la falta de respeto general del fundamental factor físico en la cultura, como también en la nacionalidad. Lo que se conoce y se entiende habitualmente por pensar y hacer, en manera alguna determina lo que se es. Al contrario, es el fondo físico el que determina las orientaciones intelectuales y morales y la acepción verdadera de lo que se piensa y hace, y también elige lo que es para conservar o para olvidar. Más que el entorno económico y geográfico es el fondo físico, la herencia total de los antepasados, la raza, la sangre.

El fundador del Nacional-socialismo dijo eso en primer lugar para recordar al mundo esta verdad olvidada pero de suma importancia, para destruir la ilusión peligrosa que había extraviado la conciencia occidental desde el ocaso del paganismo clásico; para marcar a fuego la locura de un ensayo cualquiera, para "germanizar" a arios que no son de origen alemán puro (dejamos aparte a los no arios), y para anunciar que "lengua y usos no pueden reemplazar la sangre" a pesar de 2400 años de falsa doctrina 1).

La fundación de la nueva Alemania tal como Adolf Hitler la fijó se puede admirar en las pocas palabras del cuarto de los veinticinco famosos puntos, que conservan "en una cáscara de nuez" la totalidad del programa del Partido nacional-socialista: *"sólo podrá ser ciudadano del Estado quien es miembro de la Nación. Miembro de la Nación podrá ser sólo quien sea de sangre alemana, sea cual fuere su confesión religiosa. Por consiguiente ningún judío podrá ser miembro de la Nación"* 2).

Hasta entre los primeros nacional-socialistas mismos muy pocos comprendieron que la grandiosa revolución había tenido su origen el 24-II-1920 en una impresionante manifestación multitudinaria en el patio de la cervecería en Munich, cuando el Führer manifestó por primera vez estas palabras en público. Cuatro años más tarde debió escribir en "Mi Lucha": *"La misión del Nacional--socialismo no está en el establecimiento de una monarquía o en la consolidación de una república, sino en la creación de un estado germánico"* 3).

De hecho era esta no sólo la primera vez en la historia del Pueblo alemán que se exponía la noción de un auténtico estado germánico, sino que fue, que yo sepa, la primera vez en la evolución

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha"II, Cap.2.
2) Punto 4º del programa.
3) Adolf Hitler, "Mi Lucha"I, Cap.12

del mundo que se proclamaba el concepto de un estado nacional de cualquier tendencia, con pleno conocimiento de las deducciones prácticas y filosóficas y con pleno saber de su significación. Era seguramente la primera vez que la creación de un estado así era querido conscientemente para el bienestar de una población aria practicamente igual (que si no sólo eran hombres germánicos o nórdicos puros, si cuando menos comprendía hombres de troncos arios). El antiguo sistema de castas indio que está erigido sobre los mismos principios raciales que el régimen alemán, fue concebido para el desenvolvimiento armónico de muchas razas que viven en un país gigantesco bajo la dominación intencionadamete política como también espiritual de una pequeña minoria totalmente aria. El único otro Pueblo moderno y civilizado, bastante similar, cuyas religión y tradición innatas - se unen el culto a los ancestros, culto a los héroes y culto al sol - guiaron la formación de un estado nacional propio son los japoneses, que no son arios en absoluto.

En la antigüedad el asunto racial fue mucho más acentuado de lo que jamás fue desde la decadencia; porque los gérmenes del ocaso todavía no estaban definitivamente asentados. Conciencia racial, a diferencia de conciencia cultural, era algo que verdaderamente existió. Nadie podía, por ejemplo, participar en los Juegos Olímpicos si no era capaz de probar que era de sangre helena. Ni uno sólo, visto "heleno" por la cultura, habría sido admitido - menos aún que en la India, donde hasta hoy en día un hombre de la casta más innoble (o uno que vive absolutamente fuera de las castas) no es admitido en el interior de un templo hindu o en una sala de fiestas "sólo para brahmanes" cualquiera que sea la "cultura" a la que pertenezca. No obstante, ni siquiera en esa época estaba fijada la idea de la totalidad racial como fundamento de la vida nacional - como factor predominante tanto en la cultura como en la política -.

En el lejano norte el ario estaba practicamente solo en toda su pureza; la posibilidad de mezcla era demasiado lejana, demasiado inconcevible para experimentar este peligro. En el área mediterranea ya estaba mezclado en gran escala con los elementos minoicos y e-

truscos, con los indígenas civilizados de Europa del sur de la época prehelénica y prerromana. La sangre pura ya no significaba, visto objetivamente, lo que aún si lo hacía en el mundo nórdico, de donde antaño habían venido los helenos y sus dioses viriles - Ares el guerrero, el rubio Apolo y otras personificaciones de fuerza y belleza, amor y vida -.

En la India, donde estaba sólo, en medio de muchas tribus fértiles que física y culturalmente se diferenciaban por completo de él, pronto descubrió el ario que su única esperanza de supervivencia se hallaba en la conservación sistemática de la conciencia racial y en la pureza de la sangre, como un principio y un deber. Lo descubrió y obró en consecuencia, ya que se encontró "entre la espada y la pared"; porque sintió que era para él un asunto de vida o muerte.

Magnánimo y tolerante por naturaleza, imparcial, benévolo frente a las cosas extrañas - todo menos soberbio; a pesar también de todo lo que sus enemigos pudiesen decir en contra de él - el ario parece que nunca despertó a una conciencia racial total hasta que no entendió que "se encontraba acorralado".

La primera vez en Occidente - la primera vez en el mundo, en un país predominantemente ario - Adolf Hitler ha despertado en el hombre ario ese sentimiento de peligro y devuelto la olvidada visión sana de la vida de los antepasados; él le permitió entender a pesar de 2400 años de doctrina falsa, que la sangre y no una "cultura" artificial adquirida además de una moralidad artificial aceptada, fija la unión verdadera entre los hombres, que toda cultura y moralidad fuera de la propia esencia racial no tienen raices y por consiguiente significado - simplemente no existen. Él se mantuvo audazmente contra la corriente descendente del tiempo - contra ese proceso de descomposición lento e inmemorial que con mediocridad ha legado la historia humana; le hizo frente en un tiempo en que se evidenciaba este proceso más intenso, es decir, contra el final de un gran ciclo histórico - así estableció nuevamente el orden de valores natural y eterno, que Dios sabe hacía cuanto tiempo se conservaba en el sentimiento y las costumbres de los hombres, y proclamó que el nue-

vo estado alemán no debía edificar en comunidades de cultura, religión o tendencias de fe e intereses de cualquier clase que no hacen caso de la raza, sino al contrario, sobre la comunidad racial sin tener en cuenta la religión - sin tener en cuenta todo lo demás. Eso fue efectivamente una revolución, el comienzo de un orden realmente nuevo. Incluso aún más; eso fue, como ya dije, un llamamiento a la resurrección, el único llamamiento posible a la resurrección: *"¡Alemania despierta! ¡Levantaté, ahora, puesto que por fin estás exenta del abrazo de los poderes de la muerte que planean tu destrucción (pues saben bien que mientras tu estés viva no pueden dominar el mundo sino con amenazas). Levantaté y asume el mando sobre las razas arias recien nacidas!"*.

Para todos los que comprendían se estaba dirigiendo una llamada de resurrección, no sólo a Alemania, sino a todos los pueblos nórdicos de sangre pura, más allá de las fronteras técnicas del Reich; en relidad era un llamamiento a todos los pueblos del tronco "indo-europeo" - del "indo-germánico", como dicen en Alemania - para sacudirse el yugo de las filosofías perjudiciales que se les impuso lo mismo por orientaciones políticas, religiosas o culturales, como por el espíritu astuto, hábil, pacientemente destructivo y celoso del judaísmo. Nuestro "¡Alemania despierta!" significaba por tanto: "¡Arios despertad!". Más aún, excedía la frontera del noble arianismo; fue también una llamada a todas las razas dignas de amarse, que son valiosas para amarse con honores bajo el sol, y a las que la naturaleza ha predestinado para dominar alejadas de su propia comarca. Fue un llamamiento a todos para abandonar la enseñanza absurda de la igualdad mediante una "cultura común" con la que el judío ha infectado a Occidente, y por su parte Occidente ha infectado a todo el mundo; y valió para seguir a la nueva -y sempiternamente antigua-

doctrina de la armonía en la desigualdad y la diversidad, a la pureza de la sangre, y a la indepedencia de la cultura de cualquier nivel en la jerarquía natural de las razas; se trataba de la obediencia frente a la voluntad del sol, "que colocó a cada hombre en su sitio e hizo diferente a los hombres en aspecto, en color y lenguaje" 1), de la realización del deber singular que estaba predestinado a cada uno por la divinidad. Era la llamada a la nueva formación de todo un Estado con una base nacional y racial, conforme al espíritu y las necesidades del Pueblo, y cuya prosperidad consiste en ser su guardián y vigía.

Como ya dije, poca gente fue consciente en aquellos tiempos - tan poca como hoy - de la universalidad y eternidad del Nacional--socialismo. Sin embargo algunos lo fueron. El Führer mismo lo fue, como lo demuestran diversos párrafos de "Mi Lucha", que en resumidas cuentas hacen alusión a las leyes de la naturaleza como la piedra fundamental de nuestra Weltanschauung: "... que ellos (los hombres) deben agradecer su más elevada existencia, no a las ideas de unos idéologos alienados, sino al conocimiento y aplicación *sin miramientos* de las ferreas leyes naturales ..." 2), "... nuestra nueva concepción, que corresponde por entero al significado original de las cosas ..." 3).

Algunos pocos de sus partidarios alemanes y extranjeros fueron conscientes del significado del Nacional-socialismo, así como algunos de los no arios inteligentes que encontré. En 1941 me dijo un japonés que vivía en Calcuta: *"Contemplamos su Nacional--socialismo como el Sintoísmo de Occidente"*. Quien desde siempre ha estudiado la antiquísima religión de Japón, el Sintoísmo o "el camino de los Dioses", especialmente en su nueva forma política lograda en el siglo XVIII por pensadores y patriotas como Motoori e Hirata ha estar ya impresionado por el significado de esta exposición tan aparentemente singular (uno de mis artículos sobre el Sintoísmo - que fue desgraciadamente recortado por el editor, perdiendo por ello una

1) largo canto al sol del rey Ekhanaton, aprox. 1400 años antes C.
2) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2
3) Adolf Hitler, "Mi Lucha" I, Cap. 11

gran parte de su contenido esencial - apareció en la revista "Nueva Asia"). Lo que aquel hombre deseaba decir - según su saber - es que era la primera vez que una gran nación del Occidente cristiano fijaba un final al espíritu anti-nacional del cristianismo, ¡no, aún más!, se sacudía el espíritu anti-nacional de todas las filosofías que habían predominado en Europa desde el desmoronamiento de la antigüedad pagana (con la única excepción de la filosofía de Nietzsche) - y gracias a su divina inspiración regresaba atrevida a una doctrina de sangre y suelo; y esa doctrina era esencialmente muy parecida a la filosofía que el orgulloso país del sol naciente nunca a abandonó a pesar de todas las influencias internacionales.

¡Sí, nuestros valientes aliados del Lejano Oriente, ojalá, hubiesemos ganado juntos esta guerra!. Habríais contenido por completo al mundo mongol, vosotros, el pueblo de caballeros de Asia, la nación de Tojo y Yamagata, y sobre todo de Toyoma. En todo occidente -incluso en Rusia y en la América vencedora (USA)- habrían estimado la palabra del Führer como ley y su genio como manantial de inspiración divina. Aquel brahmán extraordinariamente inteligente que se hubiese entregado por completo a nuestra idea - que hubiera dejado desembocar la flexibilidad en la falta de conciencia de Oriente respecto las virtudes arias de sus antepasados - al contacto más estrecho entre Berlin y Tokio, habría tomado bajo su protección la India y Surasia. Este era el mundo que anhelábamos - el gran mundo por el que soñamos durante la guerra. Ello hubiese supuesto sin duda alguna, la hegemonía indiscutida de Alemania. Esto es exactamente lo que no deseaban los arios no alemanes aunque ello hubiera significado posibilidades ilimitadas a un mejor desarrollo libre y sano de la humanidad aria allá dondequiera que se encontrase; no, una evolución libre y sana para todas las razas valiosas, cada una "en su sitio". Hubiera significado vida y resurrección como obsequios del Führer. Y digo, mientras repito aquí una de mis declaraciones ante mis jueces en Düsseldorf el de abril de 1949, yo, una de las seguidoras del Führer no alemanas: *El hombre y la nación que trajeron al mundo tales regalos tenían todo el derecho para domi-*

nar. Los arios que les envidiaron por este derecho han traicionado la causa de su propia raza.

Pero en ninguna parte o casi en ninguna parte cada noble raza está representada en su pureza absoluta más que por una pequeña minoría. Incluso en Suecia donde el tipo germánico - el hombre de gran estatura, bellamente construido, rubio de ojos azules o grises - con mucho es el más numeroso, no se puede decir que él sea el único tipo al que se encuentra allí. Sin duda hay suecos en los que el aspecto físico revela características raciales arias, pero son de todo menos nórdicas. Y lo que vale para Suecia - racialmente, uno de los países más puros del mundo - vale aún más para el resto de Europa. *"Por desgracia"*, escribe el Führer mismo, *"nuestra nacionalidad alemana ya no se basa en una esencia racial homogénea"*. 1)

Todo aquel que ha viajado al menos por el oeste y sur de Alemania debe admitir que *él* tiene razón. A medida que uno se acerca al sur, escasea el hermoso tipo nórdico - el cual es indiscutiblemente el tipo ario en su mayor pureza -. La verdad es que dondequiera que se establecen los arios en Europa (salvo en Alemania y Escandinavia, donde hasta hace poco la tierra estaba cubierta todavía con hielo)2), encuentran a veces habitantes primitivos como en Inglaterra; de vez en cuando muy civilizados como en Creta o en las islas del Mar Egeo, con los que ya se mezclaron con anterioridad. Pero como hoy se puede observar, los celtas, y más tarde los sajones, se mezclaron mucho menos con la población no aria de Gran Bretaña (a la que expulsaron hacia los países montuosos) como hicieron los helenos y latinos con los minoicos y etruscos del sur de

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2
2) Véase "Historia antigua Cambridge" - edición 1942, tomo I: "Todo el norte de Alemania estuvo cubierta con hielo hasta el año 5000 antes C. aprox., Escandinavia del sur hasta el 1000 antes de C. y Escandinavia del norte hasta el 15.000 antes de C."

Europa. En cuanto a Alemania, en los días en que Arminio venció a las legiones de Varu su población era de cierto tan homogeneamente racial como hoy. A pesar de todo implica un porcentaje considerablemente elevado de tipos puramente germánicos - muchos de belleza espectacular - y sus elementos, que en rigor, no se pueden denominar como germánicos o nórdicos (lo más como una mezcla entre céltico y nórdico) son empero arios. La mezcla con los troncos mediterraneos no arios (con pre-helénicos y pre-latinos) ha ocurrido sólo en una escala muy reducida y muy tarde en la historia mediante matrimonios ocasionales entre alemanes y sudeuropeos, como también la mezcla con la raza semita, por fortuna. Incluso antes de la ascensión del Nacional-socialismo parecían haber sido en Alemania más escasos los semi - o cuarta parte - judíos, que en el resto de Europa, con excepción de los países escandinavos, de Italia, y debo decir, de Grecia y de los estados balcánicos (Europa oriental en general), donde se miró siempre al judío como a un extranjero - como un extranjero desagradable - al que se soportaba pero no se daba la bienvenida.

Pese a la imperfección en uniformidad racial, sin embargo Alemania fue lo bastante pura racialmente como para apreciar la grandeza del mensaje de Hitler. Y tal vez precisamente *a causa de* este defecto en homogeneidad racial - y de seguro por la presencia de los judíos entre la población, cuyo despreciable papel fue notorio durante y después de la 1ª Guerra Mundial - estaba más dispuesta a dar una respuesta a ello, como cualquier otro de los pueblos nórdicos que hacía mucho tiempo carecían de suerte, que se sienten en peligro real (racial). Naturalmente fue sólo por esto que el Nacional-socialismo tuvo su origen en Alemania, y entre los alemanes - sin contrar algunas excepciones brillantes 1) - halló sus defensores más entregados, perseverantes e inteligentes. No existió otro motivo. La única gran nación europea que desde hacía dos mil años no sólo vencía al influjo nivelador de la Roma imperial - de la capital que no opuso resistencia al mundo ario - , sino a sus ejércitos en batalla abier-

1) Hombres tales como Vidkun Quisling, Knut Hamsun, Sven Hedin y algunos otros.

ta, la *única* nación que seguramente se opuso al cristianismo con la mayor tenacidad 1), cuando no por más tiempo estaba destinada a engendrar los más grandes europeos de todas las épocas y ser la primera nación aria resurgida; la primera nación que sobre su bandera llevaba el símbolo solar sagrado y de nuevo en su corazón el ideal sempiterno del paganismo nórdico. Pero esto no es todo. Era - y es-la meta del Nacional-socialismo regenerar, formar de nuevo la raza mediante una política demográfica sistemática y por medio de una educación especial que se pudo llevar más facilmente a la práctica gracias a una política continua y gradual. *"El Reich alemán"*, dijo Hitler, *"debe abarcar como Estado a todos los alemanes con la obligación no sólo de reunir y conservar para este Pueblo las más preciosas existencias de elementos autóctonos raciales, sino de conducirle hacia arriba de manera lenta pero segura, a la posición dominadora"* 2). Esto es posible en Alemania porque primordialmente una minoría que representa a los arios en toda su pureza, resiste. Es también posible en otros países, en la medida que conservan semejantes elementos raciales; *"... porque cada cruzamiento de razas conduce inevitablemente antes o después a la ruina del producto mezclado mientras todavía exista de alguna forma la parte más elevada de este cruzamiento mismo en una unidad pura y compacta racialmente. El peligro para el producto mezclado se elimina ante todo en el momento de la hibridación de la última raza pura más elevada.*

En eso consiste, aunque constituye un lento proceso de regeneración natural que elimina gradualmente envenenamientos raciales mientras aún exista una base de elementos racialmente puros, y ya no tenga lugar una hibridación ulterior" 3).

Sólo cuando primero se anime a los representantes de una estirpe así, y luego *sólo ellos* tengan permiso para procrear criaturas mientras los demás - los ya hibridados - sean desanimados cada vez más, hasta que finalmente se les prohiba tener hijos, *debe* forzosamente llegar un momento en el que el ario, en toda su fuerza, inteli-

1) A mediados del siglo XIV había aún prusianos paganos en su mayoría.
2) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2.
3) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2.

gencia y belleza primordiales - bien lejos de tener que combatir para su supervivencia en un mundo crecientemente degenerado - ocupará automaticamente su sitio como elemento dominante en una jerarquía natural de las razas renacidas. Y *esta* es la primera meta de todas las del movimiento nacional-socialista: *restablecer a los arios - a la nobleza natural desde cualquier punto de vista - en el poder y la posición de honor, tal como la naturaleza lo proyectó en su sabiduría impersonal, y en verdad no sólo en Alemania, sino en todo el vasto mundo*. El Führer expresó esto de una manera totalmente concisa: *"Desde luego este mundo va al encuentro de una gran revolución. La única cuestión puede ser sólo si se inclinará por la salvación de la humanidad aria o en provecho del judío eterno"* 1), y *"la importancia del porvenir de la tierra no está situada de nuevo en si los protestantes vencen sobre los católicos, o los católicos a los protestantes, sino en si se conservará el hombre ario o se extinguirá"* 2).

Pero primero el ario deber ser merecedor de nuevo de tan elevado rol, contemplado tanto desde el punto de vista corporal como desde él del carácter. A tal fin fue concebida la política demográfica selectiva del Tercer Reich y la educación nacional-socialista.

La creencia errónea de que la unión con una cultura general basta para fundar una nación va cogida de la mano con la falacia sobre la "libertad individual", especialmente con la idea "de que el propio cuerpo pertenece solamente a uno", que se le puede utilizar como a uno plazca, para la construcción personal de un ascetismo o para el placer personal. Contribuye a la gloria del Nacional-socialismo haber destacado y combatido - y a la vez anunciado esa idea de que el ser viviente pertenece a su raza. *"No hay libertad de pecar a costa de la posteridad, y por ello de la raza"* 3).

El lado negativo de nuestra política demográfica - la estirilización de los ineptos, la eliminación sin dolor de los imbéciles, locos, de los incurables, y por regla general de todos los hombres cuya vida es una carga para ellos mismos y para otros, ha causado una

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2.
2) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 10.
3) Adolf Hitler, "Mi Lucha" I, Cap. 2.

tempestad de indignación en este mundo hipócrita que animado por el deseo del cristianismo y doctrinas similares amenazó en los dos mil últimos años con llegar a ser un lugar seguro para los hombres débiles y enfermos, y para todas las clases de escoria de la humanidad. Pero se ha opuesto tal vez aún con mayor oposición a nuestra actitud positiva hacia el sexo y al subsiguiente aspecto constructivo de nuestra política demográfica. Por doquier en Occidente, fuera de los círculos nacional-socialistas (el Este se ha habituado a matrimonios decretados y no ha puesto en circulación ni la mitad de nuestras opiniones) he oido la misma observación: *"No pueden obligar a un hombre y a una mujer a amarse mutuamente solo por ese motivo; porque sea el adecuado al espiritu del programa de regeneración (renacimiento) racial"*. Pero si no se trata de "obligarlos". El régimen nacional-socialista jamás obligó a alguien en esta materia. Ahora bien, naturalmente es sólo cuando dos jóvenes sanos de la misma raza mutuamente se desean y aman, y siempre que tengan la oportunidad de encontrarse. Todo lo que un Estado sabio puede hacer entonces es dar a gente así una oportunidad amplia para entrar en contacto juntos, mientras todas las uniones indeseables deben ser rigurosamente prohibidas. Y eso es todo lo que se hizo en esa Alemania bella y nueva, que han transformado en ruinas, perseguido y esclavizado hasta tal punto los defensores de la "libertad personal" como solo ellos podrían hacerlo.

De igual manera la política nacional-socialista de la renovación racial fue apoyada desde un principio por un sistema de educación organizado ... *"así la educación debe también tener en cuenta en particular y alentar en primer lugar la salud corporal. Entonces tan sólo en segundo lugar viene la formación de las aptitudes espirituales. Pero esta vez de nuevo a la cabeza el desarrollo del carácter, en especial, el estímulo de la voluntad e iniciativa unidas con la educación al gozo de la responsabilidad, y al principio como al final la formación científica"* 1). Al mismo tiempo que el Estado proseguía la política de nacimientos sanos que ya procuré explicar; *"tiene el Estado que cuidar del fomento de*

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2.

la sanidad pública mediante la protección de la madre y del niño, mediante la prohibición del trabajo juvenil, por medio de la conducción del fortalecimiento corporal mediante la determinación legal de un ejercicio obligatorio gimnástico y deportivo, por el mayor respaldo de todas las asociaciones ocupadas en la educación física de la juventud" 1). Todo aquel que ha conocido solo un poco la Alemania nacional-socialista sabe cuan fielmente fue trasladado este ideal a la práctica y que resultados tan magníficos dió. He hablado ya de la perfección física de la juventud alemana que fue educada en el Tercer Reich.

Pero esto no es todo. Igual que para la formación de un cuerpo fuerte y bello ocurre para la formación del carácter, el fomento de las virtudes arias naturales: *Valor, confianza en sí mismo, iniciativa, la disposición a tomar responsabilidad sobre sí, la disposición al autosacrificio, fuerza, dominio de sí mismo, sinceridad, y una entrega absoluta al único ideal y a su Führer*. Estímulo para la amabilidad, no por debilidad y sentimentalismo, no por esa hipersensibilidad hipócrita, que entre nuestros enemigos, los demócratas, nos resulta tan desagradable, sino por verdadera amistad; por el desarrollo más elevado de las cualidades viriles, como dice Nietzsche: *"de la generosidad natural del fuerte"*. Incluso nuestros adversarios deben reconocer que esto responde a la verdad. Aldous Huxley en su "Filosofía sempiterna" - en ese libro decepcionante en extremo, del que muchos párrafos jamás habrían sido escritos si la guerra hubiese tomado otro desenlace - reconoce que en el Nacional-socialismo se acentuó la educación por el amor y la amabilidad frente a *todos* los seres vivientes. También se despertó el amor a los bosques, flores, a la naturaleza en toda su belleza - por la existencia auténtica de la Patria -; pues nuestra "Weltanschauung" es, como ya dije, la forma nórdica moderna de la religión permanente de la vida.

En oposición a los ideales de educación que prevalecen hasta el día de hoy en el mundo capitalista - y también ya en la educaciónn cristiana medieval - debe venir primero, según nuestro programa, el riguroso ejercicio intelectual después de la formación del carácter y

1) Punto 21 de los 25 puntos del programa del N.S.D.A.P.

de la formación de la perfección física. Debe venir en el lugar preciso en el orden natural; porque en primer lugar el hombre es un animal de clase y raza especiales; entonces un hombre con las posibilidades morales de su raza y sólo entonces es un hombre "cultivado" que completa finalmente sus otras cualidades sanas con conocimientos adquiridos; no como fin en sí, sino como un respaldo y un estímulo para razonamientos creativos. A este respecto volvemos a la idea fundamental que antes intenté expresar y que constituye un elemento de nuestra filosofía (como en toda concepción sana de la vida): *no es importante lo que sabe o ni aún lo que se hace, sino lo que se "es". Esto es la verdad no solo desde el punto de vista nacional, sino también individual. "El Estado racista debe partir del punto de vista de que en verdad un hombre cientificamente poco instruido, pero corporalmente sano, con carácter bueno, y fuerte, lleno de alegre resolución y fuerza de voluntad, es más valioso para la comunidad nacional que un ingenioso hombre débil"*. 1)

Otro componente sumamente importante de nuestra instrucción nacional-socialista (y de todo nuestro sistema) es su oposición absoluta al "feminismo" dañino de nuestra época - a una señal de la decadencia, que además consigue más energicamente la caida lenta del nivel racial.

Odiamos los conceptos vacios de la igualdad entre hombre y mujer, a los que fue sometido más humillantemente que nunca el mundo occidental después de la primera guerra mundial. Es absurdo ahora y siempre. Ningún ser masculino o femenino de la misma especie viviente, que por naturaleza están dotados con capacidades complementarias para la realización de destinos complementarios pueden ser por menos que diferentes, por mucho que se pudiera intentar darles la misma formación y asimismo dejar que realizen el mismo trabajo. Es además una idea ignominiosa; porque el único camino por el que se puede ir - no digo para hacer "iguales" al hombre y a la mujer; eso es imposible - para, quierase o no, obligarles a acostumbrarse al mismo modelo artificial, para llevar el mismo modo de vida, es despojar a la mujer de sus cualidades femeninas, y

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2.

al hombre de su idiosincrasia masculina, es decir, ambos se deterioran y así deterioran la raza. 1)

No niego que hay ejemplos aislados de mujeres (y siempre ha habido) que están mejor adaptadas para tareas masculinas que para la maternidad, o del mismo modo son apropiadas para las dos. Pero tales excepciones no necesitan feminismo para conquistar por sí mismas el lugar propio que la naturaleza en su amor a la diversidad ha predestinado para ellas. Hacia el año 3200 antes del nacimiento de Cristo llegó a conseguir Azag-Bau, una vinatera preparada en su juventud, alzarse a posición tan relevante que llegó a ser la madre-tronco de la 4ª dinastía de Kish 2). En aquellos días no votaban las mujeres, además los hombres tampoco - tampoco en Sumería como en algún otro sitio; además se encontraban por regla general en todos o casi todos los cargos en rivalidad con los hombres, como en la Inglaterra moderna o en los EE.UU.. Bastante singulares son las más fanáticas feministas, a las que normalmente hicieran falta más cualidades femeninas. Las mujeres excelentes, como observa Nietzsche, nunca son feministas. La más distante Azag-Bau o la reina Tiy de Egipto o Agripina, o más cerca en nuestros días, la poco conocida pero la más encantadora y gran figura femenina de la historia mongol, Ai Yuruk, que paso su existencia sobre la silla con su padre Kaidu 3), tuvo bajo su protección la pradera del Asia central casi cuarenta años 4) - todas estas mujeres se habrían reido a carcajadas al pensar en la "emancipación de las mujeres" y todo el charloteo que a ella está asociada - en efecto, en todas las organizaciones tipicamente democráticas que tanto admira nuestro mundo degenerado.

Pero las excepciones no necesitan educación especial; y si la necesitan, se educan a sí mismas. Nuestra educación nacional--socialista para el presente y para el futuro - para la prosperidad de una sociedad sana - se basa y lo hará todavía, cuando llegue el tiempo

1) En la moderna literatura inglesaningún autor ha expuesto más clarametne a la locura feminista en casi todas sus obras como D.H. Lawrence.
2) Véase Cambridge, Historia Antigua, edición 1924.
3) hijo de Kuyuk, hijo de Ogodai, hijo de Gengis Khan.
4) Harold Lamb, "La marcha de los bárbaros", edición 1941.

para organizarla fuertemente de nuevo en la aceptación de este hecho, de que hombres y mujeres han de jugar roles completamente diferentes en la vida nacional, y que por este motivo precisan una instrucción totalmente distinta; que *"la finalidad de la educación femenina ha de ser invariablemente la futura madre"*. 1)

No obligábamos a toda mujer a ser madre. Pero dábamos a toda mujer sana de sangre pura la educación precisa y las mayores oportunidades para convertirse en una madre provechosa, si así gustosa lo deseaba. Se educaba a las muchachas para contemplar la maternidad como un deber nacional y también como un honor - no como una carga. Se las educó de manera que admirasen las virtudes masculinas en el hombre y contemplaban a los combatientes perfectos como los compañeros de vida ideales, como es completamente natural. Tampoco cada muchacha podía casarse con cualquier hombre, ni siquiera dentro del Partido. Cuanto más grandes fuesen las aptitudes del hombre, tanto más grandes debían ser las de la mujer. Por ejemplo, una chica que deseaba llegar a ser la mujer de un hombre-SS - un gran honor - debía no solo demostrar que era de origen puramente ario (lo que era esperado de todo alemán dispuesto al matrimonio), sino también debía mostrar certificaciones de que era buena en la cocina, en la puericultura y educación de los niños, hogareña, etc.; en resumen, que estuviera comprobado que era apropiada para ser una consumada ama de casa.

No supone que el Estado naciona-socialista no hubiese enseñado a las mujeres otra cosa que el gobierno de la casa, puericultura y educación de los niños. En la nueva Alemania las procuraron conocimientos generales. Eso dice de nuevo el Führer en el punto 20 de su Programa 2). Y mantuvo su palabra exactamente al pie de la letra, y puso al Pueblo alemán en esa dirección como también en

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2.

2) Indica el punto 20 del Programa: *"Para posibilitar a todo alemán capaz y aplicado la obtención de formación más elevada y con ello la incorporación a un puesto directivo, tiene el Estado que ocuparse de un desarrollo profundo de nuestra educación racial integral. Los planes de estudios de todos los centros docentes han de adaptarse a las exigencias de la vida práctica. La comprensión del concepto de Estado debe ser alcanzado ya con la iniciación de la inteligencia a través de la escuela (instrucción cívica). Pedimos especialmente la formación a expensas del Estado de los niños predispuestos de padres pobres, sin consideración a su posición o profesión"*.

otras muchas más de lo que había prometido, como sus enemigos mismos deben admitir.

Si se debiera explicar en una frase la meta del Nacional--socialismo, su espíritu y su contribución esencial a la renovación de la humanidad, así se debería decir que acuñó el concepto de la nobleza natural de la sangre, por ello eterno, y del valor personal frente al de la falsa nobleza de la clase y del capital; el cual responde a la jerarquía humana fijada divinamente frente a todas las falsas de límites acotados por el hombre. Pues esto es el significado de las razas - y precepto de la personalidad de esos dos fundamentos que sostienen la estructura completa de la Weltanschauung nacional-socialista...*"que la Weltanschauung racista reconoce no sólo el valor de la raza, sino también la significación de la personalidad y por consiguiente siendo ambas el pilar fundamental de toda su edificación"*. 1)

Dicho exactamente, ninguna nacionalidad sin homogeneidad racial. Un país de muchas razas no es una nación - y no lo será jamás -, es en el sentido en el que hay que comprender el término. Mencionarlo así es conveniente cuando se desea dar a toda la población la ilusión inmediata de unidad con miras a una finalidad práctica determinada 2) (por ejemplo, en la unión de diferentes razas contra fuerzas a las que se tienen buenos motivos para combatir). Pero esto no cambiará el hecho de que el sentimiento de unidad quede en una ilusión, mientras perdure la población de razas diversas.

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 4.

2) En tanto que, por ejemplo, una nacionalidad hindú es en realidad la casta, dije yo misma a menudo de la nación hindú en escritos de propaganda que fueron destinados para unir a los hindues contra el igualdador antiracista - sobre todo contra el influjo democrático del Islam y del cristianismo (la única parte importante en India que ha contribuido con ello a preparar el camino para el comunismo). Por esta razón me pareció como algo necesario combatir a estas fuerzas espirituales.

En una nación con el mismo valor racial - en una *verdadera* nación - es artificial y antinacional toda idea de clases si se basa en nobleza adquirida, en riqueza o erudición. Detiene el sentimiento natural a favor de la identidad racial sobre el que se fundamenta la más sana nacionalidad; *"pues está presente un motivo de orgullo hacia su Pueblo, si ya no es necesario tener que avergonzarse más desde posición alguna"*. 1)

A partir de ahí en la práctica se presenta el Nacional-socialismo como la más distinguida de todas las filosofías políticas, al menos en todo país ario auténtico; como la filosofía de un *movimiento popular* destacado que hace tanto por los derechos del trabajador y del campesino, cuando no mucho más en realidad que el comunismo.

De hecho sería bueno para todos de los comunistas de sangre aria antes de que ofendan de manera estúpida al Führer y nos combatan, darles a conocer lo que él hizo en Alemania por el restablecimiento de la buena reputación de la artesanía y por el bienestar y la felicidad del trabajador. Les haría bien saber que el obrero alemán, el minero, el mecánico, el maquinista era por lo general un mejor nacional-socialista y todavía lo es, que el doctor, el jurista o el profesor universitario. Como me contó una vez una trabajadora extranjera que tuvo la gran suerte de vivir en Alemania antes de la guerra: era el pueblo sencillo - no el "burgués", no el vanidoso "inteligente" - él que levantaba más entusiastica y honradamente el brazo derecho. Por lo que se refiere a los capitalistas, han contemplado continuamente a Hitler con gran desconfianza, cuando no directamente con enemistad.

Para comprender en verdad el fondo y la autenticidad del Nacional-socialismo y apreciar sus valores eternos, se requiere una cultura más extensa y viva como también una inteligencia fuera de lo común para una visión global, y poseer mayor sentimiento de belleza que el médico medio, el jurista o el profesor en general, por no hablar de los capitalistas alemanes. Mientras que por otra parte

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" II, Cap. 2.

no se necesita comprender la profundidad del Nacional-socialismo para amar a Hitler. Sólo se necesita sentir la fuerza de su amor. Y eso es justo lo que hace el pueblo sencillo de Alemania. Para ellos era él - y es - el bienhechor, su amigo, su salvador; el único hombre que desde hacía siglos realmente les había amado más que a sí mismo, más que a cualquier persona y a cualquier otra cosa, y había hecho por ellos lo que sólo puede hacer el amor (unido con la genialidad). La mayor parte de los "intelectuales" no estaban suficientemente llenos de vida; la instintiva comprensión natural hacia las fuerzas vitales humanas y sobrehumanas de Hitler no estaba presente hasta el punto de que ellos mismos hubiesen podido sentir como lo hizo el pueblo sencillo (los pocos que sintieron así y todavía sienten, aunque son "intelectuales" son los mejores partidarios del Führer). Respecto a los capitalistas: estos sabián con el instinto certero de los hombres de negocios universales, que la victoria del Nacional-socialismo supondría el fin de su poder, de su clase, de su orden mundial, para siempre - mucho más rotundo y absoluto incluso de lo que jamás hubiese podido ser tras el triunfo del comunismo.

La fuerza del Nacional-socialismo se encuentra en su llamamiento a los mejores de todos los hombres y mujeres arios dentro y fuera de Alemania y en su influencia en las masas alemanas. Lo primero tiene que agradecerse a la personalidad de Hitler y el valor objetivo de su enseñanza - teórica y práctica. Lo último se debe al creciente bienestar y felicidad que el pueblo alemán paladeó bajo su régimen, y eso no lo ha olvidado. Fue también decisivo el hecho de que el 24 de febrero de 1924 gracias a su inexorable determinación ofreció al mundo el excelente programa totalmente desarrollado - contrariamente al modo de obrar de tantos políticos, cuyo programa era mucho menos radical y elevado.

¿Qué comprendía el programa además de la política de renovación racial mediante preceptos matrimoniales, ordenanzas de salud y por medio un nuevo sistema de educación del que ya hablé?. En una palabra, la liberación del pueblo de la servidumbre del capitalismo mediante una serie de leyes que abarcaban los ingresos, la propiedad y la producción. Ningún régimen - ni siquiera la Rusia sovietica - ha hecho más que el nuestro por ensalzar el trabajo provechoso y honrado de cualquier hombre o mujer a deber sagrado. Ningún régimen se ha empeñado más para hacer del trabajo un deber para todos. Nadie en particular trabajó tanto para hacer del deber un placer al mismo tiempo.

"El primer deber de todo ciudadano debe ser trabajar con la mente o con el cuerpo. La actividad del individuo no puede contravenir los intereses de la generalidad, sino que debe realizarse en el marco de la totalidad y en beneficio de todos" 1). Así lo ordena el punto 10 del programa. Y el punto 11 no es otra cosa que el corolario lógico: *"Por eso pedimos la supresión de los ingresos sin trabajo y sin esfuerzo"*.

No se trata aquí de *cualquier* trabajo sino, como ya dije previamente, del trabajo util y constructivo, que tiene algún valor. No es el mero tormento que cada cual toma sobre sí con repugnancia o que se toma a mal por alguno, donde cada minuto es tiempo y energía perdidos, por muy interesante actividad que sea, cuyo único resultado positivo consiste en acrecentar el estado de la cuenta bancaria del hombre. Tampoco el trabajo se contempla como el único medio para mantener unidos cuerpo y alma del hombre; menos aún representa alguna forma de explotación de las debilidades de otras gentes, ni puede proporcionar a algunos "inteligentes" conseguir beneficios financieros mediante la explotación de los vicios de otras personas. Nada de eso; es una producción sólida de bienes materiales útiles y hermosos o el descubrimiento de ideas beneficiosas; es una actividad que promueve la organización de la producción precisa o que sirve a la elevación nacional o a la defensa nacional; un trabajo cuyo fruto en resumidas cuentas sirve a la ali-

1) Gottfried Feder: "El programa del N.S.D.A.P."

mentación y fortalecimiento del cuerpo humano o a la construción del carácter y formación cultural; estas maneras fueron "el primer deber de todo ciudadano" en la Alemania nacional-socialista - y así espero que lo sea de nuevo para cualquier hombre y mujer en la venidera Europa nacional-socialista. Toda ley o reglamento que simplemente tuvieron relación con cualquier trabajo posible, fueron vehículos de esta idea. Cada ley fue llevada adelante con eficacia.

El "quebrantamiento de la servidumbre del interés" fue tratado como una parte importante del programa del Partido, y por cierto en el punto 11 y el siguiente; la "confiscación brutal de las ganancias de guerra" fue debatida en el punto 12 con esta motivación. Considerando el enorme sacrificio en patrimonio y sangre que toda guerra ocasiona al Pueblo, debe ser calificado el enriquecimiento personal gracias a esta como un crimen contra el Pueblo. Por esa razón "exigimos el embargo total de todos los lucros de guerra" 1). Y "exigimos la nacionalización de todas las empresas que se han organizado hasta la fecha como agrupaciónes de sociedades (trust)" 2).

Y "exigimos participación en los beneficios de las grandes empresas" (punto 14). "Exigimos una ampliación generosa de la pensión" a través del Estado y mediante la reforma del país, sobre las que he de decir algunas cosas más, como también sobre la persecución drástica y la "pena de muerte" para los criminales del Pueblo, usureros, traficantes, etc., sin tener consideración alguna con la confesión o la raza. "Reclamamos la lucha despiada contra aquellos que dañan el interés público mediante su actividad. Criminales públicos, usureros, traficantes, etc. han de ser castigados con la muerte sin contemplaciones a la confesión y a la raza" 3). Se utilizó la publicidad para impresionar con estos puntos programáticos en mítines políticos durante la época de lucha del Nacional-socialismo. Llegando a ser realidad tan pronto como Hitler se convirtió en el Führer indiscutible del Tercer Reich; con el resultado inmediato de

1) El programa del N.S.D.A.P., punto 12.
2) El programa del N.S.D.A.P., punto 13.
3) El programa del N.S.D.A.P., punto 18.

que con una atmósfera purificada comenzó una nueva vida para el Pueblo alemán. No sólo se dió sustento a 6,5 millones de parados alemanes, sino un entusiasmo inmenso; algo nunca visto para el bienestar público. Un espíritu de sana competición al servicio del bienestar de los demás llenó el corazón de todos y cada uno, y en especial los corazones de los muchachos y muchachas jóvenes. En un asombroso corto espacio de tiempo la Alemania rota por la guerra de los años 20 llegó a ser otra vez una potencia de primer orden - ¡no!, *la potencia* de primer orden en Europa.

Trabajo en los campos, en las minas, en las fábricas, y que hasta hacía poco se realizaba bajo opresivos controles extranjeros; trabajo en esas autopistas soberbias, cuya construcción permanecerá para siempre como uno de los mayores éxitos materiales del Tercer Reich; Trabajo en la casa (quehaceres domésticos), con él que las mujeres, como nunca anteriormente, se sentían útiles para toda la nación; trabajo en la escuela, en la que finalmente por primera vez se fijó un programa de educación en el recto espíritu nacional; el trabajo en cualquier área útil era un deber; deber sobre el papel y también en la práctica. Cualquiera que se opusiese lo más mínimo a trabajar era obligado a ello - e incluso, como castigo entraba en un campo de concentración - en caso de que no prefiriese abandonar el país. Pero apenas hubo alguno que no quisiera trabajar un poco, que al mismo tiempo no progresara satisfecho. Nunca fue un "deber" - trabajo con tan poca carga y tanto gusto. Pues bien los alemanes como nunca antes sintieron que *ellos* eran los dueños de sus propios bienes raices y de su propio destino y que ya no estaban dominados por una banda de gente podrida y rica, y sobre todo por una jauría parásita de ricos extranjeros (por no arios y no alemanes).

Igual que en la mayoría de los países, todo ciudadano másculino debía servir en el ejército uno o dos años (o más inclusive); con esto en el Tercer Reich se esperaba que todo hombre fisicamente sano o toda mujer fisicamente saludable, entre 16 y 18 años, estaría activo seis meses en alguna sección del servicio de trabajo y de este modo efectuaba una contribución positiva para el bienestar de la nación,

y por añadidura para su profesión habitual. Los estudiantes, por ejemplo, acostumbraban a trabajar bajo mando con los jóvenes campesinos en el campo - plataban patatas o recogían la cosecha -, las muchachas sin embargo ayudaban a las amas de casa con grandes familias, en la cocina, lavado y otras tareas domésticas. Esto era una obligación, sin duda. Fue cualquier cosa menos un trajín - fue incluso una alegría hasta el punto de que junto al servicio de trabajo normal, que era un deber para *toda* la gente joven, los estudiantes efectuaban además un esfuerzo propio de trabajo voluntario; trabajaron durante algún tiempo como obreros, conductores de tranvía, etc., con único motivo de practicar y servir. Charlé con muchos hombres y mujeres que entraron en este verdadero ejército de paz. Ni uno solo de los que encontré tuvo nada que fuese diferente a recuerdos agradables de este servicio no profesional durante varios meses. Muchos me relataron que fueron "meses inolvidables", "la época más bella que jamás vivieron". El trabajo era alegre, no, mejor aún, se hizo con pasión, como un juego. De hecho el ambiente normal en todo el país era el de un celo alegre, pleno de actividad juvenil que se entregó con todo el corazón. Confianza en sí mismos, un espíritu inflexible y la esperanza alegre de la juventud que colmaron a todos los hombres, en vez de vacilación, dudas, pesimísmo y el sentimiento de la derrota de los años pasados. Trabajo - ya no fue más una maldición, sino una obligación que se convirtió en un juego, en un placer.

Sería innecesario extenderse con todo detalle en las numerosas leyes que fueron promulgadas en el Tercer Reich para la protección y bienestar de los trabajadores y de los comercios.En un libro como este, que en ningún caso deber ser un estudio técnico, sino justamente una confesión fiel - tampoco hay motivo para hacerlo. Por lo demás, aquí en prisión sería imposible para mi obtener los da-

tos precisos que hubieran sido necesarios para una tarea así, ya que era privada sistematicamente de mis libros y me fue prohibido el contacto con los otros prisioneros políticos (como dato, me he servido sólo mi memoria, de la que me puedo fiar. Indudablemente es buena, pero también tiene sus limitaciones).

Pero la reforma agraria es algo tan importante como para que no deje de mencionarla con algunos comentarios. Nuestros adversarios comunistas han recalcado tanto en su propaganda todo aquello que han hecho en Rusia y en los paises dominados por Rusia "por la prosperidad de los campesinos", que me veo obligada a pronunciarme sobre nuestros anhelos en la misma materia.

El punto 17 del programa del Partido fijado en 1920 trata del espíritu y las tendencias principales de la reforma del país: *"Pedimos una reforma de la tierra adaptada a nuestras necesidades nacionales, creación de una ley de expropiación gratuita del suelo para fines de interés general, abolición del tributo de la tierra e impedimento de cualquier especulación del suelo"*. Una explicación a ella la dió el Führer el 13 de abril de 1928. Un informe más pormenorizado sobre la política del Nacional-socialismo que atañe a la tierra y la agricultura se encuentra en el manifiesto del Partido del 6 de marzo de 1930, en el que se analizaron los motivos por los que la economía campesina "no valía la pena" en Alemania antes de la fundación del Tercer Reich y los fines con que se fijó el nuevo reglamento de la tierra. Este reglamento, como también las leyes restantes que fueron promulgadas por Hitler o de su inspiración, debían liberar al pueblo - en este caso los campesinos - del poder del capitalista, del explotador en cualquier forma; ya se tratase de los mediadores egoistas entre el campesino y el consumidor - el mediador, cuyas ganancias extraordinariamente elevadas no dejaban el sobrante más imprescindible para que el campesino pudiera subsistir - o a causa de lo que pagasen de menos los prestamistas o consorcios económicos al campesino con respecto a lo que necesitaba para poder llevar a cabo su trabajo con éxito; en la mayoría de los casos estos prestadores, consorcios, etc. se encontraban en Alemania antes de 1933 como en muchos otros paises en ma-

nos judías. Las leyes nacional-socialistas dieron al campesino todas las facilidades, todo el estímulo y ayuda posibles, total libertad, suponiendo que era alemán y que trabajaba sólo por el "interés nacional".

Pues en ese caso significaba que la tierra natal, al mismo tiempo que un medio para la subsistencia, era sólo un derecho que tenían acceso los ciudadanos alemanes, es decir, que es natural que sólo hombres de sangre alemana posean tierra en Alemania.

"El Partido nacional-socialista aboga por la economía privada", manifestó el Führer en numerosas ocasiones; sobre todo en su discurso el 13 de abril de 1928, cuando en referencia a los campesinos dejó clara la actitud del Partido. Ningún nacional-socialista se ha sublevado jamás - como fue el caso entre los comunistas - contra el derecho del individuo a la posesión, que sin embargo estaba unido al deber de utilizarla en el interés nacional (manifiesto del Partido del 6 de marzo de 1930). Para las tierras se establecieron tribunales especiales a fin de conseguir este compromiso. Un campesino que no actuase por el interés general debido a una mala gestión según sentencia de estos tribunales, podía se expropiado con una recompensa adecuada (pago).

El suelo en el Tercer Reich en modo alguno podía ser objeto de especulación. La ley, que preveía la expropiación sin remuneración para "fines objetivos" como se fijó en el punto 17 del programa del Partido, fue efectivamente según las propias palabras del Führer, ordenada contra las sociedades especuladoras del terreno judías (manifestación del Führer, Munich, el 13 de abril de 1928). Quien siempre sembró la tierra, debería administrarla personalmente o podría entregarla, si la había adquirido legalmente a cambio de una indemnización de modo que allí podría establecerse otro campesino que estuviese dispuesto a cultivar la tierra.

El Estado tenía el derecho de retracto en cualquier venta de tierras para poder así cuidar que ninguna tierra pudiese ser la fuente de ingresos inmerecidos. Estaba también rigurosamente prohibido empeñar tierras a prestamistas privados (manifiesto del Partido del

6 de marzo de 1930). Se hicieron los emprésitos necesarios para la explotación bajó cláusulas favorables por sociedades que fueron reconocidas por el Estado, o concedidos por el Estado mismo. Las deudas jamás debían ser devueltas al Estado según la extensión y el estado del suelo. No hubo disposiciones firmes y duras referidas al producto esperado de la cosecha (manifiesto del Partido del 6 de marzo de 1930). Pues el cultivo de la tierra dependía por lo general de las condiciones locales del suelo. La ley de la heredad no enajenable prohibió la subdivisión y un elevado endeudamiento del suelo. Finalmente los negocios del comercio intermediario fueron trasladados a una cooperativa agrícola que se encontraba bajo control estatal. Todo fue hecho para levantar a la clase campesina no solo económicamente, sino también culturalmente.

Estos pequeños detalles pueden ser suficientes para mostrar que la política nacional-socialista del suelo en modo alguno produjo efectos poco favorables para el bienestar de los campesinos, que esa política era de hecho ampliamente más favorable que la de los comunistas, aunque nuestros enemigos del "Frente rojo" sostengan lo contrario. Protegió a fondo los intereses del campesino sin restringirle en manera alguna en su derecho a la propiedad privada: podía legar, comprar o vender su propiedad. Esta política en gran escala le dejaba libertad de acción para la realización de sus propios asuntos mientras por otra parte los intereses de la comunidad fueron vigilados mediante duros controles del Estado donde quiera que fue necesario. No, precisamente el control estatal fue al mismo tiempo la protección más segura del campesino contra cualquier posible explotación por astutos recaudadores de dinero. Pues lo que dije sobre otras leyes y reglamentos, que ya fueron equipadas en el programa del Partido antes de la subida al poder de Hitler se confirmó también respecto al suelo y al agricultura; no fueron meramente leyes "sobre el papel", sino que se llevaron a cabo. De hecho no hubo un régimen - ni siquiera el comunista - tan consecuente como el nuestro contra el poder de los recaudadores de dinero en el país y que actuase tan despiadadamente en su contra para que-

brar su poder. Muchos de los "pobres judíos" que durante un cierto tiempo, sobre todo en Alemania oriental, fueron internados y perseguidos no sólo porque eran judíos, sino porque se habían manchado con sombrías especulaciones del suelo o dejaban prestado dinero a los campesinos a un interés exorbitantemente elevado y cosas por el estilo; en una palabra fueron internados porque eran explotadores del Pueblo. No menos que el campesino alemán, el trabajador de la ciudad fue liberado también de aquellos y otros como aquellos; pudo trabajar con la certeza de que su trabajo era rentable, de que incluso el Pueblo en su conjunto, del que él y su familia eran una parte, obtendrían mayor provecho del trabajo duro año a año. Gente joven de todas las clases sociales, hermanos y hermanas de obreros, profesores, generales, modestos hombres de negocios, de hombres con un alto cargo cuidaban regularmente de ir y ayudar al campesino en el campo como miembros del servicio de trabajo y le hacían entender cada vez más que él y los habitantes de la ciudad eran *de una* raza *de un* Pueblo - *de una* nación -. La atmósfera alegre, llena de esperanza, confiada en sí misma de las ciudades, se extendió de la misma manera al campo, a pesar de la contra-corriente oculta pero bien organizada que por un cierto número de clérigos había sido organizada en muchos lugares contra el Nacional-socialismo. Se sacó ventaja de la ignorancia del campesino y de sus prejuicios largamente guardados 1).

Una gran contribución del Nacional-socialismo al renacimiento de Alemania - y de Europa - está en el afán de limpiar la prensa tanto como cualquier otra clase de arte y literatura, así como en el afán de elevar los ideales morales, intelectuales y estéticos de los adultos no menos que de los muchachos y muchachas jóvenes, y sobre las ruinas de la decadente pseudocultura del mundo capitalista edificar una nueva cultura sana y bella. Ningún aspecto del gobierno nacional-socialista (excepto a lo mejor nuestra lucha contra el judaísmo) ha sido criticado hasta más no poder y de manera tan chi-

1) He oido en poblaciones de la comarca del Mosela (en torno a Tréveris) que pueden figurarse bajo la influencia del clero, como la gente denomina al Nacional-socialismo enemigo del catolicismo y a Alfred Rosenberg como el Anticristo.

flada, no sólo por nuestros enemigos mortales sino por la "opinión pública" en todas partes del mundo. A pesar de todo, esa lucha tenaz por la verdad y por el triunfo de todo lo que es más sano y mejor para la raza aria es algo por lo que cualquier nacional--socialista puede estar orgulloso - incluso aun cuando por el momento no hallamos obtenido el éxito.

Sin una limpieza profunda de la prensa no hubiera sido - y nunca será - posible una renovación después de 1933. Mientras el periodista sólo escriba para ser retribuido - sin tener en cuenta de parte de quien, con que utilidad o para que clase de fin superior - y no lo haga porque sienta la necesidad de explicar a sus lectores algo o de ensalzarlos, sostengo que tanto tiempo como los "astutos" de cualquier raza o creencia se mantengan en el poder del dinero, también permanecerán en el poder de la opinión de la gente. En la medida que las masas tengan algo que decir en cuestiones nacionales e internacionales, tendrán el poder sobre el destino de las naciones. Pues la masa de los lectores es tonta - crédula en grado sumo - y no ha variado el saber sobre el simbolismo corriente de lo escrito. Por el contrario, la palabra escrita les ha dado la peligrosa ilusión de la libertad de pensamiento mientras son esclavizados cada vez más por ella; más que nunca han sido esclavizados por algún poder tangible. Nadie ha puesto de relieve tan brillante y sarcasticamente la influencia perniciosa de esa prensa con aire de suficiencia "intelectual" o "instruida" que es controlada por dinero judío, como nuestro Führer. *"Die Frankfurter Zeitung"*, así declara (y esto es sólo un ejemplo entre muchos) *"es para esta gente la esencia de todo decoro pues nunca emplea términos groseros, rechaza toda brutalidad física y apela siempre a la lucha con armas "espirituales", una lucha que precisamente y de manera particular preocupa más a los hombres menos espirituales"* 1). *"Pero el judío escribía para nuestra medianía intelectual su pretendida 'prensa de la inteligencia' "* 2).

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" I, Cap. 10.
2) Adolf Hitler, "Mi Lucha" I, Cap. 10.

Había sólo dos caminos para terminar con esta molestia; o prohibir del todo la prensa o si no sacar provecho a la tendencia de los lectores de creer todo lo impreso para el triunfo de la idea nacional-socialista, y sólo consentir imprimir aquello que de ninguna manera se opusiera a esto. De estas dos posibilidades fue sin duda alguna la segunda la más sencilla y al mismo tiempo la más afortunada. No se puede enseñar a la gente en un día a pensar por sí misma. Pero mientras lo aprenden deben tener algo en que poder creer y en ese caso debería ser preferible la verdad que las mentiras. Fue así que se escogió el segundo camino. La prensa no fue eliminada, pero si controlada, como estaba previsto en el punto 23 del programa del Partido. *"Pedimos la lucha legal contra la consciente mentira política y su destierro mediante la prensa"* 1).

"Todo director de periódico en Alemania y sus periodistas debían ser "miembros de la nación", es decir, de sangre alemana. Periódicos en otras lenguas o incluso diarios extranjeros podían ser publicados en Alemania con permiso gubernativo. Pero ningún periódico no alemán tenía derecho a influenciar a la prensa alemana: *"Cualquier participación financiera en periódicos alemanes o su influencia por no alemanes será prohibida legalmente y pedimos como castigo por la transgresión el cierre de una empresa periodistica así, además de la expulsión inmediata del Reich de los no alemanes interesados en ella"* 2).

Es fácil criticar tal política, defendiendo "el derecho del individuo a la libertad de opinión" u otras políticas. Pero se debería comprender por primera vez que Inglaterra no habría declarado la guerra a Alemania en 1939 si en Inglaterra se hubiese llevado a cabo una política nacional de prensa semejante (naturalmente desde el punto de vista inglés). No hubieran habido bombardeos, ruinas y millones de muertos - nada del inmenso mal que cualquiera lamenta-sino una Europa feliz en la que las dos grandes naciones arias, Alemania e Inglaterra, habrían colaborado en un espíritu amistoso por el bienestar de ambas y por el bien de todo el mundo ario. La

1) Punto 23 del programa del N.S.D.A.P.
2) Punto 23 del programa del Partido.

consecución de un resultado así bien habría valido tener que renunciar a alguna libertad para la mentira. Entonces se debe saber también que esos demócratas que hoy nos reprenden porque no permitíamos publicar en periódicos alemanes propaganda contra nuestras concepciones cuando estábamos en el poder, son la misma gente que nos persiguieron en los últimos cuatro años por el único motivo de que nuestro sentido de la vida es exactamente contrario al suyo; son exactamente la misma gente que me condenaron a tres años de prisión por la publicación y divulgación de "propaganda nacional--socialista". Su "libertad de conciencia y su derecho del individuo a la libertad de opinión" son el embuste más absurdo - tan zafio y torpe que cualquiera que esté provisto de un mínimo de sentido común lo debería comprender. Cuanto menos sea dicho sobre estas mentiras, mucho mejor... para nuestros enemigos.

Junto con la depuración de la prensa se procedió a la exploración profunda en el arte y la literatura, para promover el crecimiento de una sana cultura nacional, que fue imposible en la atmósfera enervada y extenuada que engendró el capitalismo moderno. Esto se fijó como principio en el punto 23 del programa del Partido: *"Deben prohibirse diarios que atenten contra el bien común. Exigimos la persecución legal de todas las tendencias artísticas y literarias que ejerzan un influjo desmoralizador sobre nuestra vida popular y el cierre de organizaciones que atenten contra las exigencias precedentes"* 1). El mundo, que por una educación total estaba habituado a contemplar cualquier astuto desatino escrito como una manifestación intelectual - alentado por la prensa judía, como cualquiera bien puede figurarse - y que en ella era exhortado a admirar al "intelectual" sobre todo, rompió en un fuerte ataque de indignación cuando en la noche del 10 de mayo de

1) Del punto 23 del programa del N.S.D.A.P.

1933 con presencia del ministro de propaganda del Reich Dr. Goebbles - uno de los mejores, más rectos e inteligentes nacional-socialistas que jamás hubo -, los estudiantes de Berlin prendieron en público un alegre fuego a muchos de los libros que habían sido proscritos como muestra de literatura desmoralizadora y nociva, y de los que la mayoría fueron escritos por judíos. "¡Cómo!" vociferaba la prensa extranjera. "¡Regresamos al fanatismo intolerante de la Edad Media! ¡Los libros se queman! ¡Qué horrible!". Los "monos" lectores de prensa de todo el llamado mundo civilizado repitieron esta indignación. Casualmente, cuanto más viciados estaban por el "estudio" barato y más engreídos eran debido a afirmaciones "intelectuales" injustificadas, tanto más horrorizados estaban acerca de la noticia impresa del Holocausto y más hinchados hablaban contra el Dr. Goebbles, contra el Führer, contra los estudiantes alemanes y el Partido nacional-socialista y (siempre que tenían la oportunidad) contra los aislados arios no alemanes, como contra mi, ya que comprendieron la importancia del Holocausto y le saludaron con regocijo.

Ese mismo grito demente se oyó cuando el Tercer Reich proscribió a todos los engendros singularmente enfermizos y torcidos de piedra o sobre el lienzo, que antes de la subida de Hitler al poder habían sido señalados como "arte degenerado", como desmoralizadores y peligrosos para la salud moral de la nación alemana. Mayor fue aún el susto cuando médicos y profesores de origen judío e "intelectuales" alemanes, cuyo parecer era manifiestamente contrario al modo de vivir nacional-socialista, fueron destituidos del cargo. El punto culminante se alcanzó, como era de esperar, cuando un gran número de judíos ricos, a los que el gobierno nacional-socialista permitió de manera muy generosa abandonar Alemania con todo su dinero y sus objetos de valor, se estableció en Inglaterra, América, India y en todo el mundo, llevando a cabo más libremente que nunca la propaganda anti-nazi.

Sí, fue una indignación artificial, tan verdaderamente artificial como hubiera sido cualquier enseñanza a un papagayo; porque

la mitad de la gente que unió su voz a este coro universal contra la persecución nacional-socialista en "arte y cultura" no tenía la menor idea del significado de estas dos palabras. Denominaban precisamente "arte" a lo que les era pregonado como tal desde las ediciones dominicales de los diarios que ofrecían sobre la última novela psicológica de Doña Mengana o sobre la exposición de ensayos al óleo de Don Fulano. La otra mitad sencillamente habría detestado el aspecto - o el sonido - de la mayor parte de la porquería que fue quemada en Alemania, si la hubiese visto, leido o escuchado, y hubiera gritado de todo corazón: "¡Es algo bueno que se haya proscrito eso!" - si hubiera estado segura que nadie pudiera haberla oido casualmente.

Sólo se juntaron con el coro de papagayos porque temían ser contemplados como provincianos o bárbaros, de no haberlo hecho.

La verdad es que nada de lo que fue quemado realmente no valía la pena conservar. La verdad es también, que nosotros nacional--socialistas, en materia de arte y cultura y en todos los demás campos, no sólo prohibíamos y destruíamos. También creamos algo. Efectivamente, destruímos para crear algo, en colaboración con un pueblo nuevamente resurgido, que no estaba cohibido por ejemplos malsanos y recuerdos opresivos. Y nada tal vez habría servido tanto a nuestra propaganda como una serie de exposiciones de arte en todo el mundo: en una sala todas las muestras extravagantes de arte ultra--moderno que proscribímos - curvas afectadas, formas encorvadas, rostros humanos extraños de los que se suponía fuesen tanto más ricos en significado profundamente oculto, cuanto que parecían al ojo imparcial más locos o idiotas, - y en la otra ... los mejores trabajos de Arno Brecker. Para ello, una observación aclaratoria para el observador serio: "Hemos venido a destruir *eso*, para instituir *esto*". Esto hubiera sido en efecto, propaganda nacional-socialista. Y en verdad propaganda de la mejor clase. Deseé que una doble exposición así hubiera sido organizada en cualquier ciudad del mundo en la que existiese un consulado alemán.

Lo que en esa exposición se hubiera dicho sobre pintura y arte escultórico, hubiera valído exactamente igual para la música y la literatura. Pero muchos dirían: "¿Qué sucede con la ciencia natural? ¡Ningún gobierno civilizado puede proscribir publicaciones científicas, perseguir a un sabio como Sigmud Freud por motivos raciales o proscribir a Einstein uno de los mayores cerebros de todos los tiempos!"

Sí, lo sé, Freud y Einstein, los dos ejemplos que son automaticamente alegados para condenarnos cada vez que se plantea la cuestión sobre nuestro enfoque "frente a la cultura". Es curioso contemplar como muy poca gente está en condiciones de hablar de estos dos eruditos, ni siquiera cuando utilizan de estos nombres como arma arrojadiza contra nosotros. Millones han *leído* algunas de las obras de Freud (o algunos estractos de ellas) - esto es cierto; pero lo hacen tan sólo por experimentar algún tipo nuevo de excitación sexual - no por afán de saber con arreglo a un conocimiento científico; no así *como* - si es que - se debió leerlas. En cuanto a Einstein, también puede haber sido tan moderno hablar en 1919 y 1920 sobre su "teoría de la relatividad" (cuando se encontraban explicaciones simplificadas sobre ella incluso en revistas femeninas), pero de esta manera nadie se puede vanagloriar por eso, excepto sólo un puñado de matemáticos y físicos altamente especializados por entender sus renovaciones científicas. Todo lo que saben esos profanos es que es una "cabeza insigne" - lo que sin duda es cierto. Y seríamos bárbaros si no apreciásemos que una grandeza tal, se personifica casualmente en un judío.

Es un error fundamental, una interpretación errónea a fondo en la raiz, esta actitud frente a nosotros. No es cierto que no reconozcamos o valoremos tal capacidad intelectual como la de Eisntein, en un judío. La elogiamos dondequiera que sea posible. Pero ello no es razón alguna para tolerar a un judío a ocupar una cátedra en una universidad alemana (o en una universidad en algún otro estado ario), como tampoco deseábamos tener junto a nosotros a uno chino o árabe con la misma cualificación. Cuando la naciona-

lidad es antes que nada una cuestión racial (que lo es indudablemente), y cuando, como es natural, sólo nacionales de un país, es decir, gente de la misma sangre tenía autorización para ocupar allí puestos de gran responsabilidad, entonces sin duda, no se permitía a un judío ocupar un puesto así en un país ario, sea en materia de educación o en la administración. El mundo debería comprender que en nuestra actitud no existía enemistad personal contra Einstein como científico. El hecho es que se trataba de que no podíamos traicionar a la letra y al espirítu del programa del Partido por persona alguna. Y los "intelectuales" debieron reprendernos tanto menos, pues la ciencia excede las fronteras, y desde su punto de vista poco importa si la "teoría de la relatividad" era explicada desde Berlin, Nueva York o Jerusalem.

El caso de Sigmund Freud es algo diferente debido a la popularidad que tiene sobre los profanos, especialmente los hombres jóvenes. Es cierto que no es asunto de los profanos leerlas, y que no es culpa de Freud, si lo hacen. Aún así queda el hecho que las obras son peligrosas - *"apropiadas para descomponer la vida de una nación"* - si su estudio no se limita estrechamente a especialistas. Tenían y tienen - no sólo en Alemania, sino en todo el mundo, donde siempre están a la venta traducciones, una influencia perniciosa en hombres y mujeres jóvenes que buscan en ellas una ocasión para reflexionar sobre anomalías sexuales y en los problemas de su propia vida sexual - reales o presuntos - en los que si no jamás habrían pensado. Aparte de esto, a ello se junta el hecho de que el hombre es judío, que sus obras pueden, sin quererlo, - pero ello no supone una diferencia - tener una influencia desintegradora. Realmente no se puede reprender a los estudiantes de la resurgida Alemania que hiciesen una hoguera con sus libros junto con otros muchos que eran bien escabrosos, pero no libros científicos precisamente. Tampoco se puede reprender al gobierno nacional-socialista que empujó un poco rudamente a Freud fuera de Alemania.

La actitud desfavorable del Nacional-socialismo frente al "arte-retorcimiento" de cualquier género, se tradujo en una "salud vi-

tal" alegre y fuerte a todo eso y en un sentimiento de triunfo: Quiso zafarse de la influencia de las monstruosidades rebuscadas o de la trivialidad fanfarrona en el arte, de los "problemas" retorcidos que eran analizados a escala frívola e indolente, del secreto vano, extravagancia y exhibición infantil, en la literatura. También estábamos hartos del "charloteo sexual" - "sexo en el encéfalo" lo habría denominado Norman Douglas - de los que no tienen ninguna otra cosa en que pensar, sobre el justo sentido erótico de la gente. Nosotros nacional-socialistas no tenemos interés y simpatía por el mundo feo, enfermo y podrido-maloliente capitalista que quisieramos destruir en caso de que tengamos el placer de asestarle el último golpe, y que de cualquier modo morirá también. Tras una grave pesadilla, cuando miramos hacia el porvenir, en el trabajo y con la canción, la fe, lucha y creación - respiramos en la belleza de nuestros ideales palpables un aliento de aire fresco y bienhechor de los bosques. ¡Sí, adiós a todo eso!. O mejor, "¡vayase todo con él!". ¿Qué tenemos en común con este mundo de papagayos chillones que expelen con la más alta voz palabras insignificantes, y un mundo de monos que se rascan sus genitales? La cultura que sentamos durante los primeros pocos años de nuestro poder, fue algo muy distinto a eso que los intelectuales modernos llaman "cultura".

Mas una cultura enteramente nueva apenas puede encontrar entrada en el pueblo que se aferra como antes a la misma religión. Es cierto, el programa que fue proclamado en la cervecería señala firme, *"que el Partido como tal defiende el criterio de un cristianismo positivo"* 1). Pero como ya dije antes, y como me han confesado todos los más inteligentes nacional-socialistas que me encontré - en 1920 era casi imposible decir otra cosa para poder confiar ganar seguidores.

1) Punto 24, "El programa del N.S.D.A.P.", edición 1933.

Esta demostrado el hecho de que queríamos sustituir la ligazón en la fe usual por el vínculo en la sangre común (por ejemplo, deseábamos reemplazar la comunidad religiosa por la comunidad racial). Pero eso está en oposición al espíritu cristiano, como también su aplicación, siempre y en todas partes, hasta el día de hoy. Es cierto, dicho de otro modo: si hay alguna religión que constituya algún peligro para el Estado y que por eso debiera ser desterrada, tal es el caso del cristianismo; pues nada es más incompatible con los principios fundamentales sobre los que se basa toda la construcción de cualquier Estado nacional, que el cristianismo.

Pero exceptuando el hecho de que esto no podía decir en un programa político en 1920, tampoco en 1933 - tanto aún menos podía llevar a cabo en un sólo día. Al cristianismo no podía uno oponerse abiertamente con acritud manifiesta antes de que la filosofía de vida nacional-socialista hubiese penetrado de forma evidente en amplios sectores, antes de que hubiese echado raices firmemente en el subconsciente del pueblo alemán, cuando no también en muchos arios extranjeros, y asi tanto mejor poder fomentar la difusión de la nueva - o mejor de la eterna - concepción religiosa, de la que naturalmente va cogida de la mano. Entre tanto hubiese sido precipitado suprimir radicalmente la fe cristiana, por muy caída en desuso que pueda parecer a muchos de nosotros. Hitler dice: *"Pero para el político la apreciación del valor de una religión debe ser determinada menos por los defectos tal vez inherentes a ella, que por la bondad de un sustituto visiblemente mejor. Pero mientras falta tal, la existente sólo puede ser demolida por locos o criminales"* 1).

"Pedimos la libertad de todas las confesiones religiosas en el estado, en cuanto su existencia no ponga en peligro o atenten al sentido y sensibilidad moral de las razas germánicas" 2).

Se debería preparar lentamente el fundamento mientras en los jóvenes se reavivase de parte a parte su nueva alma aria mediante la correspondiente educación. Y simultaneamente expusiese al pue-

1) Adolf Hitler, "Mi Lucha" I, Cap.10.
2) Punto 24 del programa del N.S.D.A.P., edición1933.

blo de mayor edad un significado preciso para el término "cristianismo positivo" (lo más nacional-socialistamente posible). Esto es lo que se esforzó Alfred Rosenberg en su famoso libro: *"El Mito del siglo XX"*. Su "cristianismo positivo" es realmente algo muy distinto del cristianismo de cualquier iglesia, no, del cristianismo de la Biblia, puesto que se basa en la interpretación de Rosenberg del Nuevo Testamento que es manifiestamente la menos judía, y en su filosofía nacional-socialista. Los cristianos mismos descubrieron pronto que en realidad no era un cristianismo más. Y de todas las personas destacadas del Partido es a Alfred Rosenberg seguramente al que más desprecian hasta el día de hoy, si bien probablemente cometen una injusticia con él; pues hubo y hay hoy mismo mucho pensador nacional-socialista radical como él. Y fue por otra parte demasiado teórico para convertirse en un peligro real para el poder de las iglesias.

Pero es cierto que tras todas las habladurias sobre el cristianismo positivo, cada nacional-socialista pensante sintió desde un principio que Alemania y el mundo ario por extensión necesitaba una nueva conciencia religiosa, que en muchos y totalmente diferentes aspectos debería estar en fuerte oposición a la cristiana; mejor aún, que una conciencia tal ya acechaba en el descontento general, en la inquietud y el escepticismo del ario moderno 1), y que el movimiento nacional--socialista, más tarde o más temprano , debía secundarla para evocarla y ponerla de manifiesto. Aunque también Gottfried Feder habla del "cristianismo positivo" e insiste en el hecho de *"que nada está más lejos del N.S.D.A.P. que acometer contra la religión cristiana y sus respetables seguidores"* ; si bien Gottfried Feder pone un énfasis muy especial en que no se ha de dejar revivir de nuevo el "culto a Wotan" por parte del Movimiento ("El Partido como tal no permite, sea como fuera, ser identificado con los anhelos del culto a Wotan...") 2) , sin embargo Gottfried Feder debe mencionar que con el nuevo y paulatino despertar de la conciencia, *"todas las preguntas,*

1) El hecho ha sido señalado con énfasis por Gusiav Frenssen en su esplendido libro: "La fe de la marca del norte".
2) Gottfried Feder: "El programa del N.S.D.A.P,", edición 1933.

esperanzas y deseos, si el pueblo alemán encontrara algún día una nueva forma para su conocimiento y vida divina, no son de acá; esto son cosas de significación secular que van más allá del marco de un programa de fundamentos enraizados tal como los enuncia el Nacional-socialismo".

Por cierto, oficialmente no se hicieron ensayos en el Tercer Reich para derribar el poder de las iglesias o para prohibir la enseñanza de dogmas cristianos. Sin embargo, en la época fueron editados libros de belleza estraordinaria, los cuales no giraban alrrededor de antiguos cultos paganos como el de Wotan o para dejar revivir otros Dioses germánicos , sino en los que se manifestaban el amor y el espíritu del eterno paganismo nórdico.

Y fue esta la primera vez que la auténtica alma pagana del norte - la inmortal alma aria - casi después de 1500 años comprendió del todo que aún vivía; aún más, que es inmortal, invencible. He mencionado el pequeño pero espléndido libro de Heinrich Himmler: *"La voz de los antepasados"* , ese compendio magistral de nuestra filosofía en 37 páginas que sólo puede escribir un pagano completo. Contiene entre otras cosas una crítica agria a la postura cristiana frente a la vida: - caridad, abnegación, placer y culpa - y sentimiento de pobreza, *"el anhelo hacia el polvo (muerte)"* ; y contrario a ello, un credo para orgullosos y fuertes, para libres: *"No exhibimos nuestras faltas a cualquier persona - nosotros paganos - menos frente a Dios.Callamos sobre ello e intentamos subsanarlas"* 1).

De los otros muchos libros de cuño parecido mencionaré dos menos conocidos que *"El Mito del siglo XX"* de Alfred Rosenberg. Estos dos libros son sin duda mucho más radicales que el precisamente nombrado, y por tanto merecen mucho más los dos: a uno el odio "piadoso" de muchos cristianos de todas las confesiones y para el otro la admiración y la gratitud de todo corazón de todos los verdaderos paganos modernos. El uno es Ernst Bergmann *"Las 25 tesis de la religión alemana"*, y el otro Johann von Leers *"Historia sobre los fundamentos raciales".* En ambos se pone de relieve muy claramente y de una vez para siempre la incompatibilidad de la concepción na-

1) "La voz de los antepasados", 1935, publicado bajo el seudónimo de Wulf Sörensen.

cional-socialista de la vida y la del cristianismo, como sólo pudiera desearlo cualquier admirador incondicional de una de estas dos filosofías: *"Un pueblo que ha retornado a su sangre y suelo y que ha comprendido el peligro del judaísmo internacional, no puede tolerar más una religión que hace de las escrituras de los judíos la base de su evangelismo. Alemania no puede ser reconstruida sobre esta mentira. Debemos apoyarnos en las sagradas escrituras que constan escritas claramente en los corazones alemanes. Nuestro grito ordena: ¡Al diablo con Roma y Jerusalem! ¡Vuelta a nuestra fe alemana natural en la forma actual! Que nuestra Patria sea sagrada, que nuestro pueblo sea eterno, que sea divino, esto es lo que queremos construir"* 1) . Y la segunda de las 25 tesis - parece haber escogido el número para armonizar con los 25 puntos del programa del Partido nacional-socialista y para mostrar que en definitiva la nueva (o mejor eterna) *"religión alemana"* es inseparable de la creación de un verdadero estado nacional en Alemania - *"la segunda tesis"* , digo, *"establece que la religión alemana es la forma religiosa adaptada a nuestra época que nosotros alemanes tendríamos actualmente, si nos hubiera sido garantizado desarrollar en paz nuestra fe alemana natural hasta el día de hoy".*

Denominará al cristianismo como *"una religión perjudicial y antinatural que surgió hace 2000 años entre hombres enfermos, agotados y desesperados, que habían perdido su fe en la vida"* (Ernst Bergmann), en una palabra, precisamente lo contrario a lo que hoy necesita el pueblo alemán (o dicho sea de paso todo el pueblo ario).

No recuerdo a escritor alguno que haya mostrado más fuerte y determinantemente la oposición entre el perpetuo espíritu ario y el cristianismo, y que en particular haya destacado más claramente el futuro como Ernst Bergmann. Está fuera de duda que no se ha querido dejar revivir el culto a Wotan o alguna forma de culto nacional de la antigëdad, en la manera tal a como fue en aquel entonces. La rueda de la evolución nunca gira hacia atrás. La religión de la renacida Alemania solo puede ser la que hoy hubiera prosperado floreciente, como la consecuencia natural en la evolución del

1) Ernst Bergmann: "Las 25 tesis de la religión alemana".

antiguo culto nórdico, si no hubiese destruido la libre expresión de fe germánica *"Carlos ese asesino franco"* - como el profesor Bergmann llama a Carlomagno - e impuesto el cristianismo a fuego y espada a las razas germánicas en los siglos VIII y IX, o mejor dicho, Roma no hubiese caido como botín en manos de la *"nueva superstición"*, que fue introducida por los judíos, como expresase su primer emperador. Y lo que pueda decirse de la nueva religión alemana vale del mismo modo para la nueva religión deseable para todo pueblo ario resurgido que ha de organizarse por un verdadero estado nacional.

La única religión internacional - si es que debiera existir tal - tendría la necesidad de ser una religión de la vida sumamente amplia y sencilla que lleve en sí todos los cultos nacionales, domine y no esté en oposición con culto alguno (suponiendo que se trate de un verdadero culto popular. y no sobre las mismas deformaciones sacerdotales), que sea la veneración instintiva de la luz y el calor - de la energía de la vida que no sólo es la religión natural del hombre, sino de todos los seres vivientes, en cuanto estos pueden ser conscientes de ello. Efectivamente todas las religiones nacionales debieran contribuir a ello, a llevar a los hombres *esta* suprema veneración a la divinidad en la vida; pues en ninguna parte puede ser mejor experimentada colectivamente la divinidad - en la masa - que en la conciencia de la raza y el suelo. Y ninguna religión que no esté grabada determinantemente por particularidades locales (geográficas o raciales), jamás debiera ser internacional. Si llega a ser tan internacional - como el cristianismo y el Islam - es porque es el resultado de una esclavización cultural de muchas razas bajo el espíritu de una de estas, del que nació la religión o por el que llegó a alcanzar una posición relevante.

Un musulmán indio, en la medida que es un musulmán escrupuloso, está fuera del grupo de civilización india1). Y en la medi-

1) Este es un pensamiento que he expresado con frecuencia durante mi larga lucha en India contra esas religiones de la igualdad que no torman en consideración los problemas raciales. Sin embargo los antiquísimos cultos y costumbres no arios jamás fueron sometidos en forma alguna a la noble cultura aria de los invasores sáncrito-parlantes; pues los últimos habían reconocido los principios de la heterogeneidad de las razas, y la trascendencia del componente racial en la religión. Los cultos y costumbres no arios pudieron sobrevivir, y existen hasta el día de hoy.

da que un europeo acepta el cristianismo, acepta las cadenas del ideario judío. Y un norteuropeo en la medida que abraza el cristianismo, en particular el catolicismo, acepta más allá de este, la servidumbre de Roma. Alemania, la primera nación aria que en la medida que se rebeló contra el yugo judío - tanto cultural como economicamente - es también la primera nación nórdica que, sea como fuere en el siglo XVI se sacudió en parte la menos desconocida, pero aún extraña servidumbre de Roma 1) .

Nada muestra mejor el espíritu de la elevación religiosa - de la liberación religiosa - que se prepara poco a poco bajo el influjo del Nacional-socialismo que el grito del Bergmann: "¡fuera de Roma y Jerusalem! ¡Vuelta a nuestra fe innata en su forma actual!":

La misma brillante idea - la misma reivindicación de la eterna fe aria en la actual forma germánica - la realiza Johann von Leers en *"Historia sobre los fundamentos raciales"*, que ya mencioné. También aquí se encuentra aplicada, en el ámbito de la religión y de la cultura, esa ardiente pretensión legal del norte ario que tal vez constituya el rasgo característico del Nacional-socialismo en el plano político. Pues un despertar político del género al que Adolf Hitler consiguió, que agitó hasta en lo más profundo a toda una nación, no puede ocurrir sin un despertar paralelo en *todos* los campos de la vida, especialmente en el de la cultura y la religión, del ideario, dicho genericamente. También se encuentra en este punto, esta vez entre las extensas investigaciones en antiguos escritos de Hermann Wirth, una protesta contra la idea que predomina en todo el mundo judío y cristiano, de que el antiguo "norte ario" era algo "primitivo" y "bárbaro"; y una noción de futuro a la que Alemania sobre todo y las razas arias por extensión, se elevarán a un a grandeza sin precedentes, después de haber redescubierto su glorioso y eterno ser colec-

1) Hasta cierto punto la capital del Imperio romano con sus diversas mezclas raciales que allí tuvieron lugar, y las así influencias resultantes, aún puede ser llamada aria.

tivo. El pasaje del libro de Johann von Leers, unas páginas después de un rendimiento de honor para Adolf Hitler como el más grande renovador del pueblo por milenios, es valioso de reproducirlo en todo su tenor: "*Trás una época de decadencia y de aniquilación racial nos acercamos ahora a un periodo de purificación y desarrollo, que decidirá una nueva época de la historia del mundo. Si miramos miles de años atrás, encontramos que nos hemos aproximado de nuevo a la gran y eterna orden de la experiencia de nuestros antepasados. La historia del mundo no va hacia adelante en linea recta, sino que se mueve en curvas. Desde la cumbre de la cultura nórdica de origen en la antigua edad de piedra, hemos caminado durante siglos por los profundos valles de la decadencia, sencillamente, para levantarnos una vez más a una nueva cima. Esta cumbre no será más pequeña que la antaño abandonada, sino mayor, y ello no solo en los bienes externos de la vida". ..."No recorrímos la vasta muerte espiritual del periódo capitalista para ser extinguidos. Sufrimos para levantarnos otra vez bajo el símbolo que nunca nos dejó en la estacada, bajo la cruz de la vetusta edad de piedra, la antigua y sumamente sagrada cruz gamada"*1) . Todavía no estaba fijada la forma de una moderna religión aria en todos sus detalles - ¿y ella cómo podía ser?. Su deber será conducir la conciencia - en lugar del envejecido cristianismo. Pero la necesidad de tal religión no podía ser sentida y exteriorizada más vigorosamente; su espíritu y rasgos principales estában ya determinados. Es la sana religión de la alegría, de la fuerza - de la belleza - tal como la procuré dibujar al comienzo de este libro. Dicho de otra manera, es la eterna visión del Nacional-socialismo que se eleva hasta la más elevada esfera vital.

He recordado antes las sabias palabras del Führer que se referían al crecimiento paulatino de una nueva religión, que concordaría mejor con las necesidades del pueblo que el cristianismo, pero que no obstante, sólo locos y criminales pueden destruir precipitadamente la existente antes de que se manifieste efectivamente esa nueva fe"2).

1) Johann von Leers: "Historia sobre los fundamentos raciales".
2) Adolf Hitler: "Mi Lucha" I, Cap. 10.

Cuando escribió "Mi Lucha" en 1924 sintió evidentemente que el tiempo para esa evolución hacia adelante aún no estaba maduro. Tras todo lo que se lee en los célebres diarios de Goebbels, que publicaron nuestros enemigos en 1948 (motivo por el cual no se sabe hasta que punto son originales) parecía Hitler estar en perfecta armonía con el ministro de propaganda del Reich en radical oposición a las iglesias y al mismo tiempo con el trato prudente de la cuestión religiosa durante la guerra.

Mientras la guerra rugía, indudablemente no era el momento apropiado para dedicarse a tales modificaciones y así de repente acaso dar a comprender a cierta gente que se combatía por una causa que un modo alguno deseaban eventual. Pero si la victoria se hubiese conseguido, entonces hubieran sido echas posible muchas cosas que no lo parecían. Conforme a los *"diarios"* , el Führer planeaba tras la guerra proponer al pueblo cambiar paulatinamente sus hábitos alimenticios, con objeto de preparar un final al espanto permanente en los mataderos 1) - de uno de los proyectos más dignos de alabanza, que nunca fue tomado seriamente en consideración en la historia de occidente 2) , que en caso de ser puesto en práctica colocaría en seguida a Alemania a la cabeza de todas las naciones y por su concepción moral se habría elevado muy por encima del estandar de la civilización cristiana. Seguramente también planeó la formación gradual de una visión religiosa que hubiera sido digna del orden nuevo que quiso fundar. Por los más entregados radicales entre los miembros activos del Partido - el cuerpo de élite - los hombres-SS, se esperaba encontrar sólo en la Weltanschauung nacional-socialista todos los elementos de la vida interior, sin tener algo que ver con las iglesias cristianas y su filosofía. Y si uno se acuerda de la declaración privada - no pública - más sensacional, que en todo caso se le atribuye, se está convencido de que era consciente de la insuficiencia del cristia-

1) "Un extenso capítulo ha dedicado Hitler a la cuestión vegetariana. Cree más que nunca que la alimentación cárnica no es correcta. Naturalmente sabía que durante la guerra no podíamos modificar perfectamente nuestro sistema de alimentación. Sin embargo, tras la guerra tenía también el propósito de abordar este problema".

2) Una sola vez, en el siglo 3 antes de Cristo el emperador indio Asoka prohibió la matanza de animales en gran escala.

nismo como la religión de un pueblo sano, arrogante, orgulloso y dominador. El mismo enfoque mostró cualquiera de sus más atrevidos pensadores, sobre todo también el mismo Heinrich Himmler y todos aquellos que denominó en su maravilloso librito como "nosotros paganos".

Sé que las declaraciones que son atribuidas a un hombre, ya por ser un admirador en el sentido de una alabanza, ya por ser un enemigo con sentimientos de odio, la mayoría de las veces son de dudosa autenticidad. Pero si son citadas para elogiar al mencionado que debe haberlas expresado, entonces en realidad le reprueban, o si se citan manifestaciones "terribles" con la intención de dañar al hombre que debe haberlas hecho, en realidad de esta manera se le hace una alabanza, y si además las palabras son por casualidad hermosas, sinceras e inteligentes como para que el informador las hubiese podido inventar en conjunto, entonces se pueden, creo, aceptar como genuinas o después de todo, probablemente genuinas.

De los muchos libros que se han escrito con el fin de arrojar inmundicia sobre nuestro Führer he leído solo uno de arriba abajo; - el trabajo del traidor *Rauschning* , que fue traducido al inglés con el título de *"Hitler speaks"*-. Él único que leí no solo con interés, sino con elevación interior; pues es (muy en contra de la intención de su autor) uno de los mejores tributos que se rindió al salvador de las razas arias. Si yo hubiera venido a la jungla desde lejos, e incluso nunca hubiese oído antes del Führer, sólo el libro me hubiera convertido en su partidaria - "más joven" - sin la menor reserva. ¿Debiera calificar al editor como un canalla por semejante excelente propaganda? ¿O es justamente un perfecto loco,un muchacho que se unió al movimiento nacional-socialista cuando en modo alguno era su deber hacerlo, y el cual se estremeció lleno de miedo tan pronto como comenzó a comprender cuan contrarios eran en el fondo sus fines a los nuestros? Sus fines eran por lo visto los de un "burgués" mediocre. Después de volverse contra nosotros, realmente no mintió, no necesitaba hacerlo. Escogió de las declaraciones del Führer las que a *él* más espantaron, y también las que en igual manera le espan-

tarían. Escribió *"Hitler habla"* para uso de todos los burgueses mediocres del mundo. Porque había millones de ellos, y porque el mundo que representaban pronto debía llevar una guerra contra el Führer, fue el libro un éxito económico y a la vez ideológico 1) - la clase de éxito que el autor había deseado: Causó la indignación de los "honestos" Untermenschen 2) de toda clase contra el Nacional-socialismo. Pero algún día (si sobrevive), un arianismo resurgido lo contemplará como el tributo no intencionado de un enemigo "al más grande europeo de todos los tiempos".

Las frases de Hitler sobre el cristianismo que Rauschning reproduce en el capítulo 4 de su libro. serían admiradas, no criticadas, en un mundo ario que consecuentemente estaría penetrado con una conciencia nacional-socialista; pues contienen nuestro espíritu - y suenan veraces para no ser ciertas: *"¡Deja la sutileza a los demás!"* dijo el Führer a Hermann Rauschning antes de que el último hubiese renegado. *"Ya se trate del Antiguo o Nuevo Testamento o simplemente sobre las sentencias de Jesus (según H.St.Chamberlain), es siempre el mismo engaño judío. No nos haría libres. Una iglesia cristiano-alemana, un cristianismo alemán es una deformación. Se es bien alemán, o bien cristiano. No se puede ser ambos. Se puede apartar al epiléptico Pablo del cristianismo - otros lo han hecho antes que nosostros. Se puede convertir a Cristo en un noble ser humano y negar su divinidad y su rol de salvador; la gente lo ha hecho durante siglos. Creo que hay hoy tales cristianos en Inglaterra y América - se denominan unitarios o algo parecido. Eso no sirve de nada. No se puede emancipar del ser espiritual, lo oculto. No queremos gente que dirija la vista, pasando sobre la vida, hacia la muerte. Necesitamos hombres libres, que sientan y sepan que Dios vive en ellos* 3) . En efecto, por muy inteligente que pueda haber sido Rauschning, sin embargo no era un hombre como para tramar este discurso por pura imaginación propia. Como muchas otras manifestaciones que atribuye al Führer en su libro, esta lleva muy fuerte el sello de la sinceridad en la fe - de

1) Hubo hasta 1940 cinco ediciones del libro y seguramente con posterioridad a esa fecha aún más.
2) subhombres.
3) Hermann Rauschning:: "Hitler habla", 5ª edición, Londres 1940.

la verdad - como para ser una mera invención. Además encaja exactamente en muchas conocidas manifestaciones del Führer, en sus transmisiones escritas, en el espíritu de toda su doctrina, que como ya dije anteriormente es mucho más que una simple ideología sociopolítica. Pero aparte de lo que siempre se dice y escribe en aras de la conveniencia actual, permanece la verdad de que el Nacional-socialismo y el cristianismo cuando son ambos llevados hasta su lógica deducción final - entiendo cuando son experimentados y vividos con toda seriedad - es imposible que puedan ir juntos. El Fúhrer consideraba precipitado adoptar publicamente una actitud contraria a la doctrina cristiana como también a las iglesias, lo que habría requerido la intolerancia natural de nuestra Weltanschauung; pero él sabía que solo podíamos ganar a largo plazo, si nosotros, tratándose de cualquier punto básico, manteníamos la misma intolerancia de todo movimiento que está persuadido seriamente de: *"que sólo él está en el camino cierto"* 1). Y sabía que antes o después nuestro conflicto con el orden existente a nivel religioso y filosófico como también en otros domínios debía producirse forzosamente. Esto es ineludible. Y este conflicto solo ha sido aplazado por la derrota material de Alemania - tal vez (¡quien sabe!) en armonia con la voluntad oculta de los Dioses para hacer posible que madure a más largo plazo el tiempo de los pueblos arios, y los alemanes en especial, para entender finalmente con ello cuan poco puede colmar el cristianismo su más honda aspiración y cuan locos debieran ser si tolerasen que el cristianismo se coloque entre ellos y la fe aria inmortal, que encierra en sí el Nacional-socialismo.

Esa fe aria - esa veneración del sano, del fuerte, del sol y tantas virtudes; ese culto a la raza y al suelo - es la expresión nórdica de la religión universal de la vida. Es - como espero - la religión del porvenir de Europa y al menos de una parte de Asia (y naturalmente de todos los paises en los que predomine el ario). Algún día recorda-

1) Adolf Hitler: "Mi Lucha" I, Cap. 12 ... "El porvenir de un movimiento estará condicionado por el fanatismo, y hasta por la intolerancia con que sus partidarios le representen, como el más justo, y le impongan frente a otras creaciones de índole semejante".

rán esos millones al hombre que fue el primero que dió en 1919-1920 a Alemania el impulso divino hacia la elevación incomparable; al hombre que ahora odia y calumnia el mundo desgraciado, nuestro Hitler.

Ahora, puesto que estoy aquí encarcelada por causa del amor a él, se encuentra mi gran alegría en la gloriosa esperanza de que esos arios renacidos - esos hombres y mujeres absolutos de la futura *"Edad Dorada"* - algún día le depararán honores divinos.

CAPÍTULO XII

EN LA FLORESTA SAGRADA

"Puede ser que hoy el oro se haya convertido en el regente exclusivo de la vida, pero algún día el hombre volverá a inclinarse ante los egregios Dioses".

Adolf Hitler
(Mi Lucha II, Cap. 2)

"Las paredes en esta casa son tan finas como el papel; se puede oir cualquier palabra, particularmente en esta noche, cuando todo está tranquilo. Y el muchacho que vive en el primer piso es un cerdo traidor. Una vez cuando valía la pena - sostuvo ser nacional-socialista. Pero luego se cambió al SPD 1) *, tan pronto como comenzó la ocupación (El partido socialdemócrata revivió otra vez merced a la fuerza de ocupación aliada, de la que recibió seguridad). Y ahora nos denuncia. Por este motivo sea prudente con lo que dice"*. Esto es lo que me dijo esa noche el señor A. cuando estaba sentada con él en un confortable sillón tras un cansado viaje de un extremo a otro de Alemania. *"Pero"*, agregó, *"mañana la llevaré al bosque. Allí podemos hablar libremente"*.

Ahora caminábamos bosque arrriba. En efecto, ya teníamos costumbre en ello. Caminábamos siempre más allá del camino.Ausentes de los posibles curiosos, perdidos de los posibles oyentes, de los eventuales traidores, de los eventuales espias, me acordé de esa excursión en la que alguien me había dicho en la primera ciudad alemana que visité: *"Este es un país del miedo. ¡Desgraciada Alemania! ¿Hasta cuando?"*.

Caminábamos siempre más allá sin hablar. Nunca antes había estado con el señor A.. Yo había llegado a él por la recomendación de otros nacional-socialistas en el extranjero, sin jamás haberles encontrado de hecho. Y todo lo que sabía de mi era que ha-

1) Partido socialdemócrata de Alemania

bía pasado largo tiempo en la India; que *"todo estaba en orden"*, es decir, también era nacional-socialista; y que estaba dispuesta, directa o indirectamente, a colaborar en acciones clandestinas para fortalecer el espíritu nacional-socialista o socavar la influencia de las potencias de ocupación en la Alemania actual. Tanto me tenía que decir, y también le tenía que informar. Pero esperamos.

Era un clara mañana de septiembre. A través de las ramas de los árboles, que todavía estaban cubiertas densamente con hojas verdes, se levantó sobre el suelo y nosotros, el sol, paradigma de luz - paradigmas que cambiaban una y otra vez ya que el soplar del viento movía las hojas - y los pájaros cantaban. Cuanto más lejos caminamos en el interior del bosque, tanto más orgullosa me sentía. Fue reanimador para mi sentirme ahora en un incólumne santuario de paz, después de que día a día había visto muchas leguas de superficies con ruinas desde que había entrado el Alemania. Y la conciencia de que el señor A. y yo estábamos solos y que habíamos venido para prescindir de la traición comprable del hombre, para buscar juntos la tranquilidad, el secreto y la comunicación de corazones en nuestros grandes ideales impersonales, me hizo aún más orgullosa.Tomé conciencia que la divinidad oculta del bosque - el sosiego invisible, el ánima invencible de la tierra - era nuestra compañera. Y en efecto lo era.

Un par de corzos corrían graciosos a unos metros de distancia de nosotros y desaparecieron en la espesura del bosque. Admiraba la belleza de su movimiento. Quería preguntar al señor A., si él, como los amigos ingleses que me habían mandado hasta él, y como yo misma, desaprobaba la caza y todos los deportes crueles por razones morales y sensibles. Me acordé de un judío que en un guateque en Islandia en el que participé casualmente, declaró que tales deportes *"debían ser promovidos"*, ya que proveían al hombre de una oportunidad apropiada para seguir su natural instinto destructor, y que en su opinión era más conveniente que se ejerciera contra animales que contra hombres. A lo que respondí con indignación que es mucho más inteligente dirigir el natural impulso de destrucción contra peli-

grosos seres humanos que contra animales inocentes. Y cuando el hombre me preguntó a quien denominaba *"peligrosos seres humanos"* y respondí retadora: *"gente como usted"*, puse de este modo a toda la reunión de islandeses (todo menos judíos), pero hombres con un modo de ver cristiano, contra mi. Deseaba referir esta vivencia al señor A.. Pero no lo hice, No tuve el valor para destruir la tranquilidad. Y sentí que el señor A. pensaba en cosas que en comparación con todos los acontecimientos personales eran insignificantes. Caminamos más lejos - casi media hora sin hablar. Hojas marchitas y ramas crujían bajo nuestros pies.

Finalmente el señor A. habló: *"Nadie nos puede oir aquí. Ahora podemos hablar. ¿Desea que nos sentemos, o le importa algo sí caminamos aún más lejos en el bosque?".*

"Caminemos aún un poco más lejos", dije, *"camino gustosa"*.

Me hizo algunas preguntas básicas sobre mi misma, sobre mi infancia, mi vida como estudiante en Grecia y en Francia. Me preguntó cuando y como había llegado al Nacional-socialismo, cuanto tiempo había vivido en la India y que había hecho allí durante la guerra, y como conseguí llegar a la gente que me había recomendado a él. Respondí conforme a la verdad. Me contó algo de su propia vida, de su lucha, de su hermoso lugar de nacimiento en los Sudetes, de su educación religiosa, de su conversión del cristianismo al Nacional-socialismo.

"Tiene razón", me dijo, *"cuando dice que jamás pueden ir juntas las dos filosofías. Tuvo usted la ventaja, nunca fue cristiana. Yo dejé de ser cristiano en 1933".*

"Exteriormente fuí cristiana hasta 1929".

"¿Qué quiere decir exteriormente?"

"Quiero decir que iba ordinariamente los domingos a la iglesia. Pero nunca he creido en los dogmas de todas las iglesias. Iba por regla general a la iglesia griega, no porque fuera cristiana sino porque era griega, porque allí tenía la oportunidad de encontrar a otros griegos en la ciudad francesa en la que fuí educada, porque allí podía escuchar canto bizantino, que amo tanto; y porque sabía que la iglesia como organización había hecho mucho

para mantener vivo el sentido nacional griego durante los cuatro siglos en los que Grecia permaneció bajo el dominio turco. También porque acepté, mal que me pese de corazón, - los griegos generalmente jamás habían abrazado el cristianismo en el pasado - que la fe extraña había sido una parte de la cultura nacional de un griego moderno, algo que no creo más hoy en día. Desde hace muchos años no lo he vuelto a creer más - no más desde 1929, como dije".

"¿Qué hizo en 1929?"

"Estuve cuarenta días en Palestina. Deseaba llegar a conocer por experiencia propia, no mediante libros, las ciudades-embrión de la religión que había desbordado Grecia y casi todo el mundo ario. La comtemplé cuidadosamente, de un extremo a otro. Ví allí los judíos, el pueblo, que denomina mi piadosa tía (la hermana de mi madre inglesa) como "escogido por Dios". Nada que antes no hubiera visto. Había visto muchos. Pero es otra cosa encontrar ocasionalmente a un judío en Francia o Inglaterra o incluso en Atenas, a ver cientos o miles de ellos en un país en el que se habían asentado hace ya mil doscientos años antes del nacimiento de Cristo aproximadadmente; en un país que no se puede separar más de su historia. Nunca me había sentido en una atmósfera tan extraña, como en esas calles pintorescas y sucias del antiguo barrio judío de Jerusalem, como también incluso en las iglesias de la comarca y los lugares de peregrinación cristiana. "¿Cómo pudieron gente de pura sangre aria, no, descendientes de los vikingos, como mi piadosa tia y mi propia madre", pensé, *"llegar a aceptar a un Dios del que es dicho que ha elegido a un pueblo tal como este como el 'suyo propio'?"* ¿Cómo pudieron los griegos acostumbrarse a ello, para nombrarle "su" Dios, incluso externamente - pues sabía que intimamente habían sido menos cristianos que los ingleses - y ello debido a un maestro como Pablo de Tarso, que entre todos los hombres era un aborrecedor de la vida y la belleza? Pudo ser bueno que la iglesia ayudase a los griegos a conservar con ello su nacionalidad bajo el dominio turco, pero el cristianismo había deteriorado la raza griega y lo que había quedado del espíritu griego - como había deteriorado más o menos el espíritu ario en todos los países arios. No podía mentir por más tiempo. No me podía forzar por más tiempo

a creer que esta religión fuese una parte irremplazable de cualquier herencia nacional. Era todo para mi en este punto tan irremediablemente mezclado con el judío como para soportarlo más tiempo. Siempre había sido en el fondo de mi corazón una adoradora de la naturaleza, una admiradora del sol. Ahora lo sería abiertamente. Y permanecí desde entonces en esta actitud.

"¿Por qué fue a la India?"

*"Para ver un país en el que la antigua religión aria había resistido victoriosa hasta el día de hoy el esfuerzo del Islam y del cristianismo por apagarla; en otras palabras, para ver un país de cultura aria, libre del influjo judío - así pensaba al menos. Había leído algunos libros sobre el sistema de castas. Debí experimentar una unión entre el heróico esfuerzo por mantener pura la sangre aria (y mantener pura la sangre de toda raza) en un país de muchas razas y la supervivencia asombrosa de los antiguos Dioses arios. Deseaba ver obrar este sistema con mis propios ojos, para estudiarlo. Debí reconocer que los principios que habían administrado los inmemoriales legisladores arios en su mantenimiento de la pureza de la sangre en aquel alejado país tropical eran precisamente los mismos como los que proclamó el Führer en nuestra época*1) *- la primera vez en occidente desde que la decadencia se había instalado. Había leído justamente "Mi Lucha" y era plenamente consciente de mi orgullo ario, una fiel admiradora de Adolf Hitler.*

"¿No deseó ver también el propio país de Adolf Hitler?"

"¡Oh, por favor, no remueva otra vez la incesante dolorida herida de mi corazón! Demasiada gente lo ha hecho ya. En primer lugar, lo hizo el hindú magnánimo. todo comprensivo, que me dió su nombre y protección. Pidió a los ingleses que me dieran el permiso para abandonar la India al comienzo de la guerrra. Hubiese debido ir a Francia. De Francia quise haber venido acá. Tenía recomendaciones, todo lo que necesitaba. habría hablado en la radio en interés de la sección de propaganda y habría dado alma y corazón en mi misión. Pero Italia comenzó la guerra cuarenta días antes de tiempo. Y así navegó el último buque italiano que nunca puede tomar. Naturalmente hubiera debido venir antes de la guerrra. Lo proyecté.

1) Leyes raciales de Nuremberg del 15 de septiembre de 1935.

Nunca había querido permanecer en la India más de dos o tres años - ni quince. Pero no es siempre posible hacer eso que se ha proyectado. Y no es fácil venir desde cien mil kilómetros de distancia. Cuando estalló la guerra fue imposible venir a Alemania a pesar de todos mis esfuerzos. Le he relatado lo que hice durante la guerra. Lo que pueda haber aportado, no es nada en comparación a lo que pudiese haber hecho aquí".

"Fue lo mejor que Ud. podía hacer en esas circunstancias. Y fue provechoso. Ahora ha venido, y es bienvenida entre nosotros. Nos puede ser también útil, si sabe ser prudente y paciente".

"En aquellos días además habría visto al Führer".

"Le verá algún día".

"¿ Usted también cree que él aún vive?"

"No lo creo; lo sé".

"¿Sabe dónde está?"

"Sí".

"¿Dónde?"

"No puedo decírselo ahora. Pero llegará el momento en que lo sepa".

"¿Y le veré?"

"Seguro".

" Y sentirme observada por sus ojos divinos, aunque sólo sea por uno o dos minutos. Oir su voz - su propia voz - dirigida a mi!"

"Y oir contarla que él se contentó de que Ud. estuviera en 1948 entre nosotros en los días más oscuros. Sí, ¿por qué no?"

Mis ojos radiaban al pensar en una felicidad tal. Me sonrojé. El señor A. me sonrió como un niño pequeño, aunque tengo la misma edad que él. en efecto, uno o dos años mayor.*"¿No sé qué lo desea? "*, dijo, *"puedo adivinar sus pensamientos"*.

"Entonces al menos sabe lo que quiero decir en serio".

"Sí, lo sé. Lo supe tan pronto como abrió la boca. Pero no basta sinceridad en tiempos como estos. Debe aprender a quedarse quieta y también a ocultar sus sentimientos, si no quiere encontrarse con disgustos en un día hermoso y - lo que es peor - traer otros disgustos consigo misma. ¿Sea prudente, muy prudente! ¡Parece faltarle por completo el sentido del peligro!"

"Me dí cuenta del peligro cuando cruzé la frontera con mi maleta

llena de esas hojas que le mostré. De echo me dí cuenta de ello perfectamente.

"Sí. Pero olvidó todo, tan pronto como sintió que había logrado pasar bien. No debiera olvidarlo. El peligro acecha por doquier en esta desgraciada tierra de Alemania. La gente puede denunciarla por nada, con la mera esperanza que pudiesen ganar seguridad para sí mismos de esta forma: No sabe bien quien es amigo y quien es traidor".

"Pero seguramente ningún nacional-socialista me ocasionaría daños".

"Seguro que no. Pero no sabe verdaderamente quien es un nacional--socialista, y quién sólo parece que habla como si fuera uno para atraerla a la trampa. ¡Sea prudente! Corrupción y miedo son las armas de nuestros enemigos, armas poderosas. Nuestra orgullosa Alemania ha llegao a ser, bajo la ocupación, un país del miedo".

Por centésima vez evoqué en mi mente mi llegada a Saarbrücken, mi primera tarde junto a una familia alemana, y justamente allí oí estas palabras por primera vez *"¡El país del miedo!"*.

"Pero", dije, *"la minoría fiel, los genuinos nacional-socialistas alemanes, se mantienen en pie en medio del temor general..."*- El señor A. me contempló con una sonrisa bella y orgullosa.

"Sí", dijo, *"nosotros, los desvelados, estables, sus partidarios verdaderos, que usted ama y venera... usted nos tiene representados en sus octavillas. Somos 'el oro en el crisol'. Las armas de los agentes de los poderes de la muerte no tienen ningún poder sobre nosotros"*.

Levanté los ojos admirada hacia él. Las palabras que pronunció sin duda alguna también hubieran podido ser las mías. Pero el orgullo estaba de su lado. Y así él soportó los rigores de estos tres años y medio; y su sufrimiento como soldado en el frente y como prisionero de guerra en el extranjero. Y fue su voluntad indomable la que le permitió soportar esas afliciones y esperándolo se mantuvo en pie, se fortaleció en vez de desanimarse en la profunda desgracia

y en la pobreza, dispuesto a si se presentaba la primera ocasión, dominar el porvenir. Como caminaba a mi lado contra el iluminado fondo del bosque, en su alta y bella figura, en su rostro masculino que estaba iluminado por grandes ojos azul oscuro, ví a un representante vivo de esa minoría dorada, que amo, por la que había venido a Alemania para buscarla y servirla; esa minoría que a mi juicio es la auténtica nación alemana, para la que Hitler soñó tal gloria, tal poder y tal felicidad. El señor A. era pueblo de Hitler que me daba la bienvenida. No me había sentido tan feliz hace mucho tiempo.

"¿Desea que nos sentemos ahora?", dijo. *"Sí"*.

Nos sentamos sobre un tapiz de hojas secas al pie de un árbol. Un rayo de sol cayó sobre el brillante pelo rubio del señor A. y parecía brillar como el oro. Su rostro estaba serio. Sus ojos, que miraban a lo lejos, estaban tan duros y frios como el acero. También miré todo seguido delante de mi. Hacia el juego de luces y sombras de centenares de árboles, por cuyo variado matiz verde podía verse algo del cielo azul a través del enredo de ramas. Estuvímos quietos un momento, como bajo un encanto. Sentí en mí el alma del bosque. Yo era una parte de aquella vida incesante. Y sabía que el señor A. sentía lo mismo (nunca he encontrado un nacional-socialista que referente a la naturaleza no sienta lo mismo que yo). Se volvió hacia mi y sus duros ojos estaban suaves. Su boca, que hasta ahora había expresado nada más que fuerza de voluntad concentrada y orgullo, sonrió un poco.

"¿Se encuentra cómoda?", me preguntó.

"Soy dichosa" - "¿Sabe dónde estamos? ¿En qué bosque?".

Sin dejarme tiempo para la respuesta o un mero pensamiento, continuó: *"Estamos en el extrarradio del Harz, del mayor bosque sagrado de todos los tiempos. Se extiende desde aquí a kilómetros de distancia hasta la zona rusa directamente. ¿No es hermoso?"*

"Sí, es hermoso".

"Han derribado partes enteras de él, los demonios. Un día se lo mostraré. Han expoliado serranías enteras de su antiguo manto reverdecido. Hay muchos levantes en los que no verá nada más que los tocones de los árbo-

les talados. En la época de su primer furor de saqueo y profanación, en el año 1946, talaron diez mil árboles al día. Dios sólo sabe que han hecho los rusos al otro lado de la frontera prohibida - aun cuando tienen suficientes bosques en su propia tierra sin tener que derribar los nuestros. Esto es lo que "ocupación" significa para nosotros.

"Lo sé", respondí: *"He visto una parte del daño que han ocasionado en la Selva Negra. Y creame, les odio tan vehementemente como usted, aunque no soy alemana. Jamás olvidaré los bosques acuchillados. ni las ciudades en ruinas, tampoco nuestra fe maravillosa por la que viví veinte años, que fue aniquilada y arruinada en el corazón de millones, y ¿por cúal fue reemplazada? Por desesperación vacia - como yo misma he vivido hasta este año en primavera; pues no se puede haber amado nuestros ideales y luego amar otros. Nunca olvidaré la decadencia moral que sobrevino a la material"*.

Los frios ojos azules del señor A. me contemplaron firmes e interrogadores. *"¿Nunca ha perdido realmente su fe?"*, me preguntó.

"No", dije, *"y por otra parte claro que si. ¡Naturalmente nunca he perdido mi devoción al Fúhrer, tampoco mi fe en su misión! Creí siempre, o mejor, supe siempre que sus principios vencerían algún día; porque echan raices en la verdad. Lo que está cimentado en la verdad nunca perece. Pero he abandonado toda esperanza de verlos vencer durante el resto de mi vida".*

"¿Nunca ha renunciado su voluntad a la acción?"

"Nunca".

"Ahora bien, ¿siendo así sin embargo no tenía esperanza?"

"Debía actuar porque odiaba a los millones de tontos que, obedientes, habían digerido las atrocidades - patrañas de los judíos (que jamás me impresionaron, ni tan siquiera aunque todas ellas hubieran sido ciertas) y luchaban contra el Führer. Odiaba a los que perseguían a sus partidarios desde la capitulación. Hubiera dado de todo, hubiese hecho de todo por ser testigo de su destrucción y poder alegrarme por ello. Luego reconocí que los fieles eran más numerosos de lo que había pensado. Entonces regresó la esperanza, como ya le dije. Después ví las ruinas de Alemania y no pude tardar mucho en volver por aquí, para vivir en libertad y certeza. No, incluso cuando todavía hubiera creido que el Orden Nuevo no se hubiese

podido reconstruir otra vez durante mi vida, incluso, si no se hubiese producido ninguna esperanza más, habría venido no obstante - habría venido para sufrir junto al pueblo de Hitler, si no hubiese podido hacer nada más provechoso; hubiese venido para compartir sus rigores y peligros, para ser perseguida por él. Habría cruzado a pie la frontera del país por el lugar más cercano en Francia, si no se me hubiese facilitado esta vez el permiso de entrada".

El señor A. tomó una de mis manos, la apretó y sonrió. "*Para los Fuertes no hay hundimiento moral"*, dijo triunfante, *"y las ruinas materiales no cuentan a la larga. No sólo nunca he perdido la fe en nuestros ideales, sino que en 1945, cuando era prisionero de guerra en los EE.UU. y se me relató la capitulación, sabía que algún día nos levantaríamos de nuevo, y que viviría para ser testigo de esta segunda elevación, que sería más irresistible, gloriosa y permanente que la primera. Supe entonces que el Führer estaba vivo. Algo me lo dijo"*.

El bosque respiraba ampliamente y alrededor nuestro cantaba en gracia, en grandiosidad, en la indiferencia orgullosa de todas las cosas eternas. *"Los árboles caidos crecerán nuevamente"*, dije. *"Puede tardar mucho tiempo - cien años, doscientos - hasta que el sagrado Harz parezca nuevamente como antes. ¿Pero qué son doscientos años en la vida de una nación?"*

"También nos levantaremos de nuevo", contestó el señor A.. *"Como el bosque divino, así somos también eternos. Asimismo tenemos nuestras raices en el suelo. El mundo todavía no sabe que es el verdadero Nacional-socialismo. Lo sabrán pronto".*

"¿Cómo de pronto?"

"En menos de dos años -seguro en menos de tres - presenciará el comienzo de la lucha por el poder.

"¡Cuánto desearía poder creerle! ¡Tan pronto! ¿Sin embargo no habría sido mejor si no se hubiera producido ninguna capitulación, ninguna desgracia? ¿Por qué, después de todo, no pudímos ganar esta guerra? En su opinión, ¿de quién es la culpa que la hayamos perdido?; ¿y qué Alemania esté ocupada, saqueada y mezclada en terror, qué el nombre de nuestro Hitler sea calumniado por todas partes en un mundo estúpido?; ¿qué los mejores

hombres del Partido fueran asesinados como "criminales de guerra", y qué usted y yo debamos venir acá, alejados a varias millas de la ciudad para poder hablar libremente?".

"Nuestra", respondió en señor A.

"¿Quiere decir con ello que los nacional-socialistas que estuvieron en el poder no fueron suficientemente despiadados? Siempre he dicho eso mismo. No se hubiera dado sesión de tribunal alguna para los denominados 'criminales de guerra', si no hubiesen quedado judíos para deponer falso testimonio contra nuestro pueblo".

"No suficientemente despiadados, no sólo contra los judíos", observó el señor A. *"sino contra un número de individuos que no sirven para nada, que se introdujeron en el Partido, y contra los traidores en puestos elevados. No suficientemente críticos, no suficientemente diferenciados, no suficientemente desconfiados. Los hechos que me relató la otra noche sobre la cartera de Rommel son significativos. Los otros informes que logró en el extranjero sobre la gentuza traidora en el servicio del ferrocarril alemán, de los escritos oficiales periódicos que se referían a nuestros movimientos de tropas y análogos que enviaban al departamento londinense de la guerra, mientras todo el tiempo mantenían ser nacional-socialistas sinceros, es no menos elocuente. No podemos reprender a las potencias de ocupación si estos canallas, como recompensa por su comportamiento, poseen ahora buenos puestos, y cuando deambulan para denunciarnos y para incrementar un poco su renta. Debímos reprendernos por no haber descubierto y liquidado esto oportunamente, antes de que trajeran un mal irreparable sobre nosotros".*

"Teníamos", dije, *"una opinión demasiado elevada de la naturaleza humana. Fuímos demasiado generosos".*

"Demasiado perezosos, demasiado tontos y centrados en nosotros mismos", dijo el señor A..

"Pero los miembros del Partido..."

"Ya le relaté; hubo toda clase de hombres junto a los genuinos nacional-socialistas en el Partido", dijo el señor A.. *"Tres cuartas partes de ellos no tenían el espíritu recto. Hubiese sido de otra manera si nunca hubieramos perdido la guerra"*.

Comenzó a hablar sobre algunos de los prominentes miembros del gobierno nacional-socialista. Era amargo en su crítica.

"Contemple a esa criatura de Schacht", dijo. *"¿Puede llamarle un nacional-socialista? Al tipo más resbaladizo de traidor. ¡Piense que consentimos un hombre así durante veinte años, sin ser capaces de descubrirle!"*

"Capaces, pero sin carácter", dije, *"él hubiera debido ser un demócrata desde el principio. Pero es una excepción, debe reconocerlo".*

"¡Eso debiera admitir! ¡Sin embargo! Contemple a Ley, un hombre así, que nunca hubiera debido estar en un puesto elevado. Contemple a Baldur von Schirach; la reputación que tenía..."

"He oido de todo ello", dije, *"¡oh, no me cuente nada más sobre ello! No quiero saberlo. Ambos estuvieron entre los primeros partidarios del Führer. El uno murió como martir en Nuremberg. El otro continua hasta la fecha en prisión, en manos de nuestros enemigos. ¡Dejémosles en paz! Lo que siempre puedan haber sido sus debilidades, sufrieron bastante como para expiarlas mil veces".*

"Un nacional-socialista no debería tener debilidades", dijo el señor A.. Sus ojos claros estaban duros como piedras. Sentí que me despreciaba un poco a causa de la simpatía que había mostrado por ambos hombres. Por algún tiempo no hablamos más. Los muchos ruidos del bosque eran los mismos de antes: canto de pájaros y el crujido de las hojas, la caída de un guijarro tras el deslizamiento liviano de un lagarto. Ví como un grupo extenso de corzos corría en la lejanía. Otra vez como antes ví, y además escuché con la misma tranquilidad, con esa tranquilidad sin la que no se puede permanecer en la naturaleza viviente con el alma apaciguada. levanté de nuevo los ojos hacia el señor A. y no sabía que debía pensar. *"¿No tiene una buena frase para alguno de ellos?"* Finalmente pregunté: *"¿Ni siquiera para Hermann Göring? ¿Ni siquiera para el Dr. Goebbels. la personificación de la lealtad hacia el Führer"*.

Pensé en el rostro bello y puro de Göring. Y algunas frases de sus discursos en Nuremberg - en el día del Partido en septiembre de 1935, y diez años más tarde ante nuestros enemigos victoriosos - regresaron a mi memoria; frases inolvidables, realmente para siem-

pre. Pensé también en la elocuencia de Goebbels y un su muerte con toda su familia, que fue digna de la época heróica; y en la muerte de Göring en honor y dignidad - en la obstinación con el juicio vergonzoso de nuestros perseguidores.

"Göring fue capaz y al mismo tiempo leal, y le estimo"; dijo el señor A; *"aún así"*, agregó - ...*"demasiado dinero..."* como si esto hubiese sido casi una desvalorización a sus ojos. *"Por lo que se refiere a Goebbels sin duda alguna era uno de los mejores"*, dijo; *"si bien nadie fue perfecto, nadie, sino el Führer mismo"*.

Hizo una pausa un momento y entonces se volvió de nuevo hacia mi: *"Mencionó a los mártires de Nuremberg",* dijo, *"le debo informar de al menos dos de ellos que fueron los más frecuentemente mal juzgados, fueron más odiados en todo el mundo, y sin embargo ¿son hombres valiosos que usted debería admirar?"*

"¡Nómbremelos!"

"Himmler y Streicher".

La elección del señor A. no me sorprendió. De hecho esperaba oirle estos nombres. *"Nunca he participado en los prejuicios de este mundo abandonado por Dios"*, dije, *"me acuerdo del párrago de "Mi Lucha" que relata como Julius Streicher en un gesto de patriotismo desinteresado y sincero disolvió al comienzo de la lucha su antiguo propio partido, e invitó a sus partidarios a seguir al Führer".*

"Siempre me agradó este noble comportamiento suyo. Y siento afecto por su espíritu sin compromiso, su esfuerzo ordenado a un asunto, para liberar a su país del yugo invisible del judío, y su último gesto con las dos últimas palabras - ¡Heil Hitler! - en su trágica hora de la muerte después que había tenido que soportar quizás más sufrimientos y mayores humillaciones que los otros en Nuremberg. ¡Pobre Streicher! Y se que la tarea de Himmler era una difícil y desagradecida. Pero las realizó bien".

"Exacto", respondió el señor A.. *"¿Y jamás ha leido su pequeño libro "La voz de los antepasados"? No es muy conocido y ni siquiera está editado con su propio nombre. ¡Jamás habrá tenido acceso a un ejemplar, pero lealo! Entenderá entonces que clase de hombre era". Y agregó con voz queda: "un verdadero pagano, un hombre, cuyo encuentro la habría hecho*

feliz. Un hombre que también usted habría comprendido; pues tenía la justa medida para contemplar las cosas, y odiaba las imperfecciones. Del mismo modo que Streicher. Y también Goebbels. Era así mismo un hombre del pueblo".

El señor A. pronunció estas últimas palabras con especial énfasis. Se podía notar que tras su apreciación era más sencillo para un camello pasar a través del ojo de una aguja que hacer de una persona que había nacido y crecido en una atmósfera burguesa un buen nacional-socialista. Pues el señor A. no podía prescindir de la influencia tan grande de la educación sobre la mayoría de los seres humanos. No hablaba de las excepciones. *"Sí"*, reiteró tras una pausa, *"sólo entre el pueblo - los trabajadores, los labradores - entre esos que conocen y aceptan la verdadera vida se puede encontrar en buen estado las singularidades de la raza. El trabajador es más sano que el burgués. Su sangre es - en general - más pura y por ello más fuerte, más valiosa. Todos o casi todos los 'intelectuales', de una u otra manera, están falsamente orientados. Todos están más o menos desesperadamente enfermos. Derríbelos como clase. Suprima las clases. Son incompatibles con una sociedad que está dominada por el ideal nacional, sobre todo racial. Y los jefes del pueblo deberían ser hombres con carácter y experiencia, hombres que han amado, sufrido y aprendido, cuya personalidad fue forjada por los Dioses en el yunque de la dureza, como la del Führer - no ratones de biblioteca, teóricos, no hombres que no conocen a la gente y que no pueden amarla, ni odiarla".*

"Eso también me he dicho a mi misma siempre", respondí - tan extraño puede parecer a muchos que creen que la educación determina la existencia en todos los casos. *"Nadie es más desdeñosa que yo frente a los irreflexivos intelectuales. Deseo gente que piense por sí misma, o al menos que confíe y siga a los que realmente piensan y a los que verdaderamente aman a la gente. Y de todos estos a los que encontré, nueve de cada diez eran, como usted dice, de las clases trabajadoras"*.

Fuí absolutamente sincera. Y el señor A. lo sintió. Me miró con asentimiento caluroso y comprensivo y guardó silencio.

Los pájaros trinaban a lo lejos, las hojas crujían, y el sol proyectó luz vivaz en el suelo musgoso y en nuestra cara. Me sentía segura y tranquila. Todo aquí era para nosotros tanto más bello y apacible. El señor A. me apretó la mano y me sonrió amistosamente: *"¿Es feliz aquí?"*, me preguntó.

"Sí", dije. *"Amo el bosque. Y saber que ésta es una parte de los célebres montes Harz, le hace tanto más digno de ser amado. Me siento como en un lugar sagrado"*.

"¿Así que ama realmente a nuestra Alemania, verdad, no sólo con su entendimiento, sino con todo su corazón?". Sus grandes ojos claros, que por momentos podían ser tan duros, ,me contemplaron con ternura. *"Tiene razón"* agregó, *"¡vea cuán hermosa es!"*

"Alemania es en efecto hermosa", respondí. *"Pero no es sólo su belleza la que me conmueve. El mundo entero es hermoso. Pero esta es la tierra de mi Führer. Su pueblo es el pueblo de esta tierra. que él amó más que así mismo. más que a todo lo demás en el mundo. Y por eso amo a este pueblo. Por este motivo vine a Alemania cuando todo estaba perdido"*.

El señor A. me apretó otra vez la mano y me miró tan dulcemente que me afligió el corazón.

"Es usted una mujer", dijo sonriendo, *"una joven cariñosa mujer. Lo sé. ¿Qué edad tiene?"*

"Casi cuarenta y tres".

"Casi veintitres", replicó el señor A.

"Esa edad tenía aproximadamente", dije, *"cuando por primera vez comprendí del todo lo que el Nacional-socialismo significaba para mi".*

"Eso es, por decirlo así, todo lo que Adolf Hitler le significaba y significa aún", dijo duramente el señor A..

"¿No es lo mismo?", pregunté y me sonrojé de golpe.

"Sí, lo es".

"Lo es", repitió tras una pausa, *"y debe serlo siempre. Pues nuestra Weltanschauung no es solo, como dice usted tan correctamente, la forma moderna de la religión sempiterna de la vida y de la luz - de la salud, fuerza*

y belleza -, mas Él es el único hombre moderno de la acción, en el que Dios se manifestó así mismo - 'el calor y la luz del sol', por utilizar el término que usó anoche -. Lo creo. Y lo hacen también otros pocos que comprenden y sienten la verdad".

"Yo también lo creo. Lo se, porque le amo. Nunca he amado a otro tanto, excepto a los Dioses. Oh", dije en un nuevo arrebato de entusiasmo y extendí los brazos como si quisiera alcanzar el final de la tierra, *"ojalá pudiera decirlo libremente, escribirlo, anunciarlo, pegarlo en todos los muros: Hitler es divino; nuestro glorioso, nuestro amado Führer es el alma cósmica, el espíritu del sol, que por primera vez nació en occidente desde la antigüedad inmemorial para detener la decadencia del universo. ¡Deseo que el mundo pueda levantarse y alabarle - y amarle - con mi voz!". "El ancho mundo, no, su propia patria que él tanto ama, no escuchará a nadie. Sabrá la verdad, como siempre la ha sabido: por penurias amargas, a través del pesar, por desesperación; por un camino sobre sangre y lágrimas. Alemania lo sabe ahora mismo. En cuanto a usted, ámele en adelante y sirva a sus ideales, en cosas pequeñas como también en las grandes. Ame además a su pueblo. Sea feliz por sentir que algunos en el pueblo, aunque pocos, piensan y sienten tal como usted y esperan con usted por su victoria y trabajan por ello".*

"Seguro, eso soy, Es para mi una alegría sentirme en este instante en esta floresta sagrada - lejos, muy lejos del mundo impuro que fue construido por sus enemigos; para estar sola con uno de sus más leales partidarios".

El señor A. me contempló más tierno que nunca y habló con voz baja y acariciadora: *"También soy feliz con usted en esta soledad, por estar unido con usted en amor a todo lo que venero, por eso por lo que respondo y por lo que vivo. No hay ninguna unión como esta. Si hubiera sido un poco diferente, quizás habría intentado aproximarme más a usted. Pero nunca lo haré; pues se encuentra aparte, está predestinada por el sino para ello, para amar sólo a los Dioses".*

"Mi marido decía eso también siempre".

"Un hombre sabio, muy sabio y noble", dijo el señor A.

Guardamos silencio un par de minutos, y entonces dominada por los sentimientos que se habían despertado en mi, dije de repente

en una voz tan baja que yo misma me quedé sorprendida de su tono: *"Usted debe haberlo visto. ¿Jamás ha tenido la suerte de hablar con él? ¡Oh, hablemé sobre él!"*. El señor A. comprendió - supo - que aludía a Adof Hitler.

"Le he visto y saludado varias veces, pero sólo hablé una vez con él", dijo. Su cara relucía como por una inspiración de una claridad singular.

"¡Cuentemé más!", dije.

"Pues bien, fue hace mucho tiempo en Berlin - antes de que llegase al poder. El habló justamente en un encuentro con nosotros y se nos dirigió personalmente a muchos. Era entonces estudiante, y había llegado a esa reunión con otros estudiantes. Nos acercamos a él de nueve a diez de nosotros. Nos dió la mano a cada uno hablándonos por turno. Dijo que confiaba en nosotros. Que éramos los constructores de la nueva Alemania. Pero no fueron tanto las palabras las que me impresionaron, como él mismo, especialmente sus ojos. 'Sus ojos divinos' dijo usted. Tiene razón: tiene unos grandes ojos magnéticos azul oscuros, ojos que miran directamente a uno en el alma o directamente en lo infinito, llenos de luz celestial. Nadie podía oir su voz cálida, persuasiva y dominadora; nadie podía mirar su rostro - marcado por una fuerza de voluntad ilimitada, iluminado por un fulgor de inspiración sagrada, suavizado por la amabilidad - sin amarle. Nadie - al menos ningún alemán - podía entrar en contacto con él siquiera por tan solo cinco minutos, y no convertirse en su partidario".

Se detuvo un minuto como sumido en sueños. o como si siguiese una visión interior. Las palabras que expresó me habrían estremecido por todas partes. Pero allí en medio del bosque sagrado, en el Harz, estaban ensalzadas por una belleza, por una sacralidad, que me elevaron más allá de mi misma y del mundo en la vastedad de la eternidad.

Pero el señor A. habló de nuevo - habló libre y abiertamente en aquel lugar sagrado de paz, donde ningún oido desgraciado podía oirnos, ningún enemigo podía observarnos, donde nos hallábamos fuera de toda persecución al menos por algún tiempo: *"Si"*, dijo, *"tiene razón, toda la razón: Adolf Hitler es el Nacional-socialismo; Él es*

Alemania; Él es la raza aria; el 'Dios entre los hombres'; como usted escribe en su octavilla, el alma viva de la raza - nuestro Hitler!".

No era el mismo hombre. Estaba transformado, como si el verdadero espíritu del bosque y del cielo azul le hubiera atravesado y se elevase su espíritu personal. Probablemente también me superaba a mi misma. Tomó mi mano en las suyas, y le ví con lágrimas en los ojos.

Paramos durante cierto tiempo en el habla, absortos en nuestros pensamientos, juntos en consonancia por Él más grande que llenó nuestra conciencia, en consonancia con los árboles majestuosos. con el alma de la montaña de Harz, el alma de todos los bosques, la residencia de la vida misma y de sus fuerzas secretas e inagotables, - en consonancia con el alma invencible del país que Él amó tanto. Cuando el sol ascendió en el cielo azul puro, proyectó sus rayos tendidos a través de las copas de los árboles sobre nuestras cabezas.

Por fin habló el señor A.: *"Me dijo la última noche que era una adoradora del calor y de la luz del sol, de la energía, que significa la vida misma - en otras palabras, que era una pagana como yo y otros pocos de nosotros que realmente comprenden la trascendencia de esto, a lo que nos adherimos. ¿Nunca ha anhelado conforme a ello, ver elevado el espíritu de nuestra filosofía a un culto público?"*.

Pensé que estaba oyendo hablar en el maravilloso lenguaje del Führer, el yo de mi juventud, de mi infancia, mi yo sempiterno -mi eterno yo - a mi misma.

"He ansiado toda mi vida con ello", dije, *"y he viajado de acá para allá mi vida entera en busca de algo similar, sin que efectivamente lo encontrase"* (casi debiera haber dicho: *"he añorado eso durante toda mi vida y busqué en todos los países de este y otros planetas, sin empero haberlo encontrado"*).

El señor A. me miró atento y habló: *"El culto público de la vida y el sol, como usted lo ha soñado, florecerá aquí en Alemania - cuna y fortaleza del Nacional-socialismo - durante su vida y la mia. Algún día, en alguna parte al borde de este bosque justamente, los hombres verán el templo del alma nueva. Lo he planeado, y lo construiré después que seamos libres nuevamente, una vez que Él haya regresado, dicho de otro modo, después de que la nueva alma despierte de veras y por si misma haya recobrado la conciencia"*.

Guardó silencio un instante y entonces habló de nuevo (*"¿era él, el señor A., o era algo más que él? ¿era la conciencia del porvenir que en Alemania había renacido y a través de él me hablaba?"*, pensé).

"El alma aria nueva que orará, cantará y soñará en el templo de la vida, toma ahora forma lentamente", dijo; *"el alma colectiva nuestra que recibirá la religión de la vida y de la luz, la únic a religión que puede colmar el deseo del hombre en un permanente estado nacional-socialista. Le describiré la forma que he imaginado del templo. Nunca hablé con nadie sobre ello. Pero estoy seguro que me comprenderá"*.

"Así lo espero".

Y desplegó su hermoso sueño ante mi. Describió una soberbia construcción de granito descansado sobre una colina en medio del bosque. Dejó elevarse el altar solar antes mis ojos, un colosal monolito cúbico que llevaba el símbolo sagrado de la cruz gamada, del emblema solar; en el centro del templo una gran plataforma abierta a la que se podía llegar por una escalera monumental del interior, y sobre él que el fuego, directamente encendido por los rayos del sol mediante una lupa o un cristal, ardería día y noche - y me describió el culto divino nacional al que convocarían el sonido de trompetas guerreras, no a las diez u once horas en los domingos corrientes, sino durante la salida y puesta de sol en las grandes fiestas solares - los equinocios y los días de solsticio -, en las cuestiones cruciales debidas en la vida cósmica y en las grandes fiestas nacionales anuales; marcas en la historia de la raza: días, en los que el pueblo debería tomar conciencia de su grandeza por algún hecho especial.

Mientras hablaba el señor A. escuché todo el rato atenta y muy excitada su idea asombrosa. Había sido durante toda mi vida una adoradora del sol, y una nacional-socialista consciente en los últimos veinte años. Había sido consciente en el fondo de mi corazón que la perpetua religión solar y la moderna Weltanschauung de la fuerza y la belleza, de la limpieza de sangre, la perfección corporal y la virilidad espiritual - la filosofía eterna y moderna de la cruz gamada - eran lo mismo. Durante toda mi vida había soñado por un culto moderno que pusiera de manifiesto este hecho. Aquí finalmente un hombre me estaba contando que mi sueño llegaría a ser una realidad viva, por lo menos en la medida que ello dependiese de él; y este hombre no era otro que uno de los verdaderos nacional-socialistas de la Alemania aplastada y perseguida. Sentía como si Alemania misma hubiera sido la que, mediante el señor A., su digno representante, me hablase en su martirio. *"Confieme a la nación del Führer. El poder del sol, que usted venera, me levantará de nuevo del abismo. Y su sueño de un océano a otro se convertirá en realidad. ¡Organizaré el culto de la fuerza y alegría - de la juventud - sometido en el mundo entero!".* Las palabras de una de nuestras bellas canciones nacional-socialistas me vinieron de nuevo a la mente:..."*pues hoy Alemania nos pertenece y mañana todo el mundo"*.

Contemplé al señor A.:*"Nunca he oido una idea tan hermosa como esta"*, dije sincera. *"¿Cuando pensó la primera vez en esto, su templo alemán?"*.

"En 1936".

"¿Qué hizo entonces por ello?"

"Nada".

"¿Pero, por qué? ¿Por qué no intentó el plan bajo el único que le habría comprendido y apreciado más que cualquier otro para ponerlo en práctica?"

"¿Pero quién habría comprendido y estimado el plan excepto el único?", dijo el señor A..

Recordé lo que mi sabio marido me contó una vez a principios de 1941 -- y no la primera vez en aquella época- : *"Hay un hombre, sólo*

un hombre en el vasto mundo que comprendería y apreciaría integramente tu concepción de la religión y de la vida, y ese es ... el Führer del Tercer Reich. Debiste ir a él en seguida, en lugar de venir acá a derrochar tu tiempo en el oriente".

La tristeza y el sentimiento antiguos de la culpa irreparable afligieron mi corazón. El cuchillo se clavó otra vez en la herida no curada.

Pero el señor A. habló de nuevo: *"El tiempo no estaba entonces todavía maduro, no está ahora aún maduro. Pero lo estará pronto. Lo estará cuando el pueblo alemán haya recorrido hasta el final el camino de la sangre y de las lágrimas y haya aprendido a valorar lo que tantos de él se han tomado a la ligera".*

"¿Y qué se han tomado a la ligera?"

"Palabras de Hitler, cariño de Hitler, genio de Hitler", respondió el señor A.. *"Ahora más que nunca empiezan a comprender que clase de hombre vivió entre ellos, que vivió sólo para ellos".*

"¿Pero no les habría ayudado a comprender todo eso su culto público de la vida, como tan bien lo ve ante sí, su 'templo alemán' como lo proyectó en su mente?"

"No. El alma nueva debe emerger lentamente del inconsciente, antes de que pueda expresarse en un culto público. Debe salir con ímpetu de hogares nuevos, escuelas nuevas, fábricas nuevas, centros deportivos nuevos, modo de vivir nuevo. El eterno ardiente altar mayor del sol, que portaría el símbolo sagrado de la vida y del Nacional-socialismo puede ser sólo la cumbre de la ciudad futura en el que la nueva vida será aceptada como una verdad trivial, como una cosa natural. Construíamos poco a poco la maravillosa vida nueva cuando el miserable judío levantó a todo el mundo en contra nuestra y nos impuso la guerra".

Me describió algunos de los síntomas característicos del mundo que se hubieran podido experimentar si la Alemania nacional-socialista no hubiese sido vencida en 1945 - del mundo que se desarrollará mañana, algún día, completamente igual; cuando con ayuda de las fuezas invisibles que dominan todas las cosas tendremos éxito para imponer nuestra voluntad a los hombres.

Estaba radiante de emoción interior. *"Ha descrito"*, dije al señor A., *"lo que toda mi vida soñé, anhelé y consideré imposible, y constantemente he lamentado no haber podido experimentar nunca: civilización moderna en la mejor forma, industria moderna en todo su rendimiento, en todo su poder, en toda su extensión, vida moderna con todas su comodidades y juntamente con ella el paganismo sempiterno de los años, la religión de la perfección viva (física y metafísica) - del Dios que vive en la sangre pura, para repetir las palabras de Himmler; la religión de la Swástika, que es la religión del sol, potencia e inspiración, una disciplina con entusiasmo acoplado, trabajo y una ostentación agradable, la vida, un himno viril, escuelas militares y viviendas modernas en medio de los árboles, altos hornos y templos solares. Esto es la supercivilización según mi corazón. Esta es y siempre fue mi concepción del verdadero Nacional-socialismo utilizada en la práctica. ¡Y pensar que tuve que venir a la Alemania vencida, hollada y torturada, para por fin encontrar a un hombre que exteriorizase el mismo sueño, incluso mejor de lo que jamás lo hice yo!"*

"Solo por la experiencia en la desgracia y en la opresión, por un martirio durante muchos años, pudiera ir creciendo una Alemania así que puede comprender en toda su extensión la grandeza de su Salvador y todo aquello por lo que Él aboga, y prepararse para seguirle con fidelidad absoluta. El pueblo le aclamó en aquella época en el resplandor solar de la victoria, pero su afecto no fue profundo. ¿Dónde están ahora esos millones, cuyos brazos levantados y caras alegres se pueden ver en la imágenes de 1933 y 1935? ¿Dónde están? Pero ahora gritarían con gusto 'Heil Hitler' cada vez más hombres, miles de hombres, desde su profundidad momentanea del abismo, ahora, donde no les está permitido, haciendolo de todo corazón. Adoran la Swástika sagrada, el símbolo de la vida, en los templos solares del futuro. Edificarán el nuevo mundo -el mundo de la Edad Dorada- que Hitler ambicionó".

"¿Pero no hubiese podido ocurrir todo eso sin toda esta desgracia?"

"No. Sólo la experiencia amarga enseña a la nación. como también a los hombres aislados".

"¿Qué habría ocurrido en su opinión si casualmente hubieramos ganado la guerra?"

"El señor Schacht habría continuado aún ministro de Finanzas del Reich. Y aún más millones de gente que no sirve para nada en todo el mundo - algunos, dicho exactamente, ni siquiera de pura sangre aria - se habrían calificado de nacional-socialistas sin entender su fundamento. El sistema tal vez habría llegado a un proceso de disolución por un derrumbamiento desde dentro. Cuando un día se hubiera derrumbado (pues seguramente se habría derrumbado en corto tiempo) nunca hubiese podido revivir de nuevo. Un sistema que se pudre desde dentro nunca más se recupera. El cristianismo, por ejemplo. nunca más se recuperará".

"¿Y ahora?"

"Ahora el mundo nos contempla como muertos en el sentido más amplio. Es mejor estar vivos y ser creidos muertos, que estar muertos o moribundos y ser contemplados como vivos. Es hasta propicio ser creidos muertos. Cuanto más no crean muertos nuestros enemigos - tanto más persuadidas estarán las potencias de ocupación de haber tenido éxito al desnazificar Alemania - tanto mejor para nosotros. Cuanto más nos tengan por incapaces de volver a levantarnos tanto más libres seremos para tener consciencia de nuestras fuerzas para organizarnos y prepararnos. Cuanta más tranquilidad, cuanto más olvido nos domine alrededor, tanto más fácil será para nosotros movernos en tiempos de paz, y para hacer lo que en estos tiempos del control, de la tribulación y de la preparación, es preciso.

Somos pocos. Pero nunca hemos sido tan activos como ahora - nunca tan persuadidos de la absoluta equidad de nuestra causa, de la total rectitud de nuestros principios; jamás tan conscientes de la grandeza de eso por lo que pugnamos.

Espere. Y aprenda como la gente trabaja en silencio olvidada, extinguida y tolerada por los demás, olvidándose a sí misma. Aprenda como se puede vivir fielmente a nuestros ideales sin hablar sobre ellos. Aprenda a vivir solamente para nuestro Führer sin alterarse cuando oiga a la gente alabarle o condenarle. Permanezca orgullosa y digna de ser una nacional--socialista, sin dar a conocerse al enemigo o al indiferente como uno de los suyos. Entonces, sólo entonces, puede ser útil en nuestras filas".

"¿Pero cuando presenciaré por fin la victoria que ganarán sus camaradas, cuando no también yo misma? ¿Y ese nuevo mundo del que ha-

bla, está próximo? ¿Cuándo seré testigo del culto público de la vida entre los arios renacidos?"

"En menos de diez años. Y experimentará el comienzo de la nueva elevación en menos de dos o a lo sumo tres años, si tuviera razón. Grandes cambios tendrán lugar más de prisa de lo que piensa el pueblo".

De esta manera conversábamos cuando estábamos tendidos sobre el musgo al pie de los árboles en el retiro soleado del bosque sagrado, en unión con esos árboles vivos, con los pájaros, con los corzos, y el sol y el cielo sobre nosotros, con la tierra maternal en los pechos de nuestros cuerpos - tierra de Alemania.

Deseé a menudo haber escuchado las palabras precisas del señor A. con la mayor atención y sabiduría posibles. No estaría ahora aquí sentada en la prisión, sino que aún sería útil - en más de un aspecto. De todos modos *"tiene que escarmentar sola"*, como dijo el señor A..

Pero me acuerdo de ese caluroso día de septiembre que pasé en el Harz, como una experiencia bellísima que nada podía enturbiarla - como una vivencia de un contacto inolvidable con el alma invencible de Alemania. Comímos allí por quien sabe cuanto tiempo, cuando finalmente el señor A. dijo: *"Quizás es hora de irse a casa. Mi mujer nos estará esperando".*

"Aprovechemos todavía la libertad del bosque cinco minutos más", dije; *"pongámonos de pie y cantemos alguna de nuestras viejas canciones que nos gustan, como lo habríamos hecho en tiempos pasados tras una reunión del N.S.D.A.P.. Ninguna asamblea política me hubiese podido armonizar más fuerte y vivamente con la élite viva de Alemania que el encuentro con usted hoy"*.

"Tiene razón", dijo el señor A.,*"también siento el carácter sagrado de este momento; su lealtad representa a mis ojos el homenaje de todo el mundo ario ante Alemania"*.

Así nos encontrábamos, el brazo derecho extendido en ese retiro verde, nosotros, los dos seres simbólicos - él, conciudadano del Führer y yo, la mujer aria de lejos, nosotros, como defensores del respeto y amor racial. Cantamos la canción de Horst-Wessel. Las notas y palabras viriles, que antaño acompañaban la marcha de los ejércitos alemanes en Europa, llenaban la gran tranquilidad inundada de sol del bosque sagrado, la residencia de la paz.

Estábamos tranquilos y a la vez profundamente felices en todo aquel conocimiento de la eternidad, por él que nos hacemos responsables.

CAPÍTULO XIII

VOCES DESDE LA ZONA RUSA

"Es así la enseñanza marxista el extracto espiritual concentrado de la concepxión general del mundo hoy en vigor. Por esta misma razón es imposible toda lucha de nuestro llamado mundo burgués contra ella, incluso risible, pues este mundo burgués está completamente impregnado de todos esos tóxicos y sostiene una cosmovisión que, en general, solo se distingue de la marxista en grados y personas".

Adolf Hitler
(Mi Lucha II, Cap. I)

"...el problema del futuro de la nación alemana es el problema de la destrucción del marxismo".

Adolf Hitler
(Mi Lucha I, Cap.IV)

Nunca he visitado la zona rusa de Alemania -por desgracia- ; deseé haberlo hecho. En efecto, lo habría hecho - o lo habría intentado al menos - en secreto - si no hubiera sido detenida en la zona británica antes de que hubiese podido llevar a cabo mi plan. Y es tal vez lo mismo - pues así puedo ser útil eventualmente para el futuro - el que fuera detenida a este lado del *"telón de acero"* y no al otro.

Pero he encontrado a un buen número de gente que ha estado en la zona rusa y algunos que de hecho han vivido allí. Nunca podré olvidar la huella que esta gente me causó. La primera que me encontré fue una mujer joven, alta y bella, con un abrigo muy sencillo azul oscuro, que mostraba la expresión de un miedo inmenso en su rostro. Estaba sentada junto a mi en el tren que transportaba desde Hanover, y empezamos a hablar juntas. Me dijo que su padre era un alemán, su madre de uno de los estados bálticos,

creo que de Lituania. Su padre había conocido a Sven Hedin. Hablamos sobre Suecia - donde había vivido durante cierto tiempo - y sobre ese gran amigo de Alemania y del Führer. Luego me preguntó completamente de improviso tras una larga pausa : *"¿Cree en la fuerza de los pensamientos?"*

"Sí", respondí.

"Entonces, por favor piense en mi intensamente esta tarde cerca de las ocho", dijo. *"Estaré entonces en la frontera"*.

"¿Va a la zona rusa?"

"Sí, y tengo miedo".

"¿Por qué no se queda aquí si cree que allí no está segura?"

"Viví allí una vez", respondió, *"no pude soportarlo y me marché. Pero no pude llevarme a mis dos hijos. Están todavía allí. No tengo noticias de ellos desde hace tiempo. Estoy muy inquieta por esa razón. Debo volver a verlos a toda costa"*.

En su voz se hallaba dominio de si misma, pero también agitación fuerte y sus grandes ojos azules se llenaron con lágrimas cuando habló.

"Pensaré en usted con toda mi fuerza esta tarde sobre las ocho, pensaré en usted", dije.

Era la madrugada del 26 de octubre de 1948. Entonces la pregunté por la zona rusa. *"Cuenteme"*, dije, *"¿cómo está allí la situación económica, peor que aquí?"*

"Mucho peor". En el transcurso de nuestra conversación me quedó claro que en el fondo era una nacional-socialista. La pregunté casi susurrando: *"¿Cómo se encuentra allí el 'antiguo' credo?"*. Se sonrió un poco.

"Aparentemente parece como si estuviese muerto", respondió. *"Pero vive a escondidas en nuestro corazón, aunque no hablemos sobre él, ni siquiera entre nosotros por temor a espias ocultos. Hombres que están bebidos o hacen como si lo estuviesen, cantan a veces las viejas canciones. En tales casos los rusos nada dicen.*

"¿Y cómo le va al comunismo? ¿Tiene muchos partidarios entre los alemanes?"

"No supe de ninguno", respondió. *"Esos que un día fueron comunistas han cambiado su convicción después que han experimentado lo que significa el comunismo en la práctica"*.

"¿De manera que estarían todos dispuestos a aprobar el renacimiento del "Orden Nuevo" en caso de que algún día debiera ocurrir un cambio brusco e inesperado?"

"Con bastante seguridad", dijo. Su cara adoptó la expresión de un deseo indecible. *"¿Pero cuándo? ¿Cuándo?"*

"Tal vez antes de lo que piensa".

"¡Oh, si simplemente tuviese razón!", susurró. Totalmente tranquila le dí una de mis hojas. La introdujo rapidamente en una revista, la leyó e hizo como si leyese la revista. *"¿Dónde pudo hacer imprimir esto?"*, me preguntó con voz apenas perceptible cuando hubo terminado con la lectura.

"En el extranjero", dije.

Me apretó la mano, *"desearía poder llevarme toda su reserva"*, dijo. *"Pero no me arriesgo. Sin embargo guardaré esta hoja. La copiaremos una y otra vez. Miles la leerán"*.

"Así", dije, *"¡está usted activa en la zona rusa!"*

"¿Cómo podría ser sino? ¿Puede imaginarse por un momento que pudiesemos olvidarlo todo? Jamás". Una de las frases de mi hoja la interesó especialmente. Me la mostró. *"Dice aquí mismo, verdad"*, susurró, *"que somos el oro en el crisol..."*

"Es usted, de hecho", dije.

Me contempló tensa y dijo: *"¡Somos... y usted con nosotros. Llegará el tiempo en que podrá deponer testimonio de la verdad, por la que abogamos en el sufrimiento como todos los auténticos nacional-socialistas!"*

Me sentí honrada muy por encima de mi mérito por esa observación confiada de una mujer que ya había vivido tres años y medio en plena persecución. No sabía que esas palabras eran proféticas. Debía apearme en la estación siguiente. Saludé por última vez a mi amiga de hacía una hora. Y pensé esa tarde en ella y desde entonces muchas otras veces.

Más tarde, en mi viaje a Maguncia encontré a un estudiante que también había vivido en la zona rusa, y después de haber hablado con él durante algún tiempo le hice la misma pregunta: "*¿Es realmente peor que en Alemania occidental, como así dice mucha gente?*".

"Dios mio", gritó el joven, *"eso no debe ponerse en duda"*.

"En la zona oeste es bastante terrible", dije.

"Sí, pero podemos quejarnos al menos".

"Solo en pequeña medida", contesté.

"Vaya, por ejemplo, a un lugar público y diga que el régimen nacional-socialista era maravilloso y que no desea nada mejor que el que regresase, y observe que sucedería - es decir, cuando hubiese en alguna parte cerca de allí un policía o un informador policial al acecho. O pruebe sólo saludar a la manera antigua a un amigo en la esquina..."

"Sí", dijo y me interrumpió, *"naturalmente, si usted llega tan lejos. Pero uno puede expresar muchos de sus sentimientos sin ir tan lejos. La gente lo hace. Hemos hablado ahora sobre una media hora por ejemplo, y nos comprendemos, ¿cierto?. Me conoce suficientemente para fiarse al menos hasta cierto punto. Sus últimas palabras lo demuestran. Pienso, sé, lo que es usted"*.

"Pero no dije nada en absoluto".

"No lo necesita 'decir'. Nadie lo 'dice' jamás. Pero en cambio tiene el permiso para dejar saberlo a cualquiera, si lo desea. Mientras que allí es otra cosa".

"Pero", repliqué, *"lo que más me fastidia dicho exactamente, no sólo aquí en la zona francesa, sino en toda Alemania occidental (nunca estuve en la zona oriental), es esa proscripción del libre discurso, esa reserva, esa represión que me fue impuesta"*.

"Dice eso porque viene del mundo libre fuera de la desgraciada Alemania; y porque hasta ahora nunca ha traspasado la frontera entre la zona occidental y la oriental. Allí tras el "telón de acero" no podría decir una cuarta parte de lo que ha dicho ahora en nuestra corta conversación sin que se le ordenase bajarse en la estación siguiente y seguir a un policía que allí la estuviese esperando".

"¿Pero si nadie me ha oido?"



Adolf Hitler

"En la zona rusa siempre hay alguien que la oye casualmente. Allí están los informadores por todas partes, y nunca puede decir quien es ese alguien. Los padres no pueden fiarse de sus propios hijos, ni el hermano de su hermano, ni el hombre de su mujer. Aquí es perseguido el Nacional--socialismo. Allí es aplastado".

"¿Interiormente también?"

"Exteriormente. Interiormente ningún poder de la tierra está en condiciones de aniquilarlo".

"¿Y cómo surte efecto sobre la gente?"

"Están aparentemente tranquilos, mucho más tranquilos que aquí en la zona occidental. Sufren más".

Le hice la misma pregunta que algunos meses antes había hecho a la mujer en el tren hacia Hannover: *"¿Qué tal con los comunistas allí?"*. La respuesta fue justamente la misma: *"Allí en la zona rusa no hay comunistas - salvo un puñado de muchachos que quieren sacar de los rusos todo lo que materialmente esperan recibir de ellos. En ninguna parte de Alemania quedaría alguno si simplemente todos ellos, durante seis meses aproximadamente, pudieran lograr un sabor en la zona oriental de lo que significa el comunismo, como le hemos tenido durante cuatro años. El comunismo suena"*, agregó tras una pausa y repitió eso que yo misma ya he dicho muchas veces, *"como un mensaje de salvación y es de hecho tal vez para gente que es primitiva y explotada - como fueron durante siglos en Rusia o China - el mensaje de salvación más próximo. Si además de eso, viene de una estirpe inferior, le agradará con mayor razón. Pero ninguna gente altamente civilizada, organizada y consciente de una gran raza, especialmente aquellos que como nosotros hemos vivido una vez el Nacional-socialismo, pueden aceptar posiblemente un sistema así. Incluso los rusos, que durante el corto tiempo en que su país, estuvo ocupado por nosotros, echaron una ojeada a nuestro régimen, deben haber sentido la diferencia total entre el punto de vista comunista y el nuestro"*.

"¿Y cree que habrían sido mantenidos facilmente en el ámbito del mundo nacional-socialista si Alemania hubiese ganado la guerra?"

"Con el tiempo, la propaganda y la educación precisas, ¿por qué no?", dijo.

"¿Qué dice de esas reformas sociales que presuntamente han introducido los rusos en la zona rusa: la repartición del campo entre los labradores, etcétera, por las que tanto teatro hacen los simpatizantes comunistas en el extranjero?"

"¡Oh, eso!", dijo el estudiante con una sonrisa seca, *"¡otro engaño! Al campesino de Alemania oriental le va ahora peor que nunca antes. Si el campo es o no presuntamente suyo, no supone ninguna diferencia con ello. Son esclavos de su propia tierra. Están forzados a dar al gobierno un importe determinado de la cosecha previamente estipulado, es decir siempre el mismo, tanto si las cosechas resultan copiosas o exiguas; con el resultado de que tras un mal año deben comprar el propio sustento de un campesino de una comarca beneficiaria, para así poder cumplir los compromisos frente al gobierno. A veces deben comprar incluso de otros productos recolectados - como por ejemplo patatas -, que como era de esperar deben entregar como contribución. Ellos debían incluso visitar la zona y efectuar una profunda investigación"*.

"Desearía ya. ¿Pero cómo puedo ir allí? No tengo ningún permiso para ello".

"Cuando quiera probaré facilitarla ir disimuladamente con mis parientes que vuelvan hacia allí. Sólo cuando haya visto la región reconocerá como tiene usted razón en su alabanza sobre los nacional--socialistas de todas las zonas. Sólo entonces sabrá cuanta razón tiene cuando dice: "Cuatro zonas, pero ... sin embargo un pueblo y un jefe en el corazón del pueblo - el Führer".

Volví a ver al joven. Fuí recibida en su casa. Me había decidido a aprovechar la ocasión y hacer eso que me había propuesto. Pero mi captura derribó el plan que tenía.

Hay un lugar no lejos de Hannover que se llama Celle. En esta estación como en las más importantes estaciones de Alemania hay una "misión católica" que a la gente que no puede permitirse ir a un hotel, abastece con comida y alojamiento. Este es, por ejemplo, uno de los sitios en el que se puede observar las entradas diarias de fugitivos de la zona rusa. Yo misma pasé allí algunas noches como también en la misión católica de Hannover, y así entré en contacto con muchos de ellos.

Un muchacho de catorce años permanecerá siempre en mi recuerdo - con una cara inteligente, pero todavía infantil con grandes ojos azul pálido, que bañados en lágrimas me miraron implorando cuando le puse la mano sobre el hombro en señal de simpatía. Pero no podía hacer nada por él. Me encontró en Celle y había atravesado la frontera dos días antes como me contó la señora de la "misión". *"Y ahora le hacemos volver ¿Qué otra cosa podemos hacer? No tiene parientes, ni amigos que le pudiesen mantener en la zona británica o en las otras zonas occidentales; no tiene trabajo, ni dinero".*Tan gustosa le hubiera tomado bajo mi proteccción si yo misma hubiera sido algo más que una "caminante" sin domicilio, que vivía de las joyas que me quedaban, sin perspectiva de un trabajo, por mucho que me esforzase para realizar personalmente mi tarea impuesta.

"¿Qué le originó venir acá?", pregunté cuando el desafortunado joven hubo comido su último pedazo de pan y fue acompañado al tren.

"Miedo", dijo la señora de servicio. *"Ellos quisieron enviarme a algún sitio lejano 'en el Ural'"* dijo él, *"para trabajar allí en la mina. No quise allí. Quisiera permanecer en Alemania y luego ir a la escuela"*.

"¿Quienes son sus padres? - "Gente que por lo visto en otros tiempos jugaron un papel activo en la divulgación del Nacional-socialismo en su ciudad. Su padre fue deportado a Siberia, y nunca más se oyó algo de él. Su madre trabaja y puede mantenerle bien. Él tiene además dos hermanos jóvenes".

"La misma tentativa para erradicar en todas partes el Nacional--socialismo", pensé; *"la misma bárbara persecución de la élite del mundo,*

de un extremo a otro de Alemania. Parece realmente peor en la zona rusa que en los sectores del oeste, como debo reconocer". Me volví de nuevo a la dama de servicio y dije: *"Si realmente no pasó nada, ¿qué hubiese podido hacer por el joven? ¿Absolutamente nada?"*

"Males no".

"¿No hubiese podido mandarle a un campo de refugiados?".

La señora me contempló como se mira a una persona que no está del todo en su sano juicio.

"¿Ha visitado uno de esos campos de refugiados?", me preguntó.

"No", dije. *"Bien lo quisiera. Pero se me dijo que necesitaba un permiso especial para ello. Tengo que esforzarme en conseguir ese permiso por el motivo de que escribo un libro sobre Alemania"*.

"... por consiguiente nunca habría conseguido ese permiso", respondió; *"... dicho de otro modo, no, no antes de que las autoridades de ocupación se sintieran seguras que usted cerraría los ojos ante todo lo que ellas pudiesen tener oculto respecto a las condiciones de vida en sus 'campos de liberación'. Pero usted no es la clase de mujer que cerraría los ojos ante cosas u ocultaría la verdad si la supiera. Entiendo eso después de conversar con usted en estos dos o tres días. Pero incluso puedo entender más de usted, creo. Una razón muy rotunda para 'ellos', para no facilitarle acceso alguno a sus organizaciones caritativas 'en este desgraciado país'"*.

"¿Por qué razón?"

Vaciló. Sabía que su primer impulso hubiera sido decir: *"Usted es una nacional-socialista"*. Pero no lo dijo, aunque podía estar practicamente segura de que era una. Dijo: *"Es una auténtica amiga de Alemania"*, - que significaba lo mismo. *"Nuestra amiga y además una escritora, entonces no hay seguramente para usted permiso alguno, mi querida señora"*, agregó bromeando. *"Pero si pudiese ver uno de estos campos no pensaría en enviar allí al joven"*.

"Pero sería mejor que el trabajo de negros en la mina", arriesgué a decir.

"No estoy tan segura", respondió de manera enigmática. *"Además no hay sitio en el campo de refugiados. ¿Sabe cuanta gente atraviesa diariamente la frontera por término medio?"*

"Cinco mil me dijo un inglés que desempeña en Hannover un puesto de gran responsabilidad en el departamento de trabajo de la 'Sterling House'".

"Esa es la cifra oficial", dije. *"De hecho son muchos más. Su punto de vista y el nuestro siempre serán más críticos".*

Dos mujeres entraron en ese instante -las dos además de la zona rusa - y pidieron algo de comer. Mientras estaban allí sentadas comiendo, hablé con ellas.

No eran fugitivas. Era gente que vivía con sus familias en la zona rusa. Venían con regularidad para visitar a sus parientes y comprar algunos alimentos 'al otro lado de la frontera'. Las pregunté como preguntaría a cualquier persona de la zona prohibida como les iba allí.

"La vida es dura", me relataron, *"no tanto para aquella gente que mantuvo sus simpatías bien visibles desde el comienzo del lado del 'Frente rojo', como para nosotras que estuvimos vinculadas con el N.S.D.A.P."*

"Sólo vinculadas", deslizó en seguida la otra mujer; *"pues si hubieramos destacado por alguna actividad especial o una posición privilegiada en el Partido, ni siquiera tendríamos un poco de reposo. Mi marido fue un SS. Entró en una prisión americana en el último año de la guerra y volvió a casa a comienzos de 1947. Ahora en la vida civil no puede volver de nuevo a su anterior trabajo como electricista. Debe trabajar en la calle: picar piedras y cavar - por el único motivo de que fue un nacional-socialista combativo".*

"Los demócratas se comportan así también aquí", dije. *"No es que quiera defender a los rojos. Dios mio, nunca fuí una comunista. Pero le puedo contar de muchos ejemplos de represión semejante a este lado del Elba".*

"La creo. Aún así dudo que se pueda comparar las circunstancias aquí con las de la zona rusa", respondió. *"No tiene la más remota idea de lo que tenemos que sufrir allí, todos los alemanes, pero particularmente nosotros los nacional-socialistas".*

En el tiempo que permanecí en Celle aprendimos a conocernos mejor unas a otras. Cierto día que estabamos solas, tomé una caja acolchada de bisutería de mi bolso, la abrí y la tendí a mis nuevas

amigas. Un par de pendientes de oro con la Swástika que cuidaba para llevar a Calcuta y Londres, brillaban en un fondo aterciopelado azul oscuro ante sus ojos. Las dos mujeres reprimieron un alegre grito de sorpresa: *"¡Qué hermosos!"*, exclamaron casi al mismo tiempo. *"¿Pero de qué país del mundo son?"*

"De la India. Se pueden comprar allí todos cuantos quiera en los establecimientos de joyería. La Swástika es un símbolo religioso muy frecuente que es venerado por todos los hindús, que recuerdan el misterioso origen nórdico de la civilización, en cuyo esplendor viven hasta la fecha. Es el símbolo solar sagrado".

"Nosotros lo denominamos también rueda solar. ¿Pero no lleva estos aquí en Alemania?"

"Pues si, bajo un chal que me echo sobre la cabeza y que me quito dentro, si se que puedo confiar en la gente que visito".

"¿Sabe qué le pasaría si fuese atrapada en la zona rusa con esos pendientes?"

"¿Qué?"

"Sería mandada inmediatamente a Siberia".

Hice una pausa, les mostré entonces dos de mis hojas y dije: *"¿Qué harían conmigo si me sorprendiesen distribuyendo estas hojas?"*

Un nuevo grito de sorpresa y luego un silencio profundo, mientras cada una de las dos mujeres leían para sí las palabras del desafío.

"Nunca vaya al otro lado de la frontera", dijo finalmente una de mis nuevas amigas. *"La matarían. ¿Ha distribuido muchas de estas en la zona occidental?"*

"Diez mil por ahora".

"¿Sin por ello exponerse al peligro? ¡Maravilloso! ¿Desde hace cuanto tiempo lo viene haciendo?"

"Desde hace más de ocho meses".

"No lo podría haber hecho durante ocho días en la zona rusa. 'Ellos' tienen espias por todas partes. Le digo que 'ellos' son diablos aún más malos que los demócratas occidentales. Pero puede darnos algunas de sus hojas. Sabemos a quien podemos darlas".

"Pero, ¿cómo quieren cruzar la frontera con ellas?"

"Sin miedo, en cuanto a nosotras", dijo la otra mujer. *"Venimos y vamos cada cuarenta días. Los guardianes de la frontera nos conocen"*.

¿Puedo confiar en ustedes dos que repartirán las hojas bajo su propia responsabilidad?"

"Cualquier alemán en la zona rusa desea volver al régimen nacional-socialista, desde un principio nunca pensaron en lo que nosotras portabamos. Puede fiarse de nosotras".

Les dí cien de mis hojas a cada una, tal como lo había hecho entre algunos otros simpatizantes que volvían a la zona prohibida.

Cuando hubieron marchado, mostré a la señora de servicio de la misión mis aretes hindús un poco cautelosa. *"Espero que no tenga inconveniente porque tenga esto"*, dije, *"parecen, ... son hindús ..."*

Su cara billó cuando vió el símbolo venerado desde tiempos inmemoriales. Sonrió. Pero con la alegría al mismo tiempo también se dibujó un deseo inexpresable en su sonrisa. Miró fijamente el símbolo del Nacional-socialismo. *"¿... tengo algo que objetar?"*, preguntó finalmente. *"No me conoce. También amo el símbolo"*.

"¿De veras?", contesté plena de alegría, *"siempre pensé..."*

Siempre pensé - y sigo pensando - que no hay ninguna persona que pueda ser católica y amar el símbolo. La mujer no habría estado en la administración de la misión de la estación, si no hubiera sido una católica, al menos aparentemente. Por esta razón me asombraba. Después de todo no era probablemente una católica sincera. O le faltaba el sentido de la armonía como es el caso de tanta gente. Pero no me dejó tiempo para la reflexión.

"¡Sch!", dijo susurrando y me puso el dedo en la boca. *"No se sospecha de mi que hablo libremente con usted. Y este no es el lugar para ello. Pero si retorna a Celle, venga a mi casa. Si yo misma no puedo alojarla, conozco amigos que lo harán con gusto. Y entonces hablaremos juntas. Aprendo a conocerla... y quererla poco a poco"*.

Pero fui detenida antes de que pudiese regresar. Nunca volví a ver a esta señora. Debió leer en los periódicos sobre mi caso - u oir de mí en la radio: *"Condenada a tres años con motivo de propaganda*

'nazi'..." Y probablemente pensaría: *"¡Nada sorprendente!"*

Pero toda esa gente siendo o no cien por cien nacional--socialista, si en cambio siempre estuvo inclinada favorablemente hacia nuestro régimen, y al menos nunca fue su enemiga. Pues parece haber en la zona rusa no menos que en Alemania occidental, un gran número de hombres y mujeres que antes casi odiaban el Nacional-socialismo, y que ahora lamentan amargamente no haberle apoyado con toda su fuerza. Repito, no he vivido en la zona. Pero puedo sostener con seguridad que hay allí muchos alemanes de esos, que vienen al otro lado de la "frontera" o se quedan deliberadamente en Occidente o hacen cortas visitas periódicas. Sólo citaré una vivencia: la de una mujer joven que encontré en la "misión católica" de la estación de Hannover. Esa mujer apenas pasaba de la treintena de edad - a lo más treinta y cinco - . Tenía un rostro franco y agradable. Me contó que vivía en la zona rusa. Me la imaginaba como escritora y la relaté sobre mis viajes proyectados al otro lado de la frontera para completar mi libro sobre Alemania.

Me miró fijamente con verdadero interés y dijo: *"¡No vaya!. Le traerá solamente desgracia. No sabe que clase de vida llevamos allí al otro lado"*.

"Eso es justamente lo que yo misma quisiera ver", contesté.

"Esos conocimientos no merecen ese peligro", replicó.

"Pudiese ser que jamás regrese. ¿Es inglesa, cierto?"

"Medio inglesa".

"Sea lo que sea, ... ¿no es una comunista?"

"Todo menos eso".

"Pues bien, en esa caso no vaya. 'Ellos' la agarrarán con el más remoto pretexto y la acusarán de espionaje a favor de la democracia y la mandarán a algún lugar del que jamás retornará".

"Pero yo tampoco soy demócrata", dije. Y entonces cuando caigo en la cuenta de que tal vez había hablado demasiado, agregé: *"No tengo en realidad ningún interés en política. Como escritora me ocupo sólo de hombres y mujeres y de sus vidas"*. Esa mentira fue bien pesada. Pero no lo pareció notar.

"Si se preocupa por el bienestar de la gente, debiera interesarse por la política", contestó, *"pero piense dos veces sobre ello antes de apoyar o combatir a un movimiento; sopese con cuidado los 'pros' y 'contras'".* Y añadió con voz queda: *"Nunca haga aquello que yo hice. Traicioné a mi país sin saber lo que hacía"*.

De repente adquirí un visión completa en la tragedia de la vida de esta mujer. Era una de esas miles que tanto he odiado, una de aquellas de las que había dicho tan a menudo que debieron haber matado a todas hace tiempo. Pero dominé mis sentimientos, la miré curiosamente y respondí ... de manera enigmática: *"Muchos han traicionado a su país durante la guerra sin saber que lo hacían no sólo entre los alemanes. Han traicionado a la raza aria, lo que a mis ojos es todavía más grave"*.

La mujer me miró curiosa a la cara y me preguntó vacilante: *"¿Es .... también una de ellas?"*

"¡Oh no, yo no!", estallé en una protesta, casi pudiera decir en una 'indignación'. *"Supe cual era mi deber. También mi corazón pertenecía allí. Estuve desde el principio en el lado correcto - ya años antes de la guerra"*.

"Veo después de todo que se interesa todavía por la política", dijo la mujer con un asomo de ironía. Pero su cara pronto estuvo seria, no, de nuevo triste.

"Estuvo en el lado correcto sin ser alemana", comenzó de nuevo la conversación, *"mientras yo ... ¡oh, si lo hubiera sabido!"*

"¿Es indiscreto preguntarle qué hizo?", dije.

"Luché contra Hitler", respondió. *"Estuve en un movimiento clandestino cuya meta era enterrar su poder y derribarle. Fuimos engañados con la creencia de que él era el motivo de la guerra y el origen de toda desgracia - él, ¡nuestro salvador! ¡Oh, si lo hubiese sabido!"*

Cada una de sus palabras era una puñalada en mi corazón. Con implacable claridad me describí el cuadro de esta mujer, como con empeño, sentía predilección por la propaganda fantasmagórica contra el iluminado Führer, al que tanto amo. Me imaginé como informaba en secreto a los rusos para defender Alemania (como tantos otros traidores habían informado a las democracias occidentales) - y como hacía todo lo posible todos esos años para ocasionar el derrumbamiento del orden nacional-socialista y todo aquello que yo tanto admiraba, veneraba, alababa y defendía. ¿Se imaginaba tal vez que su arrepentimiento tardío apagaría de mis ojos su antiguo pasado criminal? La odiaba con el odio más intenso. Mi primer impulso fue decirle: *"¡Pues bien, quédese ahora entre los amados comunistas a los usted misma avisó y después a los que deseó, y saboreelos con todo su corazón! No sabe lo que me alegra ver ese dolor en su rostro. No es la primera que veo, ni la última, como así espero. Solo siento no poder encontrarme con todo el rebaño de sus semejantes, y uno por uno recrearme ante la contemplación su misera inmediata. El Tercer Reich que usted traicionó, la respetó. Pudieran los que, por causa de que usted traicionó, no respetarla, sino aplastarla lentamente hasta la muerte, a usted y a todos los miserables anti-nacional-socialistas! ¡No merecen ver la luz del día!"*

Pero no despegué los labios. Sólo lo sentía fluir en mi corazón lleno de indignación y odio cuando miraba a esa mujer.

Era guapa y bien hecha. Parecía sana. Debajo de la frente amplia e inteligente, sus grandes ojos sombríos se fijaban en mí, mientras se movían al viento sus brillantes cabellos pardo rojizos. Había una desesperación insondable tal en sus ojos que me impresioné. Pero aún así, la odiaba.

Entonces recordé fulminantemente en mi imaginación el rostro serio y bello de ese hombre que ella traicionó - y probablemente había injuriado con sus palabras inumerables veces - el rostro del Führer, triste, como el suyo, pero de otra tristeza; un semblante que era consciente de la tragedia del mundo entero, de la tragedia que llevaría hacia la ruina por la necedad de los seres humanos y debido a las mentiras de los enemigos; consciente de la tragedia eterna de la

humanidad superior, que fue explotada por los astutos canallas de una naturaleza innoble, pero también consciente de las ilimitadas oportunidades del arianismo desorientado; ví la cara del salvador que esperaba porque conocía la eternidad de la verdad por la que luchó. Tenía la impresión como si él estuviese entre nosotros - Él, nuestro Hitler amado - y que me decía: *"¡Ya no la aplaste más bajo el peso de su desprecio! ¡No la odie! ¡Por mí, no lo haga! Por mucho que pueda haber hecho contra mi - ella es una más de mi Pueblo. Ayudelá para que vuelva a mi"*.

Se me desprendieron lágrimas de los ojos y no pude hablar por un instante. Entonces dije despacio: *"Lo que está hecho, hecho está. Más el porvenir incesante está situado ante nosotras. Alemania no está muerta, jamás perecerá. Cuenteme, ¿qué haría ahora - mañana, el próximo año - si regresase el Führer?"*

"Estaría apasionadamente a su lado en el nuevo combate, contenta si una muerte honrosa me limpiara de mis acciones vergonzosas", respondió también con los ojos húmedos. Añadió rogando encarecidamente: *"Sé que apenas puede creerme. No se fia de mi. Me mira con desprecio como a la traidora que soy, o mejor 'fui'. Pero si supiera en que angustia mortal he vivido todos estos cuatro años, entonces me creería ¡No me odiaría!"*

Una lágrima me corrió lentamente hacia abajo sobre una de mis mejillas.

"¿Quién soy yo", dije, *"para poder odiarla? No tengo ningún derecho a hacerlo. Como aria que amo la verdad, vengo del otro extremo del mundo para dar testimonio de la grandeza de mi Führer en su país martirizado. Usted es una de su Pueblo. Usted le ama ahora, ¿verdad?"*

Un rayo de alegría celestial - un rayo de alegría sobre una inesperada salvación - alumbró su pálida cara.

"¡Lo hago!", respondió apasionadamente.

La acompañé a un lugar en el que nadie podía observarnos y la pregunté: *"¿Pudiera hacer algo por Él?"*

"¿Qué puedo hacer ahora? Es demasiado tarde".

"Nunca es demasiado tarde mientras está vivo el espíritu. Escuche,

puede repartir algunas de estas hojas entre los hombres y mujeres al otro lado de la frontera que como usted combatieron una vez contra el Nacional--socialismo; pero ahora se arrepienten de lo que hicieron?"

Tomé de mi bolso un montón de hojas que estaban envueltas en una revista de modas.

Leyó una y me preguntó: *"¿Quién escribió esto?"*

"Yo".

"¿Y está segura que Él vive?"

"Bastante segura. Lo sé por varias fuentes".

"Oh", dijo con un deseo infinito, *"¡si tuviese razón! Tomaré tantas hojas como me pueda dar y las repartiré entre mis amigos"*.

"¿No tiene miedo a cruzar la frontera con ellas?"

"No, ahora nunca me registran. El guardia fronterizo me conoce. Además saben que he trabajado contra... en años pasados. Pero no saben cuanto lo lamento".

"Le dí un paquete entero. *"¡Que tenga mucha suerte!"*, dije.

"Nunca olvidaré nuestro encuentro en esta estación", respondió. *"Confio verla de nuevo algún día, si no soy capturada y enviada a Siberia para trabajar allí hasta mi muerte"*. Dije, *"creo que no la prenderán. Pero nunca se puede saber"*.

"Ahora bien, si me atrapan expiaré por mi pasado".

"¡No mire en el pasado! Mire al porvenir; porque tenemos uno. Le aseguro que tenemos un porvenir. ¡Hasta la vista!"

Me contempló como si me quisiese decir aún más. Miró a izquierda y derecha para comprobar si alguien nos observaba de lejos. Entonces levantó el brazo derecho en el modo y manera rituales, como yo misma habría hecho en un sitio solitario en la compañía de un hombre con las mismas convicciones.

"¡Heil Hitler!", dijo.

Era tal vez la primera vez en su vida que saludaba a alguien sinceramente con esas palabras y en esa actitud, y repitió las palabras sagradas prohibidas: *"¡Heil Hitler!"* Evoqué en mi corazón la frase del Führer: *"¡Algún día el mundo comprenderá que yo tenía razón!"*

Me colmé de una alegría inmensa como si hubiese desempeñado un papel - un papel insignificante - en el nacimiento de una nueva Alemania, la más fuerte y verdadera que nunca será unida bajo el signo de la cruz gamada.

Ya he dicho antes: pueden desmenbrar Alemania, aterrorizar al Pueblo, dejarlo muerto de hambre, rebajarlo ante los ojos del mundo al nivel de pueblo de charlatanes y de imbéciles, e insultarlo; pueden prohibir la canción de Horst-Wesel y todas las otras canciones de nuestra época gloriosa, el saludo nacional-socialista, así como todas las manifestaciones externas de amor a Adolf Hitler. Nunca podrán matar el espíritu nacional-socialista ni el alma alemana - el primer alma nacional que despertó en una nación aria y se deshizo de sus sombras con el nacimiento del alma futura del arianismo. Ella permite mantener cuatro zonas en lugar de un Reich, en tanto que los poderes invisibles les consientan hacerlo. Pueden ser cuatro zonas aquí, pero todavía es *un* Pueblo, *un* corazón, *una* conciencia alemana - sobre la carne viva o muerta - *un* Führer del que nadie habla (al menos no en público), pero en él que todos piensan y al que todos respetan cada vez más.

Ante los antipáticos extranjeros que vinieron para ocupar su país y "convertirlos", los alemanes pueden mostrar exteriormente una cortesía extraordinaria y una indiferencia absoluta frente al destino del Nacional-socialismo y su fundador. Pero a los inteligentes ocupados mismos no les tomarán el pelo. Un oficial francés en Baden-Baden, Monsieur P., me relató una vez que un periódico de Colonia publicó un artículo en el que trataba de si todavía vivía el Führer. *"Aquel día, una cola de gente esperaba para comprar el diario"*, dijo. *"Ningún otro hubo, no, ningún otro hay en su pensamiento más que Hitler"*.

Desde que los alemanes están de veras en la miseria, sus pensamientos van automaticamente a Él, "no sólo al Führer del pueblo, sino a su Salvador", como dijo una vez Hermann Göring. En los días sombríos del hambre y de la miseria, así se me relató, se han visto escritas en los muros las dos palabras prohibidas: *"¡Heil Hitler!"*,

como si se quisiera decir: *"Sí, en su época fuimos dichosos; mientras que ahora... "* Durante el trágico bloqueo de Berlin en el hambriento sector occidental debido a los más incesantes rigores, la multidud se resistió indignada contra el poder comunista no con los nuevos eslogans democráticos aprendidos. No, esas palabras muertas que a nada se referían, absolutamente a nada que durmiese en el corazón alemán; palabras que si se las aprendió fue en aras de las ventajas inmediatas, olvidandolas en realidad en un abrir y cerrar de ojos.

"¡Heil Hitler!" es el grito del corazón de Alemania hasta la fecha completamente igual en cualquier zona.

El sentimiento de amargura y fastidio que se encuentra en esa gente que vive en la zona rusa, es en parte sin duda alguna, debido a las duras condiciones de vida allí dominantes. Pero este sentimiento procede también, y en verdad más decisivamente, del conocimiento sobre la solidez y la continuidad del comunismo - que en comparación apenas se encuentra en la democracia - por el conocimiento de la dominación del comunismo sobre una gran parte de la humanidad y por su propagación incontenible. Los alemanes de la zona occidental - no aludo a los dóciles esclavos de los judíos, sino a los realmente genuinos alemanes inteligentes, es decir, los nacional-socialistas - pueden ser perseguidos. Se les puede prohibir emitir libremente su opinión, saludar uno a otro publicamente a la manera de antes, o tener retratos del Führer colgados en las paredes de sus casas, mantener ciertas actitudes, o en general trabajar si fueron conocidos como miembros importantes o al menos como entusiastas del N.S.D.A.P. en años pasados. Pero son demasiado inteligentes para no dejar de reconocer las debilidades de la democracia, para ver cuan vacia, cuan inconsecuente, no, cuan pueril es la "filosofía" sobre la que está edificada en comparación a la nuestra, para pensar: *"¡Tal sistema no puede tener duración! Porta ya en sí los gérmenes de la descomposición. Precisamente su inconsecuencia - o mejor su hipocresía - es su sentencia de muerte"*. Los demócratas son hasta cuando nos persiguen

demasiado tontos para que pudieramos despreciarlos, como ya he dicho varias veces. La ingenuidad con la que proceden para "reformarnos", basta ya para hacernos reir. Conocemos que pueden recibir información sobre nosotros. Lo decimos. Nos divertimos además si vemos como creen gustosos lo que opinamos. Negamos (externamente) dondequiera podemos, las acciones despiadadas - los denominados "crímenes de guerra" - que nos son atribuidos, y dejamos persistir a los bobos en su convencimiento de que si creemos que tales "crímenes" de veras tuvieron lugar, nosotros seríamos los primeros que renegaríamos del Nacional-socialismo. Si vemos como están firmemente convencidos de nuestra "humanidad" básica - si apercibimos como contemplan casi gustosos a los más visibles y manifiestos pilares de entre nosotros como amantes de las medias tintas (como ellos mismos son) - pensamos: *"¡Qué tontos!"* Como si jamás nos interesásemos algo por - como si ahora todo esto nos trajera sin cuidado - algunos sucesos de dura lucha que tuvieron lugar en aras de nuestra victoria; ¡como si no tuvieramos en cuenta en uso de la fuerza si la misma sirviera a nuestra finalidad! *"Lo que nos irrita de vosotros, nuestros perseguidores de hoy, es la hipocresía no el poder; el modo y manera con que encontrais subterfugios para vuestros crímenes, no vuestros crímenes mismos; el enfoque con el que ejecutais las cosas, no las cosas que haceis en sí - ni siquiera los horrores con que nos obsequiasteis. Comprenderíamos si los nombraseis 'actos de venganza' y no 'actos de justicia'. ¡No nos conoceis! Nunca nos conocereis. Os arrullais además en la creencia de que nos habeis 'convertido' - nos habeis 'despertado' al carácter humanitario natural, que nuestra 'horrible' educación nacional-social acalló por un tiempo - ¡vosotros imbéciles presuntuosos, vosotros, que os denominais 'cruzados por Europa', y además os burlais mientras asentimos con la cabeza a vuestros sermones! Mañana - el año próximo, un año más tarde... - cuando tengamos de nuevo la oportunidad, os mostraremos con suma rapidez cuan inocente fue de vuestra parte juzgarnos según vuestras propias varas de medir ¡Os enseñaremos que son los nacional-socialistas, si todavía no lo habeis sabido hasta ahora! ¡Mientras tanto vivid de vuestras ilusiones!"*

En la zona rusa las cosas son de otra manera. Me lo puedo imaginar por todo lo que llegué a saber gracias a los pocos alemanes de la zona oriental con los que entablé contacto. Las persecuciones parecen ser allí no sólo más crueles (en Alemania occidental son bastante despiadadas), sino más inteligentes y arduas. Los comunistas saben en particular de nosotros que estamos bien organizados: somos tan voluntariosos, tan intransigentes como ellos lo son, y que por eso no pueden fiarse de nosotros por mucho que les contemos. Pudieran intentar 'convertir' a algunos de nuestros discípulos. Pero no lo intentarán mucho tiempo. Piensan que es un desperdicio de tiempo sin sentido. O nos avasallan materialmente y nos acallan por el terror o nos 'liquidan'. Nos comprenden mejor de lo que los demócratas lo harán jamás y por consiguiente nos odian sin reserva. Como ya dije antes, ellos y no los demócratas - no la gente que por naturaleza se siente atraida a la imperfección - son nuestros auténticos enemigos.

Los nacional-socialistas de la zona rusa saben eso demasiado bien. A veces sobreviene bajo la bota de esos enemigos reales, que son tan fuertes y están tan bien organizados, el sentimiento del abatimiento, la desesperación. Hemos perdido la guerra. Todos lo sabemos. Pero en Alemania occidental todavía creemos entre nosotros que las democracias y los bolcheviques la ganaron en común. En la zona rusa desde hace cuatro años estamos convencidos que los bolcheviches fueron los vencedores unicamente.

Además sentimos - y eso no sólo en la zona rusa, sino también en los departamentos bajo control franco-anglo-americano y fuera de Alemania - que nos encontramos ante el comunismo en una proporción de completa desventaja; en algo lleno de horror y temor. No es la señal de la vida de un mundo agonizante, sino en el creciente flujo de una ola enorme en la historia de la humanidad. Sentimos - lo sabemos por nuestro inmediato conocimiento de la historia (y aquellos entre nosotros que ostentan en sí un sano fundamento histórico, lo saben todavía con más exactitud por la lógica, como también por la intuición) que este nuevo gran movimiento es inevi-

table en la evolución del hombre. No podríamos detenerle. Los demócratas estarán aún menos en condiciones de hacerlo. Nada puede detenerlo. Vendrá, queramoslo o no, lo mismo que antes o después la noche ocupará el lugar de la luz natural. Sabemos que esto es el último salto de la humanidad en contra de su antigua senda, del destino en la senda determinada de la disolución - el destino ineludible. Sabemos que la perdición debe venir antes de la resurrección, nada podemos hacer antes de que el mundo haya andado por la senda de la muerte hasta su verdadero final. Sólo podemos prepararnos y esperar - *"¡espera y confía!"* (las últimas palábras de mi anuncio que traje a Alemania) como los Dioses lo ordenaron al Pueblo alemán por medio de mi modesta intervención. No se puede hacer nada más. Nuestro tiempo de los hechos externos se halla en el pasado y en el futuro. En este momento sólo podemos esperar - nuestro espíritu se mantiene vivo - y rezar; juntos seguir en contacto con las fuentes eternas de nuestra concepción; con la verdad por la que respondemos y con el representante semejante a los Dioses de nuestra verdad, nuestro Führer, el cual vive por siempre en alguna parte de la tierra o en el Walhalla; ya esté fisicamente vivo o muerto - es inmortal.

Mientras sabemos que justamente ahora nada podemos hacer, podemos ver en todas partes en torno a nosotros, cerca y lejos, indicios crecientes del poder del comunismo, que actualmente parece ser ilimitado. En la zona occidental sentimos que antes o después la ocupación debe ceder. Podemos figurarnos el último vagón de soldados cuando ruede sobre la frontera y un suspiro general de alivio con esa noticia. No podrá ser mañana temprano; pero todo alemán (antes dejamos fuera a todo nacional-socialista) siente que eso debe ser así, que eso será así algún día. En la zona rusa se siente a veces cuando menos que tal día quizás nunca 'pudiese' llegar. Por otra parte, en la zona occidental el fin del control militar significaría el final de todo control sobre Alemania en general. Nada puede aplastar aún el país, si no son fuertes las tropas de ocupación. Aunque en la zona rusa las tropas de ocupación son todavía fuertes,

por lo que quedaría un incómodo control, un control eficaz, como en tantos países en los que fueron establecidas "repúblicas populares" - es decir, repúblicas bajo la dominación rusa -. ¿Por cuánto tiempo? Como los comunistas han tomado Rusia y después de tanta desconfianza y escepticismo de parte del mundo en los primeros años de su régimen aún dominan, así tomarán y dominarán Alemania, toda Europa, el mundo - ¿quién sabe? - ; nadie puede decir por cuanto tiempo: se pudiera pensar a veces en la desesperación, si no por siempre. Parecen estar organizados bien a fondo en la zona rusa. Eso era de esperar. El comunismo - la última gran mentira del eterno judío; el último rumbo de la conjunción de masas de la humanidad hacia la decadencia definitiva y la muerte, bajo el impulso del enemigo antiquísimo del orden natural - no es otra cosa que la democracia dotada con nuestra dura lógica y nuestra profundidad inflexible. Es el servicio en la mayor medida posible de nuestras cualidades y nuestra capacidad al desarrollo de la filosofía de la muerte (par excellence).

Las mismas cualidades fueron utilizadas antiguamente para activar los intereses del cristianismo en los días de la omnipotencia de la iglesia católica. La democracia - el régimen enfermizo de las imperfecciones - está en una gran medida libre de esto. Pues no es otra cosa que el puente entre el cristianismo y el comunismo, dicho de otra manera, la expresión de la civilización cristiana que es antigua y suspira tras la tranquilidad - tras la seguridad. Esta es la palabra favorita de los demócratas - pero en realidad tras las de disolución y muerte. Pero el comunismo, la expresión posterior y tal vez última de la tendencia irresistible de la humanidad a la disolución, ha tomado estas cualidades una vez más. Y gracias a estas entierra por doquier la estructura democrática artificial y ocasiona así en los países capitalistas gran agitación entre los judíos comodamente nacionalizados. Pues aunque él mismo es sin duda un engendro judío - "materialismo histórico de Marx" aplicado al gobierno -, el número de judíos que experimentará un verdadero miedo a la vista de su propagación será cada vez mayor. Estos judíos deseaban el co-

munismo para destruir la civilización cristiana, para encadenar a su yugo a las razas arias más firmemente que nunca. No se podían imaginar que su expansión sería tan amplia que también ellos se verían envueltos en el proceso que podría llevarles hasta su ocaso. Ahora temen que así pueda ocurrir. *"El comunismo asciende"*, dicen; *"no es más comunismo 'genuino'".*

Puede ser que no lo sea más en muchos conceptos. En 1930, que yo sepa un tal Keralianischer, comunista, fue apartado del partido por tres años porque había calificado de "sucio judío" a un hombre en un tranvía ruso. Hoy - así escucho - fueron "asesinados" muchos judíos que durante la guerra habían ayudado a los rusos en la contienda contra Alemania con uno u otro pretexto, tan pronto hubo acabado aquella. Tal vez esto significa que esta guerra, al menos a los ojos de muchos rusos, no fue una lucha del comunismo contra el Nacional-socialismo (como los judíos lo habían deseado), sino sólo una guerra de Rusia contra Alemania, una guerra habitual entre dos naciones arias en torno al espacio vital como tantas disputas en el pasado, y ¡no "cruzada" alguna!

También escucho que hay hoy en Alemania grupos comunistas, de los que los judíos son excluidos (una según parece bien informada señora comunista, que estaba presa conmigo en Werl me lo contó; no tuve ocasión de comprobar la verdad de esta declaración). ¿Cómo se debe ensasillar tal comunismo que admite la diferencia racial - y se mantiene en ella - ? Tal vez una forma del Nacional-socialismo. Eso es lo que temen los judíos. Y eso es lo que esperamos.

Pero mientras tanto domina un despotismo implacable en la zona rusa - una tiranía que pone la mira en el nombre de los principios marxistas puros para extirpar al Nacional-socialismo no menos despiadadamente que lo que nosotros mismos habríamos probado para aplastar cualquier otra "Weltanschauung" que nos hubiesemos encontrado en el camino si hubiesemos estado en el poder; una tiranía cuya solidez bien pudiesemos envidiar, mientras que odiamos sus intenciones.

Al otro lado de la frontera de la zona rusa, de Alemania y de Europa, el poder del comunismo es siempre cada día más terrible, más irresistible. ¿Quién quiere oponérsele? Las democracias occidentales o sus instrumentos sin valor, los menos desagradables canallas orientales que quieren aprovechar la credulidad de las democracias en torno a la ventaja personal pura - los trato de menos desagradables; pues son al menos bastante francos en realidad para no manifestar ideología alguna, justificación alguna de su impía unión con los mayores estafadores del mundo -.

Los comunistas han conquistado China. Previamente cuando fijaron su garra sobre Polonia y Checoslovaquia, las democracias occidentales ya saltaron de indignación. ¡Esos "pobres checos" y aquellos "pobres polacos" que tuvieron que sufrir tanto bajo nosotros los "bestias nazis"! Realmente no fue bonito que nuestros enemigos mortales, los rojos, continuasen con nuestro trabajo hasta completarlo, después que fueramos arrojados al suelo. Eso es lo que parecía así de las democracias occidentales, que nos combatieron con su guerra estúpida y nos vencieron para nada. O mejor dicho: dejó de parecer así del todo, como si la hubieran combatido como criados complacientes de los inteligentes comunistas y como si los comunistas la hubiesen ganado y no ellos - lo que naturalmente es la verdad. Así que para entonces ya habían agotado el cupo máximo de *indignación*. Polonia y Checoslovaquia son paises insignificantes en comparación con China con sus 500 millones de habitantes. Pero precisamente los chinos no son europeos. Aunque eso nunca se debió tomar en consideración entre nobles y generosos señores que están libres de "prejuicios raciales" - entre gente que cree en el gran número, no en la cualidad - como nuestros perseguidores, los demócratas, creen hacerlo. Y China está muy distante. Pero esto es una disculpa grosera para esa indiferencia. En nuestra época no está ningún país

demasiado lejos. Lo cierto es que la victoria del general Mao-Tse-Tung es un gran acontecimiento, el comienzo de una transformación universal, el levantamiento de una gran parte, cuando no de un Asia totalmente comunista - y eso ya estén sumidas o no en la indignación las democracias miopes.

Pues el comunismo en China significará muy pronto el comunismo en Indochina, en India y tal vez en Japón. Los japoneses, las primera víctimas de la primera bomba atómica de America y desde entonces objeto de interminables humillaciones bajo ocupación americana, abrigan un enorme rencor contra las democracias occidentales.

¿Quién no lo tendría en su lugar? En Malaya, en Indonesia se propaga la irresistible ideología de la hoz y el martillo como un fuego salvaje. Ello significa el final del "peso del hombre blanco" para siempre. Sería hermoso visitar el Oriente y oir de nuevo, para saber que piensa el hombre blanco mientras empaqueta sus cosas antes irse - precisamente este mismo hombre blanco que durante la guerra tenía la costumbre de hablar con un odio ingenuo e incansable tal de las "bestias fascistas" y los "monstruos nazis". Tal vez comience ahora a preguntarse si después de todo no hubiese sido mejor haber dado un respaldo firme y decidido a Hitler. Que satisfactorio sería recordarle su reciente propaganda difamatoria en contra nuestra, mostrarle sin piedad todo eso por lo que aboga ahora y decirle con una sonrisa burlona: *"¡Te está bien merecido!"* No le tengo el menor cariño. Deja que él y sus amigos en Europa y América - esos que vertieron el fuego y fósforo sobre la Alemania nacional-socialista - se desangren y giman durante siglos bajo el látigo de sus antiguos "aliados caballerosos". ¿Pero qué será de nosotros, los leales a Hitler? Oigo en mi corazón la voz de mis camaradas decir: *"¿Quereis también arruinarnos por el placer de deleitaros con la grave situación de nuestros perseguidores? Los comunistas son también nuestros perseguidores"*. Pienso en esas dos verdaderas nacional-socialistas que hallé en la estación cerca de la frontera de la zona rusa.

Si fuese la última partidaria del Führer, entonces, sólo entonces desearía nada más que venganza. Viviría sólo para ver y saborear el día del aniquilamiento de la Europa que odió y traicionó a su Salvador: que torturó y mató a esos que le amaron; que a Él habrían torturado y matado si hubiesen podido echarle la mano encima en 1945. Si fuera la última nacional-socialista, yo misma ayudaría a los comunistas a traer sobre el desgraciado continente todos los sufrimientos que los demócratas nos trajeron y si fuese posible todavía más. Tengo más fantasía que la mayoría de la gente - incluso más que la mayoría de los orientales - y eso me pudiera ser útil. Pero yo no soy la única - bien lejos de esto. *"¡Hay millones como usted en la martirizada Alemania!"* me contó Sven Hedin el 6 de junio de 1948. Fue demasiado cortés para decir: *"¡Hay millones mucho peor que usted!"* Pero sé que eso es así. Los encontré allí en ese país de los sufrimientos y de la gloria - de la muerte y de la resurrección - durante mi estancia de un año. Mejor sería que ver a uno de estos nacional-socialistas en esclavitud permanente, poder perdonar la vida a todo el continente - perdonar la vida a la gente que odio o desprecio para salvar a aquellos que amo y admiro - y renunciar a la venganza a expensas de este sacrificio. A la Orden de Hitler se le puede dar una posibilidad de resurgir nuevamente sobre las ruinas del mundo.

No cabe duda sobre que el comunismo pronto sería el único poder en toda Asia y entre todas las razas no arias en general. Más aún: Millones entre los arios se le han unido ya y millones ulteriores lo harán. Los demócratas tendrán que contar en su lucha venidera contra sus antiguos aliados con el poder de una horrible 5ª columna dentro de su propio pueblo. Añadimos a este hecho el que ellos, puesto que no son "totalitarios", no poseen ninguna de las cualidades de los fuertes que se distinguen entre los comunistas, como también entre nosotros.

Si no adoptamos medidas contra los comunistas y los derrotamos o por lo menos llegamos a un acuerdo con ellos, los comunistas ganarán la batalla y como resultado seguirán siendo los señores del mundo de una vez para siempre.

Pero ¿por qué debieramos colocarnos en contra de ellos, si el resultado sería una victoria democrática? ¿Deberiamos ayudar a estos hipócritas que nos dejan vivir sólo a condición de que nos fortalezcamos en su fe, para poder "convertirnos" algún día? ¿Debieramos ayudar a los que nos siguen persiguiendo hasta el momento - que, como se me dijo, tras cuatro años, en un nuevo "proceso de criminales de guerra" juzgan ahora en Hamburgo a algo más de treinta y cinco mujeres alemanas, que entonces estaban de servicio en Ravensbrück? ¡¡¡¡En las que parece como si proyectasen continuar para siempre su campaña de desnazificación!!!! Con toda certeza no los queremos para combatir.

Que horrosa sería la vida para nosotros en un mundo comunista, sabemos por ejemplo todo de la zona rusa de Alemania. Sin embargo, un permanente mundo democrático en el que, a excepción de nosotros, todos (inclusive los comunistas) gozarían de libertad de opinión, estarían no mejor, sino incluso peor. La verdadera razón tal vez porque los alemanes en la zona occidental están menos próximos a la desesperación que en la zona oriental, no es que la democracia sea mejor que el comunismo o ni siquiera que el oeste les conceda más libertad. No, es que sienten que la democracia es más débil y menos duradera que el comunismo. El infierno es menos espantoso, parece menos espantoso, si se sabe o piensa que pronto tendrá un final. Es la esperanza sobre el hundimiento inevitable de la democracia y sobre nuestra nueva elevación que nuestro espíritu mantiene en pie bajo la triple represión de los franceses, británicos y americanos. En la zona rusa sentimos no sólo el temible poder de la Rusia comunista, sino del Asia comunista, que se impone sobre nosotros. Sentimos la amenaza por las masas de una humanidad inferior, que reunida, crecientemente organizada, mecanizada, preparada de manera sumamente eficaz para el trabajo de la disolución, la cual está fijada en los últimos días del ciclo histórico. Es la amenaza mediante los poderes unidos de la obscuridad, no contra la democracia que de cualquier modo será aplastada facilmente, sino en contra de nuestra supervivencia y contra nuestra

posible dominación en el futuro. Pero esto no es de seguro motivo por el que debiesemos ayudar a nuestros enemigos occidentales, a los plutocratas euro-americanos, a destruir el poder de Rusia, pues ellos, los demócratas, podrían en adelante explotar el mundo para si y para sus auténticos amos, los judíos. ¿Por qué debieramos hacerlo en todo el mundo? Los despreciamos. Los detestamos. Su dominación - la dominación de las comisiones de control en Alemania occidental - aunque menos dura es incluso más humillante que la de los rusos. No les ayudaremos contra los rusos, suponiendo que aún contra los rusos no debiera ser desaconsejable desde nuestro punto de vista. ¿Qué actitud será oportuna si llega el momento? Eso nadie lo sabe - o solamente unos pocos de nosotros podemos decirnoslo justamente ahora. Todo lo que podemos hacer por el momento es permanecer y esperar firmes en nuestra fe nacional-socialista, esperar a la hora de los Dioses.

Nuestra fe es firme. Sabemos que tenemos razón. Sabemos que nuestros sueños están en armonía con los preceptos de la naturaleza, sabemos que en todos nuestros hechos somo "colaboradores del Creador", por citar la frase de un escrito. Sabemos que nada nos estorbará a la larga. Sin embargo sentimos de vez en cuando que el camino es largo y nuestra vida corta. ¿Viviremos suficientemente aquellos de nosotros que ahora hemos pasado los cuarenta, para experimentar "el día de la libertad y de la abundancia", - la elevación del mundo nacional-socialista que nos será legado sobre las ruinas y sobre la miseria tras la lucha contra nuestros enemigos? Eso nadie lo sabe.

Mientras tanto ya no solo amenaza la sombra del peligro comunista en el horizonte. Se aproxima. La absorción de China por las fuerzas comunistas antes de seis meses es el comienzo del fin del capitalismo democrático. ¡Una feliz y buena liberación! ¿Pero de utilidad para quién? En definitiva para el comunismo, al orden nivelador de razas, al dominio de la cantidad en no menor grado que en el del capitalismo democrático mismo. La pregunta decisiva es: ¿A quién pertenecerá el futuro, al sistema del "hombre ordinario" de to-

das las razas o al nuestro, al dominio del judío eterno - al del bastardo "hombre ordinario" que le servirá contento en la ilusión de la libertad - o al de la "humanidad superior"?... *"¡pues para el porvenir de la tierra subsiste la pregunta esencial..., si conservais o extinguis al hombre ario!"* 1).

Jamás han sonado tan ciertas estas palabras de nuestro Führer, como hoy.

1) Adolf Hitler: "Mi Lucha" II, Cap.10.

CAPÍTULO XIV

CONTRA EL TIEMPO

"Creé las cuatro castas mediante el reparto desigual de caracteres y capacidades naturales".

(Bhagavad-Gita IV, Vers.13)

"Cuando la sociedad ha alcanzado una situación en la que los bienes otorgan el rango, en la que el bienestar es la única procedencia de la virtud, la pasión el único ligamento entre el hombre y mujer, falsedad la fuente del éxito en la vida, sexo el único recurso para el gozo, y cuano es confundida la pompa externa con la religión interna..., entonces estamos en el Kali Yuga, la edad oscura".

(Vishnu Purana, resumen de un largo pasaje descriptivo en el libro IV, capítulo 24)

"Naturalmente alguien se puede reir de esta afirmación. Es preciso que nadie se olvide, sin embargo, de que este planeta giro solo hace ya millones de años por el eter sin estar habitado, y puede girar asi de nuevo algun dia si los hombres olvidan que deben su existencia superior, no a las ideas de ciertas ideologias locas, sino al conocimiento y a la aplicacion despiadada de inmutables leyes de la naturaleza"

Adolf Hitler
(Mi Lucha I, capitulo 11)

Cuando el objetivo principal de la propaganda es ganar el mayor número posible de hombres, sin miramiento de raza, salud, carácter, capacidades intelectuales, sin consideración a los valores corporales y espirituales, entonces el comunismo tiene sin duda alguna importantes ventajas frente al Nacional-socialismo y perspectivas mucho mayores de éxito inmediato. Su resultado es el por todos nosotros conocido "hombre-masa" - la humanidad actual en su estado deplorable, cuando no francamente desesperado.

Por de pronto él se atiene a las exigencias más elementales del hombre: al deseo, bueno o sea, a la comodidad y el bienestar para vivir. *"¡Trabajadores del mundo, uníos!"* dicen los comunistas. Unirse, ¿para qué? Para arrebatar el poder de las manos a esos que ahora os utilizan y para mejorar vuestra suerte: cada día comer hasta el har-

tazgo, vivir en condiciones sanas, recibir un número mayor de los bienes que hasta ahora sólo habeis alcanzado ¿entonces qué? Entonces quereis "vivir" - comer, beber y organizar vuestra propia satisfacción y alegría infantil. Alegría individual - suponiendo que no sea una traba legal al toparse con los placeres que también quiere el vecino más próximo - es la meta más alta, el fin más grande de la vida con esta filosofía en la que todo gira alrededor del hombre como una unidad económica. Lo único que cuenta a los ojos de los comunistas no es el país, ni la raza sino la "humanidad" - la suma total de todos los individuos humanos que precisamente porque son humanos, es decir, sólo porque tienen dos piernas y sin rabo, tienen "derechos iguales" e iguales deberes. Tienen el derecho de "comer", el deber de "trabajar", para ganar el gozo. El problema económico, cuya solución después de todo depende de la posibilidad del placer para todos los individuos en el mundo entero, no es el principal sino el único problema, ya que la buena vida (material o de cualquier manera siempre sólo condicionada por circunstancias materiales) constituye un fin en si misma. Es así por lo que el hombre a la luz de la Weltanschauung comunista no es ninguna otra cosa que un animal privilegiado - defensores de una teoría así sobre el progreso biológico dicen: el hombre es el descendiente remoto del mono (yo diría - si pudiese considerar a toda la humanidad como una masa de individuos recambiables tal como hacen los comunistas - como los descendientes degenerados de los Dioses en un proceso más o menos rápido para llegar a ser monos).

A simple vista parece curioso que los defensores de una filosofía así, pongan tanto énfasis como los cristianos en el abismo insuperable entre el hombre - el único ser frente al cual presuntamente tenemos deberes - y el animal. Los comunistas atribuyen esto naturalmente no al "alma" inmortal sino más bien a la capacidad de habla y a la inteligencia del hombre. El teatro que hacen referente a esta "valiosa" inteligencia, por la que tantos comunistas de razas innobles se sienten ensalzados y de la mayor parte parece estar tan ausente, es efectivamente increible.

Pero cuanto más se reflexiona sobre ello tanto menos raro nos resulta el fenómeno. El cristianismo, y el idealismo francamente humanitario - una reacción a medio camino contra el cristianismo, dicho de otro modo, de nuevo la forma decadente del cristianismo - muestran la base filosófica de ambos: de la democracia moderna y el comunismo, y son esencialmente sentidos por la fe que tienen por el ser humano como punto central, ello vale también para el Islam. Evidentemente vale lo mismo para todas las tendencias de la fe que directa o indirectamente descienden del judaísmo o de inspiración judía - y tal vez también para todos los credos de procedencia no aria que tienen al *individuo* como centro, aun cuando en realidad no tengan conexión con el judaísmo (son "man-centred", mientras que todas las confesiones de fe arias son con toda probabilidad "life-centred"). Sería más difícil mantener con certeza que todas las confesiones de fe que tienen a toda vida como foco central (por tanto son "life-centred") ya de época antigua o moderna, son de origen ario o cuando menos de influjo ario demostrable. Si se pudiese probar que ello es el caso, se podría inferir la más elocuente de todas las deducciones finales: la superioridad innata de las razas arias, que es la base de la doctrina nacional--socialista y que fuera de nuestros círculos es discutida y criticada con tanta acritud. Aunque de todos modos, muchas de las religiones y filosofías históricas "referidas a la vida", no son ciertamente de origen ario 1).

El origen judío del comunismo - marxismo - no es para nadie un secreto. Por esto motivo es ya de esperar que esta filosofía *deba* ser "antropocéntica" (man-centred). El hecho de que esto sea así quizás más que en cualquier otra filosofía - en especial entre las religiones "del más allá", que tanto recalcan la dignidad del "alma" humana - hace al comunismo tanto más repugnante a los ojos del verdadero artista, pero a las bestias humanas, es decir, a la mayoría de la humanidad, tan atrayente.

1) El señor Wallis Budge mantiene con fuerza la opinión de que es el caso de la religión solar. Es difícil probar hasta donde debe se existencia a influencias mitánicas. Pero es cierto que el rey Ekhnaton, su fundador, en todo caso más que cualquier otro faraón era de sangre aria en una gran medida. Véase: "Tutankhamon, amonismo, atonismo y monoteismo egipcio" de Budge.

La bestia humana - el ser humano de nuestro tiempo en proceso de convertirse en un animal - está sólo contento si se le cuenta que su inclinación hacia la animalidad es natural y loable y que su superioridad sobre otros animales sólo se encuentra en el hecho que por su razón puede saborear mejor los bienes del mundo que ellos, y en especial que puede aprovechar mejor que ningún otro animal su botin. El hombre medio de las razas superiores cree que es generoso y noble por su parte, ser comunista. Naturalmente pudiera creer que es su deber ser amable frente a *toda* vida, pero su educación cristiana durante siglos influye su subsconciencia de tal suerte que le sugiere tener que dedicarse ciertamente "primero" a toda la humanidad. El individuo de las razas innobles es afortunado si se le ofrece una filosofía antropocéntrica igualadora que le ofrece la ilusión de que *nada* esté sobre él, en tanto que toda la restante naturaleza viviente sea sumisa a él, esté bajo su poder y padezca por sus exigencias y su placer. Al mismo tiempo las filosofías "antropocénticas" siempre tuvieron en este mundo más éxito que las "referidas a la vida". Razas inferiores a las que se enseñó a creer en religiones "referidas a la vida" normalmente nunca consiguen comprender y cumplir su ética elevada. El trato a los animales - incluso a la vaca sagrada - por las castas inferiores de la India es un ejemplo típico de este hecho. Hasta en las razas superiores desgraciadamente han cedido a menudo las religiones "de la vida" en favor de las "antropocéntricas", como lo pone bien de manifiesto sólo la conversión de masas al cristianismo de todo el norte de Europa.

La llamada del comunismo es hoy en muchos conceptos parecida a la del cristianismo hace 1.500 años. Su dominación afortunadamente no durará tanto tiempo, pués ahora estamos más cerca del final del ciclo presente, y ambos: acontecimientos y corrientes de pensamientos se siguen rapidamente unos a otros. Aparte de eso es la forma de la religión eterna de la vida jerárquica, de la vida en jerarquía, la que se impondrá al final y se alzará con la victoria, ya existente sobre todo en el Nacional-socialismo. Con todo, está fijado fatalmente que el comunismo en este corto periodo

de examen y preparación en el que vivimos ahora, *debe* alcanzar un éxito justo en una medida considerable.

Otro punto en favor del éxito comunista inmediato es que el comunismo no se dirige a la "élite", sino a *todos* los hombres de cualquier raza, civilización, tradición y en especial a los hombres que tienen motivo para sentirse explotados y pisoteados, o sea, a la gran mayoría de los humanos. Sigamos el ejemplo del cristianismo y del Islam - de las dos religiones internacionales más grandes de la *igualdad* que tienen su origen en el judaísmo - y de la fe democrática, todas las cuales fueron populares en la revolución francesa, en la "liberación de todos los pueblos", así también hace constar el comunismo que entre los seres humanos no existen diferencias naturales invariables, sino sólo artificiales dadas por el ambiente y la educación, al fin y al cabo condicionadas por factores económicos. Dicho de otro modo, nuestros enemigos más extremos creen que un joven negro, un joven chino, un joven esquimal y un joven judío, que creciesen juntos desde la más temprana infancia en Inglaterra o Alemania y en las mismas escuelas y universidades inglesas o alemanas, por tanto fuesen educados bajo las mismas condiciones, tendrían practicamente las mismas reacciones que un inglés o un alemán con la misma educación recibida.

La aparente adaptabilidad ilimitada de un gran número de razas a la corrientemente denominada como vida "moderna" - es decir, a la vida ordenada, que evolucionó mediante el genio científico de los arios europeos, despierta la creencia absoluta en miles de hombres de que se trata de una adaptabilidad efectiva. Pero nadie parece fijarse que superficial, que totalmente superficial es la adaptación; ya porque la gente ha perdido el talento para discernir entre lo esencial y lo secundario, o en realidad porque sólo la apariencia - lo secundario - tiene alguna importancia a sus ojos; porque mira *eso*

como esencial mientras inverte espontaneamente en su conciencia el orden natural de los valores - otro signo de la decadencia universal de nuestro tiempo.

El hombre "más acomodaticio" - por fuera - es naturalmente el judío, ya en el oeste o en el este, ya en la India o en Islandia. Donde aparezca siempre se le tributa la misma alabanza por esta marcada versatilidad de parte de la población, en cuyo centro se establece y progresa. "Él es como uno de nosotros", que importa que él en Islandia coma comida islandesa y muestre alegría por el deporte de invierno y la muchacha islandesa mientras llegue a ser en la India el compañero del tipo indio más malo, del representante sin casta de educación occidental poco crítica, y asegure hallarse a gusto con todo lo indio, desde la filosofía sánscrita (de todos los hombres es el menos capaz de comprender su espíritu por muy dócil que sea), hasta la salsa Curry, los dulces indios y la vida gregaria. Además está notablemente dotado para las lenguas. El resultado es por doquier la ilusión de que allí donde el judío desea vivir puede llegar a ser un nacional, y tiene lugar un grito de terror si algunos pocos arios racialmente conscientes, inteligentes y orgullosos, mantienen lo contrario. El mito internacional y la leyenda del "pobre" judío corren parejas con la del "ser humano" como una especie del mismo valor espiritual, en la que cada unidad porta en sí las mismas posibilidades que las demás, ya se trate de judío o pagano, negro, chino, maltés o escocés, o de alemán de pura sangre o sueco. El comunismo construye sobre esta mentira y así progresa. Algo parecido no hubiese podido tener éxito alguno millones de años antes. Cada raza tenía entonces su orgullo, era plenamente consciente de su posición singular, de sus insustituibles cualidades de carácter en el vasto plan de la creación. Ahora bien, ha sucedido estos dos mil años de cristianismo - de otro producto judío - que con seguridad han despojado a la mayor parte de la humanidad de su sentido a favor de la dignidad racial, en nombre de un ideal a un mundo del más allá; y ahora han llenado a esos bobos estos años de educación democrática con la malsana admiración por el "intelecto" y con un no menos deseo perjudicial por el "individualismo".

El mundo está maduro para el próximo paso: la nivelación universal de la humanidad mediante la mezcla de sangre en la mayor medida posible, en nombre de una filosofía que no maltrata más al cuerpo (como sucediera en el cristianismo primitivo), sino que le desprecia; que le contempla como mera unidad económica - como un productor y consumidor de alimentos - y como un instrumento personal
El mundo está maduro para el próximo paso: la nivelación universal de la humanidad mediante la mezcla de sangre en la mayor medida posible, en nombre de una filosofía que no maltrata más al cuerpo (como sucediera en el cristianismo primitivo), sino que le desprecia; que le contempla como mera unidad económica - como un productor y consumidor de alimentos - y como un instrumento personalde placer; por esto su valor fue degradado de alguna manera por debajo del cuerpo del animal. Pues los comunistas, que sostienen que *todos* los seres humanos tienen las mismas posibilidades y los mismos derechos y niegan la jerarquía natural de las razas bajo la esencia humana, por otra parte añadirán sin reflexión que , por ejemplo, un gatito persa bien criado o un perrito con pedigree presenta una mayor belleza - tienen mayor valor hereditario - que los animales corrientes, los cuales muestran una nobleza natural de gatos o perros.

Pero la nobleza natural humana integra sólo a una pequeña minoría, a la que vosotros perteneceis, y los que son conscientes de su ser como representantes de una raza superior, están presentes en un número todavía menor. La gran mayoría de hombres y mujeres - especialmente aquellos de las razas inferiores - aprecian una filosofía que niega la nobleza racial y miran al individuo extraordinario (cuya existencia no puede ser negada) como el producto de factores meramente económicos, acoplado con una combinación de circunstancias externas favorables. Aman este parecer porque se sienten halagados gracias a él; porque todo pequeño gusano humano tiene derecho a este parecer de equipararse a sí mismo con cualquier otro hombre y decirse a sí mismo: "Si mis circunstancias en la vida hubiesen sido solo un poco de otro modo, ¿quien sabe qué

clase de persona importante hubiera podido ser? ". El "yo" insignificante de millones de tales "ceros" parece tanto menos insignificante a los ojos de cada uno de ellos. ¡Una teoría magnífica! No sólo la salvación económica de toda la humanidad, sino la salvación moral de los sin valor en su propia tasación; una ilusión de grandeza que agrada a ambas: a la barriga y a la vanidad de las masas de Untermenschen 1) - la Weltanschauung precisa para las razas innobles. Ya que no es ningún portento que las razas inferiores corran a ella como las moscas a la miel, y con ellas desgraciadamente también un gran número de las razas superiores, que como "filántropos" bondadosos son víctimas de una sagaz propaganda. Estas no contribuirían tan de prisa si pudieran comprender la terrible verdad que se encuentra en el reverso del llamamiento retumbante "a todos los hombres", en el reverso de ese parloteo sobre la libertad, sobre el libre desarrollo personal, sobre el bienestar material, sobre educación y alegría de vivir. Esta verdad terrible de la que los trabajadores de la zona rusa de Alemania - muchos de ellos denominaron primero a los rusos en su celo comunista como bienvenidos "libertadores" - os pueden contar que es exactamente: la peor esclavitud, trabajos forzados sin sentir la satisfacción libertadora de haber sido util por algo o por alguien, que uno es querido; trabajo para una autoridad lejana, abstracta, siempre codiciosa y desconocida; libertad forzada con diversiones estandarizadas, "cultura" normalizada obligatoria; la disminución del modo de vivir no por los capitalistas y los denominados "burgueses", sino por esos mismos trabajadores que una vez habían experimentado una civilización ciertamente material: la formación de una igualdad artificial y despreciable entre ellos y aquellos hombres a los que desde siempre han faltado los más insignificantes elementos de una comodidad moderna; por otro lado el final de toda originalidad, de cualquier concepto creador.

1) subhombres

Los trabajadores y trabajadoras de la zona rusa os pueden contar como los invasores rusos estaban aturdidos a la vista del "lujo" que disfrutaba hasta el más sencillo mecánico en la Alemania nacional-socialista. Siempre se les había contado que fuera de la URSS sólo se ofrecería miseria, hambre, represión a los proletarios, etcétera. Cuando la Alemania nacional-socialista les dió una prueba evidente de ello, incluso después de su derrumbamiento material de que no estaba en ruina, apenas pudieron dar crédito a sus ojos. Con ingenuidad infantil contemplaban a todos los alemanes como "capitalistas". El trabajador alemán sin embargo miraba a los rusos como salvajes y su sistema como algo abominable que no hubiesen podido imaginar ni de cerca en la pesadilla más espantosa.

Pero los trabajadores alemanes - y los ingleses, escandinavos, holandeses y franceses - son numéricamente una minoría insignificante en el ancho mundo. Para los comunistas vale el número para alzarse con la victoria. Las minorías, aun cuando debieran tratarse de minorías de los adversarios, no cuentan a sus ojos. El gran número - así esperan nuestros enemigos - disputará pronto (a las minorías) su importancia, cuando no su existencia. Los trabajadores alemanes pueden criticar o mejor (porque la crítica está prohibida en la zona rusa) estar indignados en el fondo de su corazón y maldecir al comunismo. Pero el culi chino, el miserable barrendero indio, el hombre que cava en la mina de Giriya tras el carbón, la mujer que en las calles de Calcuta recoge estiercol de vaca y lo vende en cesto como combustible por unos pocos "annas"; el trabajador que se mata trabajando en las plantaciones de té de Assam, en la plantación de caucho de Malaya e Indochina, en las plantaciones de azucar de Java; el estibador y el conductor de rikschas de Singapur, Saigon y de los puertos del mar Amarillo, todos califican - o darán pronto la bienvenida al mensaje del comunismo y su puesta en práctica como algo maravilloso. ¿Quién pudiera reprenderlos por esto? ¿Quién salvo una persona extremadamente inteligente y asombrosamente bien instruida no lo haría en su lugar?

Particularmente no se debe olvidar que ellos también pueden parecer miserables y carecer de valor, son los "trabajadores del mundo", a los que está dirigido el conocido llamamiento a la unidad; son la humanidad preparada por el comunismo para una vida mejor. Nuestra Weltanschauung de la élite natural, nuestro mensaje de orgullo y poder, nuestro sueño es por una humanidad semejante a los Dioses, y a la que sin embargo nunca se le podrá ajustar el manifiesto comunista. Lo primero, la "conditio sine qua non" (supuesto indispensable) para ser un nacional-socialista, es ser un ario sano e inteligente y ser también plenamente consciente de ello, ser una especie valiosa de una humanidad superior. La única condición que se debe cumplir para ser comunista es ser una criatura humana - un mamífero que ande sobre dos piernas, sin rabo, que sea capaz de hablar y en cierto modo parezca un ser razonable, y si lo es realmente, no estará representando papel alguno.

Ahora bien, los mamíferos bípedos que además nada tienen que ofrecer son más numericamente en la proporción 100 a 1 aproximadamente a los arios de sangre pura, que son fisica y espiritualmente tan valiosos que se les puede señalar como élite humana. Y hasta entre los arios puros, aquellos que susceptibles a la propaganda humanitaria, fueron desencaminados - porque durante siglos el cristianismo y la subsiguiente educación democrática mató en ellos todo sentido de orgullo racial - son muy superiores numericamente a los que guardan en sí la capacidad de pensar y sentirse como arios. ¿Es de extrañar que no obtengamos buenos resultados para conseguir un puesto constante y duradero en la denominada "opinión mundial", sin tener en cuenta el efecto horrible de las calumnias que en contra nuestra divulga la propaganda judía en cualquier forma posible? ¿Es de extrañar que los rusos ganaran la guerra por medio del comunismo y ahora se instalen en el poder a costa de los locos idiotas, de los arios degenerados del oeste, que ya son criados dóciles de los judíos?

Esto no es sólo de extrañar sino que se encuentra dentro del orden natural de las cosas, como he destacado en otro libro (*"The Lightning and the Sun", 1948*).

No se puede comprender el significado de los acontecimientos presentes, especialmente la derrota actual y la inmediata persecución del Nacional-socialismo, si no se tiene presente continuamente el hecho de que hemos vivido en los últimos seis mil años en el último de los cuatro grandes períodos, en los que todos los hombres sabios de la antigüedad dividían cualquier ciclo histórico completo; es decir, toda creación absoluta, o mejor, toda manifestación del tiempo (ciclo) comprende: 1. su comienzo, 2. el ascenso hasta, 3. la cumbre de la perfección y entonces, 4. el descenso hasta la descomposición final. No se puede entender los sucesos de la época actual, si no se comprende que ahora hemos alcanzado la última parte del último, más breve e impetuoso periodo en la evolución natural de nuestro ciclo - esto es denominado en las escrituras sáncritas "Kali-Yuga", la Edad Oscura - y que no hay esperanza para esta humanidad, que como demasiado bien sabemos, ha de encontrar su ocaso en una catástrofe final. Entre tanto la humanidad como conjunto debe forzosamente aproximarse cada vez más a lo simiesco y seguir las últimas brillantes ideas de las fuerzas de la muerte con creciente celo. El comunismo es el típico movimiento radical y absoluto que atrae a la humanidad hacia la desintegración, la filosofía de la muerte más lógica y extrema. También la democracia y ese cristianismo ya vetusto - otra vez expresé que la democracia es la forma decadente del cristianismo - son productos de las fuerzas de la muerte; pero no tan completamente cínicos y magistrales como el del comunismo. En la fase incial del cristianismo y de la democracia no estaba todavía tan avanzado el "Kali-Yuga". Todavía quedaba bastante sítio para la inconsecuencia salvadora: en la iglesia cristiana medieval había todavía derecho al orgullo racial (aunque en realidad contravenía a lo esencial de la fe), y en la moderna civilización democrática se tenía todavía la posibilidad, en todo caso hasta 1939, de expresar su pertenencia a una filosofía de los valores de la naturaleza - a la filoso-

fía de la cruz gamada - sin correr peligro, por ese motivo, de ser encarcelado. ¡¡¡Todavía esta posibilidad existe en 1948!!! "en menor grado" fuera de la desgraciada y ocupada Alemania del este. Si bien es practicamente imposible editar libros o pronunciar arengas públicas en favor de la ideología nacional--socialista, pero si se puede en privado aun cuando todos los vecinos lo sepan incluso los que no están de acuerdo, tener su propia actitud hacia el Nacional-socialismo - la última sombra de la libertad.

Bajo el gobierno comunista también desaparecería esta sombra. Ya ha desaparecido por todas partes donde la lógica "Weltanschauung de la disolución" dirige una poderosa máquinaria de dominación. Se encuentra dentro de la lógica despiadada de los procesos históricos. No puede ser de otra manera. Es natural e inevitable que una humanidad degenerada tal como hoy la vivimos prefiera el yugo del comunismo a nuestro llamamiento hacia la auténtica libertad. Haga lo que haga: la humanidad actual es incapaz de apreciar lo que comprendemos por "libertad" - al igual que los monos no pueden apreciar la calidad de socio de una sociedad ilustre - suponiendo que tuviesen el honor de haberles ofrecido serlo.

Los comunistas vencerán, *deben* vencer - provisionalmente - o por la fuerza de las armas o mediante el impacto de su propaganda. No supone una diferencia alguna. También eso es natural - inevitable.

Pero no debiera afligirnos. Ellos - los defensores de esa filosofía, en consonancia con los tiempos que corren - ganarán y desaparecerán, se extinguirán con el tiempo. Nosotros, los que seguimos al que en mis otros escritos nombré "el hombre contra el tiempo", el paladín de la "filosofía de la Edad Dorada" - nos levantaremos sobre sus ruinas y de nuevo dominaremos sobre el mundo, no sobre un mundo de monos, sino sobre un mundo de hombres divinos renacidos, de arios en el sentido íntegro de la palabra.

Aunque el comunismo tenga muchas ventajas respecto al Nacional--socialismo en éxito inmediato, ajuste su propaganda a las necesidades y sensaciones más elementales del hombre, admita a *todo* hombre como afiliado, use el engaño como el arma más fuerte y ofrezca a los hombres la ilusión de la libertad, estando incluso aún más esclavizados de lo que jamás estuvieron en el antiguo absolutismo, sin embargo está sentenciado, condenado. De todos los modernos '...ismos' sólo la enseñanza maravillosa de nuestro Hitler - la filosofía de la Swástika - está fundada para la eternidad. Sólo ella puede soportar la prueba de la persecución, y lo que es más, la prueba del tiempo.

Es, lo reitero, una filosofía de la Edad Dorada en medio de una edad de la oscuridad: la filosofía de aquellos que se encuentran heroicamente contra la corriente descendente de la historia - contra el tiempo -, que saben que la historia se mueve en círculos y algún día se realizará su sueño grandioso; es la filosofía de esos pocos que en vez de permitirse ser arrastrados hacia abajo por la corriente descendente general y olvidar la esperanza del eterno retorno, tiran hacia adelante para guiar una lucha *imposible* y cuando sea necesario, morir, pero sentir que cuando ascienda la nueva aurora, ellos la han creado de alguna manera mediante la eficacia mágica de su actuar por la belleza de toda acción; y que si la "aurora" no resplandeció durante su vida, sin embargo pugnaron contra el flujo creciente del adocenamiento y la vileza, por la mera alegría de ser consecuentes con una ley interior de naturaleza heroica.

Los signos característicos de nuestra fe son hoy los más desfavorablemente vistos desde el criterio del éxito mundano y no obstante son *ellos* precisamente los que justifican su derecho para ser la última expresión de la verdad sempiterna, y así al fin asegurar su triunfo y dominio. El primero es su exclusividad aria, su llamada a los mejores, sólo a la élite de la humanidad - de la que forman parte todos sus partidarios por derecho de nacimiento - y su llamada a los sentimientos más nobles y heroicos, a los más altruistas, en cualquiera de sus partidarios hacia ese principio de la jerarquía natural; en

ese principio se encuentra fundamentada la diferenciación de los privilegios naturales. Es el principio de la raza y de la personalidad.

Sería absurdo sin duda mantener que el Nacional-socialismo tampoco agrada el deseo justificado del hombre por obtener condiciones materiales de vida agradables y sanas. Lo hace. Lo hizo siempre desde el comienzo. La solución inmediata de Hitler del alarmante problema del paro, que amenazaba toda la economía de Alemania en los años diez, veinte y en los primeros años treinta, llevó tal vez más que cualquier otro aspecto, al éxito del movimiento. La prosperidad material de Alemania bajo el poder nacional-socialista y las leyes sociales señaladas que en aquella época fueron promulgadas y puestas en práctica (por ejemplo las leyes de la asistencia social y educación infantiles), se recuerdan hasta el día de hoy como una señal del paraiso perdido. "En los días de Hitler vivíamos bien", "en tiempos de Hitler podíamos tener tantos niños como quisieramos: el estado nos ayudaba a educarlos o los educaba para nosotros, ¡y lo hacía bien!" "Nunca fuimos tan felices como con Hitler". "En los días de Hitler el alimento era barato y las leyes fueron sabia y correctamente aplicadas". Tales expresiones se oyen hoy por todas partes, en cualquier zona, tan pronto como se goza de la confianza de la gente. Por desgracia debo reconocer que conforme a todo lo que deduje de estas conversaciones, hay un gran número de alemanes para los que el anhelo hacia el régimen nacional-socialista no parece ser ninguna otra cosa que un deseo tras una época de felicidad material: por una alimentación barata y buena, ropa fina, tras cierto bienestar y alegría. Pero gente semejante no es - y nunca fue - nacional-socialista. Son y ya fueron en los días en que aclamaban a Hitler en las calles, ninguna otra cosa que elementos de esa enorme humanidad bestial compuesta de criaturas humanas que sólo pueden vivir y "viven sólo de pan" y que no tienen solidaridad auténtica con cualquier persona o con lo que sea, más que con su panza. No se debiera descuidarlos o despreciarlos. Muchos de ellos fueron útiles y muchos otros más lo serán de nuevo, cuando vuelvan tiempos mejores. Solo por el hecho de que puedan criar niños sanos de sangre pura, que puedan comba-

tir algún día por ideales elevados, por el hecho de que ellos mismos podrán luchar por esa humanidad mejor, de la que constituyen parte físicamente, son puntos importantes a su favor. ¡Pero no se les nombre nacional-socialistas!. No lo son. La ideología nacional-socialista encuentra un mejor eco en el Hombre, cuando tales hombres pueden comprenderla en su acondicionamiento espiritual e intuitivo. Se dirige a los rasgos característicos más nobles: al desinterés absoluto; a la abnegación de la pequeña personalidad a cambio de formar parte en la grandeza infinita, al valor, valentía, al amor incondicional de la verdad por la verdad, al amor hacia una elevada confraternidad de la sangre aria en la consecución de una humanidad mejor - gracias a su valor innato de extensa belleza y posibilidad infinitas. Se dirige a la inteligencia, a la auténtica inteligencia, no a los "mamarrachos" del libro de información - a la capacidad para pensar por sí solos y sacar conclusiones propias de las experiencias de la vida, a la capacidad de explicar el significado del mundo por el desarrollo de la historia universal y descubrir en la tragedia de todas las épocas pasadas las fundamentales verdades permanentes que Adolf Hitler anunció en nuestro tiempo. Responde a nuestro sentido de lo bello, a nuestro deseo de gracia perfecta y de esa verdad universal, que se encuentran por igual en todo nivel y en toda vida.

En otras palabras, mientras que todo alemán podía ser miembro del NSDAP, y cualquier ario puede estar orgulloso de la "Weltanschauung" nacional-socialista como la fe natural en su raza, sin embargo sólo los seres superiores de sangre aria pueden ser - hombres y mujeres sin mácula - nacional-socialistas perfectamente válidos. Estupidez, superficialidad, vileza, pusilanimidad, debilidad de todo tipo, son incompatibles con nuestra fe gloriosa.

Se me dijo una vez que no habría más de dos o tres millones de nacional-socialistas absolutamente fieles. Puede ser que no haya más de diez mil en el resto de Europa y no más de doscientos entre los arios no alemanes en el resto del globo. Pero este hecho, si así fuese, no nos induciría jamás a bajar la norma moral y física según

la cual una persona debe vivir para tener el derecho a denominarse nacional-socialista. Pues en esta época de la sobrevaloración de la cantidad somos los únicos que ante todo activamos consecuentemente el ideal de la cualidad de la "Edad Dorada". Renunciar a este ideal o incluso armonizarlo con una concepción de la vida contraria, significaría tanto como renegar a nosotros mismos e incluso a la misión de nuestro Führer semejante a los Dioses.

Valor individual - personalidad - hay raras veces suficiente. Pero muchos hombres que no la tienen, se alimentan en la fe de detentarla; y al contrario y por esa razón, no sería impopular el que sólo se den importancia a la personalidad. Pero nuestra fe también pone el acento en la sangre. Ella es, como dije al comienzo del libro, la fe eterna en la vida y en la luz en nuestro mundo moderno de las conquistas técnicas vista desde el criterio de la raza aria, de la que los pueblos nórdicos o germánicos son hoy los representantes más puros. Es en lo esencial una filosofía nórdica; no se puede hacer caso omiso de este hecho. Y es este hecho más que cualquier otro el que nos ha hecho mal vistos; no sólo entre un gran número de orientales no arios, sino también entre muchos europeos, que aunque entre ellos no se encuentra mezcla racial alguna con sangre judía, son evidentemente cualquier otra cosa antes que un representante puro de la raza nórdica. Por regla general la gente toma mal,si se les dice o hay que comprender que son inferiores por naturaleza a otros extranjeros privilegiados. Con una filosofía como la nuestra, aquellos están forzados a preferir, por decirlo así, el comunismo y su llamamiento a todos los hombres de todas las razas sin distinción. Cada ser vanidoso no se siente en manera alguna de la humanidad inferior, siente que él o ella *"puede alcanzar algo"* en el comunismo con tal Weltanschauung favorable, mientras que él en un mundo dominado por nosotros siempre permanecería fuera de la minoría privilegiada, *"en su sitio"* (diríamos nosotros). Pero una de las señales características de la edad oscura - nuestra época de decadencia - es que ambos: los individuos sin valor y las razas inferiores, siempre están menos dispuestos a permanecer *"en su lugar"* y siempre más enfada-

dos pensarán que están colocados en su sitio por obligación. Por consiguiente son los niños de todos los sub-hombres del mundo, desde los aborígenes del Africa central hasta aquellos de las colinas de Assam, que a través de los misioneros cristianos aprendieron la doctrina de la "dignidad igualitaria" de toda alma humana, el alfabeto latino y el descontento, los primeros que saltan a la primera ocasión que les ofrecen los comunistas. El comunismo se les manifestará pronto como cristianismo aplicado. ¿Quién debiera reprenderlos por esto? Tienen derecho. El cristianismo hasta los límites lógicos, meditado bajo las condiciones materiales modernas no puede conducir a ninguna otra cosa que al comunismo. La doctrina judía de Marx es en nuestra fase del proceso histórico la continuación de la doctrina de Jesus, del hijo de David, del rey de los judíos. Ciertamente, el reino de Jesus no era *"de este mundo"*, mientras se halle, al menos teoricamente, el paraiso comunista en este mundo. Pero también esto es natural; porque como ya dije, el actual proceso histórico desciende.

En verdad es la vanidad el defecto favorito de casi todos los hombres y mujeres, mientras la capacidad para mirar objetivamente cara a cara a los hechos y abogar por la verdad, incluso contra los propios intereses, es el privilegio de una minoría infinitamente pequeña. En verdad el Nacional-socialismo dirije su mensaje a todos los hombres - se dirigiría incluso a todos los seres pensantes fuera de la humanidad, si hubiese tales sobre nuestro planeta - pues es la verdad. La verdad es independiente de las cualidades de cada uno, del que quiere asimilarla. A la vanidad personal o colectiva del hombre le estorba la justa apreciación de la verdad. Sus celos, ese odio a los mejores tiene su origen en la vanidad herida.

He dicho, sólo un ser elevado de sangre aria, en todos los conceptos, puede ser un auténtico nacional-socialista. Sólo hombres de sangre aria pueden mirar al Nacional-socialismo como algo que les es inherente por derecho de nacimiento. Pero todos los hombres y mujeres pensantes pueden reconocer la rectitud de nuestros principios, la eternidad de ese orden natural con cuya armonía nuestro Führer ha planeado la organización político-social. Incluso un no ario puede reconocerlo, y algunos hacerlo, pero muy pocos unicamente. Pero estos deben ser no sólo muy nobles, sino extraordinarios seres de su raza. Debieran ser personas en todo caso que se hubieran criado dentro de los márgenes de una verdadera tradición, y esa tradición debiera ser completamente distinta que la que se ha generalizado en Europa a través de la civilización cristiana. La tradición de esos hombres debiera justamente basarse en nuestros principios seculares de la ordenada jerarquía divina de las razas.

Un nacional-socialista recto, que ni es un alemán ni un europeo del norte - decimos un ario puro de la costa mediterranea que reconoce gustoso que un tipo puramente nórdico es un representante más noble de los arios que él mismo y tres cuartas partes de sus conciudadanos, es bastante raro. Porque una actitud así requiera más visión de la verdad que la que puedan reunir la mayoría de los hombres. Pero un no ario que es muy capaz de hacerlo, de reconocer las verdades biológicas de "Mi Lucha", aun cuando sabe justamente que él mismo nunca podrá ocupar dentro de la élite natural de la humanidad, ni siquiera un lugar secundario debiera ser aún más extraordinario para cualquier probabilidad. Sin embargo se puede encontrar a tales hombres. He recordado al comienso de este libro la historia de ese joven siervo indio de la casta Maheshya del oeste de Bengala que me dijo en el 2º año de la última guerra: *"Memsaheb, yo también admiro a vuestro Führer no sólo porque es victorioso, sino porque lucha para reemplazar la Biblia por el Bhagavad-Gita en los paises occidentales"*; lo que era natural y asombrosamente cierto y significa tanto como que Hitler quería sustituir el espíritu de la tradición judeo-cristiana por esa antiquísima sabiduría aria que tiene su raiz

en la idea de la jerarquía racial.

"Pero", dije al joven, *"tu no eres ario, sólo cuentan los brahmanes y kshatriyas entre los hindus. ¿Qué significa eso para ti?"*.

El joven aldeano inculto de Bengala me respondió: *"Puede ser que yo no sea ario, pero conozco mi lugar. Todas las almas renacen en los cuerpos que merecen. Ello nada cambia el hecho que tienen razón las sagradas escrituras y que los hombres están divididos en castas diferentes - razas diferentes -, de las que el primer deber de cada una es conservar pura su sangre. Si cumplo fielmente mi deber en esta vida, así pudiera ser que algún día renazca en las castas superiores, suponiendo que valga para ser un ario"*.

Más de siete años después encontré en un restaurante de lujo en Estocolmo una mujer puramente nórdica - aparentemente el tipo más noble de una aria - que cuando vió brillar la rueda solar - el símbolo sagrado del Nacional-socialismo - a ambos lados de mi cara me preguntó: *"¿Por qué lleva eso - el símbolo del maligno? Sus pendientes son horribles"*. En ese mismo instante me acordé de la cara tostada del joven del trópico y sus palabras - del credo de muchos millones de primitivos que viven desde hace miles de años bajo un sistema social que precisamente está edificado en el mismo principio que el Nacional-socialismo. *"No soy ario pero conozco mi lugar; y conozco la verdad; y admiro a vuestro Führer"*. Tal vez nunca he odiado tan amargamente esa religión de la igualdad, que nacida en el judaísmo y predicada en primer lugar por los judíos desde hace tantas generaciones ha acallado el viejo orgullo de la humanidad nórdica. Nunca tal vez he sentido tan claramente que clase de vergüenza es para un ario - y especialmente para uno de origen puramente germánico - renegar de su propia superioridad divinamente querida y renunciar a su privilegio, mientras que son dichosos millones de no arios en la India de las castas abundantes bajo influjo de la creencia de: poder ser salvados por el cristianismo y la educación democrática, y aún creer en la jerarquía natural de las razas y mirar a los arios como a los amos de la creación.

Un mundo ordenado racialmente en el que cada uno conociera "su sitio", y como el muchacho indio, mirase con respeto al hombre que de nuevo se encuentra en pie sólo contra el rio de la disolución por los principios permanentes, no es imposible. En efecto debe venir un mundo así tras el *"periodo final del caos"*, que algún día dará fin a este ciclo. Es justamente la cuestión del comunismo la que causará ese periodo del caos.

En un mundo así, ario o no, cada nación se organizaría en torno a un estado nacional. Cada raza tendría su orgullo y su conciencia del deber y evitaría toda mezcla como el origen principal de todo mal físico y moral. Las más nobles razas no arias serían las aliadas de los arios, y contemplarían a la creación en obediencia y profundo respeto ante las leyes eternas de la naturaleza y tratarían de mantener el orden del mundo.

La alianza entre Alemania y Japón antes y durante la guerra era un símbolo que indicaba una colaboración en amistad y dignidad - con la distancia necesaria en el ámbito de la educación y formación; en el recíproco entendimiento, un saber en torno a la cultura del otro, sin el más pequeño deseo de una ridícula imitación por ambas partes. Las tendencias "internacionales" de nuestra época decadente evolucionarían - y evolucionarán de nuevo algún día en un mundo conforme a nuestros principios y serán sustituidas por algo que ahora parece completamente utópico - imposible - : por el modo de pensar del "nacionalista" de cada país.

Recuerdo mi conversación con la psicóloga que mandaron para mi examen antes de la sesión del tribunal. Cuando me preguntó porque mantenía que valía la pena mi libertad, e incluso poner en peligro mi vida por un país que ni siquiera era el mio propio, le contesté que ante todo me sentía obligada frente a Alemania como aria, porque este país se había jugado el todo por el todo para despertar la conciencia aria y el orgullo en toda persona valiosa de mi raza, ... y luego como *"nacionalista de un país cualquiera"*. En estas palabras singulares se expresa la diferencia total entre el comunismo no ruso y el Nacional-socialismo no alemán; aquí es confrontado el

secreto del éxito inmediato del comunismo al fracaso momentáneo - pero finalmente triunfo - del Nacional-socialismo.

El nacional-socialista alemán es sobre todo un patriota alemán. El comunista ruso puede ser un internacionalista, pero también pudiese ser - y según informes de la Rusia sovietica lo es a menudo - un patriota ruso mientras acepte por error que una ideología así pueda ser usada con tal significación. Por otra parte es la ideología comunista muy estimada fuera de Rusia y sirve así pues al bien del imperio ruso.

Pero el comunista extranjero es ante todo un "internacionalista" que eventualmente cree en la nación pero primero en la "humanidad", en la humanidad como una clase privilegiada en el universo, que de cara a la cada vez mayor explotación naciente de la naturaleza viviente, está unida al mayor goce del mayor número posible de seres humanos - (y eso que aquí se trata de una unión a costa de una mezcla horrible, inimaginable) lo que significa al fin y al cabo - el goce del más escaso valor, el más vulgar.

El nacional-socialista extranjero es por el contrario o sólo ario, en el cual es predominante el conocimiento racial más estrecho por la Patria, o es un ario en una minoría, en él que la conciencia racial es más fuerte que el espíritu de compañerismo hacia esta minoría, y así llegará a ser *"nacional-socialista de un país cualquiera"*; es una persona que admira en una visión clara de la historia del mundo el resultado de esos principios sempiternos que Hitler ha proclamado y una y otra vez.

Es un hombre que por su comprensión hacia muchas culturas en diferentes épocas siente con certeza intuitiva que puede alcanzar una meta más elevada - en su capacidad para reflexionar sobre lo eterno como individuo y ser colectivo - sólo mediante ser uno con su nación, es decir, con su raza; y que él solo puede esperar mientras se desarrolla el alma de su raza, el alma de otras razas y en definitiva el alma de la humanidad diversamente ordenada y conocer, comprender y amar el plan de la vida que está ordenado en sus diferentes manifestaciones y una en su infinita diversidad. Él (o ella) es también

una persona que mira a Alemania con respeto, como el país del Führer, como la única nación aria que dió fe de esas verdades, y por cierto a costa de la propia existencia a nivel material en medio del decadente mundo enemigo de nuestra época. Por este motivo una persona así daría la bienvenida al liderazgo alemán como expresión del derecho divino de esos arios que se han evidenciado como los más valiosos.

Es inutil decir que hay muchos más comunistas no rusos que nacional-socialistas no alemanes, y continuará así hasta que ascienda la nueva aurora sobre las ruinas de este "orden mundial" actual y empiece con ella el día *"por la libertad y el pan"*, por citar las palabras del Horst-Wessel-Lied y darlas así un significado simbólico. Luego vendrá el día que traiga ambas cosas: bienestar material y belleza sana, alegría y pensamientos viriles - libertad auténtica dentro del orden - el día de la dominación de los mejores para crear el futuro por el que luchó y murió la Alemania nacional-socialista (conforme a los acontecimientos externos) y se levantará de nuevo gloriosamente de los muertos. Entonces muchos sentirán por el pueblo amado de Hitler la misma admiración como yo y algunos otros extranjeros lo hacemos hoy en los días oscuros de la persecución.

Pero no sólo es el concepto aristocrático de la vida y la exclusividad racial, los que hacen impopular nuestra ideología. Es nuestra cruda franqueza referente a nuestras metas, aspiraciones y métodos; el hecho es que nunca intentamos ocultar a lo que aspirabamos en realidad, no lo que preparábamos hacer (o ya habíamos preparado) para obtener nuestra meta en el más corto tiempo posible.

Ya que el Nacional-socialismo, como ya mencioné antes, es una filosofía de la Edad Dorada y la humanidad actual gobierna en el último estadio de su proceso de decadencia, en el periodo más sombrío de nuestra época oscura de la degradación completa, es claro que lo que deseamos no es lo que casi todos los demás pueblos desean.

Lo que casi todos los pueblos ansían es un mundo seguro - un mundo en el que cualquiera pueda entregarse a sus vanos placeres. Lo que nosotros ansiamos destacadamente es un mundo bello. Estas dos concepciones juntas están fuertemente en contradicción. Las dejamos estar en contradicción. No hacemos nada para ocultar el hecho de que deben estar en contradicción tanto tiempo como nuestros contemporáneos permanezcan así, fisica y espiritualmente, como están hoy, según nuestro entender. Nada hacemos para ganar su afecto y su colaboración mediante mentiras. Para mantener tal colaboración debieramos mentir continuamente, hasta que a lo mejor algunos de nosotros comenzaríamos a perder la visión en pro del claro e intransigente ideal de la verdad que nos ha madurado. La colaboración de los sub-hombres, no es valioso tomar este riesgo sobre nosotros. Además odiamos la mentira como arma - salvo cuando es absolutamente inevitable. Preferimos la fuerza desnuda y rigurosa, el arma del guerrero auténtico. Si el guerrero auténtico está agotado, herido o encadenado, entonces lo único que él puede hacer en ese momento es no intentar engaño alguno, prepararse en silencio - para hacerse fuerte de nuevo - y esperar.

Nunca intentábamos esconder o disculpar nuestra dureza, que es la consecuencia de nuestro celo. Al contrario, siempre hemos dicho que no nos detendríamos ante nada en la realización de nuestra misión que nos es obligatoria por naturaleza, a saber, deponer testimonio sobre la verdad de la Edad Dorada contra el no espíritu de esta época degenerada. Y lo hemos demostrado. Hemos hecho lo que hemos dicho. Estamos preparados para hacerlo otra vez.

La gente no desea este rasgo en nosotros; nos denominan "terribles" cuando no aborrecibles". Los comunistas no son terribles porque jamás indican que quieren hacer y nunca hacen lo que dicen: asimismo porque nunca dicen a sus adversarios cuanto los odian o desprecian antes de haberlos vencido. No los retan antes de combatirlos, como es costumbre entre los guerreros.

La seguridad - que ellos, o mejor que los judíos, que crearon su movimiento - deseada por la mayor parte de los hombres no es tampoco la misma exactamente. "Seguridad", si; los judíos y los comunistas que sirven a los intereses judíos sin saberlo, y el hombre medio de la calle - todos desean seguridad. Pero el hombre de la calle la desea, así puede disfrutar su vida insignificante sin contrariedad; el comunista la desea como la meta más elevada para la humanidad, al que los intereses económicos de la vida significan todo, porque ama una humanidad así o - si es un comunista ruso - quizás, porque teme la política alemana nacional-socialista de apertura al este, expansión natural de Alemania en lucha en torno al espacio vital a su costa. El judío desea seguridad, de tal suerte que él y su raza puedan permanecer para siempre a la cabeza en medio de masas humanas dóciles, no pensantes, siempre satisfechas. De ninguna manera se trata por tanto de la misma seguridad. Pero pudiera serla y se designa con las mismas palabras y representa de tal manera que parezca la misma cosa. En efecto, todo el poder técnico de ambos - de los comunistas y los demócratas - consiste en que dejan sentirse libre a la gente, mientras les hacen, bajo cuerda, comportarse como perritos obedientes; y les dejan creer al mismo tiempo que ellos mismos piensan y actuan según sus normas sentimentales, mientras no obstante sólo piensan y sienten todo el tiempo lo que les hacen creer los poderes dirigentes del sistema mediante la prensa, radio y películas y a través de otros canales - y así actuan como lo desea el sistema. La fuerza dirigente del sistema es el judío no visible.

Quisiera aún decir más: esto es bajo esta o forma parecida la fuerza técnica natural de todas las Weltanschauung de la descomposición. Era y es aún hoy el secreto del poder de las iglesias cristianas

sobre los hombres. Pues el cristianismo es también una Weltanschauung tal como el comunismo, como la democracia - basada en mentiras, y lo que más importa, sobre mentiras judías. Como una conocida escritora inglesa anti-nacional-socialista (Miss B. Franklin) me mencionó una vez - antes de que supiese quien era yo - las *"mentiras principales de los judíos"* según su opinión: 1. que eran el pueblo elegido, 2. que la Biblia sea totalmente suya, 3. que un hombre de su raza sea *"el único hijo de Dios"*. La mujer era suficientemente inteligente para desvelar este fraude. Pero otras mentiras judías habían influido tan profundamente en su pensamiento que no podía poner en duda lo más mínimo su veracidad y era incapaz de emanciparse de todo el parloteo cristiano y democrático sobre la"dignidad humana" etcétera, y sobre el horror referente a la fuerza bruta (pero naturalmente sólo si nosotros la utilizamos). Estaba vehementemente en contra nuestra.

Tal vez el comunismo es tan solo un poco más falaz que las filosofías precedentes de influencia judía, ello incluso cuando se aplican ya no por judíos, sino por imperialistas rusos. Sin embargo, el caráter judío los ha troquelado. Es la fuente del poder y contrario a nuestra filosofía. No sólo el hombre de la calle, sino también el mejor tipo del comunista extranjero combatirá gustoso de la misma manera por el imperialismo ruso oculto, como otros por el capitalismo judío oculto, sin saberlo; mientras el nacional-socialista extranjero que está dispuesto a combatir y morir por los alemanes porque son compatriotas de Hitler y sus compañeros de armas, sabe a fondo lo que él (o ella) hace.

Cuando el engaño está construido sobre él, el poder comunista parece ser una ventaja de cara a la multitud, así no obstante se evidenciará funesto a la larga y tal vez contribuirá con ello a preparar el "despertar" de nuestro día. Es cierto, millones están dispuestos a morir por algo que de ninguna manera les interesa, suponiendo que no lo sepan y permanezcan en el convencimiento de que mueren por otra cosa que realmente tienen en gran estima. Pero no se puede engañar *"a todo el pueblo siempre"*, ni siquiera a un

gran número de hombres para siempre. Vendrá y debe venir de una vez por todas el día en el que descubran que han sido engañados. Algunos parecen haberlo descubierto ya en un mayor o menor grado. Han sucedido en repetidas ocasiones "actos de purificación" en el partido comunista desde que Stalin llegó al poder, y curiosamente fue un número considerable de miembros parias judíos - "troskistas" - los que más valor pusieron en la revolución mundial que sobre los apremiantes intereses del estado sovietico. Los principios marxistas están hundidos ahí dentro sin duda todavía en la cabeza de todo el mundo. Sobre los principios no se puede disponer tan facilmente como sobre los hombres. Pero existe una firme tendencia hacia el nacionalismo ruso, si no también en el sentido que él quiso un día, al menos hacia el refuerzo sistemático de ese especial bloque euro-asiatico (más asiatico que europeo), que forma la Unión Sovietica - una tendencia que algún día pudiera acabar en una política pan-mongolista - hacia el desencanto de muchos simples "idealistas" marxistas de sangre aria, como también judía.

Por otra parte la orientación nacionalista de ciertos comunistas alemanes es aún más significativa. Este enfoque de ningún modo armoniza con su pretendida fe. Como se me dijo: empiezan hoy a reconocer algunos círculos comunistas alemanes, que el comunismo con la discriminación racial entre una población predominantemente aria no es otra cosa que el Nacional-socialismo con disfraz, como ya indiqué antes. ¡Ese odiado Nacional-socialismo! Seguramente es la historia de todos los tiempos, pero especialmente para nosotros *"el gran burlón"* (Ralph Fox: "Ghengis Khan", edición 1936).

Al final - y tal vez mucho más temprano de lo que nosotros mismos nos aventuramos a creer - valdrá la pena nuestra franqueza invariable. Nuestro Führer dijo una vez: *"Algún día comprenderá el mundo que tuve razón"*. Estas palabras encontrarán una confirmación radiante con el tiempo aunque nosotros y nuestra Weltanschauung puedan ser hoy todavía tan universalmente impopulares.

Se debe volver una y otra vez a la teoría cíclica de la historia para alzanzar la comprensión satisfactoria de los acontecimientos inmediatos de nuestra época. Repito - en esta fe nunca se puede insistir demasiado en el hecho de que nuestra opinión de la vida, nuestras perspectivas socio-políticas, nuestro concepto de gobierno no están fuera del tiempo, sino que eminentemente *"están contra el tiempo"*, lo que es completamente otra cosa. Puede aún sonar tan raro para los que ven desde un punto de vista estrecho, puramente político, que el Nacional-socialismo es la religión sempiterna de la vida - la verdad imperturbable sobre la vida que en la Edad Dorada a cualquiera parecería tan clara como la luz del día - pero que fue empleada materialmente justo en la época que estaba lo más alejada de la época de la perfección: al final de un gran ciclo histórico. Debía ser mal entendida, odiada, engañada, insultada, rechazada, debía fracasar en todos los aspectos. Las antiquísimas tendencias de la muerte, el placer a la descomposición, que se adhieren a toda época, debieran hoy en la democracia y deben mañana triunfar aún perfectamente en el comunismo, el resultado lógico y despiadado de los principios democráticos en una época tecnicamente avanzada, en un sistema en el que basicamente prima la cantidad sobre la calidad, en el que prima la economía sobre los costes de la biología, en el que el hombre como máquina productiva aspira a la mayor utilidad material para un mayor número posible de individuos humanos sin valor. Contrasta con el sistema nacional-socialista en el que pugna el hombre como luchador para llevar su fe a la sobre-humanidad de la élite racial en el mundo. Las fuerzas de la disolución debieron y deben ganar. Pero sólo para este tiempo actual - sólo hasta que esta miserable humanidad encuentre su ocaso inevitable y hasta que alboree el nuevo día.

Pues nada puede romper el ciclo interminable de vida y muerte, muerte y vida, anular la ley del retorno sempiterno; ello vale para el plan político-social como para todo lo demás. Tan cierto como que mañana temprano saldrá de nuevo el sol, tan cierto como que subirá al poder otra vez el Nacional-socialismo. Tan cierto como la primavera engendra su hierba verde, sus violetas, su flor frutal y sus tiernos tallos del creciente grano tras la muerte presunta de la naturaleza en el invierno, así inspirará nuestro ideal de salud, fuerza y belleza, de orden y virtudes viriles - el ideal de Adolf Hitler - la aristocracia natural en el mundo. Tan cierto como el nacimiento sigue a la muerte en el baile cósmico perpetuo de la destrucción y resurrección, así resucitará de nuevo la torturada Alemania de sus cenizas y tomará otra vez el liderazgo de las razas arias. Unificada a pesar de todos los esfuerzo para despedazarla; totalmente consciente de su valor y de su misión divina, en posesión de la fuerza de la eterna juventud- de esa fuerza de voluntad que para este pueblo fue siempre característica desde el largo periodo glacial pasado hasta el día de hoy - renacerá y marchará de nuevo, exultante, obstinada, irresistible. El Horst-Wessel-Lied que ahora está prohibido en su país natal, sonará nuevamente en las grandes carreteras internacionales y sobre las calles de las capitales conquistadas.

Nosotros, los que creemos en Adolf Hitler y su misión, no necesitamos temer ante una victoria comunista en el próximo conflicto titánico entre nuestros perseguidores en el este y el oeste. Las razas tecnicamente poco desarrolladas de Asia y Africa pueden sentir el comunismo como un cambio maravillosamente bueno. Pero en un mundo que estuviese dominado por el comunismo, sería suficientemente grande el descontento creciente de los pueblos del norte de Europa y en general de todos los tecnicamente avanzados y también pueblos más pensadores de sangre aria, como para provocar a nuestro favor una reacción tal que nadie hubiese podido impedir ni a costa de grandes esfuerzos. Una victoria democrática plena que se hubiese logrado sin nuestra ayuda (suponiendo que pudiese ser posible), sería mucho peor: esta victoria conduciría hacia

una esclavitud todavía más astuta y más nociva. Pero el poder del comunismo es tan grande en nuestro mundo que ni siquiera sería posible un triunfo incierto de los demócratas sin nuestra colaboración. Nuestra colaboración significaría la subversión del orden democrático justamente después de la guerra - o tal vez antes - y el restablecimiento de nuestro orden, entonces más fuerte que nunca. En otras palabras, en el futuro más cercano habrían de elegir los demócratas entre nuestro férreo domínio y él de los comunistas; y seremos los últimos vencedores en cualquier caso, sin duda, los vencedores en un mundo destruido; seremos los únicos hombres rectos, impasibles, radiantes ante la alegría tras todo el sufrimiento - en medio de la despistada y asustada chusma simiesca. ¿Pero a quién le importa? El triunfo será tan agradable como sublime; pues *nosotros* no figuramos entre los monos. Alemania, antaño tan próspera, que destrozaron y destruyeron, apenas podría destruirse con más vigor aún a como ya lo está ahora, suceda lo que suceda.

No intentaremos "convertir", "reformar" o "reeducar" a los sub-hombres. ¡Oh no! De ello pueden estar completamente seguros sus prototipos, nuestros actuales perseguidores. Si recordamos todos nuestros sufrimientos de 1945 bajo el dominio de nuestros subordinados - a la dominación del engaño y la calumnia, de la amenaza y de la corrupción - cuando recordamos las torturas a nuestros camaradas en sus campos de concentración; a la angustia mortal y a la muerte de los mártires de Nuremberg y al sacrificio de cientos en otros vergonzosos procesos por criminales de guerra - al martirio de todo el pueblo alemán; a la agonía anímica de nuestro querido Führer, que aquellos días todavía presenciaba, sólo, el odio enajenado de un mundo desagradecido, expuesto a un mundo que había querido salvar, simplemente entonces divulgaremos por doquier entre los supervivientes de ese mundo nuestro elevado ultimátum: "¡Hitler o el infierno!". Prepararemos el infierno a los que se creen todavía suficientemente inteligentes a resistirnos abiertamente o a escondidas. Pero no será un infierno tan largo como el que soportamos y aún sufrimos. Pues no tendrán una fe tal como tenemos los

nacional-socialistas que les pudiera mantener en pie en sus procesos - tampoco tendrán un fin tan espantoso. Porque podemos permitirnos el lujo de la conmiseración cuando dominemos la tierra, cuando eliminemos a los locos tan pronto como sea posible.

Entonces, cuando esté rota la última resistencia - si es que todavía debieran ofrecer alguna resistencia, porque después de todo lo que sé, ya no la ofrecerán más tras la 3ª guerra mundial - comenzará nuestra era, la auténtica Edad de Oro de un nuevo ciclo, un mundo ordenado por rangos (en el que cada raza renacida y cada especie animal será sana, feliz y hermosa), que será dominado por una minoría de Dioses arios vivientes según los eternos principios nacional-socialistas. Nuestro amado Führer - ya de carne y hueso, como arriesgo a pronosticar, o sólo en espíritu - Führer del mundo, incluso todavía más perfecto y duradero, a la cabeza del ejército alemán de 1942 como si hubiese avanzado a través de Rusia y Asia septentrional y aún más allá entrando en Delhi hubiera recibido la proclamada unificación entre el este y el oeste en el centellante salón de mármol en el que un día estuvo el célebre trono de pavo real.



¿**E**s esto un sueño orgulloso, pero demente? Muchos pueden pensar así cuando miran en torno suyo y ven la miseria actual de un país destruido - del país del "miedo" en el que tan sólo se puede susurrar el nombre amado de Adolf Hitler. Yo misma pensaría así, si no creyera firmemente en la "ley" del tiempo cíclico y si no estuviese convencida con que se acerca otra vez el final de esta humanidad degenerada y el comienzo de la siguiente. El estudio de la historia mundial me ha corroborado cada vez más en esta creencia. Esta fe me ha ayudado a sobrellevar el panorama de las ruinas de Alemania sin que se me quebrara el corazón por ello. *"Mortero y piedra"*, como dije una vez, *"todo puede ser edificado de nuevo. Mientras el espíritu nacional-socialista permanezca vivo, nada está perdido"*.

He procurado mantener este espíritu contra el dictado de nuestros perseguidores - según la ley interna de una naturaleza indómita, y conforme al derecho de herencia de la raza superior, tender hacia adelante y dominar. Estaba sujeta a la apariencia - así como todos lo estábamos. Todo lo que he hecho fue ganar para mi misma una sentencia de tres años de cautiverio. Pero una todo poderosa certeza interior me dice que en los venideros trescientos años - quizás mucho antes - todo el mundo ario mirará a Adolf Hitler con respeto, así como yo lo hice siempre a lo largo de toda mi vida, para rendir honor a su nación. He venido por este motivo en esta horrible época para traer a esta nación una señal de mi amor. Soy hoy el primer fruto del amor y respeto para el arianismo venidero, para sus salvadores, el primer producto de la contribución agradecida de todo el mundo a la Alemania nacional-socialista.

Un día estuve sola a orillas del rio Saar en un colina cubierta de vid, con el brazo derecho extendido sobre los restos de un bunker que había sido dinamitado hacía tres años por los invasores americanos - por los "cruzados para Europa", los paladines de los valores cristianos y democráticos contra el paganismo nacional-socialista, el paganismo ario. Me encontraba hacia el este, vuelta hacia Alemania, y canté la canción inmortal: *"La bandera alta, las filas firmemente cerradas, la S.A. marcha con paso imperturbable. Camaradas muertos por el frente rojo y la reacción, marchan en espíritu en nuestras filas"*.

El sol arrojó sus rayos sobre mi. La alegría de la obstinación brillaba en mi cara, también la alegría de la futura victoria. Los "cruzados " de esos poderes sombríos habían volado este y otros cientos de bunkers, habían arrojado fuego y azufre sobre toda Alemania. ¿Pero pudieron impedir que las frases combativas de la canción prohibida sonasen de nuevo bajo el cielo azul sobre el paisaje bañado por el sol? ¿Me pudieron impedir, a una aria no alemana, permanecer fiel a la Alemania de Hitler en su derrota, en sus ruinas, en su martirio? ¿Pudieran impedir algún día la unión de un mundo mejor con el Führer, con sus ideales y su pueblo que tanto amó - esta unión que preveí y simbolicé a mi humilde manera?

La música de la canción penetró en mi como un mágico hechizo, como un portador de muerte para los perseguidores de Alemania, en nombre de una justicia superior de la humanidad aria venidera.

La justicia del mundo ario venidero es la justicia a la que hoy apelo contra las leyes de aquellos que nos odian. La unión del mundo ario con el Führer es mi amor perpetuo, y debiera comprender a millones de hombres y perdurar durante siglos - "el más grande milagro alemán".

Puedo haber fracasado materialmente y en nuestros días. Pero soy la primera señal de ese prodigio que es enviado por los Dioses a Alemania como prueba de amor; la promesa de la infinita admiración de los mejores en cercanos y lejanos tiempos venideros en medio de la derrota y humillación momentáneas. Soy la victoria viviente de la Alemania nacional-socialista.

A pesar de todos los signos contrarios no sucumbímos, no podemos sucumbir. La verdad nunca será vencida.

Concluido en la celda de la prisión de Werl, a 16 - 7 - 1949.